La Débâcle

(EL DESASTRE)

Versión castellana de «El Nervión»



TOMO PRIMERO



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 Y 228

BUENOS AIRES
Maucci Herms., Cuyo 1070

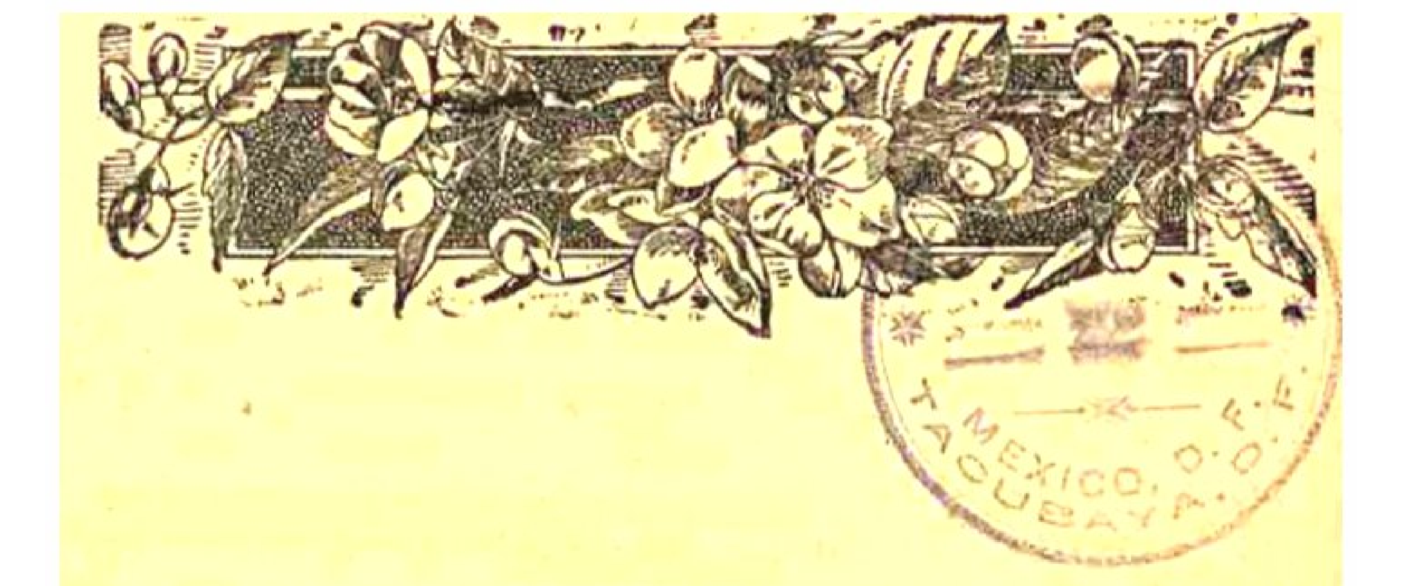
MÉXICO
Maucci Herms., 1.ª Relox, 1

1902



Publicada por la Casa Editorial Maucci, con autorización de El Nervión, *de Bilbao.*

Imprenta de la Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228



La Débâcle

(EL DESASTRE)

PRIMERA PARTE

I

El campamento se había colocado á dos kilómetros de Mulhouse, hacia el Rhin, en medio de una llanura fértil. Al terminar aquel día del mes de Agosto, bajo un cielo plomizo que recorrían las nubes, las tiendas de campaña se alineaban por los campos de labranza y los pabellones formados por los fusiles relucían, se espaciaban por el frente de la línea, mientras que los centinelas con los fusiles cargados, vigilaban inmóviles con la vista fija en lontananza, en las nieblas violáceas del lejano horizonte que subían del río.

Se había llegado de Belfort á las cinco. Eran las

ocho y los soldados acababan entonces de recoger sus víveres. Pero la leña debía haberse extraviado, pues no se había podido repartir. No había medio de encender fuego y hacer el rancho. Fué preciso contentarse con mascar galleta fría, remojándola con buenos tragos de aguardiente, lográndose así que las piernas, ya endebles, aflojasen más. Sin embargo, dos soldados, detrás de los pabellones, cerca de la cantina, se empeñaban en querer encender unos trozos de leña verde que habían cortado con sus sables y que no querían arder. Una humareda negra y espesa flotaba en el aire de aquella tarde de una tristeza indefinible.

No había allí más que doce mil hombres, todo lo que el general Félix Douay conservaba del séptimo cuerpo de ejército. La primera división, reclamada la víspera, había salido para Frœschwiller; la tercera se encontraba todavía en Lyon, habiéndose decidido á abandonar Belfort con la segunda división, la artillería de reserva y una división de caballería incompleta. Se habían visto fuegos cerca de Lorrach. Un telegrama del subprefecto de Schelestadt decía que los prusianos iban hacia el Rhin por Markolsheim. El general, que se encontraba demasiado aislado á la extrema derecha de los otros cuerpos, sin comunicación con ellos, acababa de precipitar su movimiento hacia la frontera, con tanta más razón cuanto que la víspera se había recibido la noticia de la desastrosa sorpresa de Wissemburgo. A cada momento temía verse obligado á rechazar al enemigo ó ser llamado para apoyar al primer cuerpo. Ese día, ese sábado tempestuoso, el 6 de Agosto, debían haberse batido en algún sitio,

del lado del Frœchwiller, bien se presentía al ver el cielo triste por el cual pasaban grandes ráfagas de viento que destrozaban los nubarrones. La división llevaba dos días de marcha, creyendo encontrar siempre los prusianos en esa caminata desde Belfort á Mulhouse.

El día terminaba; la retreta salió de un rincón lejano del campamento, señalada por el redoble de los tambores y los toques de cornetas cuyos ecos se llevaba el aire. Juan Macquart, que estaba ocupado en el arreglo de su tienda de campaña, se puso de pie. Al primer anuncio de la guerra había abandonado su pueblo, Rognes, con la pesadumbre que le había producido el drama en que acababa de perder á su mujer Francisca y las tierras que le había llevado en dote; se había reenganchado á los treinta y nueve años, obteniendo inmediatamente los galones de cabo; con esta graduación se incorporó al 106º regimiento de línea, cuyos cuadros se completaban entonces. A veces le causaba extrañeza verse con el capote, él, que después de la batalla de Solferino, había abandonado el servicio, tan alegre por no tener que arrastrar sable y matar gente. ¿Pero qué iba á hacer? Cuando no se tiene oficio, ni mujer, ni bienes, y cuando el corazón está triste, es mucho mejor ir á estrellarse contra el enemigo. Recordaba su frase, ¡vive Dios! Cuando no se tiene valor para trabajar la tierra, hay que defenderla.

Juan, puesto en pie, lanzó una ojeada hacia el campamento que se conmovía al toque de la retreta. Algunos hombres corrían; otros, adormecidos ya, se levantaban, se desesperezaban, desfallecidos,

disgustados. Él aguardaba con paciencia la lista, con esa tranquilidad y esa resignación que hacían de él un soldado excelente; sus compañeros decían que si hubiese tenido instrucción, hubiera podido subir mucho; pero él, que sólo sabía leer y escribir muy poco, no ambicionaba ni el grado de sargento.

Pero al ver el fuego de leña verde que seguía humeando, interpeló á los dos individuos Loubet y Lapoulle, diciéndoles:

—¡Dejad eso! nos estáis envenenando.

Loubet, escuálido, con cara risueña, replicó:

—Ya arde, os lo aseguro... sopla tú.

Y empujaba á Lapoulle, un coloso, que intentaba en vano encender el fuego, soplando, con los carrillos inflados, la cara congestionada, los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

Otros dos soldados de la escuadra, Chouteau y Pache, el primero echado de espaldas como un holgazán que desea estar á sus anchas, el otro en cuclillas, muy entretenido remendando sus pantalones, soltaron una carcajada al ver la horrible cara de aquel bruto de Lapoulle.

—Da la vuelta y sopla por el otro lado y lo harás mejor,—gritó Chouteau.

Juan los dejó reir. Acaso no volvería á presentarse á menudo ocasión de reir; él con su aire de buen mozo, con la cara llena y regular, no era melancólico; hacía como que no veía cuando sus soldados se entretenían.

Pero otro grupo llamó su atención; un soldado de su escuadra, que estaba hablando con un paisano hacía ya algún tiempo; era Mauricio Levasseur, que conversaba con un caballero rubio, de unos

treinta y seis años, de cara simpática, que iluminaban dos ojos azules, ojos de miope, por cuya causa se había visto obligado á renunciar á servir á la patria en el ejército. Un sargento de artillería de la reserva, de aire resuelto, con bigote negro, se había unido al grupo y los tres hablaban como si estuvieran en familia.

Para evitarles algún contratiempo, Juan creyó oportuno intervenir.

—Hará usted bien en marcharse, caballero. La retreta viene y si el teniente le viera...

Mauricio no le dejó acabar.

—Quédese usted, Weiss.

Y dirigiéndose al cabo díjole secamente:

—Este señor es mi cuñado. Tiene un permiso del coronel, á quien conoce.

¿En qué se entrometía ese aldeanazo cuyas manos olían á estiércol? Él, que había sido recibido abogado durante el otoño último, que había sentado plaza y con el apoyo del coronel había sido incorporado al 106° de línea sin pasar por los depósitos, se resignaba á llevar el morral, pero desde los primeros momentos sentía repugnancia invencible contra aquel cabo, sin instrucción, á quien tenía que obedecer.

—Bueno va,—replicó Juan con voz tranquila,—que los trinquen ¡poco me importa!

Después, volvió la espalda al grupo al notar que Mauricio no le engañaba, pues en aquel momento el coronel señor Vineuil, pasaba por allí, airoso, distinguido, con su larga cara amarilla cortada por espesos bigotes blancos y saludó á Weiss y al soldado, sonriéndose.

El coronel iba muy de prisa á una casería que se veía á la derecha, á unos doscientos ó trescientos metros, medio oculta entre ciruelos, donde se había alojado el estado mayor para pasar la noche. No se sabía si el comandante del séptimo cuerpo se encontraba allí con la desesperación del que acaba de perder á su hermano, muerto en Wissemburgo. Pero el general de brigada Bourgain-Desfeuilles, que tenía á sus órdenes al 106°, estaría allí seguramente, tan vocinglero como de costumbre, con sus piernas cortas que sostenían un cuerpo voluminoso, con su tez sonrosada de *bon vivant*, á quien su poco seso no molestaba mucho.

El movimiento alrededor de la casería iba en aumento; los ordenanzas de caballería salían y volvían á cada momento. Se aguardaban con febril impaciencia los telegramas dando cuenta de aquella batalla que todos presentían fatalmente desde el amanecer. ¿Dónde se había verificado y cuál había sido su resultado? A medida que la noche avanzaba, parecía que sobre la huerta, sobre las ruedas del molino, esparcidas alrededor de la cuadra, la ansiedad se hacía mayor, como si rondara por aquellos contornos sombríos. Decíase que se había detenido un espía y que había sido llevado á la casería para ser interrogado por el general. Tal vez el coronel Vineuil habría recibido algún telegrama y por eso iba tan deprisa hacia el sitio donde se albergaba el estado mayor.

Mauricio había vuelto á hablar con su cuñado Weiss y su primo Honorato Fouchard, el sargento. La retreta que venía de lejos, se dejó oir más próxima, pasó cerca de ellos, tocando y redoblando en

la paz melancólica del crepúsculo y parecía que no la habían oído. Nieto de un héroe del gran ejército de Napoleón I, el joven había nacido en el Chène Populeux, de un padre alejado del camino de la gloria, reducido al modesto empleo de recaudador de contribuciones. Su madre, una aldeana, había muerto al darlos á luz á él y á su hermana gemela Enriqueta, la cual le había educado, y si se encontraba allí como voluntario, era á consecuencia de graves faltas, de una vida de crápula, de su tempe ramento débil y exaltado, por el dinero que había derrochado en el juego, con las faldas, en las necedades de ese París devorador, á donde llegó para terminar el derecho, á expensas de la familia que se había impuesto grandes sacrificios para hacer de él un hombre, un caballero. El padre había muerto de disgustos; la hermana, después de haberse despojado de todo cuanto poseía, había tenido la buena suerte de encontrar un marido, ese honrado Weiss, un alsaciano de Mulhouse, empleado durante mucho tiempo en la refinería del Chène Populeux, hoy contramaestre en casa del señor Delaherche, uno de los principales fabricantes de paños de Sedán. Mauricio creía haberse enmendado, con su carácter nervioso pronto á confiar en el bien, como propenso á los descorazonamientos del mal, generoso, entusiasta, pero sin fijeza alguna, sometido á todos los vaivenes del viento que pasa. Rubio, pequeño, con la frente muy desarrollada, nariz y barba delgada, la cara fina, tenía ojos grises, acariciadores, locuaces algunas veces.

Weiss había llegado á Mulhouse en vísperas de las primeras hostilidades, con el deseo de arreglar

asuntos de familia y si se había aprovechado para ver á su cuñado de su buena amistad con el coronel Vineuil, es porque este último era tío de la señora Delaherche, una linda viudita con la que se había casado un año antes el fabricante de paños y á quien Mauricio y Enriqueta habían conocido cuando era aun muy niña.

—Abrace usted á Enriqueta por mí,—decía el joven á su cuñado al separarse, pues adoraba á su hermana.—Dígala que puede estar contenta y que al fin quiero que se enorgullezca de mí.

Los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar sus locuras. Su cuñado, conmovido, abrevió la despedida, y dirigiéndose al artillero Honorato Fouchard, le dijo:

—Cuando pase por Remilly, iré á decir al señor Fouchard que le he visto.

—¡Bueno!—replicó tranquilamente Honorato;—á mi padre le importará muy poco, pero vaya usted.

En aquel momento se produjo algún movimiento delante de la casería; vieron salir de allí libre, conducido por un oficial, al hombre que habían detenido por sospechas de que fuera un espía. Es probable que hubiese podido demostrar su inocencia, porque se le expulsaba solo del campamento. Desde tan lejos y en la penumbra del día se le distinguía apenas, enorme, cuadrado, con una cabeza rojiza.

Sin embargo, Mauricio lanzó un grito.

—Mira, Honorato... cualquiera diría que es el prusiano Goliath.

Este nombre hizo saltar al artillero. Miró con sus

ojos ardientes. Goliath Steinberg, el carnicero, el que le había hecho reñir con su padre, que le había robado el cariño de Silvina, toda la historia triste que tanto le había hecho padecer, volvía á su memoria. Quería correr, estrangularlo, pero Goliath estaba ya lejos, más allá de los pabellones de armas y su cuerpo se desvanecía entre las sombras de la noche.

—¡Ah! Goliath,—murmuró,—no es posible. Está allí con los otros... Si alguna vez le encuentro...— y de un gesto amenazador señaló el horizonte obscuro, todo aquel oriente violáceo que para él era Prusia. Hubo un momento de silencio y se oyó de nuevo la retreta, pero muy lejana, que se perdía al otro extremo del campamento.

—¡Caramba!—dijo Honorato,—me van á pescar, si no llego á la lista... ¡Buenas noches!

Y después de dar un apretón de manos á Weiss, se marchó hacia el montículo, donde se encontraba la reserva de la artillería, sin volver á hablar de su padre, ni de Silvina, cuyo nombre le quemaba los labios.

Pasaron algunos minutos y hacia la izquierda volvieron á sonar las cornetas, donde estaba la segunda brigada. Más cerca se oyó otro toque. Después un tercero muy lejos. Todos fueron sonando hasta que Gaude, el corneta de la compañía, tocó á su vez lanzando á todo vuelo notas agudas. Era un muchacho alto y flaco, sin pizca de barba, siempre callado, pero que tocaba su corneta con tanta fuerza como si soplara una tormenta.

Entonces el sargento Sapin, un hombrecillo enteco y de mirada vaga, comenzó á pasar lista. Su

voz delgada lanzaba los nombres, mientras que los soldados que se habían acercado contestaban en todos los tonos, desde el de violoncello hasta el de la flauta. Pero hubo una pausa.

—¡Lapoulle!—repitió el sargento muy alto.

Nadie contestó y fué preciso que Juan echase á correr hacia el montón de leña que Lapoulle, excitado por sus compañeros, se empeñaba en hacer arder. Ahora, tocando con el vientre la tierra, soplaba al montón de leña, del que salía una humareda espesa.

—¡Pero demonio! ¡suelta eso!—dijo Juan y contesta á la lista.

Lapoulle, atontado, se levantó, pareció comprender y aulló: ¡presente! con una voz tan salvaje, que Loubet cayó de espaldas muerto de risa. Pache, que había acabado de remendar sus pantalones, contestó con voz apenas inteligible, como si murmurase algún rezo; Chouteau, desdeñosamente, sin levantarse, lanzó la palabra y volvió á estirarse más.

El teniente Rochas, de servicio aquella noche, aguardaba á alguna distancia. Cuando terminó de pasar la lista, el sargento Sapin fué á darle el parte: «Sin novedad»; pero el teniente refunfuñó y señalando con la cabeza á Weiss, que seguía hablando con Mauricio, dijo:

—¡Pues todavía hay uno de sobra! ¿qué hace aquí ese individuo?

—Tiene permiso del coronel, mi teniente,—creyó deber replicar Juan.

Rochas alzó furiosamente los hombros y sin decir palabra echó á andar á lo largo de las tiendas

de campaña, hasta que apagaron los fuegos; mientras que Juan, cansado por aquella terrible marcha, se sentaba á algunos pasos de Mauricio, cuyas palabras llegaban á sus oídos, sin escucharlas, preocupado él mismo como lo estaba, con reflexiones obscuras, apenas formuladas en el fondo de su espeso y lento cerebro.

Mauricio quería la guerra, la creía inevitable y aun necesaria para la existencia de los pueblos. Esto se imponía á su imaginación desde que las ideas evolutivas se habían apoderado de su cerebro, como se había apasionado toda aquella juventud ilustrada de la teoría de la evolución.

¡Pues qué! ¿no es la vida una guerra de cada segundo? La condición de la naturaleza humana, ¿no es un combate continuo? La victoria del más digno, la fuerza sostenida y renovada por la acción, la vida renaciendo siempre, siempre joven, de la muerte. Recordaba el gran arranque que había tenido, cuando para expiar sus faltas había querido sentar plaza, ser soldado, ir á batirse á la frontera. El mismo había dicho ocho días antes que aquella guerra era culpable é imbécil. Tal vez la Francia del plebiscito, al entregarse al emperador, no quería la guerra. Se discutía acerca de aquella candidatura de un príncipe alemán al trono de España; con la confusión que poco á poco se había ido apoderando de los espíritus, parecía que nadie tenía razón; tanto, que no se sabía de dónde había salido la provocación, y sólo quedaba en pie lo inevitable, la ley fatal, que á la hora señalada lanzaba á un pueblo contra otro. Pero un escalofrío había recorrido todo París; recordaba la noche tumultuosa, los bouleva-

res atestados de gentes entusiasmadas que recorrían en grupos con antorchas encendidas gritando: ¡A Berlín! ¡á Berlín! Delante del ayuntamiento, aún veía subida sobre el pescante de un coche á una hermosa mujer, con el perfil de reina, envuelta en los pliegues de una bandera, cantando la *Marsellesa.* ¿Era acaso embustero y no había latido el corazón de París? Y luego, como ocurría siempre, después de aquella excitación nerviosa, venían los momentos de duda horrible y de disgusto; su llegada al cuartel, el sargento que le había recibido, el cabo que le había hecho vestir, el dormitorio apestado de mugre. la sociedad grosera con sus nuevos compañeros, el ejercicio mecánico que le aniquilaba los miembros y le abrumaba el cerebro. En menos de una semana se acostumbró á aquella vida que ya no le repugnaba y volvió á entusiasmarse cuando el regimiento emprendió la marcha hacia Belfort.

Desde los primeros días Mauricio habia creído en la seguridad de la victoria. A su modo de ver, el plan del emperador era muy claro; echar cuatrocientos mil hombres sobre el Rhin, pasar el río antes que los prusianos estuviesen preparados, separar la Alemania del Norte de la del Sur y, gracias á algun éxito brillante, obligar á Austria é Italia á unirse á Francia. ¿No había circulado el rumor de que el séptimo cuerpo de ejército, del que formaba parte su regimiento, debía embarcarse en Brest para desembarcar en Dinamarca y operar de tal modo, que Prusia se vería obligada á inmovilizar uno de sus ejércitos? Iba á ser sorprendida, aplastada en todas partes, destrozada por completo y destrozada

en algunas semanas. Todo se reducía á un paseo militar desde Straburgo á Berlín. Pero desde que se detuvo en Belfort, la inquietud le atormentaba. El séptimo cuerpo de ejército, encargado de vigilar el boquete de la Selva Negra, había llegado en una confusión lamentable, faltándole todo, incompleto. Se aguardaba de Italia la tercera división; la segunda brigada de caballería estaba en Lyón por temor á que estallara un movimiento popular, y tres baterías se habían extraviado, sin saber por donde. Además había una penuria extraordinaria; los almacenes de Belfort, que debían proveer de todo al ejército estaban vacíos: ni fajas de franela, ni cantinas médicas, ni forjas, ni cabezales para los caballos. Ni un sanitario, ni un obrero de administración militar. A última hora se acababa de notar que faltaban 30,000 piezas de recambio para el servicio de los fusiles y había sido preciso enviar á París un oficial que trajo unas 5,000, arrancadas no sin trabajo. Por otra parte, lo que le angustiaba era la inacción. Hacía dos semanas que se encontraban allí. ¿Por qué no iban adelante? Comprendía muy bien que cada día de retraso era una falta irreparable, la pérdida de una victoria, y ante el plan soñado se presentaba la realidad de la ejecución, lo que debía saber más tarde y ahora ignoraba: los siete cuerpos de ejército escalonados, diseminados á lo largo de la frontera desde Metz á Bitche y de Bitche á Belfort; los cuadros incompletos; los cuatrocientos treinta mil hombres reducidos á doscientos treinta mil; los generales envidiándose y decididos á ganarse cada uno el grado de capitán gene-

ral, sin ayudar á los vecinos: la más espantosa imprevisión, la movilización y la concentración hechas de golpe y porrazo para ganar tiempo y que terminaban en un laberinto inexplicable; la parálisis lenta, que procedía de arriba, del emperador enfermo, incapaz de adoptar una solución rápida, y que iba á apoderarse de todo el ejército, desorganizarle, aniquilarle, lanzarle á los mayores desastres, sin que pudiera defenderse. Y sin embargo, en medio de aquel malestar sordo del que aguarda, con el escalofrío instintivo de lo que iba á suceder, la certidumbre de la victoria quedaba siempre.

Bruscamente, el 3 de Agosto, habíase extendido la noticia de la victoria de Sarrebruk, ganada la víspera.

Gran victoria, aunque no se sabía á punto fijo. Pero los periódicos se desbordaban de entusiasmo; era la Alemania invadida, el primer paso de la gloriosa marcha, y el príncipe imperial, que había recogido una bala con mucha sangre fría, en el campo de batalla, empezaba su leyenda. Luego, dos días después, cuando se supo la sorpresa y la derrota de Wissemburgo, un grito de rabia se había escapado de todos los pechos. Cinco mil hombres cogidos en una emboscada, que habían resistido durante diez horas á treinta y cinco mil prusianos, ¡eso pedía venganza! Los jefes tenían la culpa de todo aquello, se habían dejado sorprender, no habían previsto nada. Pero todo el daño iba á repararse. Mac-Mahon había llamado á la primera división del séptimo cuerpo de ejército; el primer cuerpo se vería apoyado por el quinto, los prusianos debían haber vuelto á pasar el Rhin, empujados por

las bayonetas de nuestros soldados, y la idea de que se habían batido furiosamente en aquel día, la esperanza de recibir noticias, toda la ansiedad generalizada, se ensanchaba á cada minuto bajo el inmenso cielo que palidecía.

Era lo que Mauricio repetía á Weiss:—¡Ah! con seguridad les han dado hoy una paliza á los prusianos.

Sin contestar, Weiss movió la cabeza. El también miraba hacia el Rhin, hacia aquel oriente, donde la noche había caído, como una muralla negra, sombreada por el misterio. Desde los últimos toques de corneta, un gran silencio se había apoderado del campamento, interrumpido apenas por los pasos de algunos soldados retrasados. Una luz acababa de encenderse, una estrella centelleante, en la sala de la casería donde velaba el estado mayor, aguardando los despachos que llegaban de hora en hora, algo oscuros todavía. Y el fuego de leña verde, abandonado ya, humeaba siempre, con humareda espesa, triste, que un viento ligero empujaba por encima de aquella casería, obscureciendo en el ciela las primeras estrellas.

—Una paliza,—acabó por repetir Weiss.—¡Dios le oiga!

Juan que continuaba sentado á algunos pasos de distancia, prestó atención; mientras que el teniente Rochas, que había oído las últimas palabras de Weiss, se paró para escuchar.

—¡Pues qué!—dijo Mauricio—¿no tiene usted plena confianza? ¿cree usted en la posibilidad de nuestra derrota?

Su cuñado le detuvo y todo tembloroso añadió:

—¡Una derrota! ¡Dios no lo quiera!... Sabe usted que he nacido en este país, que mis abuelos fueron asesinados por los cosacos en 1814, y cuando pienso en la invasión, recuerdo aquellos tiempos y me siento capaz de agarrar un fusil y hacer fuego como un soldado. ¡Una derrota! ¡no, no quiero creer en ella!

Se calmó y ya más sereno, apesadumbrado, añadió:

—Pero qué quiere usted, no estoy tranquilo... Yo conozco muy bien mi Alsacia; acabo de recorrerla para mis negocios y hemos visto nosotros lo que saltaba á la vista y lo que los generales no han querido ver. ¡Ah! la guerra con Prusia la deseábamos, la esperábamos desde hace mucho tiempo para saldar nuestras cuentas. Pero esto no nos impedía sostener buenas relaciones con nuestros vecinos de Baden y de Baviera; tenemos todos parientes ó amigos al otro lado del Rhin. Creíamos que, como nosotros, ellos también deseaban hacer bajar la cabeza á los orgullosos prusianos... y nosotros, tan prudentes, tan resueltos, estamos hace quince días llenos de zozobra, al ver que todo marcha de mal en peor. Desde que se ha declarado la guerra, se ha dejado á los hulanos aterrorizar las aldeas, reconocer el terreno, cortar los hilos telegráficos. Baden y Baviera se levantan en armas. En este momento crítico grandes masas de hombres recorren el Palatinado, las noticias que nos llegan de todas partes, de los mercados, de las ferias, nos demuestran que la frontera está amenazada y cuando los habitantes, los alcaldes, asustados al cabo, van á

contar lo que ocurre á los oficiales que pasan, éstos se encogen de hombros; visiones de gente asustadiza, el enemigo está aun muy lejos... Cuando no hubiera debido perderse una hora, pasan días y días sin hacer nada ¡qué! ¿aguardamos á que Alemania entera se nos eche encima?

Hablaba en voz baja, desesperanzado, como si hablara para sí mismo, cosas que tenía pensadas hace mucho tiempo.

—¡Ah! Alemania; la conozco muy bien; y lo malo, lo horrible es que vosotros parecéis ignorarla como si fuera la China... ¿Se acuerda usted, Mauricio, de mi Gunther, ese muchacho que vino á verme durante la primavera á Sedan? Es primo mío, por parte de mi madre, la suya es hermana de la mía, se casó en Rerlín. Y él, ya se conoce que es prusiano, odia á Francia de todo corazón. Hoy sirve con el grado de capitán en la guardia prusiana. Cuando se marchó fuí á despedirle, y recuerdo aún sus últimas palabras:—Si Francia nos declara la guerra, la derrotaremos.

En aquel momento, el teniente Rochas, que se había callado hasta entonces, se adelantó enfurecido. Tenía unos cincuenta años, y era un hombre alto, flacucho, con una cara larga, hundida, curtida, ahumada. Su enorme nariz encorvada, caía sobre una boca grande, que cubrían unos bigotazos grises. Se encolerizaba, y con voz de trueno, dijo:

—¿Pero qué demonios hace usted aquí? ¿Para qué viene usted á desanimar á nuestros soldados?

Juan, sin tomar parte en la discusión, comprendió que el teniente tenía razón. El, á pesar de que comenzaba á extrañarse de los retrasos y del des-

orden, jamás había dudado de que los prusianos iban á ganarse una soberana paliza. Debía suceder así, puesto que habían venido para eso.

—Pero, mi teniente, contestó Weiss un tanto desconcertado, no quiero desanimar á nadie, muy al contrario, quisiera que todo el mundo supiese lo que yo sé, porque lo mejor es saber, conocer, para poder evitar... Y mire usted, esa Alemania...

Continuó hablando, razonando, explicando sus temores; Prusia, aumentada después de Sadowa, el movimiento nacional que la colocaba á la cabeza de los demás Estados alemanes, todo aquel vasto imperio en embrión, rejuvenecido, entusiasmado, deseando conquistar su unidad; el sistema del servicio militar obligatorio, que ponía en pie de guerra la nación entera, instruída, disciplinada, provista de armamento potente, acostumbrada á la gran guerra, con los laureles frescos de la victoria rápida sobre el Austria: la inteligencia, la fuerza moral de aquel ejército, mandado por jefes jóvenes, obedeciendo á un generalísimo, que parecía renovar el arte de la guerra, con una prudencia y una previsión tan perfectas, dotado de un golpe de vista maravilloso. Y enfrente de aquella Alemania, Weiss se atrevió á colocar á Francia, el imperio envejecido, aclamando aún en el plebiscito, pero podrido en su base, que había debilitado la idea de la patria destruyendo la libertad, que se había hecho liberal demasiado tarde, lo que contribuirá á su ruina, próximo á derrumbarse, cuando no pudiese satisfacer los apetitos que había desencadenado; el ejército, sin duda alguna, era un ejército valiente,admirable, cargado aún con los laurelesconquistadosenCrimea

y en Italia, pero echado á perder con la sustitución por medio del dinero, que continuaba con sus rutinarias prácticas de la guerra de Africa, demasiado confiado en el éxito de la victoria para intentar el gran esfuerzo de la ciencia moderna: los generales, por último, medianos, envidiándose, algunos de una ignorancia supina, y á la cabeza, el emperador, enfermo, dudando, engañado y engañándose en la terrible aventura que comenzaba, donde todos se lanzaban á ciegas, sin preparación seria, en medio del atolondramiento de la desbandada de un rebaño llevado al matadero.

Rochas, aturdido, con los ojos desmesuradamente abiertos, escuchaba. Su enorme nariz se había arrugado. De pronto se echó á reir á carcajadas hasta desencajarse las mandíbulas.

—¿Qué nos cuenta usted? ¿qué quiere usted decir?

Esas son tonterías sin sentido común, no hay necesidad de romperse la cabeza para comprenderlas. ¡Vaya usted á contar eso á unos quintos, pero no á mí que llevo veintisiete años do servicio.

Se daba puñetazos en el pecho. Hijo de un albañil de Lemosín, nacido en París, repugnábale el oficio de su padre y se enganchó á los diez y ocho años. Soldado afortunado, cabo en Africa, sargento en Sebastopol, teniente en Solferino, había empleado quince años de vida ruda y de heróicos esfuerzos para conquistar el grado, pero tan falto de instrucción que nunca podía llegar á ser capitán.

—Pero señor mío, usted que lo sabe todo, no sabe esto... Si en Mazagan tenía yo diez y nueve años y éramos ciento veintitres hombres, ni uno más, y

hubimos de sostenernos durante cuatro días contra doce mil árabes... Si durante muchos años, allá en Africa, en Mascara, en Biskra, en Dellys, más tarde en la gran Kábila, después en Langhonat, si hubiese usted estado con nosotros, hubiera visto á todos aquellos bandidos correr como liebres en cuanto asomábamos. ¡Y en Sebastopol! aquello fué durito. Tempestades que erizaban los pelos, un frío de lobo, siempre alertas y después aquellos salvajes que hicieron volar todo, lo que no nos impidió hacerlos saltar y con música, en la gran sartén. ¡Y en Solferino! ¡no estaba usted allí! ¿entonces, por qué habla usted? En Solferino, donde hizo tanto calor y eso que cayó allí más agua de la que usted puede ver en toda su vida. En Solferino, la gran paliza á los austriacos; había que verlos delante de nuestras bayonetas, correr, empujarse para correr más, como alma que lleva el diablo.

Estallaba de gusto. Toda la alegría militar francesa rebosaba en aquella risa francota. Era la leyenda del soldado francés recorriendo el mundo con su mujer y su botella; la conquista de la tierra hecha cantando. Un cabo y cuatro soldados y ejércitos inmensos caían á tierra.

De repente gruñó:

—Derrotada, Francia derrotada... Esos canallas de prusianos van á pegarnos ¡á nosotros! ¡á nosotros!

Se acercó, cogió á Weiss por la solapa:—Escuche usted, caballero. Si los prusianos se atreven á venir, los echaremos de oquí á puntapies; á puntapies, lo oye usted bien, á puntapies hasta Berlín.

Weiss, atontado, casi convencido, se apresuró á

declarar que era eso lo que deseaba, y Mauricio, que estaba callado, no atreviéndose á interrumpir á su superior, acabó por echarse á reir, y Juan, con movimientos de cabeza, había ido aprobando todas las declaraciones del teniente. El también había estado en Solferino, donde había llovido tanto, y lo que había dicho el teniente era la pura verdad. Si todos los jefes hubiesen hablado así, poco hubiera importado que faltasen víveres en algunas ocasiones.

Ya era completamente de noche y Rochas continuaba agitando sus largos brazos mientras hablaba entusiasmado. Sólo había leído, por casualidad, un libro en el que cantaban los hechos gloriosos de Napoleón I, y no podía tranquilizarse, lanzando al aire, impetuosamente, toda su ciencia militar.

¡El Austria derrotada en Castiglione, en Marengo, en Austerlitz, en Wagran! ¡Prusia derrotada en Eylau, en Jena, en Lutzen! ¡Rusia derrotada en Friedland, en Smolensk, en Moscowa! ¡Derrotadas todas las naciones, en todas partes, y hoy nos iban á derrotar! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Había cambiado el mundo, acaso?

Se creció aún más, y levantando su brazo como si fuera un asta de bandera, continuó:

—Mire usted, hoy se han batido allá, se aguardan noticias de un momento á otro. Pues bien, las noticias voy á dárselas á usted yo mismo. Han pegado á los prusianos una paliza soberana, tan soberana que no han quedado rastros de ellos.

Bajo el cielo sombrío vibró entonces un gemido doloroso. ¿Era la queja de un ave nocturna, ó una voz misteriosa, llegada de lejos y preñada de lá-

grimas? Todo el campamento envuelto en tinieblas sintió un tremendo escalofrío, y la ansiedad aumentada por la falta de noticias, creció de modo indecible. A lo lejos, en la casería, alumbrando la velada del estado mayor, la bujía brillaba y ardía más alta, con una llama recta é inmóvil como la de un cirio.

Dieron las diez; Gaude surgió del suelo, negro como un fantasma y tocó á silencio. Los otros cornetas repitieron el toque, que fué apagándose lentamente y perdiéndose en la inmensidad de la noche. Weiss, que se había retrasado mucho, abrazó á Mauricio, dándole ánimos y prometiéndole dar noticias suyas á Enriqueta y al tío Fouchard. Entonces, cuando se marchaba, un rumor recorrió el campamento, agitándole. Era la noticia de una gran victoria que el mariscal Mac-Mahon acababa de ganar; el príncipe real de Prusia hecho prisionero con 25,000 hombres; el ejército enemigo destruído, rechazado, dejando en nuestro poder cañones é impedimenta.

—¡No podía ser otra cosa!—gritó Rochas con voz de trueno.

Y después, siguiendo á Weiss que se retiraba, añadió:—¡A patadas, caballeros, á patadas los llevaremos á Berlín!

Un cuarto de hora más tarde, otro telegrama decía que el ejército había tenido que abandonar á Wœrth y se batía en retirada. ¡Qué noche! Rochas, rendido de sueño, acababa de envolverse en una manta y dormía sobre el suelo, como le ocurría á menudo. Mauricio y Juan se habían metido en la tienda de campaña, en la que ya se encontraban

Loubet, Chouteau, Pache y Lapoulle; cabían seis hombres en cada una apretándose un poco. Loubet había animado á sus compañeros, diciéndoles que al día siguiente habría pollo para el rancho, pero todos estaban tan cansados que muy pronto se durmieron. Un momento después Juan estuvo acostado, apretado contra Mauricio, sin moverse; á pesar del cansancio, tardaba en cogerle el sueño, preocupado con todo lo que había dicho Weiss de Alemania; comprendió que su compañero tampoco dormía, preocupado lo mismo que él. Después Mauricio hizo un movimiento y Juan comprendió que le molestaba. Entre el aldeano y el señorito, la enemistad, la repugnancia aumentaban y producían algo así como un malestar físico. Juan lo comprendía y esto le daba vergüenza, trataba de empequeñecerse para verse libre de aquel desprecio hostil que adivinaba. La noche había refrescado, pero dentro de la tienda se ahogaban tanto, que Mauricio dió un salto y fué á acostarse fuera. Juan, impresionado, durmió muy mal, preocupado y con el presentimiento de que había ocurrido alguna gran desgracia, allá á lo lejos.

Debieron de pasar muchas horas; todo el campamento, inmóvil, parecía aniquilarse bajo la opresión de la noche inmensa donde flotaba aún algo horrible, sin nombre. Del lago de sombras venían sobresaltos. Ahora eran ruidos que no se explicaban, el galope de un caballo, el chocar de un sable, la huída de algún hombre, todos los ordinarios rumores, que parecían más amenazadores. Pero de repente, cerca de las cantinas, apareció un gran resplandor, iluminándose todo el frente de las ban-

deras, se distinguieron los pabellones de armas, correctos, claros, donde brillaban reflejos rojos parecidos á chorros de sangre fresca y los centinelas sombríos destacaron sus siluetas en aquel repentino incendio. ¿Era el enemigo anunciado por los jefes há ya dos días y que habían ido á buscar de Belfort á Mulhouse? Luego hubo una explosión de chispas y la llamarada se apagó. Era el montón de leña verde que tanto había hecho soplar á Lapoulle, que después de haberse consumido durante muchas horas, había ardido para apagarse.

Juan, asustado por aquella claridad, salió á su vez de la tienda y estuvo á punto de tropezar con Mauricio. Ya habían desaparecido los reflejos y los dos hombres quedaron tendidos en tierra á algunos pasos de distancia. No tenían enfrente de ellos, en la noche obscura, más que la ventana donde velaba el Estado Mayor. ¿Qué hora era? Las dos, tal vez las tres. Allí, el Estado Mayor no se había acostado. Se oía la voz chillona del general Bourgain Desfeuilles, molestado por aquella noche de vela, que procuraba pasar bebiendo sendos tragos, fumando y charlando. Llegaban nuevos telegramas, las cosas debían ir de mal en peor, las sombras de las estafetas galopaban alocadas, casi invisibles. Hubo ruido de pasos, juramentos, como un grito ahogado de muerte, seguido de un horrible silencio. Pues qué ¿era aquello el acabóse? Un soplo helado había pasado sobre el campamento, aniquilado por el sueño y el cansancio.

Entonces fué cuando Juan y Mauricio reconocieron al coronel Vineuil, que pasaba rápidamente. Debía hallarse con el comandante Bouroche, un

hombre grueso con cabeza de león. Los dos cambiaban sus impresiones con palabras incompletas; murmuradas, como las que se oyen en sueños.

Viene de Basilea... nuestra primera división ha quedado destruída, doce horas de combate, todo el ejército está en retirada.

La sombra del coronel se paró, llamó á otra sombra que marchaba ligera, fina y correcta.

—¿Es usted, Beaudoin?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah! mi buen amigo. Mac Mahon derrotado, en Froeschwiller, Frossard derrotado en Spickeren, Failly sin poderse mover, inútil entre los dos... En Froeschwiller, un solo cuerpo contra todo un ejército; se han hecho prodigios, pero todo inútil, la derrota, el pánico, Francia abierta al enemigo.

Las lágrimas le ahogaban, las palabras se perdieron y las tres sombras desaparecieron.

Mauricio, sobresaltado, se puso de pie.

—¡Dios mío!—murmuró.

Y no supo decir más, mientras que Juan murmuraba:

—¡Qué suerte más desgraciada!... Ese señor, su pariente de usted, estaba en lo cierto, cuando decía que eran mucho más que nosotros.

Mauricio tenía ganas de estrangularle. Los prusianos más fuertes que los franceses, eso era precisamente lo que le dolía.

—No importa,—añadió Juan,—aunque nos han dado una paliza, se la devolveremos.

Pero vieron delante de ellos un cuerpo largo, inmóvil. Reconocieron al teniente Rochas envuelto en su manta, y á quien habían despertado los rui-

dos errantes. La noticia de la derrota le había despertado. Preguntó, quería conocer el desastre en todos sus detalles.

Cuando comprendió la magnitud del daño, un estupor inmenso se pintó en sus ojos de niño:

—¡Derrotados! ¡completamente derrotados! ¿cómo? ¿por qué?

Aquel desastre era el que llenaba de angustia los corazones en aquella fúnebre noche. Ahora, en el Oriente, el día comenzaba á blanquear, un día triste, de una tristeza infinita; sobre las tiendas adormecidas, en una de las cuales se comenzaba á distinguir las caras de Loubet, de Lapoulle, de Chouteau y de Pache, que seguían roncando con la boca abierta. Una aurora de duelo se levantaba entre las nieblas de color de humo, que subían lentamente del lejano río.

II

A las ocho, el sol rasgó las pesadas nubes y un ardiente y espléndido domingo resplandeció sobre Mulhouse, en medio de la vasta y fértil llanura. Desde el campamento, despierto, rebosando vida, se oían las campanas de todas las parroquias, cuyos sonidos llegaban claros y distintos. Aquel hermoso domingo, de horrible catástrofe, tenía su alegría, su cielo brillante de los días de fiesta.

Gaude tocó á provisiones y Loubet estaba asombrado. ¿Qué ocurría? ¿Era acaso el pollo que había prometido la víspera á Lapoulle? Nacido en el barrio de los mercados, en la calle de la Cossonnerie, hijo del acaso, enganchado en el ejército, por los

cuartos, como decía él, después de haber probado toda clase de oficios, era el cocinero de la escuadra, siempre alerta para recoger lo que cayese á mano. Se fué á buscar algo, mientras que Chouteau, el artista, el pintor de puertas y ventanas de Montmartre, buen mozo y revolucionario, renegando de su suerte por haber sido llamado al ejército después de haber cumplido, se burlaba de Pache, á quien había sorprendido rezando de rodillas detrás de la tienda de campaña.—Hombre, le decía. —¿Por qué no pides al cielo que te envíe una renta de cien mil pesetas? Pero Pache, recién llegado de una aldea de la Picardía, flacucho, enjuto, de cabeza puntiaguda, dejaba que se burlasen de él con la resignación muda de los mártires. Era el que sufría todos los golpes de la escuadra, en compañía de Lapoulle el coloso, el bruto nacido en las charcas de la Sologne, tan ignorante, que el día que llegó al regimiento quiso ver al rey. A pesar de que la noticia del desastre de Frœschviller circulaba desde el amanecer, los cuatros hombres se reían y hacían sus habituales faenas con la indiferencia de una máquina.

Pero en aquel momento recibieron una alegre sorpresa. Era Juan, el cabo, el cual, acompañado de Mauricio, volvía de las provisiones con una carga de leña. Por fin, se distribuyó la leña, que las tropas habían aguardado inútilmente la víspera para hacer el rancho. ¡Doce horas de retraso!

—¡Bien por la administración militar!—dijo Chouteau.

—Poco importa; ya la tenemos. Ahora veréis

qué rancho voy á hacer. ¡Os vais á chupar los dedos!

Tenia por costumbre hacer el rancho y se lo agradecian, porque guisaba muy bien, pero cuando entraba en faenas, mareaba á Lapoulle dándole órdenes.

—Ve á buscar el champagne. Tráeme las trufas.

Aquella mañana tuvo una idea feliz, de pilluelo parisiense, para burlarse de Lapoulle.

—Menéate, hombre, dame el pollo.

—¿Dónde está el pollo?

—Ahí, hombre, á tu lado... El pollo que te he prometido, el pollo que acaba de traer el cabo, y señalaba una piedra blanca que tenía á sus pies.

Lapoulle, sin saber lo que hacía, cogió la piedra y empezó á darla vueltas.

—¡Demonio! ¿quiéres lavar el pollo?... Todavía... Lávale las patas... Lávale el cuello... ¡Con mucha agua, holgazán!

Y para terminar la broma, con la alegría que le infundía la esperanza de un buen rancho, echó al puchero, con la carne, el pollo, es decir, la piedra, que había lavado Lapoulle.

—¡Ya está! Vaya un gusto que va á dar al caldo. ¿Con que, no conocías esto? Ya verás, animal, como te vas á rechupar los dedos. Te voy á dar la pechuga ¡ya verás qué tierna está!

La escuadra entera se desternillaba de risa al ver á Lapoulle, el cual se relamía de gusto, y cuando el fuego empezó á arder, bajo aquel cielo hermoso, cuando el agua comenzó á hervir, todos los soldades, alegres, rodeando el puchero, seguían con atención todas las peripecias, saboreando de

antemano aquel manjar. Tenían hambre canina, y desde la víspera la idea de comer, de comer algo caliente, era su única preocupación. Estaban cansados y había que llenar el estómago; las fogatas ardían y los pucheros despedían un olor muy grato y se llenaban de alegría los corazones, con una alegría voraz, en medio del repiqueteo de las campanas que llegaba desde Mulhouse.

Pero al ir á dar las nueve, se agitó el campamento, los oficiales corrieron en todas direcciones, y el teniente Rochas, á quien el capitán Beaudoin acababa de dar una orden, pasó por delante de las tiendas de su sección.

—¡Vamos! Recogedlo todo, empaquetadlo, ¡nos vamos!

—¿Y el rancho?

—Otro día se comerá. Marchamos en seguida.

La corneta de Gaude se dejó oir. Fué una consternación general, una cólera sorda. Marcharse sin aguardar una hora hasta que estuviese la comida. La escuadra quiso tomar el caldo, pero era agua caliente y la carne sin cocer, se resistía, parecía cuero entre los dientes. Chouteau gruñó algunas palabras de rabia. Juan tuvo que intervenir para acelerar los preparativos de marcha. ¿Qué ocurría para largarse de ese modo, atropellándolo todo, sin dar tiempo para comer á los soldados extenuados?

En aquel instante dijeron delante de Mauricio que aquella marcha precipitada obedecía á que se habían dada órdenes para salir al encuentro de los prusianos, para vengar el desastre de Fœschviller.

En menos de un cuarto de hora se había levan-

tado el campamento, las tiendas de campaña, dobladas y atadas, dejaron la planicie limpia, solo quedaban señales de que allí habían acampado hombres, por las hogueras que iban apagándose lentamente.

Habían existido graves razones para que el general Douay se decidiese á emprender inmediatamente la retirada. El telegrama del subgobernador de Schelestadt, recibido tres días antes, se confirmaba, pues telegrafiaban que se habían visto los fuegos de los prusianos que amenazafan Markolsheim, y por otro conducto un despacho anunciaba que un cuerpo de ejército enemigo pasaba el Rhin por Huningue. Llegaban detalles abundantes, precisos; la caballería y la artillería habían sido vistas, las tropas en marcha que se dirigían por todas partes al punto señalado para concentrarse. Si se perdía una hora en levantar el campamento, la retirada quedaba cortada sobre Belfort. Con la noticia recibida de la derrota, después de los desastres de Wissemburgo y Frœschviller, el general aislado, perdido en la vanguardia, no tenía más remedio que replegarse á toda prisa, con tanto mayor motivo cuanto que por las noticias recibidas durante la mañana, la situación continuaba agravándose.

El Estado Mayor había salido el primero al trote, haciendo correr los caballos por temor de que los enemigos se adelantasen, y de encontrarlos ya en Altkirch. El general Bourgain-Desfeuilles, que preveía una dura etapa, había tenido la precaución de atravesar Mulhouse para almorzar opíparamente, aunque lamentándose de aquella atropellada retirada, y Mulhouse, al ver pasar á los oficiales,

estaba consternado. Los vecinos, al anuncio de la retirada de las tropas, salían de sus casas lamentándose de aquella brusca marcha del ejército, cuya llegada habían implorado; los abandonaban, pues, sin remedio, y las riquezas acumuladas en la estación iban á caer en poder del enemigo, y la ciudad sería aquella misma noche una ciudad conquistada.

Además, en los caminos, en los campos, los vecinos de las aldeas, de las casas aisladas, salían á las puertas asustados y sin saber qué pensar de todo cuanto ocurría. ¡Pues qué! ¿Aquellos regimientos que habían visto pasar la víspera para batirse, se replegaban ya, huían sin haber combatido? Los jefes estaban sombríos, espoleaban sus caballos sin querer contestar á las preguntas que les dirigían, como si les persiguiese la desgracia. ¿Era, pues, cierto que los prusianos acababan de aplastar al ejército, y que corrían por todas partes como la inundación de un río? Y ya en el aniquilamiento de aquellos instantes supremos, los pueblos, sobrecogidos por el pánico creciente, creían oir el lejano ruido de la invasión que crecía y aumentaba á cada instante y las carretas se llenaban de muebles, las casas se vaciaban, las familias se escapaban en largas hileras por los caminos, espantadas por aquel inmenso é imprevisto desastre.

En la confusión de la retirada, á lo largo del canal del Ródano al Rhin, cerca del puente, el 106° de línea tuvo que detenerse en el primer kilómetro de la etapa. Las órdenes de marcha, mal dadas y peor ejecutadas, habían acumulado allí toda la se

gunda división y el paso era tan estrecho, que el desfile se eternizaba.

Transcurrieron dos horas, el 106° aguardaba, siempre inmóvil, ante el interminable oleaje que pasaba delante de él. Los hombres de pie, bajo el ardiente sol, con la mochila en la espalda, el arma al brazo, acababan por impacientarse.

—Parece que somos de la retaguardia,—dijo la voz guasona de Loubet.

Pero Chouteau se encolerizó.

—Esto es para burlarse de nosotros, nos dejan asar. Eramos los primeros, y debíamos haber pasado.

Y como del otro lado del canal, por la vasta llanura fértil, por los caminos rectos, entre los trigos maduros, se daban cuenta exacta del movimiento de las tropas, que volvían andar lo recorrido la víspera, se oyeron palabras burlonas, pero de burla furiosa.

—¡Ah! Nos paseamos,—dijo Chouteau. Vaya un modo de ir á buscar el enemigo de que nos vienen hablando hace días, hasta dejarnos sordos. Llegamos y luego echamos á correr sin tener tiempo para tomar un bocado.

El descontento aumentaba, y Mauricio, que se hallaba cerca de Chouteau, asentía á cuanto decía. Puesto que estaban parados durante dos horas ¿por qué no los habían dejado comer el rancho? El hambre volvía á hacerles sufrir horriblemente; el recuerdo del rancho tirado al suelo, crudo, llenábalos de rencor hacia sus jefes y no comprendían por qué les habían hecho salir tan precipitadamente, sin darles tiempo de reponer sus estómagos. ¡Vaya unos jefes!

Pero el teniente Rochas amonestó al sargento Sapin, á quien culpaba de la insubordinación de los soldados. Atraído por el ruido, el capitán Beaudoin se acercó:

—¡Silencio en las filas!—dijo.

Juan, callado, como soldado viejo de Italia, acostumbrado á la disciplina, miraba á Mauricio, á quien la charla violenta y de mal género de Chouteau parecía entretener, y extrañaba que un señorito, tan instruído, pudiese aprobar tales palabras, que aunque contuviesen un gran fondo de verdad, no debían pronunciarse. Si cada soldado empezaba á criticar á los jefes y á dar su opinión, no irían muy lejos, seguramente.

Después de una hora de espera, el 106° recibió la orden de marcha, pero como el puente estaba aún ocupado por la retaguardia de la división, se produjo un desorden espantoso. Mezcláronse algunos regimientos, desfilaron compañías enteras, arrastradas, empujadas, mientras que otras, rechazadas á la linde del camino, tuvieron que marcar el paso, y para completar la confusión, un escuadrón de caballería se empeñó en pasar, empujando, atropellándolo todo, obligando á los rezagados que la infantería sembraba, á refugiarse en los campos que bordeaban el camino. Al cabó de una hora de marcha, los soldados, desbandados, se arrastraban penosamente.

De este modo, Juan se encontró á retaguardia, aislado, en un camino bajo, con su escuadra, á la que no había querido abandonar. El 106° había desaparecido, no se veía ni un oficial ni un soldado de la compañía. Sólo quedaban allí soldados desperdi-

gados, una barahunda de desconocidos, cansados, reventados, molidos desde el comienzo de la etapa, marchando cada cual á su antojo por las veredas. El sol caía á plomo y hacía mucho calor, y la mochila aumentaba con el complicado material de campaña, que abultaba sus proporciones, pesaba extraordinariamente sobre aquellas espaldas. Muchos no se habían acostumbrado á llevarla, y solamente con el peso del capote de campaña, semejante á gruesa chapa de plomo, se sentían muy molestos. De pronto, un soldado pequeño, pálido, con los ojos hinchados, se detuvo, tiró su mochila á una zanja, lanzando á la vez un enorme suspiro, el suspiro de un hombre que agonizaba y vuelve á la existencia.

—Ese está en lo cierto,—murmuró Chouteau.

Sin embargo, continuó la caminata, doblegado bajo el peso que llevaba; pero otros dos hombres tiraron al poco rato lo que tanto les cansaba y ya no pudo contenerse.

—¡Fuera lo que estorba!—dijo, y á su vez tiró á la zanja su mochila.—¡Gracias á Dios,—decía,—veinticinco kilos sobre mis riñones! ¡Pues ni que fuéramos burros de carga para arrastrar tanto peso!

En seguida Loubet le imitó y obligó á Lapoulle á hacer lo propio. Pache, que se santiguaba delante de las cruces que encontraba en el camino, desató la carga con cuidado y la colocó contra un muro, como si tuviera que volver á recogerla.

Sólo quedaba Mauricio, cuando al volverse Juan y ver á sus hombres de aquel modo, les dijo:

—¡Recojed vuestras mochilas! pues si no yo pagaré el pato.

Pero los hombres sin sublevarse, mudos, de mal talante, seguían andando y empujando al cabo delante de ellos en aquel estrecho camino.

—¿Quieren recoger lo que han tirado ó daré parte por escrito?

Aquello fué como un latigazo para Mauricio. Dar parte por escrito ¡aquel brutazo de patán! porque unos desgraciados que no podían más, con los músculos destrozados ya, soltaban su pesada carga. Y en un momento de rabia imitó á sus compañeros echando su mochila á tierra, al mismo tiempo que desafiaba al cabo con la mirada.

—Bueno va,—dijo Juan con calma comprendiendo, que no podía luchar. Esta noche ajustaremos las cuentas.

Mauricio sufría enormemente de los pies. Aquellos zapatos gruesos á que no estaba acostumbrado, le habían puesto los pies en carne viva. Era delicado de salud y conservaba aun en la espalda la herida que le había causado la mochilla, que le hacía sufrir mucho, á pesar de haberse quitado aquel enorme peso de encima, y el fusil, que no sabía como llevar, bastaba para cansarle. Pero su angustia se veía aumentada por una agonía moral, en una de esas crisis desesperantes á las que estaba sujeto.

Bruscamente, sin resistencia posible, asistía á la ruina de su voluntad, volvía á sus malos instintos, á ese abandono de su persona, que después le hacía llorar de vergüenza.

Sus faltas en París no habían sido más que locuras del *otro*, como el decía, del muchacho débil, á las que se doblegaba su naturaleza en las horas de

cobardía en que se sentía capaz de cometer las mayores villanías. Desde que arrastraba su cuerpo bajo aquel sol de justicia, en aquella retirada que parecía una derrota, se había convertido en una bestia más de aquella manada dispersa, desbandada, que iba sembrando hombres por el camino. Era la influencia de la derrota, del trueno que había estallado muy lejos, á algunas leguas, y cuyo eco perdido aguijoneaba á aquellos hombres, aniquilados por el pánico, que huían sin haber visto al enemigo. ¿Qué se aguardaba á aquella hora? ¿No había acabado todo?

Habíanlos derrotado y no les quedaba más recurso que tumbarse y morir.

—¡Caramba!—dijo en voz alta Loubet con su sonrisa de pilluelo,—pues por aquí no vamos á Berlín.

¡A Berlín, á Berlín! Mauricio recordó aquel grito aullado por el gentío aquel que hormigueaba durante la noche de loco entusiasmo en los boulevares de París; noche durante la cual se decidió á sentar plaza. Las cosas habían cambiado completamente cual si hubiesen estado sujetas á la influencia de un viento de tempestad, y todo el temperamento de la raza se hallaba compendiado en aquella excesiva confianza que se convertía bruscamente, con los primeros desastres, en total decaimiento, como lo demostraban aquellos soldados errantes, vencidos y dispersos sin haber combatido.

—¡Pues no me fastidia poco este chisme!—añadió Loubet cambiando de brazo su fusil,—¡vaya un chirimbolo para ir de paseo!

Y aludiendo á lo que había percibido como sustituto añadió:

—¡Caramba, mil quinientas pesetas por hacer este oficio; no se ha dejado robar el que me las ha pagado!... Y con qué tranquilidad fumará sentado en una butaca el ricachón que me ha comprado y que me ha enviado aquí para que me rompan el bautismo!

—¡Yo—gritó Chouteau—ya había cumplido y me iba á marchar á casa. ¡Francamente, no he tenido mucha suerte al venir á parar aquí!

Movía su fusil con rabia. Después le lanzó con violencia por encima de una valla, diciendo:

—¡Anda, vete á paseo!

El fusil dió un par de vueltas en el aire, y fué á caer en un surco donde quedó largo é inmóvil, semejante á un muerto. Otros fusiles le siguieron. El campo se llenó en seguida de armas que yacían sobre él, con una tristeza aumentada por el abandono, bajo aquel sol abrumador. Fué una locura epidémica, el hambre que atormentaba los estómagos, el calzado que hería los pies, aquella marcha que hacía sufrir tanto, la derrota improvista que amenazaba á retaguardia. Ya no había que esperar nada bueno; los jefes les abandonaban, la administración militar no les daba de comer, el cansancio, el aburrimiento, el deseo de acabar en seguida, antes de haber principiado. Entonces ¿para qué servía? El fusil podía ir á reunirse con la mochila, y en un momento de rabia imbécil, en medio de carcajadas parecidas á las de locos que se divierten, los fusiles empezaron á volar por el aire imitando los últimos á los primeros rezagados, esparcidos á lo lejos en el campo.

Loubet, antes de soltar el suyo, hizo con él un

molinete, como si fuera el bastón de un tambor mayor; Lapoulle, al ver á sus compañeros tirar las armas, debió creer que aquello formaba parte de la maniobra y los imitó. Pero Pache, con la confusa conciencia del deber, efecto de su educación religiosa, se negó á tirar el suyo á pesar de los insultos de Chouteau, que le llamaba sacristán.

—¡Vaya un muñeco! Porque su aldeanaza de madre le ha hecho comulgar todos los domingos... vete á ayudar á misa... ¡es una cobardía no imitar á los compañeros!

Mauricio marchaba silencioso, con la cabeza caída, bajo aquel cielo de fuego.

Y no avanzaba más, porque se hallaba influído por una pesadilla atroz, causado, alucinado por fantasmas, como si marchara á un precipicio que veía allá á lo lejos delante de él: era el abatimiento de toda su cultura de hombre instruído, una humillación que le arrastraba á la bajeza de los miserables que le rodeaban.

—¡Mire, usted tiene razón!—dijo bruscamente á Chouteau.

Mauricio había dejado ya su fusil sobre un montón de piedras, cuando Juan, que intentaba en vano oponerse á aquel abandono inaudito de las armas, le vió y se acercó á él.

—Coja usted su fusil inmediatamente, ¿lo oye usted? inmediatamente.

Una oleada de cólera terrible había enrojecido el rostro de Juan. Él, tan templado siempre, acostumbrado á conciliarlo todo, tenía los ojos inyectados y hablaba con voz de trueno. Los soldados que no le habían visto nunca así, se pararon sorprendidos.

—¡Coja usted en seguida su fusil ó tendrá que entendérselas conmigo!

Mauricio, estremecido, sólo pronunció una palabra para ultrajarle.

—¡Aldeano!

—Sí, eso es; soy un aldeano, mientras que usted es un señorito... Por eso mismo es usted un cochino, se lo digo á usted cara á cara.

Hubo algunas protestas, pero el cabo continuó con extraordinaria animación:

—Cuando un hombre tiene instrucción lo demuestra. Si somos aldeanos y brutos debiera usted darnos ejemplo, puesto que sabe usted más que nosotros... Coja usted su fusil ó hago que le fusilen al llegar.

Domado Mauricio, había recogido el fusil. Lágrimas de rabia se escapaban de sus ojos. Continuó la marcha tambaleándose como un borracho, entre los camaradas que ahora se burlaban de él porque había cedido. ¡Ah! ¡cuánto odiaba á Juan después de haber recibido aquella dura lección cuya justicia comprendía! y como Chouteau gruñía que á los cabos de esa clase se les ajustaban las cuentas un día de batalla, metiéndoles un balazo dentro de la cabeza, se figuró ya que estaba matando á Juan detrás de algún muro.

Un incidente vino á cambiar el orden de sus ideas. Loubet notó que Pache, durante la reyerta, había abandonado también su fusil, suavemente, dejándolo al pie de un terraplén. ¿Con qué objeto? No trató de explicarlo; se reía de aquella ocurrencia, un poco avergonzado, como un chicuelo bueno á quien echan en cara su primer pecadillo. Muy

alegre, rehecho un tanto, siguió andando con las manos libres y por aquellos interminables caminos alumbrados por el sol, entre los higos maduros y los plantíos de lúpulos que se sucedían siempre iguales, la desbandada continuó; pues los rezagados, sin mochilas y sin fusiles, no eran más que un tropel de hombres extraviados, perdidos; una mezcla de pillos y de mendigos, al acercarse los cuales se cerraban todas las puertas de los pueblos por donde pasaban.

En aquel instante hubo un encuentro que acabó de encolerizar á Mauricio. Un sordo y continuo rumor llegaba de lejos: era la artillería de reserva que había salido la última, y cuya cabeza desembocaba de repente en el recodo del camino; los rezagados desbandados, sólo tuvieron tiempo de saltar las lindes y dejar el paso libre. Marchaba en columna y desfilaba al trote en orden correcto, todo el regimiento de seis baterías, el coronel en el centro, los oficiales en su puesto. Los cañones pasaban resonantes, á intervalos iguales, acompañado cada uno de su carro, de seis caballos y de sus hombres. Mauricio reconoció en la quinta batería el cañón de su primo Honorato.

El sargento estaba allí muy plantado sobre su caballo, á la izquierda del conductor delantero, un joven rubio, Adolfo, que montaba un caballo fuerte, un hermoso alazán admirablemente acoplado; mientras que entre los seis sirvientes de la pieza, sentados de dos en dos sobre los cajones, se encontraba en su sitio el artillero Luis, un muchacho moreno, el compañero de Adolfo, la pareja, como decían, según la regla establecida de aparejar un hombre de

á caballo con un hombre de á pie. Aparecieron á los ojos de Mauricio, que los había conocido en el campamento, más grandes; el cañón, arrastrado por sus cuatro caballos, que seguía el carro de municiones arrastrado por otros seis caballos, le pareció brillante como un sol, cuidado, limpio, querido de todo el mundo que le rodeaba, de los hombres y de los animales que marchaban á su lado como si formaran familias de valientes; pero Mauricio sufrió atrozmente al notar la mirada de desprecio que su primo Honorato lanzaba sobre los rezagados, asombrado de verle á él entre aquella manada de hombres desarmados. El desfile terminaba, el material de las baterías, los tiros, las forjas, y poco después, en una última oleada de polvo, pasaron los hombres y los caballos de recambio, que desaparecieron al trote largo en otro recodo del camino, en medio del ruido que poco á poco se perdía de cascos y ruedas.

—¡Vaya, vaya, bien se puede estar tieso cuando se va en coche!

El Estado Mayor había encontrado libre á Altkirch. Los prusianos no habían llegado aún y siempre con el temor de verlos aparecer de un momento á otro, el general Douay había querido continuar hasta el pueblo de Dannemarie, á donde las cabezas de las columnas habían llegado á las cinco de la tarde. Eran las ocho y la noche se echaba encima cuando apenas había empezado á establecerse el campamento, en la confusión de los regimientos reducidos á la mitad. Los hombres, extenuados, caían al suelo rendidos por el hambre y el cansancio. Hasta cerca de las diez de la noche fueron lle-

gando, buscando sus compañías y no encontrándolas, los soldados aislados, los pequeños grupos, toda aquella lamentable é interminable cola de soldados, estropeados y rebeldes, que el ejército había ido sembrando á lo largo de los caminos durante aquella marcha forzada.

Juan, tan pronto como encontró su regimiento, fué á buscar al teniente Rochas para darle el parte. Le encontró con el capitán Beaudoin que conferenciaba con el coronel; se hallaban los tres delante de la puerta de una taberna muy preocupados de los soldados que faltaban. A las primeras palabras que el cabo dirigió al teniente, el coronel Vineuil, que las había oído, hizo que se acercara, obligándole á que lo refiriera todo. Su larga cara amarilla, animada por unos ojos muy negros que hacían resaltar aun más los blancos cabellos y largos bigotes, expresó al oir el relato del cabo, una desolación muda.

—Mi coronel,—dijo el capitán Beaudoin sin aguardar á conocer la opinión de su jefe,—hay que fusilar á media docena de esos bandidos...

El teniente Rochas aprobaba la opinión del capitán moviendo la cabeza, pero el coronel hizo un gesto de impotencia.

—Son muchos... ¿cómo quieren ustedes fusilarlos? ¡son cerca de setecientos! ¿A quién vamos á fusilar entre tantos?... Además, ya saben ustedes que el general no quiere, pues dice que en Africa no ha castigado nunca á un soldado... No, no; no puedo hacer nada. Esto es horrible.

El capitán se atrevió á repetir:

—Esto es horrible... esto es el acabóse.

Juan se retiraba, cuando oyó al comandante Bouroche, á quien no había visto, de pie, delante de la taberna, murmurar palabras sueltas... ¿No hay disciplina, no hay castigos?, pues se acabó el ejército; antes de ocho días los jefes recibirán puntapiés de los soldados, mientras que si se hubiese fusilado en el acto á unos cuantos, los otros tal vez se hubiesen corregido.

Nadie fué castigado. Algunos oficiales de la retaguardia que escoltaban los carros del convoy, habían tenido la precaución de hacer recoger las mochilas y los fusiles á lo largo del camino y sólo faltaron unos cuantos; los soldados recibieron de nuevo el armamento al amanecer, furtivamente, para echar tierra al asunto. Se había dado orden de levantar el campamento á las cinco de la mañana: pero á las cuatro se despertó á los soldados y se precipitó la retirada sobre Belfort, ante el temor de que los prusianos se hallasen á dos ó tres leguas de distancia. Hubo que contentarse otra vez con galleta; las tropas estaban cansadas de aquella noche demasiada corta y febril, sin recibir nada caliente en el estómago. Nuevamente, aquella mañana, el orden de marcha se vió comprometido con tan precipitada salida.

Fué una jornada peor aún que la anterior, de una tristeza infinita. El aspecto del país cambió por completo: habían entrado en un país montañoso, los caminos subían y bajaban por pendientes plantadas de abetos y los estrechos valles, cuajados de plantas, florecían lucientes como el oro. Pero á través de aquellos campos brillantes, á favor del sol de Agosto, el pánico se extendía más alocado á ca-

da momento, desde la víspera. Un nuevo telegrama recomendando á los alcaldes previnieran á los habitantes la conveniencia de ocultar los objetos preciosos, acababa de llevar el espanto á su colmo. ¿El enemigo estaba allí? ¿Quedaría tiempo para salvarse? Y todos creían oir que aumentaba el ruido sordo de la invasión, ese ruido de río desbordado, que ahora en cada nueva aldea se agravaba con un nuevo espanto en medio de los clamores y de los lamentos.

Mauricio marchaba con paso de sonámbulo, los pies sangrando, los hombros aplastados por la mochila y el fusil. Ya no cavilaba, avanzaba con la pesadilla de lo que veía; y alrededor de él, la idea de burlarse de los compañeros había desaparecido, sólo veía á Juan á su izquierda, extenuado por el mismo cansancio y el mismo dolor. Aquellas aldeas que atravesaban ofrecían un aspecto doloroso, inspiraban una piedad que angustiaba los corazones. En cuanto asomaban las tropas que iban de retirada, aquella desbandada de soldados reventados y maltrechos, arrastrando las piernas, los habitantes todos se ponían en movimiento, preparándose para huir. ¡Ellos que estaban tan tranquilos quince días antes, toda aquella Alsacia que aguardaba la guerra con entera confianza, convencida de que se batirían en Alemania! ¡Y ahora, Francia estaba invadida y era en su país, alrededor de sus hogares, en sus campos, donde la tempestad estallaba, como uno de esos terribles huracanes de rayos y granizo que aniquila una provincia en dos horas. Delante de las puertas, en medio de una horrible confusión, los hombres cargaban los carros, amontonaban los

muebles, aun á riesgo de estropearlos todos. Arriba, por las ventanas, las mujeres tiraban el último colchón, sacaban la cuna que quedaba olvidada, ataban al niño dentro, y colocaban la cuna en lo alto de la carreta entre las patas de las sillas y mesas volcadas. En otra carreta, se ataba por detrás, contra un armario, al abuelo inválido, que se llevaban como un mueble más. Después se veía á los que no tenían carro, que amontonaban su mobiliario sobre una carretilla, y otros se alejaban con su ajuar debajo del brazo; algunos, sólo se habían acordado del reloj de pared, que apretaban contra su corazón, como si fuera un niño. No había medio de recogerlo, ni llevarlo todo; muebles abandonados, paquetes de ropa demasiado pesados, se dejaban á la orilla del río. Algunos, antes de abandonar sus casas, las cerraban cuidadosamente; las casas parecían muertas, con las ventanas y puertas cerradas, mientras que otros, la mayoría, con la prisa de abandonarlo todo, con la seguridad desoladora de que todo sería destruído, dejaban las viejas casas, las ventanas y puertas abiertas sobre el vacío de los cuartos desamueblados; y eran las más tristes, de una tristeza horrible de ciudad conquistada, despoblada por el miedo, aquellas pobres casitas, abiertas á todos los vientos, de donde habían huído hasta los gatos, con el presentimiento de lo que iba á suceder. En otras aldeas, el lamentable espectáculo aumentaba en tristeza, el número de gentes que huían era mayor cada vez, entre los atropellos crecientes, los lamentos, las lágrimas y los juramentos de rabiosa tristeza.

Mauricio, que andaba á lo largo de la carretera, sentía que la angustia le ahogaba. A medida que se acercaban á Belfort, la cola de los fugitivos se apretaba, formando un cortejo sin interrupción. ¡Ah! ¡las pobres gentes creían encontrar un asilo en los muros de la plaza! El hombre arreaba al caballo, la mujer seguía, arrastrando á los pequeñuelos. Familias enteras se apresuraban, dobladas bajo el peso de los fardos, desbandadas, los niños no podían seguirles, cegados por la blancura del camino que calentaba un sol de plomo. Muchos se habían quitado los zapatos y marchaban descalzos para correr más, y madres apenas vestidas, apresuraban el paso, dando de mamar á niños que lloraban. Las caras, asustadas, se volvían hacia atrás, hacían gestos como para cerrar el horizonte, en aquel ambiente de pánico, de terror, que enloquecía las cabezas, y en aquel aire que hacía flotar los vestidos, mal atados. Otros, aldeanos ricos, acompañados de todos sus criados, se lanzaban á campo atraviesa, empujando delante de ellos los rebaños sueltos, las ovejas, los bueyes, las vacas, los caballos, que habían sacado á estacazos de las cuadras y se dirigían á las alturas en demanda de las selvas desiertas, levantando el polvo de las grandes emigraciones, como cuando en otras ocasiones los pueblos invadidos cedían su puesto á los bárbaros conquistadores.

Iban á vivir bajo tiendas de campaña, en algún circo formado por las rocas solitarias, tan lejos de los caminos, que ningún soldado se atrevería á arriesgarse para llegar hasta ellos. Y las humaredas volantes que les acompañaban se perdían de-

trás de los bosques de abetos, con el ruido que producían los mujidos y los cascos del ganado, mientras que en la carretera, la oleada de carros y de peatones pasaba siempre molestando á las tropas, tan compacta en las cercanías de Belfort, con una fuerza tan irresistible de torrente desbordado, que fué preciso hacer alto algunas veces.

Durante una de aquellas paradas, Mauricio presenció una escena, cuyo recuerdo conservó como el de una bofetada recibida en pleno rostro.

A la orilla del camino se encontraba una casa aislada, la de un pobre aldeano, cuyas escasas tierras se extendían por detrás de ella.

Aquel hombre no había querido abandonar su hogar, sujeto á aquel suelo por profundas raíces, y como se quedaba allí, no pudiéndose alejar sin dejar trozos de su propia carne, veíasele en una salita baja, alicaído sobre un banco, mirando con ojos extraviados desfilar aquel ejército, cuya retirada íbale á hacer entregar el trigo maduro al enemigo. De pie y á su lado, se hallaba su mujer, joven aún, tenia un niño pequeño en brazos, mientras otro se agarraba á sus faldas; y los tres se lamentaban. Mas, de pronto, en el marco de la puerta, abierta con violencia, apareció la abuela, una mujer muy vieja, alta, delgada, con los brazos desnudos, parecidos á cuerdas nudosas, que movía furiosamente. Sus cabellos grises que se escapaban de la cofia, revoloteaban alrededor de su descarnada cabeza y tenía tal rabia, que las palabras que gritaba, se ahogaban en su garganta, incomprensibles, como en un hipo de agonía.

Al pronto los soldados se echaron á reir.

—¡Estará loca!—se dijeron.

Después llegaron á sus oídos algunas palabras; la vieja gritaba:

—¡Canallas! ¡bandidos! ¡cobardes! ¡cobardes!

Con voz cada vez más chillona, escupíales al rostro, lanzábales el insulto y hasta su cobardía á todo vuelo. Cesaron las risas, un escalofrío recorrió las filas. Los hombres bajaban la cabeza y miraban á otra parte.

—¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!

Bruscamente, pareció que aún aumentaba su estatura. Se encrespaba trágicamente, envuelta en un jirón de su vestido, trazando líneas con su largo brazo del Oeste al Este, con un gesto tan inmenso que parecía llegar al cielo.

—¡Cobardes! ¡el Rhin no está allí! ¡el Rhin está allá! ¡cobardes! ¡cobardes!

Por último, volvieron á emprender la marcha y Mauricio, cuya mirada se encontró en aquel momento con la de Juan, vió que los ojos de éste estaban preñados de gruesas lágrimas. Sintió un espasmo que aumentó su pesadumbre, al notar que hasta los brutos habían sentido la injuria que no merecían, pero que había que aguantar. Todo se desvaneció en su pobre cabeza dolorida; nunca pudo recordar cómo había acabado la etapa, aniquilado por los horribles padecimientos físicos y morales.

El 7.º cuerpo había empleado el día entero en recorrer los veintitres kilómetros que separan á Dannemarie de Belfort; y de nuevo la noche se venía encima; era muy tarde cuando las tropas pudieron instalar su campamento, bajo las murallas de la plaza, en el mismo sitio donde habían acampado

cuatro días antes, para marchar contra el enemigo. A pesar de lo avanzado de la hora y de la fatiga enorme, los soldados quisieron encender la lumbre y hacer el rancho. Desde la salida, era la primera vez que metían en el estómago algo caliente. Y alrededor de las hogueras, en la noche fresca, las caras se hundían en los platos, y los gruñidos de satisfacción empezaban á dejarse oir, cuando un rumor circuló, creció, estalló, llenando de asombro al campamento entero. Dos nuevos telegramas habían llegado en aquel momento: los prusianos no habían pasado el Rhin en Markolsheim y no quedaba uno solo en Huningue. El paso del Rhin en Markolsheim, el puente de barcas instalado á la luz de grandes focos eléctricos, todas aquellas noticias alarmantes, eran sencillamente una pesadilla, una alucinación del subprefecto de Schelestadt. Y en cuanto al cuerpo de ejército que amenazaba á Huningue, el famoso cuerpo de ejército de la Selva Negra, ante el cual temblaba Alsacia, sólo estaba compuesto de un ínfimo destacamento de wurtemburgueses, dos batallones y un escuadrón, cuya hábil táctica de marchas y contramarchas repetidas, y apariciones imprevistas y repentinas, había hecho creer que se trataba de un cuerpo de ejército de treinta á cuarenta mil hombres. ¡Y pensar que durante aquella mañana habían estado á punto de hacer volar el viaducto de Dannemarie! Veinte leguas de una región riquísima acababa de destrozarse, sin motivo alguno, por causa del más necio de los pánicos; y los soldados, al recordar lo que habían visto durante aquella lamentable jornada, los habitantes huyendo alocados, llevando sus

ganados al monte, la oleada de carros cargados de muebles corriendo hacia la ciudad, entre el rebaño de niños y de mujeres, se incomodaban.

—¡Ah, esto pasa de la raya!—decía Loubet, con la boca llena y moviendo su cuchara.—¿Era ese el enemigo con quien íbamos á pelear? ¡Pues si no había nadie!... Doce leguas para allá, doce leguas para acá, y sin encontrar una mosca delante de nosotros. ¿Y todo por qué? ¡Por haber tenido miedo!

Chouteau, que á la sazón fregaba su plato con fuerza, empezó á decir pestes contra los generales, sin nombrarlos.

—¡Vaya unas calabazas! ¡si serán burros! ¡vaya unas liebres que nos han tocado en suerte! ¿Si han echado á correr así cuando no había nadie, que hubieran hecho si se hubiesen encontrado con un verdadero ejército delante de sí?

Habían echado una nueva carga de leña al fuego que lanzó al aire una gran llamarada, y Lapoulle, que se calentaba tranquilamente las piernas, se echó á reir con una risa de idiota, sin comprender nada de lo que decían, hasta que Juan, que había empezado por hacerse el sordo, se atrevió á decir paternalmente:

—¡Eh, callarse! que si les oyen podrían castigarles.

El mismo, con su buen sentido, comprendía la torpeza de sus jefes. Pero era preciso hacerles respetar, y como Chouteau gruñía aún, le cortó la palabra.

—¡Cállese usted! Ahí viene el teniente; si tiene usted alguna queja... diríjase á él.

Mauricio, sentado aparte, había bajado la cabeza. Aquello era, en efecto, el acabóse.

Apenas había empezado y ya había concluído. Aquella indisciplina, aquella rebeldía de los soldades en los primeros contratiempos, hacían del ejército una facción sin lazos de ningún género, desmoralizada y dispuesta para todas las catástrofes. Allí, bajo los muros de Belfort, no habían visto aún á los prusianos y ya estaban vencidos.

Los días que siguieron fueron, con su monotonía, bastante tristes. Para ocupar las tropas, el general Douay las empleó en trabajos de defensa de la plaza que eran muy incompletos. Se removía la tierra con rabia y se cortaban las rocas. ¡Y sin una noticia! ¿Dónde estaba el ejército de Mac Mahon? ¿Qué hacían en Metz? Los rumores más extravagantes circularon, aumentados por algunos periódicos de París, cuyas contradicciones mantenían al ejército en los tinieblas. Dos veces había escrito el general pidiendo órdenes sin obtener contestación.

Sin embargo, el 12 de Agosto, el séptimo cuerpo se completó con la tercera división, que llegaba de Italia; pero de todos modos sólo había allí dos divisiones; porque la primera, derrotada en Fræschviller, había sido arrastrada en la retirada, sin que se supiese aun á donde la había llevado la corriente. Luego, después de uua semana de abandono, de separación total con el resto de Francia, un telegrama trajo la orden de marcha. Fué recibida la orden con alegría, pues todo era preferible á aquella vida entre murallas. Y durante los preparativos, empezaron de nuevo las preguntas, pues nadie sabía á dónde iban: unos decían que iban á defender

á Strasburgo, mientras que otros hablaban de una marcha atrevida hacia la Selva Negra, para cortar la retirada á los prusianos.

Al siguiente día por la mañana, el 106º salió uno de los primeros, amontonado en wagones. El wagón donde se encontraba la escuadra de Juan, estaba lleno, hasta el punto de que Loubet decía que no tenía sitio ni para estornudar. Como el reparto de provisiones acababa de hacerse una vez más en medio del mayor desorden, los soldados, que habían recibido en aguardiente lo que hubiesen debido recibir en víveres, estaban casi todos borrachos, pero con una borrachera violenta y vocinglera que se desahogaba cantando canciones obscenas. El tren rodaba y no se veían las caras en el vagón que el humo de las pipas anegaba en espesa niebla; reinaba allí un calor insoportable, la fermentación de aquellos cuerpos amontonados; mientras que del coche negro que huía, salían vociferaciones que dominaban el estrépito producido por las ruedas, que iban á perderse á lo lejos en los campos sombríos, y sólo al llegar á Langres, comprendieron las tropas que regresaban á París.

—¡Vive Dios!—repetía Chouteau, que reinaba ya en su rincón, como amo indiscutible, por su gracia —con seguridad que nos van á llevar á Charentonneau, para impedir que Bismarck vaya á dormir á dormir á las Tullerías.

Los otros se reían, encontrando aquello muy gracioso, sin saber por qué.

Verdad es que los menores incidentes del camino hacían prorrumpir en carcajadas ensordecedoras. Los aldeanos, colocados en los linderos de la vía,

los grupos de gentes, ansiosas de saber algo, que aguardaban el paso de los trenes en las estaciones del tránsito, con la esperanza de obtener noticias, toda aquella Francia, azorada, calenturienta, ante la invasión. Y las gentes, llegadas así, con la ansiedad natural, al paso de los trenes, recibían las bocanadas del humo de la locomotora y la visión rápida del tren, ahogado entre el vapor y el ruido, los aullidos de toda aquella carne de cañón, acarreada en gran velocidad. En una estación en donde hubo una parada, tres señoras muy elegantes, que repartían á los soldados tazas de caldo, tuvieron una ovación. Los hombres lloraban al dar las gracias y las besaban las manos.

Algo más lejos, las canciones y gritos infames volvieron á empezar. Y sucedió que un poco después de Chaumont, el tren se cruzó con otro cargado de artilleros que iban conducidos á Metz. La velocidad de los trenes había sido disminuida, y los soldados pudieron fraternizar en medio de un horrendo clamoreo. Pero los artilleros, que tal vez estaban más ebrios, sacando las manos fuera de los vagones, lograron hacerse oir lanzando este grito con tal violencia y desesperación, que pareció cubrirlo todo:

—¡Al matadero, al matadero, al matadero!

Aquello fué como si hubiera pasado un gran frío, un viento helado de osario. Hubo un momento de silencio, durante el cual pudo oirse la voz de Loubet:

—No van muy contentos los compañeros.

—Pues tienen razón,—dijo Chouteau con su voz de taberna;—es repugnante enviar así un montón

de hombres para que se rompan la cabeza por cosas que no les importan y de las que no saben ni una palabra.

Y continuó hablando.

Era el que los pervertía, como obrero holgazán de Montmartre, el pintor de brocha gorda, bullanguero y amigo de divertirse, que no había digerido bien los discursos oídos en las reuniones públicas, mezclando borricadas repugnantes con los grandes principios de igualdad y libertad. Lo sabía todo, quería hacer prosélitos entre los compañeros, sobre todo en Lapoulle, del que había prometido hacer un hombre.

—¡La cosa es bien sencilla! Si *Badinguet* (1) y Bismarck tienen una disputa, que se arreglen entre sí á puñetazos, sin molestar á cientos de miles de hombres que no se conocen y no tienen ganas de matarse.

Todo el vagón se reía, distraído y conquistado. Lapoulle, sin saber quién era Badinguet é incapaz de decir si se peleaba por un emperadsr ó un rey, repetía con un aire de coloso niño:

—¡Eso es, á puñetazos, y después á echar unas copas!

Pero Chouteau había vuelto la cabeza hacia donde estaba Pache, con quien entabló nuevamente conversación.

—Lo mismo que tú, que crees en Dios. Dios ha prohibido que se maten los hombres. Entonces, ¡pedazo de animal! ¿á qué has venido?

—¡Caramba!—replicó Pache—no he venido por mi gusto... pero ¿y los gendarmes?

(1) Apodo de Napoleón III.

—¡Los gendarmes! ¿y qué?, como si no existieran... ¿Sabéis lo que debíamos de hacer, si fuéramos todos hombres de temple?... Pues cuando lleguemos y salgamos de estas jaulas, escaparnos, sí; escaparnos tranquilamente, dejando á ese indecente de Badinguet y á toda su caterva de generales de tres al cuarto, que se las arreglen con esos bestias de prusianos.

Estallaron aplausos; la perversión obraba y Chouteau triunfó entonces exponiendo sus teorías, con las que andaban mezcladas como en agua turbia, la república, los derechos del hombre, la podredumbre del imperio, que había que tirar al suelo, la traición de todos los jefes que los mandaban, vendidos por un millón cada uno, como estaba probado. El se proclamaba revolucionario; los otros no sabían aún si eran republicanos, ni de qué modo podían serlo; excepto Loubet, el cocinero de la escuadra, quien también tenía su opinión, no habiéndose ocupado nunca más que en hacer el rancho; pero todos, arrastrados, gritaban contra el emperador; los oficiales y todo lo que les molestaba y á los que abandonarían en la primera ocasión, y atizando su borrachera que subía de punto, Chouteau atisbaba á Mauricio, al señorito, á quien distraía y cuya compañía le llenaba de orgullo, tanto, que para ponerle de su parte, se le ocurrió la idea de arremeter contra Juan, inmovil y adormecido hasta entonces en medio del barullo, con los ojos medio cerrados. Desde aquella dura lección dada por el cabo al voluntario, á quien obligó á recoger su fusil, si éste conservaba aun algún rencor hacia su jefe, aquella era la ocasión de poner á los dos hombres frente á frente.

—¡Como algunos á quienes conozco, que han hablado de hacernos fusilar!—añadió Chouteau, amenazador;—¡algunos pillos que nos tratan peor que si fuéramos animales, que no comprenden que es muy natural que cuando no podemos con mochilla y fusil los tiremos al suelo para ver si echan crías! ¿Qué dirían esos, si ahora que los tenemos arrinconados los tirásemos á la vía?... ¿Estamos? Hay que hacer un ejemplo para que no nos fastidien más con esa guerra. ¡Mueran los chinches! ¡Mueran á Badinguet! ¡Que mueran los que quieren que nos matemos!

Juan se puso rojo; la sangre se le había subido á la cabeza, cosa que le ocurría pocas veces. Aunque estaba pensando por sus vecinos, como en un barril de sardinas, se levantó, con los brazos tendidos y la cara encendida, con expresión tan imponente, que Chouteau palideció:

—¿Quieres callarte, bandido? Hace algunas horas que no digo nada, puesto que no tenemos jefes, ni aún puedo meteros en el calabozo. Creo que hubiera prestado un buen servicio al regimiento quitando de enmedio un granuja como tú... pero oye: desde el momento en que los castigos no sirven, tendrás que entendértelas conmigo. Aquí ya no hay más cabo, no hay más que un hombre á quien estás reventando, y que te va á cortar la lengua... ¡cobarde! No quieres batirte y quieres impedir á los otros que se batan... ¡Repítelo si te atreves, cobarde!

Todo el vagón, entusiasmado con la conducta de Juan, abandonaba á Chouteau que tartamudeaba, retrocediendo ante los puños de su adversario.

—Lo mismo que á tí me importa á mí un bledo Badinguet, ¿lo oyes? Nunca me han importado nada la república ni el imperio, y hoy, como otras veces, cuando trabajaba en el campo, no deseo más que una sola cosa: la felicidad de todos, el orden y los buenos negocios... A nadie le gusta batirse, pero esto no impide que á los canallas que, como tú, vienen á desalentarnos cuando ya tenemos tantas penas, diga que es conveniente fusilarlos. ¿Para qué? compañeros ¿no se os enardece la sangre, cuando os dicen que los prusianos están en Francia y que es preciso echarlos?

En aquel momento, merced á esa facilidad que tienen las muchedumbres para cambiar de opinión, los soldados aclamaron al cabo, que prometía su promesa de romper la cabeza al primero de la escuadra que hablase de no batirse. ¡Bien por el cabo, ahora si que se le iban á ajustar pronto las cuentas á Bismarck!

Y en medio de la salvaje ovación, Juan, más tranquilo, dijo cortesmente á Mauricio, como si no se hubiese dirigido á uno de sus soldados:

—¡Caballero, usted no puede estar entre los cobardes... deje usted, todavía no nos han pegado, y Dios mediante, acabaremos nosotros por pegar á esos infames prusianos!

En aquel momento, Mauricio sintió calor en el corazón. Se sentía humillado y presa de grande emoción. Pues qué ¿aquel hombre era algo más que un patán?

Y recordaba el horrible rencor, el odio que hubo de inspirarle cuando le obligó á recoger su fusil, que había tirado al suelo en un instante de desfalle-

cimiento. Pero repuesto tambien de su emoción, cuando vió las gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del cabo y recordó la vieja abuela, con sus cabellos grises al aire, que los insultaba señalándoles el Rhin, allá, detrás del horizonte... ¿Era acaso la fraternidad de las mismas fatigas y de los mismos dolores sufridos juntos, lo que se llevaba así su ódio? El, de familia bonapartista, no había siquiera soñado nunca con la república más que teóricamente y más bien sentía compasión por el emperador; opinaba por la guerra, impuesta por la condición misma de la vida de los pueblos. Súbitamente, la esperanza volvió á apoderarse de él en uno de aquellos repentinos cambios que eran familiares á su imaginación, mientras que el entusiasmo que una tarde le había llevado á sentar plaza, volvía á renacer en él, alegrando su corazón con la certidumbre de la victoria.

—¡Tiene usted razón, cabo,—dijo alegremente,—los derrotaremos!

El vagón rodaba, rodaba siempre, llevando su cargamento de hombres, con la espesa humareda de las pipas y el calor malsano de los cuerpos amontonados, lanzando en las estaciones que atravesaban, á los aldeanos asustados, de pie á lo largo de la vía, sus canciones obscenas en el espasmo de la borrachera. El 20 de Agosto llegaron á París, á la estación de Pantín, y aquella misma noche volvieron á salir, para desembarcar al día siguiente en Reims, ya en camino para el campamento de Chalons.

III

Con gran sorpresa notó Mauricio que el 106o bajaba á Reims y recibia allí la orden de acampar. ¿No iban, pues, á Chalons, para reunirse al ejército? Y cuando dos horas después, el regimiento formó los pabellones de armas á una legua de la población, del lado de Bouceilles, en la vasta llanura que se extiende á lo largo del canal, del Aisne al Marne, su extrañeza aumentó aún, al saber que todo el ejército de Chalons se replegaba desde por la mañana é iba á acampar en el mismo sitio. En efecto, de un extremo a otro del horizonte, hasta Saint-Thierry y la Neuvillette, aun más allá del camino de Laon, se veían tiendas de campaña, y las hogueras de los cuatro cuerpos de ejército arderian allí aquella noche. Seguramente había prevalecido el plan de tomar posiciones al alcance de París, para aguardar allí á los prusianos y esto los llenó de júbilo; ¿no era acaso el plan más prudente?

En aquella tarde del 21 de Agosto, Mauricio se paseó por todo el campamento en busca de noticias. Eran muy libres, la disciplina parecía haberse aflojado; todavía los hombres entraban y salían á gusto suyo. El pudo volver tranquilamente á Reims, donde quería cobrar una libranza de 100 francos que le había enviado su hermana Enriqueta.

En un café oyó hablar á un sargento del pésimo espíritu que predominaba en los 18 batallones de la guardia móvil del Sena, que acababan de regresar á París. El 6.o batallón, especialmente había estado á punto de asesinar á sus jefes. Y allá, en el cam-

pamento, los generales se veían á la continua insultados, y los soldados no saludaban ni al mariscal Mac-Mahon, desde la batalla de Frœschwiller. El café se llenaba de gente, se entabló una violenta discusión entre dos pacíficos ciudadanos, con motivo del número de hombres que el mariscal iba á tener bajo sus órdenes. Uno hablaba de 300.000 hombres; aquello era una locura. El otro, más razonable, enumeraba los cuatro cuerpos de ejército: el 12.º, que se había completado de mala manera en el campamento, con auxilio de los regimientos de marcha y una división de infantería de marina; el 1.º, cuyos restos llegaban desbandados, desde el día 14, y en el que se reformaban los cuadros como se podía; el 5.º, destrozado, sin haber combatido, arrastrado, dislocado en la retirada, y el 7.º, que desembarcaba ahora, desmoralizado también, disminuido de su primera división, que acababa de encontrar en Reims á trozos; en total unos 120.000 hombres, contando con la caballería de reserva, y con las divisiones de Bonnemain y Margueritte. Pero el sargento se mezcló en la disputa, tratando con un desprecio furioso á aquel ejército, de un conjunto de hombres sin cohesión, un rebaño de inocentes llevados al sacrificio por imbéciles, y los dos ciudadanos, asustados, temiendo verse comprometidos, desfilaron.

Una vez fuera del café, Mauricio compró periódicos, llenándose los bolsillos con todos los que pudo hallar; los leía andando, bajo los grandes árboles de los magníficos paseos que rodean la ciudad. ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? Parecía que se habían perdido. Dos de ellos se encontraban sin

duda al lado de Metz. El primero, el que el general Steinmez mandaba, vigilaba la plaza; el segundo, el del príncipe Federico Carlos, trataba de subir por la margen derecha del Mosela, para cortar á Bazaine, el camino de París. Pero el tercer ejército, el del príncipe real de Prusia, el ejército victorioso en Wissemburgo y en Frœschwiller y que perseguía al 1.º y 5.º cuerpo, ¿dónde se encontraba realmente, en medio del desbarajuste que reinaba en la cuestión de informes? ¿Estaba aun acampado en Nancy? ¿Llegaba delante de Chalons, para que se hubiese abandonado con tal prisa, incendiando los almacenes, los objetos de equipo, los forrajes y las provisiones de todas clases? Y la confusión, las hipótesis más contradictorias volvían á empezar con motivo de los planes que se atribuían á los generales. Mauricio, como separado del mundo, no supo hasta entonces lo ocurrido en París: la horrible sorpresa que la derrota había causado sobre todo un pueblo que creía segura la victoria, la emoción terrible en las calles, la convocatoria de las Cámaras, la caída del ministerio liberal que había hecho el plebiscito, desposeído al Emperador de su título de general en jefe, lo que le obligaba á entregar el mando superior al mariscal Bazaine. Desde el día 16, el emperador se encontraba en el campamento de Chalons, y todos los periódicos hablaban de un Consejo celebrado el 17, al que habían asistido el príncipe Napoleón y varios generales: pero no estaban conformes entre sí al dar cuenta de las decisiones tomadas, aparte de los hechos que de ellas resultaban: el general Trochu, nombrado gobernador

de París, el mariscal Mac Mahon al frente del ejército de Chalons, lo que implicaba que se prescindía en absoluto del emperador. Se sentía un azoramiento, un pavor grandísimo, y los planes más opuestos se presentaban y sucedían de hora en hora. Y siempre esta misma pregunta: ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? ¿Quién tenía razón entre los que pretendían que Bazaine se hallaba libre, operando en retirada por las plazas del Norte, y los que aseguraban que estaba bloqueado en Metz?... Circulaba un rumor persistente anunciando batallas gigantescas, luchas heroicas, sostenidas desde el 14 al 20, durante toda una semana sin que de ello se desprendiese otra cosa que un tremendo chocar de armas, lejano y perdido.

Mauricio, cansado ya, se sentó sobre un banco. Alrededor de él, la ciudad parecía vivir en su vida ordinaria, y las niñeras, bajo los frondosos árboles, cuidaban de los niños, mientras que los pequeños rentistas daban con paso tranquilo y lento su habitual paseo. Volvió á coger su periódico, cuando sus ojos se fijaron en un artículo al cual no había hasta entonces dado importancia. El artículo era de un periódico de la oposición, republicano. Las tinieblas se desvanecieron. El periódico afirmaba que en el consejo celebrado el 17 en el campamento de Chalons, se había acordado la retirada del ejército sobre París y que el nombramiento del general Trochu no tenía más objeto que preparar el regreso del emperador. Pero añadía que esos acuerdos acababan de hallar una oposición tenaz en la emperatriz regente y en el nuevo ministerio. La emperatriz creía que si regresaba el emperador estallaba

la revolución, y hasta se citaba esta frase de ella: —«No llegaría vivo á las Tullerías». Así es que se mostraba muy enérgica pidiendo que el ejército marchara adelante para unirse al ejército de Metz, opinión que apoyaba también el general Palikao, ministro de la Guerra que tenía un plan de marcha avasalladora y victoriosa para darle la mano. Y con el periódico extendido sobre las rodillas, Mauricio, pensativo, creía ahora explicárselo todo: los dos planes que se combatían, las dudas del mariscal Mac Mahón para emprender aquella marcha de flanco tan peligrosa, con tropas poco sólidas; las órdenes impacientes, cada vez más enérgicas, que le llegaban de París, que le empujaban á emprender aquella temeraria y loca aventura. Luego, en medio de aquella lucha trágica, tuvo de repente la visión del emperador, depuesto de la autoridad imperial que había confiado á la emperatriz regente, despojado del mando de general en jefe del que acababa de dar posesión al mariscal Bazaine, no siendo ya nada, una sombra de emperador indefinida y vaga, una inutilidad sin nombre, un estorbo del que no se sabía qué hacer, que París rechazaba y que no tenía ya puesto en el ejército, desde que se había comprometido á no dar ni una orden.

No obstante, á la mañana siguiente, después de una noche de fiebre que durmió fuera de la tienda, envuelto en su manta, fué un consuelo para Mauricio el saber que se había acordado la retirada sobre París. Se hablaba de un nuevo consejo de guerra celebrado la víspera, al que asistió el antiguo vice-emperador, señor Rouher, enviado por la emperatriz para acelerar la marcha sobre Verdun, y

á quien el mariscal Mac-Mahon, parecía haber convencido del peligro de tal movimiento. ¿Se habían recibido malas noticias de Bazaine? Nadie se atrevía á afirmarlo, pero la misma carencia de noticias era un hecho significativo y todos los oficiales algo inteligentes opinaban por la retirada sobre París, con lo que la capital tendría un ejército de socorro. Y, convencido de que la retirada comenzaría al día siguiente, puesto que se decía se habían dado las oportunas órdenes, Mauricio, feliz, quiso satisfacer un capricho de niño que le atormentaba: el de librarse, á lo menos por una vez, de comer rancho, almorzando en cualquier parte, teniendo sobre la mesa, cubierta con blanco mantel, una botella de agua, otra de vino, un plato, todas esas cosas que le parecía le faltaban desde hacía tantos meses. Tenía dinero en el bolsillo y echó á andar alegremente buscando una taberna.

Realizó su deseo más allá del canal, á la entrada del pueblecito de Courcelles. La víspera le dijeron que el emperador se había albergado en una casa de aquel pueblo; y fué allá á pasearse por curiosidad, recordando haber visto en el ángulo formado por dos carreteras una taberna con su emparrado, del que colgaban hermosos racimos de uva dorada y madura. Bajo el emparrado había algunas mesas pintadas de verde, mientras que en la cocina, por la puerta abierta, se veían el reloj de pared, las estampas de Epinal pegadas á las paredes, la posadera enorme preparando la comida. Detrás se veía un juego de bolos. Todo aquello era alegre, bonito y muy risueño.

Una moza garrida y de amable presencia preguntóle enseñando su blanca dentadura:

—¿Quiere almorzar?

—¡Pues ya lo creo, quiero almorzar!... Deme usted huevos fritos, una chuleta, queso y un poco de vino blanco.

Volvió á llamarla.

—Diga usted: ¿no se ha hospedado en una de estas casas el emperador?

—Mire usted, en esa que está enfrente de nosotros... No verá usted la casa, está detrás de esa pared, por donde asoman los árboles.

Se instaló entonces bajo el emparrado, desabrochóse el cinturón para estar más cómodo y escogió su mesa, sobre la cual los rayos del sol que atravesaban los pámpanos, enviaban reflejos de oro y volvió á mirar aquella pared amarillenta que albergaba al emperador. Era en efecto una casa escondida, misteriosa, de la que no se podían ver ni aún las tejas desde fuera. La entrada daba al otro lado, sobre la calle del pueblo; una calle estrecha sin una tienda ni una ventana, rodeada de enormes muros sombríos. Detrás el pequeño parque formaba una á modo de isla, cubierta de espeso follaje entre las casas vecinas. Y allí vió, al otro lado del camino, un patio rodeado de cuadras y cocheras, atestado de todo el material de coches y furgones, en medio del contínuo ir y venir de hombres y caballos.

—¿Es para el emperador todo eso?—preguntó en son de guasa á la moza que colocaba sobre la mesa un blanco mantel.

—Precisamente, para el emperador es todo,—

contestó alegremente, satisfecha de poder enseñar su bonita y blanca dentadura.

Y, aleccionada sin duda por los palafreneros, que desde la víspera iban allí á echar algunos tragos, empezó á enumerar: el Estado mayor, compuesto de veinticinco oficiales, de los sesenta guardias imperiales y del pelotón de guías al servicio de la escolta, más los seis gendarmes encargados del servicio de vigilancia; después la casa imperial, que se componía de sesenta y tres personas, chambelanes, criados, cocineros; después cuatro caballos de silla y dos coches para el emperador, diez caballos para los caballerizos, ocho para los picadores y lacayos, sin contar cuarenta y siete caballos para los correos; luego un *char à bancs*, doce furgones de equipajes, dos de los cuales, reservados para la cocina, habían causado gran admiración á la muchacha por la enorme cantidad de utensilios, de platos y de botellas, colocados en orden admirable.

—¡Ah, caballero, no se puede usted formar idea de cómo son esas cazuelas! brillan como soles... y toda clase de platos, de vasos, de aparatos, que ni aún puedo decirle á usted para qué sirven... Y una bodega tal con Burdeos, Borgoña, Champagne, lo bastante para una gran comida...

Con la alegría que le produjo la vista del blanco mantel, satisfecho con el vino blanco que brillaba en su vaso, Mauricio comió dos huevos con un apetito que no se conocía. A la izquierda, cuando volvía la cabeza, podía contemplar la vista que ofrecía la inmensa planicie, llena de tiendas de campaña, toda una ciudad que acababa de surgir en el campo, entre el canal y Reims. Unos cuantos árboles,

muy pocos, daban la nota verde sobre la gris de la llanura. Pero por encima de los confusos tejados de Reims, que medio ocultaban las ramas de los castaños, la enorme silueta de la catedral se perfilaba en el horizonte azul como un gigante, á pesar de la distancia, junto á las casas del pueblo. Y el recuerdo del colegio, de las lecciones en él aprendidas, volvía á su memoria: la consagración de nuestros reyes, la santa ampolla, Clodoveo, Juana de Arco, toda la gloriosa y vieja Francia.

Después, como Mauricio, preocupado de nuevo con la idea del emperador en aquella modesta casa, tan discretamente cerrada, volviese sus miradas, sobre la pared amarillenta, leyó con sorpresa, en grandes letras hechas con carbón, esta frase: «¡Viva Napoleón!» y al lado algunas obscenidades. La lluvia había lavado las letras, la inscripción debía ser bastante antigua, ¡qué singular coincidencia! Sobre aquella pared, ese grito de entusiasmo guerrero que aclamaba sin duda al tío, al conquistador, y no al sobrino. Toda su niñez, toda su juventud renacía, evocada por los recuerdos, cuando allá, en el Chene-Populeux, oía desde la cuna contar las historias de su abuelo, uno de los soldados del gran ejército. Su madre había muerto, su padre había tenido que admitir un empleo de recaudador de contribuciones, en aquella ruina de la gloria que había alcanzado á los hijos de los héroes á la caída del imperio; y el abuelo vivía allí de una modesta pensión, en aquella habitación de empleado, sin otro consuelo que el de contar sus campañas á sus nietos, dos gemelos, niño y niña, con los mismos cabellos rubios, reemplazando un poco á la madre

muerta. Colocaba á Enriqueta sobre su pierna izquierda, á Mauricio sobre la derecha, y durante horas enteras entretenía á los niños con el relato de homéricas batallas.

Los tiempos se confundían, aquello parecía ocurrir fuera de la historia, en un choque espantoso de todos los pueblos. Los ingleses, los austriacos, los prusianos, los rusos, desfilaban uno á uno y todos juntos, según lo requerían las alianzas concertadas, sin que fuese posible saber á punto fijo, en la mayor parte de los casos, por qué unos eran derrotados en vez de los otros. Pero como resultado final todos salían derrotados, inevitablemente derrotados de antemano, al empuje irresistible del genio y del heroismo, que barrían los ejércitos como si fueran paja. Era en Marengo, la clásica batalla en la llanura, con sus grandes líneas sabiamente dispuestas, su intachable retirada, como en tablero de ajedrez, por batallones, mudos é impasibles bajo el fuego; la legendaria batalla perdida á las tres de la tarde y ganada á las seis, donde los 800 granaderos de la guardia consular contuvieron el empuje de toda la caballería austriaca, donde Desaix llegó para morir y cambiar la comenzada derrota en una inmortal victoria. Era en Austerlitz, con su hermoso sol de gloria, en la niebla del invierno; Austerlitz, comenzando por la toma de la meseta de Pratzen, terminando con el terrible deshielo de los estanques que se hallaban helados, todo un cuerpo de ejército ruso hundiéndose bajo el hielo, los hombres y los animales devorados en un espantoso crujido, mientras que el dios Napoleón, que lo había naturalmente previsto todo, apresuraba el desastre á cañonazos. Más

tarde Jena, la tumba del poder prusiano; primero el fuego de las guerrillas á través de las nieblas de Octubre, la impaciencia de Ney, que estuvo á punto de comprometerlo todo, después la entrada en batalla de Augereau, que le libertó el gran choque, cuya violencia se llevó por delante todo el centro enemigo, y, por último, el pánico, el sálvese quien pueda de una caballería demasiado alabada, que nuestros húsares sabletean como avena madura, sembrando el valle romántico de hombres y de caballos moribundos. Luego Eylau, el horrible Eylau, la más sangrienta de todas las batallas, carnicería en donde se amontonan los cuerpos atrozmente desfigurados; Eylau, rojo de sangre, bajo su tempestad de nieve, con su triste y heroico cementerio; Eylau, donde aún retumba la homérica carga de los ochenta escuadrones de Murat, que atravesaron de parte á parte el ejército ruso, sembrando el suelo con tal número de cadáveres que el mismo Napoleón lloró. Era Friedland, el gran lazo horrible, donde los rusos vinieron de nuevo á caer como una bandada de gorriones atontados; la obra maestra de estrategia del emperador, que lo sabía todo y lo podía todo; en donde nuestra izquierda permanecía inmóvil, imperturbable, mientras que Ney, que había tomado la ciudad calle por calle, destruía los puentes, y después nuestra izquierda, lanzándose sobre la derecha enemiga, empujándola al río, aplastándola en aquel callejón sin salida, en el que realizó tal exterminio, que á las diez de la noche todavía se continuaba matando gente. Quedaba aún Wagram, en donde los austriacos, queriendo cortarnos el Danubio, reforzaban constantemente su ala izquierda

para batir á Massena, quien, herido, dirigía sus tropas en coche descubierto, y Napoleón, malicioso y titánico, dejábalos obrar para de pronto hacer romper el fuego á sus cien cañones, aplastando con sus terribles disparos al centro endeble, rechazándolo á más de una legua, mientras que la izquierda, asustada de su aislamiento, retrocediendo delante de Massena victorioso, arrastra el resto del ejército y realiza una devastación, cual si un dique se hubiera roto. Y Moskowa, por último, donde el claro sol de Austerlitz reapareció por la postrera vez, una imponente refriega de hombres, la confusión del número y del valor, crestas atacadas bajo el incesante fuego, reductos tomados al arma blanca; continuas ofensivas disputando cada pulgada de terreno, con tal encarnizamiento y bravura por la guardia rusa, que fueron precisas para alcanzar la victoria las cargas furiosas de Murat, el trueno de trescientos cañones disparando juntos y el valor de Ney, triunfal príncipe de la jornada. Y cualquiera que fuese la batalla, las banderas flotaban con el mismo estremecimiento glorioso, en el silencio de la noche los mismos gritos de ¡viva Napoleón! sonaban á lo hora en que los fuegos del campamento se encendían sobre las posiciones conquistadas; Francia estaba en todas partes en su casa, como conquistadora que paseaba sus águilas invencibles de un extremo á otro de Europa, no teniendo más que poner su pie en las naciones, para hacerlas volver á la triste condición de pueblo domado.

Mauricio acababa de comer su chuleta, alegre, alegrado más que por el vino blanco que brillaba en el fondo de su copa, por tanta gloria evocada,

cantando en su memoria, cuando sus ojos reconocieron á dos soldados, destrozados, llenos de barro, semejantes á bandidos cansados de rodar por los caminos, y oyó que pedían á la criada noticias sobre la posición exacta de los regimientos acampados á lo largo del canal.

—¡Eh, compañeros, por aquí!... ¡pues si son del séptimo cuerpo!

—Y de la primera división,—contestó uno,—y se lo aseguro á usted; la prueba es que me encontraba en Frœschwiller, donde no hacía frío, seguramente... y mire usted, el compañero pertenece al primer cuerpo, y se encontraba en Wissemburgo, donde no era ya muy agradable la estancia.

Contaron su historia; arrastrados por el pánico y por la derrota, habían quedado muertos de cansancio uno y otro, levemente heridos los dos, y desde entonces, arrastrando sus cuerpos detrás del ejército, obligados á detenerse en las poblaciones, agotadas las fuerzas por la fiebre, tan retrasados, en fin, que llegaban ahora, un poco repuestos, buscando su regimiento.

Con el corazón oprimido, Mauricio, que iba á empezar á comer un pedazo de queso, vió que los dos soldados se fijaban en su plato.

—Oiga usted,—dijo dirigiéndose á la criada,—traiga usted queso, pan y vino..... ¡Compañeros, echaremos un trago juntos, yo convido. ¡A vuestra salud!

Se sentaron contentos á la mesa, y él, preocupado, los miraba, notando el lamentable aspecto que ofrecían aquellos dos soldados sin armas, vestidos con pantalones encarnados y capotes tan rotos y

sucios, que parecían gitanos ó mendigos que acababan de ponerse trajes recogidos en algún campo de batalla.

—¡Demonio! —dijo el más grande con la boca llena, —le aseguro á usted que aquello no era divertido; hay que haberlo visto; cuéntalo tú, Coutard.

Y el otro, más pequeño, empezó la narración haciendo muchos gestos y moviendo el pan.

—Yo estaba lavando mi camisa, mientras que hacían el rancho... figúrese un agujero, un verdadero embudo, rodeado de bosques á cuyo favor se habían acercado esos cochinos de prusianos, sin que nadie lo sospechase... en aquel momento, á las siete, empiezan á caer bombas sobre nuestras ollas. ¡Demonio! cogimos entonces nuestros fusiles y hasta las once, ¡cómo hay Dios! creíamos que les atizábamos una paliza de las buenas... pero tiene usted que saber que no éramos 5.000 hombres y que esos cochinos continuaban llegando siempre. Yo estaba en una ladera del monte, echado detrás de un zarzal, y les veía desembocar enfrente, á la derecha, á la izquierda, como hormigas, hileras de hormigas negras, tanto que cuando no había més, todavía volvían á salir: no es que yo lo diga, pero todos pensábamos que los jefes tenían que ser unos borricos para habernos metido en aquel embudo lejos de los compañeros, sin venir en nuestro auxilio... más entonces se presenta nuestro general, el pobre general Douay, que no era tonto ni cobarde, y de buenas á primeras recibe una píldora y cae derrumbado. Muerto él ya no queda nadie; no importa, nos defendemos, nos defendemos. Sin embargo, eran mu-

chos y había que escapar de allí. Nos batimos en un cercado, defendimos la estación en medio de una granizada tal, que era para volverse sordo... y luego ya no ví más: la ciudad debió de ser tomada. Nos bemos encontrado sobre una montaña, el Geisberg, como ellos dicen según creo; y allí parapetados en una especie de castillo, no se puede usted imaginar los que hemos matado de esos cochinos: saltaban al aire y daba gusto verlos caer de narices.. y ¡qué quiere usted! continuaban llegando, diez hombres contra uno y cañonazos hasta hartarse, el valor en aquellos momentos no servía más que para quedarse allí. Por último, una verdadera tortilla y tuvimos que largarnos;... pero ¡caramba! hay que reconocer que nuestros oficiales, como brutos, han demostrado serlo; ¿no es verdad, Picot?

Hubo un momento de silencio. Picot, el más grande, bebió un vaso de vino blanco y, secándose con el revés de la mano, añadió:

—Ya lo creo... lo mismo ocurrió en Frœschwiller, era preciso no tener dos dedos de frente para batirse en tales condiciones. Mi capitán, un hombre que lo entiende, lo decía... pero lo cierto es que nadie estaba prevenido. Todo un ejército de esos canallas se nos vino encima, cuando nosotros apenas si llegábamos á cuarenta mil hombres. Y nadie se figuraba que aquel día tendríamos jaleo; la batalla comenzó poco á poco, sin que los jefes lo quisieran, según parece... En resumen yo no lo he visto todo, naturalmente, pero lo que sé es que la danza duró todo el día y cuando se creyó que había acabado volvió á empezar con más bríos ... Primero en Woerth, un pueblecito muy mono, con un campa-

nario muy bonito, que parece una estufa con los azulejos que le adornan. No sé para qué nos hicieron dejarlo por la mañana, porque trabajamos mucho é inútilmente para ocuparlo de nuevo, sin conseguirlo. ¡Vaya una carnicería, compañeros! Después nos zurramos de lo lindo alrededor de otro pueblo: Elasshaussen, un nombre que tira para atrás. Nos cañoneaban muy á su gusto desde lo alto de un monte que habíamos abandonado también por la mañana. Y entonces vi, yo mismo, con mis propios ojos, la carga de los coraceros. ¡Cómo se han hecho matar esos pobres diablos! ¡Daba lástima verlos! Pero también ¿á quién demonio se le ocurre lanzar la caballería sobre aquel terreno en cuesta, lleno de zarzales y cortado por fosos? Y luego ¿para qué? ¡De todos modos aquello era imponente y daba gusto verlo! Después, parecía natural que nos largáramos de allí. El pueblo ardía como una cerilla, los bávaros, los wurtemburgueses, los prusianos, todos, en fin, más de ciento veinte mil hombres, según se supo después, acabaron por envolvernos... Pues en vez de largarnos, empezó de nuevo la música, desde Frœschwiller. Porque la verdad, Mac-Mahon será tonto, pero lo que es valiente, lo es. ¡Había que verle montado á caballo, en medio de las bombas que caían! Otro se hubiera largado al principio, pues nadie tiene la obligación de aceptar la batalla con fuerzas tan superiores; pero él, ya que la cosa había empezado, quiso batirse hasta no poder más. Y lo ha logrado ¡vive Dios! En Frœschwiller no eran sólo hombres, sino caballos los que caían. ¡Durante dos horas los arroyos arrastraban sangre!... Después, después... ¡cla-

ro! hubimos de retirarnos. ¡Y cuando pienso que posteriormente han venido á decirnos que habíamos arrollado á los bávaros, en nuestra izquierda! ¡Si llegamos á ser ciento veinte mil y hubiésemos tenido bastantes cañones y jefes más listos!

Y desesperados, violentos aún, con sus uniformes hechos pedazos, blancos de polvo, Coutard y Picot, cortaban pan, tragaban grandes trozos de queso, mientras lanzaban la pesadilla de sus recuerdos, bajo el emparrado alegre, con sus racimos maduros, que los rayos del sol traspasaban. Ahora llegaban á la espantosa retirada que había sido como el epílogo de aquellas batallas, los regimientos desbandados, desmoralizados, hambrientos, huyendo á través de los campos, en las carreteras, rodando en horrible confusión, hombres, carruajes, cañones, todo el desastre de un ejército destruído arrastrado por el vendaval del pánico. Puesto que no habían sabido replegarse prudentemente y defender el paso de los Vosgos, donde diez mil hombres hubiesen podido contrarrestar á cien mil, se hubiera debido por lo menos hacer saltar los puentes é inutilizar los túneles. Pero los generales se retiraban despavoridos y soplaba tal tempestad de estupor, arrastrando á la vez á vencidos y vencedores, que durante un momento los dos ejércitos se habían perdido, como en una persecución á tientas. Mac-Mahon, huyendo hacia Luneville, mientras que el príncipe real de Prusia le buscaba hacia el lado de los Vosgos. El día 7 los restos del primer cuerpo cruzaban por Salerne como un río desbordado, arrasando todo lo que encontraba á su paso. El día 8, en Sarreburgo, el quinto cuerpo caía sobre el pri-

mero, como un torrente desbordado sobre otro, huyendo también, derrotados sin haber combatido, arrastrando á su jefe, el triste general De Failly, atontado porque se hacía caer sobre él la responsabilidad de la derrota. Los días 9 y 10 la retirada continuaba; un sálvese el que pueda bestial, que no dejaba mirar hacia atrás; bajo la persistente lluvia bajaban hacia Bayon, dejando á un lado á Nancy, á consecuencia de un falso rumor, que había anunciado que esta ciudad estaba en poder del enemigo. El 12 acampaba en Haroue; el 13 en Vichexey, y el 14 estaban en Neufchateau, donde el ferrocarril recogió aquella masa de hombres cargándolos en los trenes durante tres días, para transportarlos á Chalons. Veinticuatro horas después de la salida del último tren, llegaban los prusianos.

—¡Vaya una suerte negra!—terminó diciendo Picot.—¡Ya ha habido necesidad de menear las piernas!... ¡Y á nosotros que nos habían dejado en el hospital!

Coutard acababa de vaciar la botella en su vaso y en el de su compañero.

—Sí, hemos corrido de veras y todavía corremos... pero ahora estamos mejor, puesto que podemos echar un trago á la salud de los que no han muerto.

Mauricio comprendió entonces la situación. Después de la sorpresa estúpida de Wisemburgo, la derrota de Frœschwiller era el golpe final que mostraba en toda su horrible desnudez la terrible verdad. No estábamos preparados, no teníamos cañones, ni hombres, ni generales; y el enemigo, tan despreciado, aparecía fuerte y sólido, numeroso,

con disciplina y táctica perfectas. La débil muralla de nuestros siete cuerpos de ejército, diseminados de Metz á Strasburgo, acababa de ser destrozada por los tres ejércitos alemanes, con irresistible empuje. Ahora nos quedábamos solos, ni Austria ni Italia vendrían en nuestro auxilio; el plan del emperador había quedado destruído á causa de la lentitud de las operaciones y de la incapacidad de los jefes. Y hasta la fatalidad trabajaba en contra nuestra, acumulando los contratiempos, las coincidencias lamentables, realizando el plan secreto de los prusianos, que consistía en dividir en dos nuestros ejércitos, rechazando una parte bajo los muros de Metz, para aislarlo de Francia, mientras ellos emprendían la marcha sobre París, después de haber aniquilado el resto. Desde luego aquello se comprendía matemáticamente; debíamos ser vencidos por todas las causas cuyo inevitable resultado se dejaba ver; era el choque del valor sin la inteligencia, contra el número y el sabio método. Aunque se disputase después con ahinco, la derrota, á pesar de todo, era inevitable, como la ley de las fuerzas que rigen en el mundo.

De pronto Mauricio levantó los ojos como soñando y volvió á leer allí, delante de sí, la frase ¡Viva Napoleón! escrita con carbón sobre la pared amarillenta. Y sufrió una sensación de inevitable malestar, una punzada cuya quemadura le agujereaba el corazón. ¡Era pues verdad que Francia, la de las victorias legendarias, la que se había paseado con sus banderas por toda Europa, acababa de ser arrollada al primer encuentro por un pueblo desprecia-

do! Cincuenta años habían sido suficientes, el mundo había cambiado, la derrota horrible aniquilaba á los eternos vencedores y recordaba todo lo que Weiss, su cuñado, había dicho durante aquella noche de alerta, delante de Mulhouse. Sí, él solo, en aquella noche, veía claro, adivinaba las causas lentas y ocultas de nuestra debilidad, sentía el aire de fuerza y de juventud que soplaba de Alemania. ¿Por ventura no significaba aquello una edad guerrera que doncluía y otra que comenzaba? ¡Desgraciado del que se detiene en el esfuerzo continuo de las naciones, la victoria es para los que van á la vanguardia, para los más sabios, para los sanos, para los más fuertes!

En aquel momento se oyeron las carcajadas de la criada Era el teniente Rochas, que, en la vieja y humeante cocina, sostenía interesante palique con la linda muchacha.

Se presentó bajo el emparrado, donde se hizo servir una taza de café y como había oído las últimas palabras de Coutard y Picot, intervino alegremente en la conversación:

—¡No os apuréis, muchachos, eso no es nada! Es el principio del baile y vais á ver como nos tomamos el desquite. Claro, hasta ahora han sido cinco contra uno. Pero ahora todo va á cambiar, yo os lo aseguro, pues ya somos trescientos mil hombres. Todos los movimientos que hacemos y que no se comprenden, es para atraer á los prusianos sobre nosotros, mientras Bazaine que los vigila, los cogerá por retaguardia... entonces... ¡zás! los aplastamos como á esta mosca.

Y de una palmada aplastó entre sus dos manos

una mosca que había cogido al vuelo; se alegraba, hablaba fuerte, creyendo con toda su inocencia en aquel plan tan bien concebido, con aquella fe que tenía en el valor invencible. Cariñosamente indicó á los soldados el sitio exacto donde se encontraba su regimiento y después, feliz y satisfecho, con un cigarro en la boca, se sentó delante de su taza de café.

—El gusto ha sido mío, compañeros,—contestó Mauricio á Coutard y Picot, que se marchaban dándole gracias por aquel convite.

También se había hecho llevar una taza de café y miraba al teniente contagiado por su alegría, aunque sorprendido por aquello de los trescientos mil hombres cuando no eran más que unos cien mil, y más aún, de la extraña manera de aplastar á los prusianos entre el ejército de Chalons y el de Metz. ¡Sentía tal necesidad de ilusión!

¿Por qué no había de confiar aún, cuando el glorioso pasado no se apartaba de su memoria? ¡La taberna estaba tan alegre con su emparrado, del que colgaban los racimos de uvas dorados por el sol! Volvió á tener una hora de confianza, á pesar de la inmensa tristeza que se había apoderado de su ánimo...

Mauricio había seguido con la vista á un oficial de cazadores de Africa que iba acompañado de un ordenanza que acababan de desaparecer en aquel momento al trote largo, en el ángulo de la silenciosa casa ocupada por el emperador. Después, al aparecer el ordenanza, solo, con los dos caballos, á la puerta de la taberna, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Próspero!... ¡yo que le creía á usted allá en Metz!

Era un hombre de Remilly, un mozo de labranza, que había conocido siendo niño, cuando iba á pasar las vacaciones en casa del tío Fouchard; había caído quinto y se encontraba en Africa hacía tres años; cuando estalló la guerra, y tenía buena planta con la chaqueta azul claro, el amplio pantalón encarnado con ancha franja azul, con su cara larga seca y sus brazos ágiles y fuertes.

—¡Vaya un encuentro, señor Mauricio!

Pero no se daba prisa; llevaba á la cuadra los caballos cubiertos de espuma, echando al suyo una ojeada de cariño. Era el amor al caballo innato en él sin duda, que desde niño había demostrado y que le había hecho elegir el arma de caballería cuando fué al servicio.

—Es que llegamos de Monthois, más de diez leguas de un tirón,—dijo cuando volvió,—y Céfiro tomará un bocado de buena gana.

Céfiro era su caballo; él no quiso comer; pero aceptó el café. Aguardaba á su oficial, quien á su vez aguardaba al emperador. Y aquello podía ser cosa de cinco minutos, como podía durar dos horas. El oficial, en vista de esto, le había dado orden de llevar los caballos á la cuadra. Y como Mauricio tratara de averiguar á qué había venido, contestó:

—No sé... algún encargo tal vez... algún parte que entregar.

Pero Rochas miraba emocionado al cazador, cuyo uniforme le traía á la memoria el recuerdo de Africa.

—¿Diga usted, muchacho, dónde estaba usted allá?

—En Medeah, mi teniente.

¡Medeah! y hablaron con cierta franquesa á pesar de la jerarquía. Próspero se había acostumbrado á aquella vida de continua alerta, siempre á caballo, saliendo á campaña como quien va de caza á dar una batida á los árabes. Tenían una sola marmita para seis hombres, para cada tribu; y cada tribu era una familia; uno guisaba; otro lavaba la ropa, los otros instalaban la tienda de campaña, cuidaban los caballos y limpiaban las armas.

Cabalgaban por la mañana y á la caída de la tarde, cargados con muchos paquetes, abrumados por un sol de plomo.

Por la noche se encendían grandes hogueras para ahuyentar los mosquitos, y alrededor de ellas cantaban canciones del país. A menudo, en la noche clara, débilmente alumbrada por las estrellas, tenían que levantarse para poner paz entre los caballos, los cuales, azotados por el viento cálido, se mordían y arrancaban los piquetes, relinchando furiosamente. Después se tomaba el café, el delicioso café, que se molía en el fondo de una marmita y que filtraban á través de una faja roja del uniforme. Pero también había días malos, lejos de todo punto habitado, enfrente del enemigo. Entonces se habían acabado las hogueras, los cantos y la alegría, sufrían á veces horriblemente por no poder dormir, comer ni beber. ¡Pero qué importaba! Aquella vida les agradaba, aquella existencia de aventuras, de escaramuzas, tan apropiada para el brillo del valor personal, entretenida como la conquista de una isla salvaje, amenizada por las *razzias*, el

robo en grande y por el merodeo, que toleraban los generales.

—¡A!—dijo Próspero,—aquí no es como allí, aquí se baten de otro modo.

Y con motivo de una pregunta que le dirigió Mauricio, contó su desembarco en Tolón, el largo y penoso viaje hasta Luneville. Allí supieron lo que había ocurrido en Wissemburgo y en Frœschviller. Después ya no recordaba, confundía las poblaciones; de Nancy á San Mihiel, de San Mihiel á Metz. El 14 debía haber habido una gran batalla, el horizonte era de color de fuego, pero él no había visto más que cuatro hulanos detrás de unos arbustos. El 16 se habían batido nuevamente; el cañoneo empezó á las seis de la mañana y le habían dicho que el 18 el jaleo volvió á empezar más terrible aún. Pero los cazadores de Africa no estaban allí, porpue el 16, en Gravelotte, cuando ya estaban dispuestos para entrar en combate, á lo largo de un camino, el emperador, que pasaba en coche, los tomó al paso, para que le escoltaran hasta Verdun. Un buen paseo, cuarenta y dos kilómetros al galope, con el temor de verse cortados por los prusianos á cada momento.

—¿Y Bazaine?—preguntó Rochas.

—¡Bazaine! dicen que está satisfecho de que le haya dejado en paz el emperador.

Pero el teniente quería saber si Bazaine llegaba. Y Próspero hizo un gesto que nada quería decir; ¡quién sabe! Ellos, desde el 16 habían empleado el tiempo en marchas y contramarchas, molestados por la lluvia, en reconocimientos, en grandes guardias, sin ver al enemigo. Ahora formaban parte del

ejército de Chalons. Su regimiento, otros dos de cazadores de Francia y uno de húsares, formaban una de las divisiones de la caballería de reserva; la 1.ª división que mandaba el general Margueritte, del que hablaba con cariño entusiasta.

—¡Ah! ¡vaya un hombre! Mas ¿para qué sirve, puesto que no han hecho más que hacernos correr de un lado para otro?

Hubo un momento de silencio. Después Mauricio habló de Remilly, del tío Fouchard, y Próspero no podría dar un apretón de manos á Honorato, el sargento de artillería cuya batería debía acampar á una legua de allí, al otro lado del camino de Laon. Pero el ruido que produjeron los caballos, hizo que se levantara, y desapareció para ver si á Céfiro le faltaba algo. Poco á poco, soldados de todas clases y de todos grados fueron entrando en la taberna, en aquella hora tan á propósito para tomar el café y la copita. No quedaba libre ni una mesa: aquella variedad multicolor de los uniformes, mezclada con el verde de los pámpanos, daba al cuadro muy alegre aspecto. El comandante Bouroche acababa de sentarse cerca de Rochas, cuando se presentó Juan llevando una orden.

—Mi teniente, el capitán le aguarda á las tres, para actos del servicio.

Con un movimiento de cabeza dijo Rochas que sería puntual, y Juan, que no se marchó en seguida, se sonrió al ver á Mauricio, que en aquel momento encendía un cigarrillo. Desde la escena del wagón, entre los dos hombres había una tregua que parecía necesitaban para estudiarse recíprocamen-

te, pero cada día iba desapareciendo el odio entre ellos.

Próspero salió de la cuadra impaciente.

—Yo voy á comer, si mi jefe no sale...

Puede que al emperador no le dé gana de volver hasta la noche.

—Diga usted,—preguntó Mauricio, cuya curiosidad aumentaba,—¿tal vez traigan ustedes noticias de Bazaine?

—Tal vez, se hablaba de eso en Monthois.

Mas se produjo un brusco movimiento. Y Juan, que se había quedado cerca de la puerta, se volvió diciendo:

—¡El emperador!

Todos se pusieron de pie. Entre los álamos, por la carretera blanca, un pelotón de cien guardias aparecía, con un lujo de uniformes correcto aún y resplandeciente con el sol que doraba sus corazas.

Después seguía el emperador á caballo, en un ancho espacio libre, acompañado de su Estado Mayor, al que seguía un segundo pelotón de guardias.

Las cabezas se habían descubierto; se oyeron algunas aclamaciones. Y el emperador, al pasar, levantó la cabeza, muy pálido, con la cara estirada, los ojos vacilantes, como si estuvieran turbios y llenos de agua. Pareció despertar de un sueño, se sonrió un poco al ver aquella taberna tan alegre.

Entonces Juan y Mauricio oyeron detrás de sí á Bouroche, que murmuraba después de haber examinado detenidamente al emperador:

—¡Vaya una mala pinta que tiene!

Después, con una sola frase expresó su diagnóstico:

—¡Hombre al agua!

Juan, comprendiéndolo así, hizo un movimiento de cabeza. ¡Qué mala suerte para un ejército tener un jefe así! Y diez minutos más tarde, después de haber dado un apretón de manos á Próspero, cuando Mauricio, contento con el buen almuerzo que había hecho, se fué de paseo á fumar algunos cigarros, llevaba consigo la imagen de aquel emperador tan pálido, tan descolorido, pasando al trote de su caballo. Era el conspirador, el soñador á quien faltaba la energía en el momento de la acción. Decían que era muy bueno, muy capaz de abrigar un generoso pensamiento, y muy tenaz, como hombre callado; y era también muy valiente, despreciando el peligro como un fatalista dispuesto á arrostrar el destino. Pero en las grandes crisis, paralizado delante de los hechos consumados, é incapaz de obrar en aquellos momentos si la fortuna le era adversa. Y Mauricio se preguntaba si aquello no era un estado fisiológico especial, agravado por los padecimientos, si la enfermedad de que se quejaba el emperador no era la causa de aquella indecisión, de aquella incapacidad de que venía dando pruebas desde el comienzo de la guerra. Eso lo hubiera aclarado todo. Unas arenillas en la carne de un hombre, y los imperios se vienen abajo.

Por la noche, en el campamento, después de la lista, reinó mucha agitación; los oficiales andaban de un lado para otro transmitiendo órdenes, arreglando las cosas para emprender la marcha al día siguiente á las cinco.

Y fué causa de gran sorpresa para Mauricio, el comprender que todo había vuelto á cambiar de

nuevo; ya no se replegaban sobre París, iban á marchar sobre Verdun al encuentro de Bazaine. Circulaba el rumor de que había llegado durante el día un telegrama de este último, anunciando que operaba un movimiento de retirada, y el joven recordó á Próspero y al oficial de cazadores, que habían venido de Monthois tal vez para traer una copia del despacho.

Eran, pues, la emperatriz regente y el consejo de ministros quienes triunfaban sobre las continuas dudas del mariscal Mac Mahon, con el espanto que les causaba el regreso del emperador á París, en su deseo de empujar al ejército hacia adelante, para intentar el salvamento supremo de la dinastía. Y este emperador desgraciado, ese infeliz que no tenía ya un puesto en su imperio, iba á ser llevado como un bulto inútil y molesto, entre los bagajes de sus tropas; condenado á arrastrar detrás de él, la ironía de su casa imperial, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocinas, sus furgones con vajilla de plata y vino de Champagne, toda la pompa de su manto imperial sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo en los caminos, seguido por la derrota.

A media noche Mauricio aun no había podido dormir. Un insomnio febril, acompañado de pesadillas, le hacía dar continuas vueltas dentro de la tienda de campaña. Tuvo que salir fuera y al respirar el aire fresco sintió alivio. El cielo estaba cubierto de nubarrones, la noche era muy obscura y triste en medio de aquellas tinieblas, que las últimas hogueras, que iban apagándose lentamente, alumbraban cual si fueran estrellas.

Y en aquella calma, que aplanaba á causa del mismo silencio, se sentía la lenta respiración de los cien mil hombres que allí se hallaban acostados. Entonces se aplacaron las angustias que atormentaban á Mauricio, el espíritu de fraternidad que le inspiraban aquellos cien mil hombres dormidos, llenaba su corazón de cariño, pensando que muchos de ellos dormirían muy pronto el sueño eterno de la muerte. ¡Pobres gentes! No estaban muy disciplinados, robaban y bebían. ¡Pero cuánto habían sufrido ya y cuántas excusas para sus faltas en el desquiciamiento de la nación entera!

Los veteranos gloriosos de Sebastopol y de Solferino, eran ya lo menos, mezclados con tropas demasiado jóvenes para resistir mucho tiempo. Aquellos cuatro cuerpos de ejército, formados á la carrera sin lazos sólidos entre sí, componían el ejército de la desesperación, el rebaño, la víctima expiatoria que se enviaba al sacrificio, para intentar aplacar la cólera del destino. Iba á subir al Calvario hasta lo último, pagando las faltas de todos con rojas oleadas de su sangre, engrandecida con el horror mismo del desastre.

Y Mauricio en aquel instante, en la obscuridad de que se sentía rodeado, tuvo conciencia de su deber. No se hacía la ilusión de ganar batallas legendarias. Aquella marcha sobre Verdun, era una marcha á la muerte, y la aceptaba con resignación, con entereza, puesto que era preciso morir.

IV

El 23 de Agosto, un martes, á las seis de la mañana, se levantó el campamento. Los cien mil hom-

bres del ejército de Chalons se estremecieron, desfilaron pronto, manando como un inmenso arroyo, como un río de hombres, convertido durante un momento en extenso lago, y á pesar de los rumores que habían circulado la víspera, se sintieron todos sorprendidos cuando advirtieron que en vez de continuar la retirada se volvía la espalda á París, marchando allá, al Este, hacia lo desconocido.

A las cinco de la mañana el séptimo cuerpo de ejército no tenía aún cartuchos. Desde hacía dos días los artilleros se multiplicaban para desembarcar los caballos y el material en la estación, atestada de provisiones que refluían de Metz. A última hora fueron hallados los vagones cargados de cartuchos en medio de la confusión de trenes que reinaba, siendo necesario que una compañía, de la que Juan formaba parte, fuese á buscar doscientos cuarenta mil, transportándolos en carros embargados á toda prisa.

Juan distribuyó los cien cartuchos reglamentarios á cada uno de los hombres de su escuadra, en el momento mismo en que Gaude, el corneta de la compañía, tocaba á marchar.

El 106º no debía atravesar por Reims; la orden de marcha señalaba que debía dar un rodeo á la ciudad, para coger después el camino de Chalons. Pero esta vez también se habían olvidado de escalonar las horas de salida, de suerte que los cuatro cuerpos de ejército que habían salido á la vez, se encontraron á la entrada del camino, produciéndose gran confusión. La artillería y la caballería cortaban á cada paso las líneas de infantería. Brigadas enteras tuvieron que aguardar durante una hora,

con el arma al brazo, en las tierras de labor, á que el camino se despejase. Y lo peor fué que estalló una tormenta diez minutos después de la salida, cayendo un verdadero diluvio durante más de una hora sobre las tropas, calando á los hombres hasta los huesos y aumentando el peso de sus capotes y mochilas. El 106°, sin embargo, había podido ponerse en marcha, al cesar la lluvia, mientras que en un campo vecino, los zuavos, obligados á aguardar aún, se entretenían tirándose bolas de barro que, al salpicar sobre los uniformes, hacían estallar la risa.

En seguida, reapareció el sol, un sol espléndido, en la calurosa mañana de Agosto. Y la alegría volvió á apoderarse de las tropas. Los hombres humeaban como una legía; muy pronto se secaron, pareciéndose á perros que salían de tomar un baño, burlándose unos de otros, á consecuencia del barro que llevaban en sus pantalones.

En cada encrucijada había que detenerse todavía. Al final de uno de los arrabales de Reims se efectuó la última parada, delante de una tienda de vinos que hacía su agosto.

Entonces se le ocurrió á Mauricio convidar á la escuadra.

—Si permite usted, cabo...

Juan, después de un momento de duda, aceptó una copa. Allí estaban Loubet y Chouteau, éste último respetuosamente callado, desde que el cabo se le había impuesto; y se encontraban también Pache y Lapoulle, dos buenos muchachos cuando no les contagiaban los malos ejemplos.

—¡A su salud, cabo!—dijo Chouteau con voz de apóstol.

—¡A la vuestra! ¡Y que cada cual procure volver con la cabeza y con los pies sanos!—replicó Juan con mucha finura en medio de la aprobación general.

Pero ya empezaba de nuevo la marcha: el capitán Beaudoin se había acercado, dispuesto á castigarlos, mientras que el teniente Rochas volvía la cabeza indulgente. El desfile por la carretera de Chalons había comenzado: una cinta blanca, bordeada por árboles, recta en la inmensa llanura por entre rastrojos, viéndose aquí y allá grandes pilas de haces y molinos que movían sus aspas. Más al Norte, las hileras de postes del telégrafo señalaban otros caminos, donde se veían líneas obscuras que indicaban otros regimientos en marcha. Muchos cortaban á campo traviesa en masas profundas. Una brigada de caballería por delante, á la izquierda, trotaba deslumbrante bajo el sol. Y todo el horizonte desierto, vacío, triste y sin límites, se animaba, se repoblaba con aquellos ríos de hombres, que se desbordaban por todas partes, inagotables cual gigantesco hormiguero.

A eso de las nueve, el 106° abandonó el camino de Chalons para tomar á la izquierda el de Suippe, otra cinta recta que se perdía á lo lejos. Marchaban en dos filas espaciadas, dejando libre el centro del camino. Los oficiales marchaban por el centro solos, muy á gusto, y Mauricio había notado que estaban muy preocupados, contrastando su aspecto con el que ofrecían los soldados, alegres y contentos, como chicos, de haber emprendido la marcha.

Como la escuadra se encontraba casi á la cabeza del regimiento veía de lejos al coronel señor Vineuil, cuyo aspecto sombrío, el cuerpo derecho, mecido al paso del caballo, le chocaba. Se había enviado la música á retaguardia, con las cantinas del regimiento. Después, acompañando la división, venían las ambulancias, el tren de equipajes, al que seguía la impedimenta del cuerpo entero, un inmenso convoy de carros cargados de forraje, furgones cerrados con las provisiones, un desfile de carruajes de todas clases, que ocupaba cinco kilómetros y del que se veía en los recodos del camino la interminable cola.

Por último, detrás de los carros cerraban la columna algunos rebaños, una desbandada de bueyes que marchaban envueltos en una oleada de polvo, hostigada á latigazos.

No obstante, Lapoulle, de vez en cuando se subía la mochila moviendo los hombros. Con el pretexto de que era él el que tenía más fuerza, le cargaban con los artefactos de la escuadra, la olla y la cantimplora para el agua. Y esta vez le habían cargado hasta con la pala de la compañía, haciéndole creer que aquello era un honor. No se quejaba y se reía de una canción con la que Loubet, el tenor de la escuadra, trataba de distraer la monotonía de la marcha. Loubet tenía una mochila muy célebre, en la que se encontraba de todo: ropa, zapatos de recambio, mercería, cepillos, chocolate, un cubierto, un vaso de hojalata y de los víveres reglamentarios, galletas, café, y además de tener los cartuchos y sobre la mochila la manta, la tienda de cam-

paña y las estacas, todo aquello le parecía ligero; de tal modo sabía arreglarlo todo.

—¡Vaya un país!—decía de vez en cuando, echando una mirada de desprecio sobre aquellas llanuras tristes de la miserable Champagne.

Las vastas planicies de tierra caliza, se sucedían hasta perderse allá en lontananza. Ni un cortijo, ni un alma, nada más que bandadas de cuervos que manchaban con una nota negra la inmensidad gris del horizonte. A la izquierda, muy lejos, bosques de pinos de un verde sombrío, coronaban las suaves ondulaciones que cerraban el horizonte, mientras que á la derecha se adivinaba el curso del río Vesle que señalaba una línea de árboles. Y allí, detrás de los montecillos, á más de una legua de distancia se veía subir una humareda enorme, cuyos nubarrones acababan por cubrir el horizonte, como si fueran producto de un voraz incendio.

—¿Qué es lo que se quema por allí?—preguntaron algunos.

Bien pronto se supo lo que era. El campamento de Chalons que ardía dos días antes, según decían, por orden del emperador, para salvar de manos de los prusianos las riquezas allí acumuladas. La caballería de retaguardia fué la encargada de incendiar un gran barracón, llamado el almacén amarillo, lleno de tiendas de campaña, de estacas y de esteras y el almacén nuevo, donde había amontonados zapatos, marmitas, mantas, capaz para equipar á más de cien mil hombres. Las pilas de paja y de heno seco, ardían también como antorchas gigantescas. Y ante aquel espectáculo, delante de aquellos remolinos lívidos que se desbordaban por

las crestas de los cerros lejanos enlutando el cielo, el ejército que marchaba por la gran llanura triste, habíase tornado en silencioso al sentir la opresión producida por aquel espectáculo. Sólo se oía en aquella mañana, en que el sol brillaba espléndido, la cadencia de los pasos, mientras que las cabezas se volvían siempre para ver la humareda que iba en aumento, cuya vista siguió la columna todavía durante una legua más.

La alegría volvió á reinar en la gran parada, en el rastrojo donde los soldados pudieron sentarse sobre sus mochilas para tomar un bocado. Las galletas cuadradas servían para hacer la sopa, y las pequeñas, redondas, las comían como bocado exquisito, sólo tenían el defecto de dar durante el día sed. Invitado por sus compañeros, Pache entonó un cántico cuyo estribillo cantaron á coro todos los de la escuadra. Juan, el cabo, bonachón como siempre, se sonreía y los dejaba en libertad, mientras que Mauricio volvía á sentir confianza al ver el entusiasmo de todos, el orden y la alegría que reinaba durante aquella primera jornada en marcha.

El resto de la etapa se recorrió en la misma forma, animados todos del mejor espíritu. Sin embargo, los ocho últimos kilómetros parecieron un poco pesados. Se acababa de dejar á la derecha la aldea de Prosnes, y se abandonó la carretera para acortar por terrenos incultos, landas arenosas, plantadas de bosquecillos de pinos; y la división entera, seguida del interminable convoy, daba vueltas por aquellos bosques, hundiéndose en la arena. El desierto iba ensanchándose todavía; sólo encontraron

un rebaño entero de ovejas, custodiado por un perro negro muy grande.

Por último, á las cuatro, el 106o se detuvo en Dontrien, una aldea que se hallaba en las márgenes del Suippe, un pequeño río que corre por entre bosques de árboles; la vetusta iglesia está en medio del cementerio, que un castaño inmenso cubre con su sombra. En la margen izquierda, en un prado en cuesta, el regimiento colocó sus tiendas de campaña. Los oficiales decían que los cuatro cuerpos de ejército iban á acampar aquella noche en la línea del Suippe, desde Auberive á Heutregiville, pasando por Dontrien, Bethiniville y Pont Faverger, una línea que se extendía cerca de cinco leguas.

En seguida tocó Gaude á provisiones, y Juan tuvo que echar á correr, porque el cabo era el gran abastecedor, siempre alerta. Se había llevado consigo á Lapoulle, y volvieron al cabo de media hora con un trozo de carne y un haz de leña. Se habían degollado bajo un árbol tres bueyes de los que seguían á la columna. Lapoulle tuvo que volver á buscar el pan, que se estaba cociendo en Dontrien, en los hornos del pueblo. Aquel fué el primer día en que hubo de todo en abundancia, excepto vino y tabaco, de los que nunca probaron las tropas durante toda la campaña.

Al regresar Juan, encontró á Chouteau ocupado en plantar la tienda de campaña auxiliado por Pache. Los miró durante algún tiempo como soldado experimentado, burlándose de lo que hacían.

—La suerte es que esta noche parece que va á ser buena, porque sino el viento nos llevaría la casa. Tendré que enseñaros para otra vez.

Quiso enviar á Mauricio á buscar agua, con una gran cantimplora. Pero éste, que se había sentado, se descalzaba para mirar su pie derecho.

—¡Caramba! ¿Qué tiene usted ahí?

—Es el contrafuerte que me ha herido en el talón, los otros zapatos estaban rotos y he tenido que comprar estos en Reims, sólo que debiera haberlos comprado más grandes.

Juan se puso de rodillas y se acercó al pie de Mauricio examinándole con precaución, como si fuese el de un niño, meneando la cabeza.

—Hay que tener cuidado,—dijo.—Un soldado que no tiene pies no sirve para nada. Mi capitán, en Italia, decía siempre que se ganaban las batallas con las piernas.

Juan ordenó á Pache fuera á buscar agua. El río se hallaba cerca, á unos cincuenta metros. Loubet mientras tanto había encendido la lumbre y pudo instalar en un agujero la marmita grande llena de agua en la que sumergió la carne, cuidadosamente atada. Entonces se pusieron á observar cómo se hacía el rancho. La escuadra entera, libre de servicio, se echó sobre la hierba alrededor del fuego, en familia, contemplando aquella carne que cocía; mientras que Loubet, grave y serio, removía la marmita con su cuchara. Como los niños y los salvajes, no tenían más preocupación que la de comer y dormir; en aquella carrera se las arreglaban bien, bajo el mando de Juan. Mauricio, complaciente, leyó las noticias más interesantes, mientras que Pache, el sastre de la escuadra, le remendaba su capote, y Lapoulle le limpiaba sus armas. Primero se trataba de una gran victoria de Bazaine que había arro-

llado á los prusianos en las canteras de Jaumont; y aquel cuento imaginario estaba rodeado de circunstancias dramáticas, hombres y caballos aplastándose contra las rocas, un completo aniquilamiento, tanto, que se habían enterrado trozos de cadáveres. Despuésvenían multitud de detalles sobre el desastroso estado en que se encontraban los ejércitos alemanes, desde que habían invadido Francia; los soldados mal alimentados, con mal equipo, desmoralizados, morían como chinches, á lo largo de los caminos, atacados por enfermedades horribles. Otro artículo decía que el rey de Prusia tenía disentería y que Bismarck se había roto las piernas al saltar por la ventana de una posada, donde había estado á punto de caer en manos de los zuavos. ¡Bueno va! Lapoulle se reía á carcajadas, mientras Chouteau y los demás, sin poner en duda lo que el periódico decía, hablaban de recoger prusianos en los campos, como si fueran palominos atontados. Y todos celebraban con grandes risas el susto que habían dado á Bismarck. ¡Ah! los zuavos y los turcos, ¡vaya unos valientes! Circulaban toda clase de leyendas; Alemania temblaba y se incomodaba, diciendo que era indigno de toda nación civilizada emplear en su defensa salvajes como esos. Aunque diezmados ya en Frœschwiller, parecían aún hallarse intactos y ser invencibles.

Dieron las seis en el pequeño campanario de Dontrein y Loubet gritó:

—¡A comer!

La escuadra formó silenciosamente la rueda. A última hora. Loubet había encontrado legumbres en casa de un aldeano: El banquete era completo:

una sopa que embalsamaba el aire, que olía á zanahoria y á puerros, algo suave para el estómago, como si fuese terciopelo. Las cucharas no paraban. Después, Juan, que repartía las raciones, tuvo que distribuir la carne, con la más estricta justicia, porque todos miraban con ansia, y con seguridad se hubiese armado camorra si el pedazo de carne que correspondía á uno hubiese sido más pequeño que el que le tocaba á otro. No quedó ni una migaja.

—¡Vamos!—dijo Chouteau, mientras se echaba al suelo,—la verdad es que vale más esta comida que recibir una tanda de palos.

Y Mauricio, que se había hartado, estaba muy satisfecho, sin acordarse de la herida que tenía en el pie, pues con el descanso se le había calmado el escozor. Ahora aceptaba de buena gana aquella compañía un tanto soez, hallando buena la igualdad ante las mismas necesidades y los mismos padecimientos. Aquella noche durmió profundamente, con el mismo sueño pesado de sus cinco compañeros de tienda de campaña; todos juntos, calentándose con sus cuerpos, pues Lapoulle, á indicación de Loubet, habia traído abundante paja, sobre la cual se acostaron y roncaron como unos bienaventurados. Y en aquella noche clara, desde Auberive y Heutrégiville, á lo largo de las márgenes del Suippe, que se deslizaba lentamente por entre los sauces, las hogueras de los cien mil hombres que descansaban, iluminaban las cinco leguas de la llanura. Al salir el sol, hicieron el café moliendo los granos en una marmita con la culata del fusil y echáronlos después en agua caliente. Aquella mañana la salida del sol fué de una magnificencia re-

gia, en medio de grandes nubes de púrpura y oro, mas el mismo Mauricio no se fijaba ya en aquellos cuadros que ofrecían el horizonte y el cielo, y Juan únicamente, como hombre del campo, miraba con aire inquieto el alba rojiza, que anunciaba la lluvia. Así es que antes de emprender la caminata, y como acabasen de recibir las raciones de pan, reprendió con dureza á Loubet y á Pache, porque las habían colocado encima de las mochilas. Las tiendas se habían doblado ya, todo estaba recogido y nadie le hizo caso. Dieron las seis en todos los campanarios de las aldeas vecinas, cuando el ejército entero se puso en movimiento, emprendiendo de nuevo la marcha hacia adelante, con buenos ánimos, para aquella jornada.

El 106º, para coger el camino de Reims á Vouziers, tomó por atajos y atravesó por llanuras de rastrojos durante una hora. Abajo, hacia el Norte, se advertía escondida entre árboles, la aldea de Bethiniville, donde debía haber pasado la noche el emperador. Cuando llegaron á la carretera de Vouziers, las planicies de la víspera volvieron á empezar, la Champagne acabó de presentar su pobre campiña de una monotonía desesperante. Vióse después el Arne, un riachuelo que corría por la izquierda, mientras que las tierras incultas se extendían por la derecha hasta perderse de vista, prolongando el horizonte con sus líneas planas. Atravesaron varias aldeas: San Clemente, cuya calle única serpentea á lo largo de la carretera; San Pedro, población de ricachos que habían levantado barricadas delante de sus puertas y ventanas. El gran descanso se verificó hacia las diez, cerca de

otro pueblo, San Esteban, donde los soldados pudieron encontrar tabaco. El 7.º cuerpo se había dividido en varias columnas; el 106º marchaba solo, no teniendo detrás de sí más que un batallón de cazadores y la artillería de reserva; Mauricio en todos los recodos del camino echaba la vista hacia atrás, para volver á ver al inmenso convoy que tanto le había entusiasmado la víspera; los rebaños habían desaparecido, y no quedaban más que cañones rodando por aquellas llanuras, parecidos á langostas sombrías.

Pero, después de San Esteban, el camino se hizo insoportable, un camino que subía por ondulaciones lentas, en medio de los vastos campos estériles, en los cuales solo crecían los eternos bosques de pinos, cuyo verde obscuro resaltaba tristemente en aquellas sierras tan blancas. Todavía no habían atravesado un país tan triste. Mal conservado el camino, estropeado por las últimas lluvias, era un verdadero barrizal de arcilla gris, desleida, donde se hundían los pies, como si aquello fuera pez. El cansancio era grande, los hombres apenas podían avanzar, extenuados, y para colmo de males empezaron á caer chaparrones tremendos. La artillería estuvo á punto de quedarse atascada en el camino.

Chouteau, que llevaba el arroz de la escuadra, cansado, molestado por la carga, tiró el paquete, creyendo que nadie le veía. Loubet le había visto.

—Haces mal; porque si todos te imitáramos, nadie podría comer á la noche.

—No importa, puesto que hay provisiones en abundancia; ya nos darán cuando lleguemos.

Y Loubet, que llevaba el tocino, convencido por el razonamiento, lo tiró también.

Mauricio sufría cada vez más de su pie, cuyo talón debía haberse inflamado de nuevo. Se arrastraba tan penosamente, que Juan se compadeció de él.

—¡Eso no se cura! ¿No es verdad?

Como en aquel momento la columna se paró para dar descanso á las tropas, Juan añadió:

—Quítese usted el zapato, y así el barro frío calmará el escozor.

En efecto, Mauricio pudo continuar andando sin gran dificultad, y un profundo sentimiento de gratitud se manifestó en él. Era una gran fortuna para una escuadra tener un cabo como Juan, que había servido y que conocía todas las tretas del oficio; era un aldeano un poco burdo, pero, no obstante, él reconocía que era un buen hombre.

Llegaron muy tarde á Contreuse, donde debían acampar, después de haber atravesado el camino de Chalons á Vouziers, y haber bajado por una pendiente á la rambla de Semide. El país cambiaba, estaban en los Ardennes. Desde las pobladas laderas elegidas para el campamento del 7.º cuerpo por encima del pueblo, se veía á lo lejos el valle del Aisne, perdido en las brumas de los aguaceros.

A las seis, Gaude, el corneta, no había tocado aún á provisiones. Entonces Juan, para entretenerse, quiso plantar la tienda de campaña. Enseñó á sus hombres cómo había que elegir un terreno un poco pendiente, plantar los piquetes de costado, hacer un canalito alrededor de la tela para que pudieran correr las aguas. Mauricio, á causa de la herida que tenía en el pie, estaba relevado de toda

clase de trabajo y miraba con sorpresa la maña que se daba Juan para comodidad de todos. El estaba casi inutilizado, pero le sostenía la esperanza que había vuelto á apoderarse de los corazones.

Habían andado sin descanso desde Reims, echándose sesenta kilómetros á la espalda en dos etapas. Si continuaba en la misma forma y siempre en línea recta, de seguro lograrían arrollar al segundo ejército alemán y unirse á Bazaine, antes que el 3.º, el del príncipe real de Prusia, que decían se hallaba en Vitry-le François, hubiese tenido tiempo de ir á Verdun.

—¡Pero qué! ¿nos van á dejar morir de hambre? —dijo Chouteau al notar que á las siete todavía no habían dado nada.

Juan, como hombre prevenido, había encargado á Loubet que encendiera lumbre para calentar el agua, y como no habia leña, Loubet arrancó el emparrado de un jardín que se hallaba cerca. Pero cuando habló de hacer un plato de arroz con tocino, hubo que confesarle que el arroz y el tocino se habían quedado entre el barro del camino. Chouteau mentía descaradamente, jurando y perjurando que el paquete se le había caído sin notarlo.

—¡Sois unos animales!—dijo Juan enfurecido.— ¡Tirar la comida cuando tanta gente tiene hambre!

Lo mismo había ocurrido con el pan atado sobre los morrales: no le habían hecho caso y las lluvias le habían mojado hasta el punto que parecía una sopa.

—¡Estamos frescos!—repitió.—Nosotros que teníamos de todo, ahora nos comeremos los codos.. Pero ¡qué brutos sois!

Precisamente en aquel momento llamaban al sargento para asuntos del servicio, y al regresar éste, previno á los hombres de su sección que como no había medio de repartir provisiones, consumiesen los víveres de campaña que tenían. El convoy decían que se había quedado en el camino, por causa del mal tiempo, y en cuanto al rebaño de bueyes, se había extraviado á consecuencia de órdenes mal dadas ó mal interpretadas. Mas tarde, se supo que habiendo subido del lado de Rhetel el 5.º y el 12.º cuerpos, todas las provisiones de los pueblos cercanos habían afluído hacia aquel punto, lo mismo que los habitantes deseosos de ver al emperador; de suerte que, delante del 7.º cuerpo, el país había quedado desierto; no había ni carne, ni pan, ni gentes, y para colmo de males, efecto de una mala interpretación, los aprovisionamientos de la administración militar habían ido á parar al Chéne Populeux. Durante toda la campaña fué aquella la continua desesperación de los desgraciados intendentes, contra los cuales clamaban los soldados, y cuya única culpa era de ser demasiado exactos en enviar los víveres á los puntos que les había designado el Estado Mayor y á donde no llegaban las tropas.

—¡Brutos, animales!—repetía Juan, — merecéis morir de hambre y aunque no sois dignos de que me ocupe de vosotros, voy á ver si encuentro algo para comer.

Se fué llevándose á Pache, á quien estimaba, porque era muy prudente, aunque le parecía demasiado beato.

Desde hacía algún momento, Loubet había hus-

meado á unos doscientos ó trescientos metros una pequeña casería, donde le parecía que había una tienda de ultramarinos. Llamó á Chouteau y á Lapoulle, diciéndoles:

—Vamonos por aquí; que me parece que vamos á pescar algo.

Mauricio se quedó vigilando la marmita con orden de ir atizando el fuego. Se había sentado sobre su manta, con el pie descalzo para que se secara la llaga. La vista del campamento le interesaba, todas las escuadras estaban en movimiento preparándose á consumir sus provisiones. En medio de la enorme agitación que le rodeaba, á través de los pabellones de armas, de las tiendas de campaña, notaba que había escuadras que no habían podido encender lumbre, otras, resignadas, se habían acostado ya, mientras que algunas comían con mucho apetito, según el espíritu previsor del cabo que las mandaba, y de los individuos de que se componían. Lo que más llamaba su atención era el orden que reinaba en la artillería de reserva, acampada sobre la loma. Al ponerse el sol, hizo brillar entre dos nubes los cañones, á los que los artilleros habían quitado ya el barro del camino.

En la casería que Loubet y sus compañeros habían descubierto, el jefe de la brigada, general Bourgain Desfeuilles, acababa de instalarse cómodamente. Había encontrado una cama bastante aceptable y estaba sentado á la mesa, delante de una tortilla y de un pollo asado, lo que hubo de ponerle de muy buen humor, y como el coronel Vineuil había ido á visitarle para un asunto del servicio, le convidó á cenar.

Estaban sentados los dos alrededor de aquella mesa, servidos por un mozo rubio que el dueño de la casa tenía á su servicio, desde hacía tres días; un alsaciano expatriado, al que había arrastrado el desastre de Frœschwilier. El general hablaba todo cuanto se le venía y las mientes, sin preocuparse de aquel hombre; comentaba la marcha del ejército, y después le interrogaba acerca del camino y de las distancias, olvidando que no era aquel país. La ignorancia de que daba prueba el general, acababa de conmover al coronel. El había vivido en Mezieres. Dió algunas indicaciones, y al oirlas el general, exclamó:

—¡Pero esto es tonto, sencillamente tonto! ¿cómo quiere usted que nos batamos en un país que no conocemos?

El coronel se desesperaba. Sabía que desde la declaración de la guerra se habían distribuido á todos los oficiales mapas de Alemania, y que ninguno poseía un mapa de Francia. Todo lo que veía, todo lo que oía, desde el principio de la guerra, le aniquilaba. Sólo le quedaba su valor, con su autoridad de jefe, un poco limitada, á quien los soldados querían más bien que temían.

—¡No nos dejan comer en paz!—dijo el general. Vaya usted á ver lo que pasa, alsaciano.

Pero se presentó en aquel momento el casero, desesperado, llorando, lamentándose. Decía que le robaban, que los cazadores y los zuavos le saqueaban la casa. Había tenido la debilidad de abrir la tienda, siendo el único en el pueblo que tenía huevos, patatas, conejos. Vendía sin robar mucho, se guardaba el dinero y entregaba el género, tanto

que los compradores, cada vez más numerosos, le habían atontado, y acabaron por atropellarle, por coger cuanto les daba la gana, sin pagarle. Durante la guerra, si muchos aldeanos lo escondieron todo, si negaron hasta un vaso de agua á los soldados, fué por ese miedo que les causaban aquellos atropellos, aquella marea de hombres que se les metía por la casa, y se lo llevaban todo.

—¡Déjeme usted en paz! buen hombre,—dijo el general.—Habría que fusilar una docena cada día ¿y puede hacerse eso?

Mandó cerrar la puerta para no verse obligado á intervenir, mientras que el coronel le explicaba que no se habían repartido las provisiones á los hombres y que éstos tenían hambre.

Loubet había visto un campo sembrado de patatas, y auxiliado por Lapoulle, empezaron á arrancarlas con las manos, llenándose los bolsillos. Pero Chouteau, que estaba encaramado encima de una pared, les llamó y se acercaron; había visto una manada de gansos, una docena de gansos magníficos que se paseaban majestuosamente en un corral estrecho.

Celebraron consejo los tres, y le tocó á Lapoulle ir á cazar el ave, para lo cual dió un salto cayendo al corral. El combate fué terrible; uno, al que había cogido, estuvo á punto de cortarle las narices con su duro pico. Entonces le agarró por el cuello, y quiso estrangularle, mientras que el animal se defendía arañándole el vientre y los brazos. Por último, tuvo que aplastarle la cabeza de un puñetazo, y echó á correr perseguido por el resto de la manada que le picoteaba las piernas.

Cuando los tres llegaron al campamento con el ganso escondido en un saco, juntamente con las patatas, encontraron á Juan y Pache que regresaban contentos de su expedición cargados con cuatro panes y un queso, que habían comprado á una pobre mujer.

—Puesto que el agua hierve, vamos á hacer el café. Tenemos queso y pan; banquete completo.

Pero de pronto vió el ganso, echado á sus pies, y se sonrió tanteándolo como hombre que lo entiende.

—¡Vaya un bicho, lo menos pesa veinte libras!

—Es un pájaro que hemos encontrado—replicó Loubet, con su voz de pillastre—y que ha querido entablar relaciones con nosotros.

Juan movió la cabeza, como renunciando á entrar en más averiguaciones. De algún modo tenían que vivir, y después de todo, ¿por qué no había de tocarles á ellos aquella ganga, después de los malos tragos pasados?

Loubet encendía ya la lumbre, Pache y Lapoulle desplumaban el ganso precipitadamente, y Chouteau que había ido á pedir un bramante á los artilleros, volvió con él, colgando al bicho entre dos bayonetas delante del fuego; Mauricio se encargó de darle vueltas para que no se quemara. La grasa comenzaba á caer dentro de la marmita de la escuadra, aquello fué el triunfo del asado á la cuerda. Todo el regimiento, atraído por el buen olor, se fué acercando poco á poco, formando círculo alrededor de aquella afortunada escuadra. ¡Vaya un festín! ¡Ganso asado, patatas cocidas, pan y queso! Cuando Juan partió el ganso, la escuadra

se atracó de firme. No quedó nada de aquella ave caída allí tan milagrosamente, pues llevaron un trozo á los artilleros para pagarles de algún modo el préstamo que habían hecho.

Precisamente, aquella noche, los oficiales del regimiento no habían comido. Por un error de dirección, el furgón del cantinero se había extraviado. Si los soldados padecían cuando no se verificaban los repartos de provisiones, acababan siempre por encontrar algo que comer, se ayudaban mutuamente, los hombres de cada escuadra reunían sus esfuerzos, mientras que el oficial entregado á sus propias fuerzas, aislado, se moría de hambre, sin lucha posible en cuanto faltaba la cantina.

Así es que Chouteau, que había oído al capitán Beaudoin echar sapos y culebras, porque había desaparecido el furgón de los víveres, se mofaba de él, al verle pasearse tan tieso y le señalaba con la vista á sus compañeros.

—Miradle, su nariz se mueve, daría un duro por su armazón.

Todos se echaron á reir al notar el hambre canina que tenía el capitán, que no había sabido hacerse querer de sus hombres, demasiado duro y demasiado joven: un tío orgulloso, como ellos decían. Estuvo á punto de pedir explicaciones á la escuadra, por el escándalo que había provocado con aquella cena, pero temeroso de dar á conocer el hambre que tenía, se alejó, con la cabeza alta, como si nada hubiese visto.

En cuanto al teniente Rochas, atormentado por un hambre feroz, daba vueltas alrededor de la feliz escuadra. Los soldados le querían mucho, en pri-

mer lugar porque odiaba al capitán, aquel mocoso salido de la escuela de Saint-Cyr y además porque él también había llevado el chopo, como todos ellos. Pero, sin embargo, no tenía muy buen genio y á veces daban ganas de abofetearle.

Juan, que con una mirada había consultado á los compañeros, se levantó haciéndose seguir del teniente y dirigióse detrás de la tienda de campaña.

—Diga usted, mi teniente, sin ofenderle: ¿quiere usted aceptar este obsequio?

Y le dió un pedazo de pan y el plato, donde habían puesto un muslo del ganso, sobre seis rajas de patatas.

Aquella noche no tardaron mucho en dormirse. Los seis digirieron la cena perfectamente. Y tuvieron que agradecer al cabo lo bien que había plantado la tienda, porque no se dieron cuenta de que hacia las dos de la madrugada sopló un vendabal tremendo, acompañado de un fuerte aguacero. Algunas tiendas volaron, arrancadas por la fuerza del viento, los hombres se despertaron sobresaltados, viéndose obligados á andar de la ceca á la meca, en medio de las tinieblas, mientras que la tienda que les albergaba resistió el temporal, sin que el agua penetrase dentro.

Al amanecer, Mauricio se despertó, y como no debían emprender la marcha hasta las ocho, se le ocurrió subir hasta donde se encontraba la artillería de reserva para saludar á su primo Honorato. Su pie le hacía sufrir menos con el descanso de aquella noche. El aspecto que ofrecía el parque le admiraba; las seis piezas de una batería correctamente en línea, seguidas de los arcones, de las pro-

longas, de las forrageras y de las forjas. Más allá, los caballos relinchaban mirando al sol naciente.

En seguida encontró la tienda de campaña donde se albergaba Honorato, gracias al orden perfecto que asigna á todos los hombres de una misma batería una hilera de tiendas, de modo que al ver un campamento se sabe con cuantos cañones cuenta.

Cuando llegó Mauricio, los artilleros estaban tomando el café, y había una disputa entre el conductor delantero, Adolfo, y el apuntador Luis, su compañero.

Desde los tres años que estaban aparejados juntos, siguiendo la costumbre de unir á un conductor un sirviente, siempre estaban de acuerdo en todo, menos cuando llegaba la hora de comer. Luis, más instruído, muy inteligente, aceptaba aquella especie de superioridad que existe entre el artillero montado y el de á pie: plantaba la tienda, hacía los recados y se ocupaba del rancho, mientras que Adolfo cuidaba los dos caballos. Mas el primero, moreno y delgado, con un apetito enorme, se sublevaba cuando el otro, muy alto y con grandes bigotazos, quería hacerse plato como amo. Aquella mañana la disputa había sido originada porque Luis, que había hecho el café, acusaba á Adolfo de tragárselo todo. Fué preciso reconciliarlos.

Al levantarse, todas las mañanas, Honorato iba á visitar el cañón, y ante su vista hacía que le limpiaran, que le secaran el rocío, como si hubiera querido preservarle de algún catarro, y se encontraba allí, viéndole brillar, con mirada cariñosa, cuando reconoció á Mauricio.

—¡Hombre! sabía que el 106º estaba aquí cerca; he recibido una carta de Remilly y quería bajar á buscarte. ¡Vamos á tomar la mañana!

Para poder estar solos los dos, se lo llevó hacia la casería que los soldados habían saqueado la víspera y donde el aldeano que la habitaba, incorregible, deseando ganar unos cuartos, acababa de instalar una cantina, empezando un tonel de vino blanco. Delante de la puerta, sobre un tablón, despachaba su mercancía á veinte céntimos el vaso, ayudado por el criado que había tomado tres días antes, el coloso rubio, el alsaciano.

Honorato iba á beber un trago, cuando sus ojos se fijaron en aquel hombre. Lo contempló un momento asombrado. Después salió de su boca una blasfemia.

—¡Ese es Goliath!

Y se tiró sobre él para estrangularle. Pero el aldeano, creyendo que iban á saquearle de nuevo la casa, se echó hacia atrás y cerró la puerta. Hubo algunos momentos de confusión; todos los soldados que allí se encontraban aporreaban la puerta, mientras que el sargento, loco, gritaba:

—¡Abra usted! ¡abra usted! ¡animal!... ¡Es un espía! ¡es un espía!

Ahora Mauricio ya no dudaba. Acababa de reconocer al hombre que habían soltado en el campamento de Mulhouse por falta de pruebas, y aquel hombre era Goliath, el antiguo criado de la casería del tío Fouchard, en Remilly. Cuando el aldeano se decidió á abrir la puerta, aunque registraron toda la casa, el alsaciano había desaparecido, aquel coloso rubio á quien el general Bourgain Desfeui-

lles había interrogado inútilmente la víspera y delante del cual, mientras cenaba con el coronel Vineuil, había confesado todo cuanto iba á hacer, sin poder sospechar que tenía delante un espía. Sin duda, el hombre había saltado por una ventana trasera que se encontró abierta; pero fué inútil buscarle por los alrededores; él que era tan grande se había evaporado como el humo.

Mauricio tuvo que llevarse aparte á Honorato, cuya desesperación iba á desahogar en palabras con los compañeros, los que no tenían necesidad de enterarse de aquella triste historia de familia.

—¡Vive Dios! Le hubiera estrangulado de tan buena gana... Precisamente, la carta que he recibido ha aumentado la rabia que le tenía hace ya tiempo.

Los dos fueron á sentarse á algunos pasos de la casería, y Honorato entregó la carta á Mauricio.

La historia de aquellos amores contrariados de Honorato Fouchard y de Silvina Morange, era una historia como hay muchas. Ella, una muchacha morena, con ojos hermosos, había perdido siendo muy joven á su madre, una obrera á quien habían seducido, que trabajaba en una fábrica de Raucourt; había sido el doctor Dalichamp su padrino de ocasión, un buen hombre siempre dispuesto á adoptar los hijos de las desgraciadas á quienes asistía, quien tuvo la idea de colocarla de criada en casa del señor Fouchard. El viejo aldeano, que se había hecho carnicero, por afán de lucro, era de una avaricia sórdida, muy duro; pero cuidaría á la chicuela y si trabajaba se crearía un modo de vivir. De todos modos se libraba de la vida desordenada de

la fábrica. Ocurrió que en casa del señor Fouchard, el hijo de éste y la criada se enamoraron. Cuando ella entró allí tenía doce años y Honorato diez y seis. Cuando él llegó á los veinte y entró en quintas, tuvo la buena suerte de sacar un número muy alto, librándose de ir al servicio y entonces quiso casarse. Hasta entonces sólo habían mediado entre ellos relaciones puramente platónicas, pero cuando habló á su padre de aquel proyectado matrimonio, éste, exasperado, testarudo, declaró que antes de casarle preferiría verle muerto y guardó la muchacha tranquilamente, confiando en que aquellos amores pasarían. Durante dos años los dos jóvenes continuaron enamorándose y después de una disputa que sobrevino entre los dos hombres, el hijo no pudiendo continuar de aquel modo, sentó plaza y le enviaron á Africa, mientras que el viejo persistió en quedarse con la muchacha, de cuyos servicios estaba muy satisfecho. Entonces ocurrió un desastre: Silvina que había prometido ser fiel á Honorato, se encontró una noche, quince días después, entre los brazos de un criado de labranza que había entrado á servir en la casería algunos meses antes; era éste, Goliath Steimberg, el prusiano, como se le llamaba, un buen mozo, con el pelo rubio y la cara sonrosada, siempre amable; era el compañero, el confidente de Honorato. ¿Fué acaso el señor Fouchard el que había preparado aquella aventura ó fué Silvina la que se entregó en un momento, inconscientemente, enferma y aún debilitada por las lágrimas que había derramado al separarse de Honorato?

Ella misma no lo sabía, abatida, destrozada; lo

cierto es que quedó encinta y aceptaba ahora la necesidad de un casamiento con Goliath. Este, siempre amable, no se oponía, pero retrasaba el momento de cumplir esa formalidad, hasta que naciera el pequeño. Después, bruscamente y en vísperas del parto, desapareció. Díjose entonces que había entrado de criado en otra casa, cerca de Beaumont. Habían pasado tres años y nadie dudaba ya que aquel Goliath, aquel hombre tan amable que abandonaba á las mujeres, era uno de esos espías que Alemania había enviado á nuestras provincias del Este. Cuando Honorato llegó á conocer en Africa aquella triste historia, cayó enfermo y estuvo tres meses en el hospital, como si el sol africano le hubiese aplastado, y nunca quiso aprovechar una licencia para volver á su país por temor de ver á Silvina y al niño.

Mientras que Mauricio leía la carta, las manos del artillero temblaban. Era la carta de Silvina, la primera y única que le había escrito. ¿A qué clase de sentimiento había obedecido, ella tan callada, tan sumisa, ella cuyos hermosos ojos negros, tomaban á veces una expresión extraordinaria, en medio de su continua esclavitud? En la carta decía sencillamente que sabía que estaba en la guerra y que si no debían volverse á ver, que le causaba demasiada pena pensar que podía morir, con la creencia de que ya no le quería. Le quería siempre, no había querido á otro más que á él: y eso mismo repetía en las cuatro carillas de la carta, con frases siempre iguales, sin buscar excusas, sin tratar de explicar lo que había ocurrido entre ella y Goliath.

No decía ni una palabra del niño: terminaba la carta con una despedida muy tierna.

Esta carta produjo mucho efecto á Mauricio, á quien su primo Honorato había tomado otras veces por confidente. Levantó la vista, vió que lloraba y le abrazó con cariño.

—¡Pobre Honorato!—dijo.

Pero ya el sargento, dominada su emoción, guardó la carta cuidadosamente en el pecho y se abrochó de nuevo el capote.

—Estas son cosas que hacen daño,—dijo Honorato.—Si hubiese podido coger á ese bandido y estrangularle... Allá veremos.

Las cornetas tocaban llamada, y cada cual tuvo que echar á correr hacia su sitio. Los preparativos para emprender la marcha se hicieron muy pausadamente. Las tropas, con la mochila al hombro, tuvieron que aguardar hasta las nueve. Una grande incertidumbre parecía haberse apoderado de los jefes, ya no existía el entusiasmo de los dos primeros días con el que el 7.º había recorrido sesenta kilómetros en dos etapas. Llegaban noticias poco tranquilizadoras, que circulaban desde por la mañana; la marcha hacia el Norte de los otros tres cuerpos de ejército, el 1.º en Juniville, el 5.º y el 12.º en Rethel, marcha ilógica que trataban de explicar, por las dificultades que ofrecían los aprovisionamientos. ¿Ya no marchaban hacia Verdun? ¿Para qué se había perdido aquella jornada? Lo peor era que los prusianos no debían ahora hallarse muy lejos, pues los oficiales habían prevenido á los soldados que no se retrasaran, porque los reza-

gados corrían peligro de ser hechos prisioneros por la caballería enemiga.

Era el 25 de Agosto, y Mauricio, más tarde, recordando la desaparición de Goliath, se convenció de que aquel hombre fué uno de los que dieron noticia al gran Estado Mayor alemán de la marcha exacta del ejército de Chalons, noticias que decidieron el cambio de frente del tercer ejército.

Al siguiente día, el príncipe Real de Prusia abandonaba á Revigny; la evolución comenzaba, ese ataque de flanco, aquel envolvimiento gigantesco á marchas forzadas, en un orden admirable, á través de la Champagne y de los Ardennes. Mientras que los franceses vacilaban y dudaban, como atacados de brusca parálisis, los prusianos andaban hasta cuarenta kilometros al día, en aquel círculo inmenso, llevándose por delante el rebaño de hombres que iban cercando hacia los bosques de la frontera.

Por último, empezó la marcha y aquel día en efecto torció el ejército á la izquierda; el 7.º cuerpo sólo recorrió las dos leguas escasas que separan á Contreuve de Vouziers, mientras que el 5.º y el 12.º estaban parados en Rethel y el primero se detenía en Attigny. Desde Contreuve al valle del Aisne, las llanuras empezaban de nuevo cada vez más tristes; el camino al acercarse de Vouziers daba vueltas por tierras grises, por montes pelados sin un árbol, sin una casa, como si aquello fuera un desierto; y la etapa, aunque corta, se hizo de un modo tan penoso, que pareció más larga que las de los días anteriores. Al mediodía las tropas se detuvieron en la margen izquierda del Aisne, acam-

pando entre las tierras peladas que dominaban el valle, vigilando desde allí el camino de Monthois, que sigue el curso del río, y por donde se aguardaba al enemigo.

Fué para Mauricio causa de verdadero estupor el ver llegar por aquel camino de Monthois la división mandada por el general Margueritte, toda aquella caballería de reserva, encargada de apoyar al 7.º cuerpo y de ir á la descubierta por el flanco izquierdo del ejército. Circuló el rumor de que subía hacia el Chene Populeux. ¿Por qué se desguarnecía el ala que amenazaba al enemigo? ¿Por qué se hacían pasar al centro, donde habían de ser completamente inútiles aquellos dos mil caballos que hubieran debido ir á la descubierta á algunas leguas de distancia? Lo malo era que al caer en medio del séptimo cuerpo habían estado á punto de cortar las columnas, armándose una gran confusión de hombres, caballos y cañones. Los cazadores de Africa tuvieron que aguardar durante dos horas á la entrada de Vouziers.

Por una casualidad, Mauricio reconoció á Próspero, que había llevado su caballo hasta el borde de una charca. El cazador parecía estar atontado, alelado, no sabiendo nada, no habiendo visto nada desde Reims; luego recordó que había visto dos hulanos, unos hombres que aparecían y desaparecían sin que se supiese de dónde salían ni á dónde volvían. Ya se empezaba á contar cuentos: cuatro hulanos habían entrado al galope en una ciudad, con el revólver en la mano, la habían atravesado, la habían conquistado, á unos veinte kilometros del cuerpo de ejército á que pertenecían. Estaban

en todas partes, precedían á las columnas con un zumbido de abejas, formaban una especie de telón, detrás del cual la infantería disimulaba sus movimientos, y avanzaban con tranquilidad, sin temor alguno, como en tiempo de paz. Mauricio sintió mucho pesar al ver el camino atestado de húsares y cazadores que tan mal se utilizaban.

—Vaya; hasta la vista,—dijo dando la mano á Próspero.—Tal vez le necesiten allá arriba.

Pero el cazador parecía estar muy disgustado con el oficio. Acariciaba á Céfiro, su caballo, y contestó:

—¡Para la falta que hago! revientan los caballos y no utilizan á los hombres... esto descorazona.

Por la noche, cuando Mauricio quiso sacarse el zapato para ver cómo tenía su herida del pie, se arrancó la piel, saltó la sangre y lanzó un grito de dolor.

Juan, que se encontraba allí, pareció tenerle mucha lástima.

—Oiga usted, esto es grave; échese usted un poco, voy á curarle, déjeme usted hacer.

Se arrodilló, lavó la llaga, la secó con un trapo limpio, y mientras hacía todas éstas operaciones, miraba á Mauricio con cariño, le trataba con dulzura, y le tocaba el pie con sus manazas, haciendo prodigios para no causarle daño.

Una ternura invencible se apoderaba de Mauricio; de sus ojos salían algunas lágrimas; el deseo de tutear á aquel hombre subía del corazón á sus labios, como si aquel aldeano, á quien había odiado antes y despreciado la víspera, fuese su hermano.

—Eres un hombre de bien; gracias, amigo.

Y Juan, muy contento, le tuteó también sonriéndose.

—Ahora, amiguito, si quieres fumaremos un pitillo; tengo tabaco.

V

Al día siguiente, el 26, Mauricio se levantó con agujetas, á consecuencia de la noche pasada bajo la tienda. Todavía no se había acostumbrado á dormir sobre el duro suelo, y como la víspera se había dado una orden prohibiendo á los soldados se descalzaran, á cuyo efecto los sargentos revistaron las tiendas mientras dormían, para cerciorarse de que ningún soldado había dosobedecido, su pie no estaba mejor, continuaba haciéndola sufrir, dándole calentura, y lo peor era que había cogido un frío al querer estirarse durante la noche, sacando los pies fuera de la tienda.

Juan le dijo al verle:

—Amiguito, si tenemos que emprender la marcha, debes ir á ver al médico para que te meta en un carro.

Pero nada se sabía: circulaban versiones muy contrarias. Hubo un momento en que se creyó que se iba á emprender la marcha; se levantó el campamento, y todo el cuerpo de ejército atravesó el pueblo de Vouziers, dejando sólo sobre la margen izquierda del Aisne, una brigada de la segunda división, para que continuara vigilando el camino de Monthois, y á poco, al otro lado del pueblo, sobre la margen derecha, se pararon, formáronse los pabellones de armas en los campos y en las praderas que se extienden á ambos lados del camino del

Grand Pré. En aquel momento, la salida del 4.º de húsares, alejándose al trote por aquel camino, dió lugar á que se hicieran muchos comentarios.

—Si aguardamos, aquí me quedo,—dijo Mauricio á quien repugnaba la idea de ir á visitar al médico.

Pronto se supo, en efecto, que acampaban allí, hasta que el general Douay pudiese obtener noticias exactas acerca de la marcha del enemigo. Desde la víspera, desde el momento en que vió la división Margueritte subir hacia el Chéne, sentía mucha inquietud, sabiendo que ni un solo hombre guardaba los desfiladeros del Argonne, hasta el punto de que podía verse atacado de un momento á otro. Acababa de enviar al 4.º de húsares para que reconociera el país hasta los desfiladeros del Grand Pré y de la Croix-aux-Bois, con orden de traerle noticias á toda costa.

La víspera, gracias á la actividad del alcalde de Vouziers, se había hecho un reparto de pan, carne y forraje; y hacia las diez, aquella mañana, se había autorizado á las tropas para que hicieran el rancho, por temor de que no tuvieran tiempo de hacerlo más tarde, cuando una segunda salida de tropas, la de la brigada Bordas, que tomó el mismo camino que habían llevado los húsares, preocupó de nuevo á todo el mundo. ¿Pero qué, iban á marcharse ya? ¿No les dejaban comer el rancho? Los oficiales explicaron entonces que la brigada Bordas tenía que ocupar á Buzancy, á algunos kilómetros de distancia. Otros, en cambio, decían que los húsares habían encontrado muchos escuadrones enemigos, y que la brigada iba á contenerlos.

Aquellas horas lo fueron de descanso para Mauricio: se había acostado en un campo al lado de donde acampaba el regimiento; y, aletargado por el cansancio, miraba delante de sí aquel lindo valle del Aisne, aquellos prados, llenos de árboles, en medio de los cuales se desliza el río perezosamente. Enfrente de él, cerrando el valle, el pueblo de Vouziers, se levantaba en anfiteatro con sus tejados que dominaba la iglesia, con su flecha esbelta y su torre que terminaba en una cúpula. Abajo, cerca del puente, las chimeneas de las fábricas de curtidos lanzaban al aire espesas columnas de humo, mientras que en el otro extremo, los edificios de un gran molino aparecían enharinados entre los campos verdes. Y aquel horizonte de pueblo, perdido entre las altas yerbas, le parecía lleno de encanto, como si hubiese vuelto á encontrar sus ojos de hombre soñador y sensible. Era su juventud lo que aquellos contornos le recordaban; las expediciones que había hecho á Vouziers cuando vivía en el Chene, su pueblo. Durante una hora lo olvidó todo.

Hacía ya tiempo que se había comido el rancho y continuaban aguardando, cuando á las dos y media, una sorda agitación que fué creciendo poco á poco se apoderó de todo el campamento. Circularon órdenes, se evacuaron los prados, subieron las tropas colocándose en las laderas de los montes, entre dos aldeas, Chestres y Falaise, separadas por una legua. Los ingenieros cavaban zanjas y construían trincheras y espaldones, mientras que á la izquierda la artillería de reserva se colocaba dominando el valle. Circuló la noticia de que el general Bordas había enviado una estafeta para decir que

habiendo encontrado fuerzas superiores en el Grand Pré, se veía obligado á replegarse sobre Buzancy, lo que hacía temer que se viera cortada su línea de retirada sobre Vouziers. Así es que el comandante del 7.º cuerpo, creyendo iba á ser atacado inmediatamente, había ordenado á las tropas tomaran posiciones con objeto de sostener el primer choque, mientras el resto del ejército llegaba para apoyarle, y uno de sus ayudantes había salido con una carta para el mariscal Mac Mahon, previniéndole lo que ocurría y piniéndole socorros. Por último, temiendo que el convoy de víveres que había llegado durante la noche le estorbase, lo dirigió hacia Chagny. Era la batalla.

—¡Ahora va de veras! ¿no es verdad, mi tienents?—dijo Mauricio, dirigiéndose á Rochas.

—¡Ya lo creo!—contestó el teniente moviendo los brazos.—¡Ya verá usted como no hace frío dentro de un rato!

Todos los soldados estaban muy contentos. Desde que se establecía la línea de batalla entre Chestres y Falaise, reinaba gran animación en el campamento, y la impaciencia se había apoderado de los hombres. Había llegado la hora de ver aquellos prusianos, de los que decían los periódicos que estaban tan destrozados por las marchas, vestidos de harapos, extenuados por las enfermedades, y la esperanza de arrollarlos al primer encuentro animaba á todos.

—No es malo que los encontremos de nuevo,—decía Juan,—porque hace ya bastante tiempo que jugamos al escondite, desde que nos perdimos de vista, allá, en la frontera, después de su batalla...

Pero ¿serán esos los que derrotaron á Mac-Mahon?

Mauricio no pudo contestarle.

Según lo que había leído en Reims, le parecía muy difícil que el tercer ejército, mandado por el príncipe real de Prusia, estuviese en Vouziers, cuando la antevíspera aún debían acampar cerca de Vitry-le Français. Se había hablado algo, es verdad, de un cuarto ejército, puesto á las órdenes del príncipe de Sajonia, que iba á operar sobre el Meuse: era este sin duda, aunque le extrañaba la pronta ocupación del Grand Pré, efecto de las distancias. Pero lo que acabó de enmarañar sus ideas fué el estupor que le causó oir al general Bourgain Desfeuilles preguntar á un aldeano de Falaise si el río Meuse pasaba por Buzancy y si había allí buenos puentes. Verdad es que, con su ignorancia supina, el general declaraba que iban á ser atacados por una columna de cien mil hombres, que venían del Grand Pré, mientras que otra de sesenta mil llegaba por Sainte-Menehould.

—¿Cómo va tu pie?—preguntó Juan á Mauricio.

—Ya no me duele,—dijo sonriéndose;—si nos batimos, se curará.

Y era la verdad; tanta era la excitación nerviosa que se había apoderado de su cuerpo. ¡Pensar que en toda la campaña no había quemado un cartucho! Había ido á la frontera, había pasado delante de Mulhouse la terrible noche de angustia, sin ver un prusiano, sin tirar un tiro; y había tenido que ir de retirada hasta Belfort, hasta Reims, y nuevamente marchaba al enemigo, desde hacía cinco días, con su fusil virgen, inútil. Un deseo que iba en aumento, una rabia lenta le asustaba, ¡qué ga-

nas tenía de apuntar y disparar, para aliviar sus nervios! En las seis semanas que llevaba en el ejército, después de haber sentado plaza en un momento de entusiasmo, soñando entrar en batalla al siguiente día, sólo había estropeado sus pies de hombre delicado, huyendo, marchando siempre lejos de los campos de batalla. Así es que en la febril impaciencia que de todos se había apoderado, era uno de los que con más ansiedad miraba el camino del Grand Pré, que se deslizaba recto hasta perderse de vista entre dos hileras de árboles magníficos. Por debajo de él se desarrollaba el valle, y el Aisne parecía una cinta de plata, entre los sauces y los álamos, y sus miradas volvían siempre al camino escudriñándolo.

Hacia las cuatro, hubo una alerta. El 4.º de húsares, después de un gran rodeo, regresaba; y aumentados cada vez más, circularon los cuentos de combates con los hulanos, lo que confirmó en todos la creencia de que iban á ser atacados inmediatamente. Dos horas después, llegó otra estafeta, diciendo que el general Bordas no se atrevía á abandonar el Grand Pré, convencido de que el camino de Vouziers estaba cortado. No había tal cosa, puesto que la estafeta había podido pasar libremente; pero de un momento á otro podía ocurrir lo que temía el general Bordas y el general Dumont, comandante de la división, salió en seguida con otra brigada, para apoyar la primera y sacarla del apuro. El sol se ponía detrás de Vouziers, cuyos tejados negros se destacaban sobre una nube roja. Durante algún tiempo, entre la doble hilera de árboles, pudieron los ojos seguir á la brigada, que

acabó por perderse en las sombras nacientes.

El coronel Vineul vino á asegurarse de las buenas posiciones que ocupaba su regimiento para pasar la noche. Extrañó no encontrar en su puesto al capitán Beaudoin; y como éste volviera entonces de Vouziers, dando por pretesto que había almorzado en casa de la baronesa de Ladicourt, recibió una reprensión que oyó sin replicar palabra.

—Muchachos,—dijo el coronel al pasar delante de los soldados,—es probable que nos ataque esta noche y si no, al amanecer... Preparaos y tened en cuenta que el 106º no ha retrocedido nunca.

Todos le aclamaron, todos preferían acabar de una vez con el cansancio y el descorazonamiento que se iba apoderando de todos ellos desde que habían comenzado la campaña. Revisaron los fusiles, y como se habían alimentado con comida caliente aquella mañana, tomaron café y comieron galletas. Se había dado la orden de que no se acostara nadie. Se pusieron centinelas, muy lejos, hasta en las márgenes del Aisne. Todos los oficiales vigilaron aquella noche alrededor de las fogatas del campamento. Y, apoyados contra una pared, se veían en algunos momentos al resplandor de las llamas los bordados recamados del general en jefe y de su Estado Mayor, sombras que se agitaban ansiosas, que iban hacia el camino por donde se aguardaba al enemigo, acechando, vigilando, prestando atención á los menores ruidos, presas de mortal inquietud por la suerte que hubiera podido caber á la tercera división.

A eso de la una de la madrugada, Mauricio tuvo que colocarse de escucha en el lindero de un cam-

po de ciruelos entre el río y la carretera. La noche era negra como boca de lobo. Cuando se encontró solo, en el imponente silencio del campo dormido, sintió que una especie de terror se apoderó de él, un miedo que no podía vencer, que no era dueño de dominar, que le avergonzaba y le encolerizaba. Había vuelto la cabeza para tener la seguridad de qoe se veían las hogueras del campamento; pero un bosquecito debía ocultarlos, pues sólo hallaba detrás de sí un mar de tinieblas, viéndose solamente, allá muy lejos, algunas luces en Vouziers, cuyo vecindario, prevenido sin duda, temblando ante el temor de la batalla, no se acostaba. Lo que acabó de asustarle, fué que al tratar de hacer puntería no veía la mira del fusil. Entonces empezó la espera más cruel, concentradas todas las fuerzas de su espíritu en el oido, prestando atención á los ruidos más imperceptibles; las tropas que se movían, el agua del lejano río, un insecto que saltaba, todos los rumores llegaban á sus oídos adquiriendo enormes proporciones, creyendo acaso que fueran producidos por el galopar de los caballos ó el rumor sordo de la artillería. ¿No había oído á su izquierda el murmullo ahogado de unas voces? Una vanguardia quizá que se acercaba á favor de la obscuridad preparando una sorpresa. Tres veces estuvo á punto de hacer un disparo para dar aviso al campamento. El temor de sufrir una equivocación, de ponerse en ridículo, aumentaba su malestar. Se había arrodillado, apoyando las espaldas contra un árbol; parecíale pue estaba allí hacía mucho tiempo y que le habían olvidado, que el ejército se había marchado

abandonándole. De pronto perdió el miedo, distinguiendo perfectamente sobre el camino en que estaba, á unos doscientos metros, el paso cadencioso de los soldados en marcha. En seguida cayó en la cuenta de que eran las brigadas que se esperaban con tanta impaciencia, á las inmediatas órdenes del general Dumont. En aquel momento fueron á relevarle de su guardia. Apenas si había durado la hora reglamentaria.

Era en efecto la tercera división que volvía al campamento; todos sintieron un alivio inmenso. Pero se redoblaron las precauciones porque las noticias traídas confirmaban todo lo que creían saber acerca de la proximidad del enemigo. Algunos prisioneros que habían cogido, hulanos sombríos, envueltos en sus grandes capas blancas, se negaron á hablar. Y amaneció el alba triste de una mañana lluviosa, sorprendiendo á las tropas que continuaban aguardando al enemigo, enervadas é impacientes. Llevaban catorce horas sin atreverse á dormir. Serían las siete cuando el teniente Rochas dijo que el mariscal Mac-Mahon llegaba con todo el ejército. La verdad era que el general Douay había recibido en contestación á su despacho de la víspera, anunciando la batalla inevitable en los alrededores de Vouziers, una carta en la que le decía se resistiera hasta que pudiera enviarle fuerzas para que le apoyaran; el movimiento de avance se había paralizado; el primer cuerpo marchaba sobre Terron, el 5.º sobre Buzancy, mientras que el 12º se quedaba en el Chene, en segunda línea. Comprendieron todos que no se trataba de un combate aislado, sino de una gran batalla en la que debía tomar parte

todo el ejército, que ya no se dirigía hacia el Meuse, sino que marchaba desde luego hacia el Sur, en el valle del Aisne; no se atrevieron á hacer el rancho, tuvieron que contentarse una vez más con café y galletas, porque la batalla iba á comenzar á las doce: todos la deseaban sin saber por qué. Un ayudante del general Douay había salido á todo escape para ver al mariscal Mac-Mahon, con objeto de que enviara el auxilio prometido, puesto que se acercaban los dos ejércitos, y tres horas después salió otro oficial para el Chene, donde debía hallarse el cuartel general para pedir órdenes, tal era la inquietud que se había apoderado de todos á conseeuencia de las noticias traidas por un alcalde de aldea, que pretendía haber visto unos cien mil hombres en el Grand Pré, mientras que otros cien mil subían por Buzancy.

Al mediodía aún no se habían presentado los prusianos. A la una, á las dos, tampoco. Y el cansancio y la incertidumbre se apoderaban de las tropas. Algunos empezaron á guasearse de los generales. ¡Tal vez habrán visto la sombra de los prusianos en alguna pared! Había quien ponía á votación la conveniencia de comprarles lentes. ¡Vaya unos farsantes! Pues si no se veía á nadie ¿para qué los habían molestado tanto? Un guasón dijo:

—¿Va á pasar lo mismo que en Mulhouse?

Al oir esta frase, Mauricio sintió que la angustia se apoderaba de nuevo de él. Recordaba aquella huída necia, aquel pánico que había arrastrado al 7.º cuerpo, sin que se hubiese presentado un alemán en diez leguas á la redonda. Y aquella aventura volvía á empezar, lo presentía. Para que el

enemigo no los hubiese atacado veinticuatro horas después de la escaramuza habida en el Grand Pré, era indudable que el 4.º de húsares sólo había tropezado allí con algunas fuerzas de caballería en descubierta. Las columnas debían hallarse aún muy lejos, tal vez á dos jornadas de marcha. De pronto le aterró la idea del tiempo que se había perdido. En tres días habíanse andado dos leguas, de Contreuve á Vouziers. El 25, los otros cuerpos de ejército habían subido hacia el norte, para reponer los víveres; mientras que ahora, el 27, bajaban hacia el sur, para aceptar una batalla que nadie les ofrecía. Detrás del 4.º de húsares, hacia los desfiladeros de Argonne, abandonados, la brigada del general Bordas se había creído perdida, arrastrando para socorrerla á toda la división, después al 7.º cuerpo y luego al ejército entero, inútilmente. Y Mauricio pensaba en el valor inapreciable de cada hora, de cada minuto, en aquel proyecto loco, que tenía por objeto reunir los ejércitos de Metz y Chalons, un plan que sólo hubiera podido realizar un general de talento, con tropas buenas, marchando resueltamente hacia adelante, arrollando todos los obstáculos que se le presentaran en su camino.

—¡Estamos perdidos!—dijo á Juan, descorazonado, en un momento de lucidez.

Después, como éste último abría desmesuradamente los ojos, sin comprender lo que le decía, continuó hablando en voz baja, refiriéndose álos jefes.

—¡Son más tontos que malos, es cierto, y poco afortunados! ¡No saben nada, no preven nada, no tienen plan, ni ideas, ni suerte!... ¡Todo viene mal, estamos perdidos!

Y aquel desaliento que Mauricio, como hombre instruído é inteligente razonaba, aumentaba y se iba apoderando de aquellas tropas, inmovilizadas, desalentadas todas de aguardar tanto y en vano. Lentamente, la duda, el presentimiento de la verdadera situación, obraba en aquellos cerebros, y ninguno de aquellos soldados, aun el más torpe, dejaba de comprender que le guiaban mal aquellos jefes y que les hacían andar y padecer inútilmente. ¿Qué diantre hacían allí quietos, puesto que no venían los prusianos? Debían batirse en seguida, ó marcharse á cualquiera parte para dormir tranquilamente. Desde que el último ayudante se había marchado para traer órdenes, aumentaba la ansiedad á cada momento, se habían formado grupos que hablaban, discutían en voz alta. Los oficiales, contagiados por aquella agitación, no sabían qué contestar á los soldados que se atrevían á preguntar algo. A las cinco, cuando corrió el rumor de que había regresado el ayudante de campo trayendo órdenes para replegarsa, todos los pechos se ensancharon.

¡Había ganado el partido de la prudencia! El emperador y el mariscal Mac-Mahon, que siempre se habían opuesto á aquella marcha sobre Montmédy, al saber que les habían ganado de nuevo en velocidad, y temiendo tener que hacer frente al ejército del príncipe real de Sajonia y al del príncipe real de Prusia, renunciaban á la improbable unión con el ejército del mariscal Bazaine, para batirse en retirada por las plazas fuertes del norte, y replegarse después sobre París. El 7.º cuerpo recibía la orden de ganar Chagny, por el Chéne, mientras que

el 5.º debía marchar sobre Poix, el 1.º y el 12.º sobre Vendresse. Pero, si retrocedían, ¿por qué habían avanzado hasta el Aisne? ¿Por qué perder tantos días, y tantas fatigas? ¡Cuando hubiera sido tan fácil ir desde Reims á tomar fuertes posiciones en el valle del Marne! ¿No había dirección, ni talento militar, ni sentido común? Pero acabaron de preguntar, con la alegría que les había producido el partido razonable y prudente, que había convencido á todos de la necesidad de sacar los tropas de aquel atolladero en que las habían metido. Desde los generales hasta los últimos soldados, todos presentían que bajo los muros de París se harían fuertes, llegarían á ser invencibles y que allí, necesariamente, derrotarían á los prusianos. Era preciso evacuar á Vouziers al amanecer, de modo que pudieran emprender la marcha hacia el Chene, antes de haber sido atacados, é inmediatamente, el campamento adquirió extraordinaria animación; sonaban las cornetas, se cruzaban las órdenes, mientras que los bagajes y el convoy de la administración militar salían por delante para no entorpecer la retirada.

Mauricio estaba satisfechísimo. Luego, como intentara explicar á Juan el movimiento de retirada que se iba á ejecutar, el dolor le hizo dar un grito: había desaparecido la excitación nerviosa y se encontraba con la herida del pie, que le hacía sufrir mucho.

—¿Qué es eso? ¿vuelve á empezar?—preguntó el cabo.

Tuvo una idea feliz, práctica, y la comunicó al joven.

—Ayer me dijiste que tenías algunos conocidos en el pueblo. Debías pedir permiso al médico para que te dejaran ir en coche al Chene, donde podrías pasar la noche en una buena cama. Mañana, si no te encuentras bien, te cogeremos al paso. ¿Te conviene?

En Falaise, la aldea cerca de la cual se hallaban, Mauricio se había encontrado con un antiguo amigo de su padre, que iba á llevar á su hija en el coche, con una tía que vivía en el Chene y precisamente estaban preparados para marcharse.

Pero cuando empezó á hablar con el médico Bouroche, las cosas se le presentaron con mal cariz.

—Estoy inútil, tengo una herida en el pie, señor doctor...

Al oir aquello, Bouroche sacudió su melena de león y rugió:

—No soy el señor doctor... ¿quién me ha enviado un soldado tan animal?

Mauricio, asustado, tratada de disculparse, pero Bouroche añadió:

—Soy el médico mayor, ¡oye usted, bruto!

Después, comprendiendo con quién se lás había, debió de avergonzarse y se incomodó de veras.

—¡Conque el pie, eh!... sí, hombre, sí, le doy á usted permiso. ¡Suba usted al coche, suba usted en globo! ¡Tenemos bastantes vagos, bastantes holgazanes!

Cuando Juan ayudó á Mauricio á subir al coche, este último se volvió para darle las gracias y los dos hombres se abrazaron, como si no debieran volvea á verse más. ¿Quién podía saberlo en aquella retirada y con los prusianos detrás? Mauricio se

sorprendió del cariño que profesaba á Juan y se volvió dos veces para despedirse de él. Abandonó el campamento en el momento en que se preparaban á encender grandes fogatas, pero engañar al enemigo mientras se marchaban las tropas antes del amanecer.

Durante el camino, el amigo de su padre no cesó de hablar. No había tenido el suficiente valor para quedarse en Falaise y ya le pesaba, pues si el enemigo le quemaba la casa, quedaba arruinado. Mauricio no oía, dormía sentado, mecido por el vaivén del coche que en menos de hora y media recorrió las cuatro leguas que separan al Chéne de Vouziers. No eran las siete, el crepúsculo empezaba, cuando el joven, medio atontado, bajó en el puente del canal, en la plaza, enfrente de la estrecha casa amarilla, donde había nacido y donde había pasado veinte años de su vida. Se dirigía allá maquinalmente, aunque la casa había sido vendida diez y ocho meses antes, á un veterinario. Y al que le había llevado en el coche, que él interrogaba, contestó que sabía á donde iba, y le daba las gracias por el favor que le había prestado.

Al llegar al medio de la pequeña plaza triangular, cerca del pozo, se quedó perplejo, inmóvil, sin acordarse de nada. ¿A dónde iba? De pronto se acordó que iba á casa del notario, la cual tocaba con la que había sido suya, allí encontraría á la madre del notario, una señora muy anciana y muy buena, que le quería mucho y que le había dado muchas chucherías siendo niño. No se reconocía dentro del pueblo, tal era la extraordinaria agitación que hubo de producir en aquellas generalmen-

te solitarias calles, la presencia en los alrededores de un cuerpo de ejército. Las calles estaban llenas de oficiales, de estafetas, de ordenanzas y de merodeadores. Encontró el canal que atravesaba la población de parte á parte, cortando la plaza central cuyo estrecho puente de piedra reunía los dos triángulos; el mercado allá, al otro lado del río, con su tejado musgoso, conservaba siempre el mismo aspecto; fué reconociendo poco á poco la calle Beroud que se dirigía por la izquierda, y el camino de Sedan por la derecha. Pero desde el sitio donde se encontraba tenía que levantar la vista, reconocer el campanario de pizarra, por encima de la casa del notario, para asegurarse de que era aquel el rincón desierto donde jugaba en su niñez, tal era el gentío que se apiñaba delante de él, por la calle de Vouziers hasta el Ayuntamiento. En la plaza le pareció que trataban de despejar la gente, alejando á los curiosos. Y allí, ocupando un ancho espacio, le extrañó ver algo así como un parque de coches, furgones, carros, todo un campamento de equipajes, que ya había visto alguna vez, en otra parte.

Aún era de día, el sol acababa de desaparecer detrás del canal y Mauricio iba á decidirse á echar andar, cuando una mujer que le miraba con atención hacía un momento, exclamó:

—¿Pero no es usted el hijo de Levasseur?

Reconoció á la señora Combette, la mujer del farmacéutico, cuyo despacho se encontraba en la plaza. Manifestó á su interlocutora, que en aquel momento iba á pedir una cama á la señora Desroches, pero no le dejó concluir.

—No, no, venga usted á mi casa, voy á decirle algo.

Después, en la farmacia, cuando cerró la puerta, añadió:

—¿No sabe usted que el emperador está alojado en casa de la señora Desroches?...

Han pedido la casa para él y no están muy contentos con la honra que les han dispensado. ¡Cuándo recuerdo que han obligado á la pobre abuela, una señora de más de sesenta años, á que le cediera su cuarto y que ella ha ido á dormir al desván, en una mala cama!... Mire usted; todo lo que hay en la plaza es del emperador, sus equipajes y sus coches.

Mauricio reconoció entonces los coches furgones, todo el magnífico tren de la casa imperial que había visto en Reims.

—Si supiera usted,—añadió la señora Combette, —todas las cosas que han sacado de esos furgones: ¡vajilla de plata, botellas de vino, cestas de provisiones, ropa blanca, á qué sé yo cuantas cosas más! Durante un par de horas no han parado y el caso es que no sé dónde habrán podido colocar tantas cosas, porque la casa no es muy grande... ¡Mire usted; vaya un fuego que han encendido en la cocina!

Mauricio se fijaba en la casita blanca de dos pisos que formaba ángulo con la plaza y la casa de Vouziers, una casita modesta, tranquila, cuyo interior recordaba el paseo central abajo, las cuatro habitaciones de cada piso, como si hubiese estado allí la víspera. Arriba, hacia el ángulo, la ventana del primer piso que daba sobre la plaza, estaba alumbrada; y la mujer del farmacéutico le explicaba que aquel cuarto era el del emperador, pero lo que deslumbraba á las vecinas era la cocina situa-

da en la planta baja. Nunca habían visto cosa parecida, una oleada de curiosos que se renovaba á cada momento delante de las ventanas contemplaba aquella cocina donde se hacía la comida del emperador. Los cocineros tenían completamente abiertas las ventanas para poder respirar un poco. Eran tres, con sus trajes blancos, resplandecientes, moviéndose delante de los pollos que estaban asando, condimentando las salsas en cacerolas enormes, cuyo baño de cobre relucía como el oro. Los más ancianos de Vouziers no recordaban haber visto en la fonda del *León de Plata*, ni aún para las bodas más sonadas, tanta comida, ni tantos artefactos.

Combette, el farmacéutico, un hombrecillo seco y nervioso, entró en su casa muy excitado por todo lo que había visto y oído. Parecía que estaba en el secreto de todo cuanto ocurría, siendo como era teniente alcalde. A las tres y media el mariscal Mac-Mahon había telegrafiado á Bazaine, anunciándole que la llegada del príncipe Real de Prusia á Chalóns le obligaba á replegarse sobre las plazas del Norte y otro despacho al ministro de la Guerra, anunciando á éste la retirada que se veía obligado á emprender el ejército para no verse cortado y aplastado. En cuanto al telegrama dirigido á Bazaine, ya podía correr si tenía buenas piernas, porque todas las comunicaciones con Metz debían estar interrumpidas desde hace algunos días. Pero el otro telegrama era más grave; y bajando la voz, el boticario añadió que había oido decir á un jefe superior: «Si lo llegan á saber en París estamos perdidos». Nadie ignoraba con qué tesón la emperatriz regente y el Consejo de ministros querían la mar-

cha hacia adelante. Además; la confusión y el desbarajuste aumentaban por momentos; las noticias más extravagantes iban llegando, anunciando la proximidad de los ejércitos alemanes. ¿Era acaso posible que el príncipe real de Prusia estuviese en Chalóns? ¿Y con qué fuerzas había tropezado el séptimo cuerpo en los desfiladeros del Argonne?

—En el Estado Mayor nada saben,—continuó diciendo el boticario.—¡Vaya un desbarajuste!..... Menos mal si mañana emprende la retirada el ejército.

Se compadeció de Mauricio.

—Oiga usted, joven, voy á curarle á usted ese pie; después cenará con nosotros y luego se acostará allá arriba, en el cuarto de mi dependiente que se ha escapado.

Mauricio, atormentado con el deseo de ver y de saber, quiso poner en práctica su primer pensamiento, yendo á la casa de enfrente á visitar á la señora Desroches. Le sorprendió que le dejaran pasar. La puerta de la calle estaba abierta y ningún centinela la custodiaba. Entraba y salía gente á cada instante, oficiales y paisanos. En la escalera no había ninguna luz y tuvo que subir á tientas. En el primer piso se detuvo delante de la puerta, detrás de la cual, sabía se hallaba el emperador; el corazón le latía con violencia, pero en aquel cuarto reinaba un silencio sepulcral. Y arriba, en el umbral de la puerta del cuarto de la criada, la bondadosa señora Desroches se asustó al pronto, pero cuando le reconoció, dijo:

—¡Pobre hijo mío! ¡en qué momentos nos volvemos á ver!... Yo le hubiera cedido de buena gana

esta casa al emperador; ¡pero trae consigo gente tan mal educada! Han cogido todo lo que les ha dado la gana y lo van á quemar todo. En cuanto á él me inspira compasión. Tiene cara de desterrado, ¡y está tan triste!

Después, al marcharse el joven, le acompañó, é inclinándose por encima de la barandilla de la escalera, añadió:

—¡Mire usted, se le vé desde aquí!... Estamos perdidos sin remisión. Adiós, hijo mío.

Mauricio se quedó parado en un escalón, en la obscuridad. Veía por una claraboya una escena de la que conservó inolvidable recuerdo.

El emperador estaba allí, en el fondo de la habitación, delante de una mesita donde habían puesto un cubierto, alumbrada con dos candeleros de varias luces. Cerca de él, dos ayudantes de campo, mudos, silenciosos. Un *maitre d' hotel*, de pie, cerca de la mesa, aguardaba. La copa estaba aún vacía, el pan sin empezar, y en el plato un trozo de pollo se enfriaba. El emperador, inmóvil, miraba el mantel con esos ojos vacilantes, turbios, acuosos, que ya tenía en Reims. Parecía aún más cansado, y cuando se decidió á tomar un bocado, sólo probó un poco de pollo, rechazando todo lo que había sobre la mesa. Había cenado. Una expresión de dolor sufrido secretamente, hizo palidecer aún más su descolorido semblante.

Al pasar, en la planta baja, por delante del comedor, se abrió la puerta y Mauricio pudo ver un enjambre de caballerizos, de ayudantes, al resplandor de las luces que despachaban los platos, vaciaban botellas, animados de cierta alegría. La seguridad

de que se iba á emprender la retirada, llenaba de júbilo á toda aquella gente desde que había salido el despacho en que el mariscal Mac-Mahon daba cuenta de la operación. Dentro de ocho días estarían en París, allí tendrían buenas camas.

Mauricio, sintió en aquel momento el terrible cansancio que le aniquilaba; era seguro, el ejército entero se replegaba y ya no tenía más que echarse á dormir para aguardar á que pasara el 7.º cuerpo.

Volvió á atravesar la plaza, entró en la farmacia, cenó como en un sueño.

Después creyó que le curaban el pie, que le subían á un cuarto. Y fué la noche negra, el anonadamiento. Dormía como aniquilado, casi sin respirar. Después de un tiempo indeterminado, horas ó siglos, un escalofrío agitó su sueño y le hizo sentarse en la cama, en las tinieblas. ¿Dónde estaba? ¿Qué ruido era aquel, parecido al de un trueno continuo, que le había despertado? En seguida volvió á la realidad, se levantó, fué á la ventana para ver. Abajo, en la obscuridad, en aquella plaza de ordinario tan tranquila, desfilaba la artillería al trote, una masa de hombres, caballos y cañones, cuyo estrépito conmovía las casas. Una inquietud irreflexiva le sobrecogió ante aquella repentina salida.

¿Qué hora era? Dieron en aquel momento las cuatro en el reloj del Ayuntamiento. Trató de tranquilizarse, diciendo que aquello era el principio de la retirada, cuyas órdenes se habían dado la víspera, cuando un cuadro que vió enfrente acabó de trastornarle: la ventana de la esquina, en casa del notario, tenía siempre luz, y la sombra del emperador

se dibujaba allí, en un perfil sombrío, á intervalos iguales.

Mauricio, empero, empezó á vestirse para salir de la casa, pero Combette se presentó en aquel momento con una luz en la mano.

—Le he visto á usted desde abajo al regresar del Ayuntamiento y he subido para decirle... Figúrese usted que no me han dejado dormir; hace dos horas que nos ocupamos el alcalde y yo en embargar carros y acémilas... todo ha cambiado de nuevo. ¡Qué razón tenía el jefe que no quería que se enviase el telegrama á París!

Continuó hablando durante mucho tiempo, con frases entrecortadas; hasta que Mauricio llegó á comprender de lo que se trataba. Hacia media noche había llegado un despacho del ministro del ministro de la Guerra para el emperador, en contestación al enviado por el mariscal. No se conocía el texto exacto, pero un oficial había dicho en el Ayuntamiento que la emperatriz y el Consejo de ministros temían estallara una revolución en París, si abandonando á Bazaine, regresaba el emperador á la capital. El despacho, en el que se probaba que en París no se conocían las posiciones que ocupaban los alemanes, exigía que el ejército avanzase inmediatamente contra viento y marea.

—El emperador ha llamado al mariscal Mac-Mahon, y han conferenciado solos durante una hora. Naturalmente, no sé qué es lo que se han dicho, pero lo que todos los oficiales me han asegurado es que ya no se trata de emprender la retirada, sino de volver al plan primitivo, es decir; á marchar sobre el Meuse... Hemos embargado todos los hornos

del pueblo para el 1.er cuerpo que reemplazará mañana aquí al 12.o, cuya artillería, como ve usted, sale ahora para la Besace... Esta vez ya no hay escape, ¡ahora van ustedes á batirse!

Dejó de hablar y miraba también á la ventana de enfrente alumbrada. Luego en voz baja, añadió:

—¿Qué habrán podido decirse?... Ya es raro, ya, replegarse á las seis de la tarde, ante la amenaza de un peligro, y marchar á media noche á meterse de cabeza en la boca del lobo, cuando la situación es idéntica.

Mauricio oía siempre el rodar de los cañones, abajo, en las calles del pueblo, en la obscuridad de la noche, la oleada de hombres, caballos y carros, al trote, se deslizaba hacia el Meuse, marchando hacia lo desconocido horrible de la mañana... Y, sobre las cortinas de la ventana de enfrente veía reflejarse á intervalos iguales la sombra del emperador, el ir y venir de aquel enfermo que el insomnio obligaba á estar de pie, necesitando moverse, á pesar del padecimiento que le minaba, atronados los oidos con el ruido que producían aquellos hombres y aquellos caballos que dejaba ir á buscar la muerte.

Habían bastado unas cuantas horas para cambiarlo todo; ahora era el desastre, decidido, aceptado. ¿Qué habían podido decirse aquel emperador y aquel mariscal, prevenidos los dos del desastre hacia el cual marchaban, convencidos plenamente de que iban á ser derrotados dadas las horrorosas condiciones en que se iba á encontrar el ejército, no habiendo podido cambiar de rumbo por la mañana, cuando el peligro aumentaba por momentos? El

plan del general Palikao, la marcha fulminante avasalladora sobre Montmedy, ya muy temeraria el veintitres, posible aún el 25 con buenos soldados y un jefe de talento, era el 27 un acto de locura, en medio de las vacilaciones continuas de los que mandaban y de la desmoralización creciente del ejército. Si los dos lo sabían ¿por qué cedían á los despiadados mandatos de los que aguijoneaban su indecisión? El mariscal de Mac-Mahon, tal vez, sólo era un soldado que obedecía, alma grande en su abnegación, y el emperador, que no ejercía mando, aguardaba al destino. Les pedían su vida y la vida del ejército: las daban. Fué la noche del crimen, la noche horrenda, en que se consumó el asesinato de una nación; porque el ejército, desde aquel momento se hallaba desamparado. Cien mil hombres eran enviados al matadero.

Pensando en esas cosas tan tristes, Mauricio, seguía con la vista la sombra del emperador sobre la muselina de la buena señora Desroches, la sombra febril, que parecía empujar la despiadada orden llegada de París. Aquella noche, la emperatriz ¿no había deseado acaso la muerte del padre para que reinara el hijo? ¡Anda! ¡anda! sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el barro, á la exterminación, para que en aquella partida suprema del imperio agonizante, se juegue hasta la última carta. ¡Anda! anda! ¡muere como un héroe sobre los cadáveres amontonados de tu pueblo, conmueve al mundo entero, llénale de admiración, para que perdone á tu descendencia! Y sin duda el emperador iba á la muerte.

Abajo, en la cocina, se habían apagado los fue-

gos, los caballerizos, los ayudantes, todos dormían, la casa descansaba, mientras que, sola, la sombra iba y venía sin cesar, resignada á la fatalidad del sacrificio, en medio del ensordecedor estrépito del duodécimo cuerpo que continuaba desolando en las tinieblas.

Mauricio se acordó entonces que si se emprendía la marcha hacia adelante, el 7.º cuerpo, no subiría al Chène; y se vió repentinamente á retaguardia, separado de su regimiento habiendo desertado de su puesto. No sentía ya la quemadura del pie; una cura hábil y algunas horas de descanso habían calmado la fiebre. En cuanto Combette le dió unos zapatos suyos, anchos, con los que andaba muy á gusto, quiso marcharse en seguida, con la esperanza de encontrar al 106.º en el camino del Chène á Vouziers. El boticario trató de detenerle, é iba ya á enganchar el coche para conducirle, cuando se presentó su dependiente, Fernando, explicando que había ido á ver á su prima. Aquel muchacho pálido, apocado, enganchó el coche y se llevó á Mauricio. Habían dado las cuatro, diluviaba, el agua caía de aquel cielo de tinta, los faroles del coche palidecían alumbrando apenas el camino, en medio del campo anegado, lleno de inmensos rumores, que los hacían parar á cada kilómetro, creyendo que pasaba algún ejército.

Allá delante de Vouziers, Juan no había podido dormir. Desde que Mauricio le había explicado cómo aquella retirada podía salvarlo todo, vigilaba, impidiendo á sus soldados separarse, aguardando la orden de marcha que podía darse de un momento á otro. A eso de las dos de la madrugada, con la

profunda obscuridad que las hogueras hacían resaltar con puntos rojizos, un ruido producido por caballos atravesó el campamento: era la caballería que marchaba de vanguardia, hacia Ballay y Quatre Champs, con objeto de vigilar los caminos de Boult-aux-Bois y de la Croix aux-Bois. Una hora después la artillería y la infantería se pusieron en movimiento abandonando aquellas posiciones de Falaise y de Chestres, que llevaban defendiendo dos días contra un enemigo que nunca se presentaba. El cielo se había cubierto, la noche era muy obscura y cada regimiento se alejaba en medio del mayor silencio era un desfile de sombras: desvaneciéndose en las tinieblas. Todos los corazones latían llenos de júbilo, como si hubiesen escapado de alguna emboscada. Se creían ya bajo los muros de París, en vísperas de tomarse el desquite.

Juan trataba de reconocer el camino en la obscuridad de la noche. La carretera se deslizaba entre dos hileras de árboles, y le parecía que atravesaba extensas praderas; después se presentaron subidas y bajadas. Llegaron á una aldea, que debía ser Balay, cuando el pesado nubarrón que obscurecía el cielo, reventó en forma de lluvia torrencial. Los soldados habían recibido tanta agua, que ya no se incomodaban. Dejaron atrás Balay, y á medida que se acercaban de Quatre Champs, por el valle que iba ensanchándose, algunas ráfagas de aire violento, azotaron el rostro de los hombres. Más allá de Quatre Champs, cuando subieron sobre la vasta meseta cuyas tierras peladas van hasta Noirval, la tormenta se desencadenó con furia y un aguacero espantoso volvió á caer sobre las tropas. Se dió allí

la orden de hacer alto, y uno á uno, fueron parándose todos los regimientos. El 7.º cuerpo entero, compuesto de treinta y tantos mil hombres, se encontró reunido, al amanecer de aquel día cenagoso. ¿Qué ocurría? ¿Para qué aquella parada? La incertidumbre se apoderaba de nuevo de toda aquella gente, algunos decían que las órdenes habían sido mal interpretadas ó habían sido cambiadas. Habíase prohibido romper filas. Por momentos las ráfagas de viento barrían la meseta con tal violencia, que tenían que apretarse unos contra otros, para que no los llevara el aire. La lluvia les cegaba, les acribillaba la piel, una lluvia helada, que se escurría sobre sus trajes. Y pasaron dos horas, una espera interminable, sin saber por qué, en medio de la angustia que de nuevo oprimía los corazones.

A medida que el día clareaba, Juan intentaba orientarse. Le habían enseñado el noroeste, del otro lado de Quatre Champs, el camino del Chéne, que subía por un montecillo. ¿Por qué habían tomado á la derecha, en vez de ir por la izquierda? Después le llamó la atención, ver instalado el Estado Mayor en la Converserie, una casería situada en lo olto de la meseta. Allí parecían estar atolondrados, los oficiales corrían de un lado para otro, discutían gesticulando. Y nada venía, ¿qué podía ser lo que aguardaban? La meseta era una especie de circo, había rastrojos hasta perderse de vista, que dominaban al Norte y al Este en las altnras muchos bosques; hacir Sur se extendían también otros bosques; mientras que por una especie abertura al Oeste, se veía el valle del Aisne, con las casitas blancas de Vouziers. Y debajo de la Converserie, resaltaba el cam

panario de pizarra de Quatre Champs, que apenas se distinguía; tanta era el agua que caía, que parecía fundir los tejados mohosos del pueblo. Mientras Juan miraba la calle en cuesta, distinguió perfectamente un cochecito que llegaba al trote largo del caballo, por la calzada convertida en torrente.

Era Mauricio que desde las laderas de enfrente, acababa de ver al 7.º cuerpo. Llevaba dos horas recorriendo los alrededores, engañado por los informes de un aldeano, y extraviándose á consecuencia de la mala voluntad del conductor, á quien el miedo á los prusianos daba calentura. En cuanto alcanzó la casería, saltó del coche y encontró en seguida su regimiento.

Juan se sorprendió al verle.

—¡Eres tú! ¿Para qué has venido si teníamos que ir á donde estabas?

—Mal andas de noticias... No vamos por allí, vamos por allá, ¡y á morir todos!

—¡Bueno va!—dijo Juan palideciendo.—Al menos nos matarán juntos.

Los dos hombres se abrazaron. Mauricio entró en las filas, los soldados continuaban recibiendo el agua que caía del cielo; Juan se colocó en su puesto, aguantando el chaparrón, sin una queja, para dar ejemplo.

La noticia había circulado. No se replegaban sobre París, marchaban de nuevo hacia el Meuse. Un ayudante acababa de llevar al 7.º cuerpo la orden de ir á acampar á Nouart; mientras que el 5.º, dirigiéndose hacia Beauclair, tomaría la derecha del ejército y que el 1.º reemplazaría al 12.º en el Chêne, camino para Besace, en el ala izquierda. Si es-

taban allí parados hacía tres horas, aquellos treinta y tantos mil hombres, recibiendo á pie quieto el enorme aguacero, era porque el general Donay, en medio de la deplorable confusión, que había producido aquel nuevo cambio de frente, estaba muy preocupado por la suerte que podía correr el convoy, enviado la víspera hacia Chagny y era preciso aguardar para que se reuniera á las tropas. Decíase que el convoy se había encontrado con el del 12.º cuerpo, en el Chéne, además, parte del material, las forjas de la artillería, habían equivocado el camino y volvían de Terron, por el camino de Vouziers, donde probablemente caerían en poder de los alemanes. Nunca fué mayor el desorden, ni la ansiedad más justificada.

Entre los soldados la desesperación fué muy grande. Muchos querían sentarse sobre sus mochilas, encima del barro de aquella meseta, y aguardar la muerte bajo la lluvia. Se burlaban de sus jefes, los insultaban. ¡Vaya usos jefes! ¡deshaciendo por la noche lo que han hecho por la mañana, tan tranquilos cuando no veían al enemigo y escapándose cuando se presentaba! Una desmoralización final acababa de hacer de aquel ejéreito un rebaño sin fe, sin disciplina, que se llevaba al matadero, por los azares del camino. Allá, cerca de Vouziers. acababa de comenzar el tiroteo entre la retaguardia del 7.º cuerpo y la vanguardia del ejército alemán; y hacía rato que todas las miradas se dirigían al valle del Aisne, por donde subían espesas columnas de humo negro: se supo que era la aldea de Falaise incendiada por los hulanos. La desesperación se apoderó de los soldados. ¿Pues qué era aquello?

¿Llegaban ahora los prusianos? ¡Los habían aguardado durante dos días para darles tiempo de llegar y después se largaban de este modo! Hasta los más idiotas comprendían la irreparable falta que se había cometido, aguardando tontamente; aquel lazo tan burdo y que tan buen resultado había dado. Los escasos pelotones de la caballería del cuarto ejército alemán, que iban á la descubierta entreteniendo á la brigada Bordas, parando, inmovilizando uno á uno todos los cuorpos del ejército de Chalons para dar tiempo de llegar al príncipe real de Prusia, al frente del ejército. Y á aquella hora, gracias á la ignorancia del mariscal Mac-Mahón, que no sabía qué fuerzas tenía enfrente, se unían los dos ejércitos alemanes, y el 7.º y el 5.º cuerpos iban á ser hostigados, perseguidos, bajo la continua amenaza de un desastre.

En el horizonte miraba Mauricio como ardía Falaise. En aquel momento tuvieron el consuelo de ver el convoy que habían creído perdido, que desembocaba por el camino del Chéne. Inmediatamente, mientras que la primera división se quedaba en Quatre Champs para aguardar y proteger el interminable desfile de los bagajes, la segunda se ponía en movimiento en demanda de Boult-aux Boix, por el bosque, mientras que la tercera se apostaba á la izquierda, en las alturas de Belleville, para asegurar las comunicaciones. Y como el 106.º en el momento en que el agua volvía á caer con más fuerza, abandonaba la meseta, volviendo á emprender la marcha infame, inaudita, sobre el Meuse, hacia lo desconocido, Mauricio volvió á ver la sombra del emperador, yendo y viniendo, triste, sombrío, sobre

las cortinas de la ventana de la señora Desroches. ¡Ah! ¡ese ejército de la desesperación; ese ejército de perdición que se enviaba á que lo aplastaran, á que lo aniquilaran, para salvar una dinastía! ¡Anda! ¡Anda! ¡sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el lodo, al exterminio!

VI

—¡Demonio!—dijo al despertarse Chouteau á la mañana siguiente, helado y cansado, dentro de la tienda--de buena gana tomaría un caldo, con mucha carne alrededor.

En Boult-aux-Boix, donde acamparon, sólo había habido un reparto de patatas, pues la administración militar, cada vez más aturdida y desorganizada por las marchas y contramarchas continuas, no llegaba nunca á encontrar las tropas en los sitios señalados por el Estado Mayor. No sabían ya donde encontrar entre el desorden que existía, los rebaños, y esto significaba la penuria á cada instante y la miseria en perspectiva.

Loubet, que se desperanzaba, dijo desilusionado:

—¡Se acabaron para siempre los gansos asados!

La escuadra estaba triste, sombría. Cuando no comían, no había alegría. Y para colmo de males, la lluvia continuaba sin cesar y el barro les servía de cama.

Al ver que Pache se santiguaba después de haber rezado, como tenía por costumbre todas las mañanas, Chouteau se volvió hacia él, encolerizado:

—Pídele á Dios, hombre, que nos envíe un par de salchichones y una botella de vino.

—¡Si siquiera tuviésemos pan hasta hartarnos!—

añadió Lapoulle, que sufría enormemente, mucho más que los otros, pues tenía un apetito terrible.

El teniente Rochas los hizo callar. ¿No era vergonzoso pensar siempre en llenarse la tripa? El, filosóficamente, se apretaba el cinturón cuando no había qué comer. Desde que las cosas habían tomado tan mal cariz y que por momentos se oía el tiroteo, había vuelto á recuperar toda su confianza, más testarudo que nunca. La cosa no podía ser más sencilla. ¿Estaban allí los prusianos? sí, ¡pues ya estaban derrotados! y hacía un movimiento de hombros, como burlándose del capitán Beaudoin, ese joven, como él le llamaba, que había perdido su equipaje y que estaba inconsolable. Se podía pasar sin comer, bueno, pero lo que le indignaba era no poder mudarse la camisa.

Mauricio se despertó temblando de frío y disgustado. Su pie, gracias al calzado ancho, no se le había inflamado, pero el diluvio de la víspera, que le había calado el capote, le dejó todo el cuerpo destrozado. Le enviaron á buscar el agua para hacer el café y miraba la llanura en cuyo extremo estaba situado Boult aux Bois: los bosques se dirigen al Norte y al Oeste sube una cuesta hasta el pueblo de Belleville; mientras que del lado de Buzancy, al Este, se extienden vastos terrenos llanos, con ondulaciones suaves, en las que se ocultan algunas aldeas. ¿Se aguardaba por allí al enemigo? Al volver con la cantimplora llena de agua, una familia de aldeanos, acongojada, delante de la puerta de su casita, le llamó, preguntándole si se iban á quedar las tropas para defendorlos. En tres ocasiones, con el ir y venir de órdenes y contraórdenes, el 5.º cuer-

po había atravesado el país. La víspera se había oido el cañoneo del lado de Bar, los prusianos debían estar á unas dos leguas. Cuando dijo que el 7.º cuerpo iba á marchar probablemente, las pobres gentes empezaron á llorar. Los abandonaban, los soldados no iban allí para batirse, los veían aparecer y desaparecer, huyendo siempre.

—Los que quieran azúcar,—dijo Loubet mientras servía el café—no tienen más que meter el dedo y aguardar á que se derrita.

Ninguno se rió de la ocurrencia. El café sin azúcar era poco agradable; ¡si hubiesen tenido galletas siquiera! La víspera, para pasar el tiempo sobre la meseta de Quatre Champs, casi todos habían dado fin de las provisiones que tenían, comiéndose hasta las migajas. Pero lo escuadra encontró, afortunadamente, una docena de patatas, que se repartió amigablemente.

—Si hubiera podido preveer esto, —dijo Mauricio,—hubiese comprado un pan en el Chéne.

Juan escuchaba, pero callaba. Al levantarse había tenido una disputa con Chouteau, á quien había querido enviar á huscar la leña, pero éste se negó, insolentándose, diciéndole que no le correspondía. Desde que las cosas marchaban de mal en peor, aumentaba la indisciplina, y los jefes no se atrevían á castigar á los soldados. Juan, con su calma, comprendió que no tenía más remedio que prescindir de su autoridad para no provocar tumultos á cada instante. Se había familiarizado con su escuadra, haciéndose amigo de los soldados, á los que su experiencia y práctica de la vida militar prestaba grandes servicios. Si en su escuadra no se comía

siempre bien, no se moría de hambre como pasaba en otras. Lo que sufría Mauricio le hacía enternecer, le miraba preocupado, preguntándose cómo podría llegar hasta el fin de la jornada aquel muchacho tan débil.

Cuando Juan oyó que Mauricio se quejaba de la falta de pan, se puso en pie, desapareció un momento y volvió después de haber registrado su mochila.

—¡Toma!—dijo entregándole á escondidas una galleta.—Escóndela, pues no tengo para todos.

—Pero ¿y tú?—preguntó el joven.

—Yo, no tengas cuidado... Me quedan dos.

Era verdad. Había guardado tres galletas para el caso de que tuvieran que batirse, sabiendo de antemano que en los campos de batalla se desarrollaba el apetito. Además, había comido una patata, y esto le bastaba. Después Dios diría.

A las diez, el 7.º cuerpo se puso en movimiento. La primera idea del mariscal Mac Mahón había sido de enviarle por Buzancy, sobre Stenay, donde hubiera pasado el Meuse. Pero los prusianos, ganando en velocidad al ejército de Chalons, debían hallarse en Stenay y aún tal vez en Buzancy. Así es que rechazado hacia el Norte, el 7.º cuerpo acababa de recibir la orden de dirigirse á la Besace, á unos veinte kilómetros de Boult aux Bois, para ir desde allí, al día siguiente, á pasar el rio Meuse, por Mouzon. Al emprender la marcha, los soldados se quejaban, tenían el estómago casi vacío, las cuerpos cansados, extenuados por las fatigas de los últimos días; los oficiales entristecidos por lo que veían, cediendo al malestar de la catástrofe hacia

la cual marchaban, se lamentaban de aquella inacción, se irritaban porque no los habían enviado á Buzancy para apoyar al 5.º cuerpo, cuyo cañoneo habían oído. Aquel cuerpo debía también batirse en retirada, subir hacia Nouart, mientras que el 12º. salía de Besace para Mouzon y el 1.º tomaba la dirección de Raucourt. Era aquella una marcha de rebaño apaleado, hostigado por los perros, empujándose, atropellándose, hacia aquel Meuse tan deseado, después de tantos retrasos y tardanzas.

Cuando el 106.º dejó á Boult aux Bois á retaguardia de la caballería y de la artillería, en aquel chorrear de hombres de las tres divisiones que rayaban la llanura, el cielo se encapotó de nuevo, y aquellas nubes lívidas acabaron de entristecer á los soldados. El 106.º seguía la carretera de Buzancy, adornada con magníficos álamos. En Germond, una aldea, en la cual los montones de estiércol humeaban delante de las puertas, las mujeres lloraban, cogían los niños, los tendían hacia las tropas, como pidiendo que se los llevaran. No quedaba allí un bocado de pan, ni una patata. Después, en vez de seguir hacia Buzancy, el 106.º tomó por la iquierda, subiendo hacia Authe, y los soldados, al ver del otro lado de la llanura, sobre la cuesta, á Belleville, que habían atravesado la víspera, comprendieron que desandaban lo andado.

—¡Rayos y truenos!—dijo Chouteau—¿pero creerán que somos peones?

Y Loubet añadió:

—¡Vaya unos generales de tres al cuarto! Ya se conoce que nuestras piernas no les cuestan dinero.

Todos se incomodaban. No se cansaba á tantos

hombres por el solo gusto de pasearse. Y por la extensa llanura, entre los anchos repliegues del terreno, avanzaban por columnas en dos filas, una á cada lado del camino; en el centro marchaban los oficiales; pero ya no era como al dia siguiente de salir de Reims, en la Champagne, una marcha alegrada por canciones y chistes, con la mochila al hombro, fuertes y llenos de esperanza, con el deseo de ganar por la mano á los prusianos y de batirlos luego; ahora, silenciosos y tristes, irritados, arrastraban sus cuerpos con el odio hacia el fusil que los magullaba y renegando de su mochila que les rendía, sin fe en sus jefes, dejándose caer con tal abatimiento que sólo marchaban como el ganado, bajo la fatalidad del látigo. El miserable ejército empezaba á subir su calvario.

Mauricio hacía unos momentos que miraba con mucha atención. Por izquierda, hacia el valle que subía en las gradaciones, acababa de ver salir de un bosquecillo lejano á un hombre á caballo. En seguida aparecieron otros dos. Los tres estaban inmóviles, pequeños, á causa de la distancia. Creyó que era algún reconocimiento de caballería, cuando algunos puntos brillantes de los hombros, sin duda los reflejos de las hombreras, le llamaron la atención.

—¡Mira allí!—dijo Juan.—Son hulanos.

El cabo se restregó los ojos.

—¡Aquello!

En efecto, eran hulanos; los primeros prusianos que veía el 106.º Llevaba el regimiento mes y media en campaña y no había quemado un cartucho y ni aun había visto su enemigo.

Corrió la voz, todas las cabezas se volvieron con curiosidad. No tenían mala pinta aquellos hulanos.

—Uno ee ellos está bastante bien de carnes,—hizo notar Loubet.

Pero á la izquierda del bosquecito, en la meseta, se presentó un escuadrón. Y ante aquella aparición amenazadora, la columna hizo alto. Llegaron órdenes y el 106.º fué á colocarse detrás de unos árboles, al lado de un riachuelo. La artillería retrocedió para establecer las baterías sobre una meseta. Durante dos horas estuvieron así, formados en batalla sin que ocurriera nada. En el horizonte la masa de caballería permanecía inmóvil, y comprendo por último que perdían el tiempo inútilmente, volvieron á emprender lo marcha.

—¡Vamos!—dijo Juan—otra vez será.

A Mauricio le quemaban las manos, tenía deseos de disparar un tiro. Y volvió á caer en la cuenta de que la víspera se había cometido una torpeza no acudiendo á apoyar el 5.º cuerpo. Si los prusianos no atacaban debía obedecer á que no tenían aun bastante infantería disponible; de manera que aquellas demostraciones, aquellas descubiertas de caba llería sólo debían tener por objeto paralizar, retrasar la marcha de los cuerpos. De nuevo volvían á caer en el lazo, y en efecto, desde aquel momento, el 106.º vió continuamente á los hulanos á su izquierda en cada accidente del terreno los seguían, lo vigilaban, desaparecían detrás de cualquier casa, para volver á aparecer en otro sitio.

Poco á poco los soldados se cansaban al verse envueltos de aquel modo, como en las mallas de una invisible red.

—¡Nos fastidian!—decian Pache y el mismo Lapoulle.—Si les enviáramos unas cuantas peladillas, nos serviría de algún consuelo.

Continuaban andando, marchando siempre, penosamente, cansándose mucho. Con el malestar que producía aquella caminata, sentían que el enemigo los iba cercando por todas partes, del mismo modo que se siente la tormenta antes de que estalle. Se habían dado órdenes muy severas á la retaguardia, y ya no había rezagados, con la certidumbre que tenían de que los prusianos seguían los cuerpos y recogían al que se quedaba en el camino. La infantería enemiga llegaba á toda prisa, marchando á razón de cuarenta kilómetros por día, mientras que los regimientos franceses, cansados, paralizados, apenas avanzaban.

En Authe, el cielo se despejó, y Mauricio, que se guiaba por la dirección del sol, pudo notar que en vez de subir hacia el Chéne, á tres leguas de allí, daban la vuelta para dirigirse en línea recta hacia el Este. Eran las dos de la tarde y el calor empezó á molestar á las tropas, después de haber tenido frío con el agua que sobre ellos había caido durante dos días. El camino subía dando muchos rodeos por entre planicies desiertas. Ni una casa, ni un sér viviente rompían la monotonía del paisaje; de vez en cuando algún bosquecito y el triste silencio de aquellas soledades había contagiado á los soldados, que con la cabeza baja y sudando arrastraban penosamente los pies. Llegaron á Saint-Pierremont y se presentaron á la vista algunas casitas vacías sobre un montecillo. No atravesaron la aldea y

Mauricio pudo notar que tomaban por la izquierda, hacia el Norte, en dirección de la Besace.

Comprendió entonces qué camino habían elegido con objeto de llegar á Mouzón antes que los prusianos. ¿Lograrían lo que se habían propuesto con tropas tan cansadas y desmoralizadas? En Saint-Pierremont volvieron á presentarse los hulanos, allá, á lo lejos, en el recodo del camino que conducía á Buzancy, y al abandonar la aldea la retaguardia, una batería envió algunas granadas, que cayeron sin causar bajas.

No contestaron; continuaron la marcha, cada vez más penosa.

Desde Saint-Pierremont hasta la Besace quedaban tres leguas, y Juan, á quien Mauricio acababa de decírselo, dió señales de desesperación; los soldados no podrían recorrerlas, lo comprendía perfectamente al ver su abatimiento, al notar lo extraviado de sus miradas. El camino seguía subiendo entre dos montecitos que se estrechaban poco á poco. Fué necesario hacer alto. Pero aquel descanso sólo había logrado enfriar los miembros, y cuando emprendieron de nuevo la caminata, fué peor todavía; los regimientos no avanzaban, y algunos hombres cayeron. Juan, que veía palidecer á Mauricio, cuyas miradas se extraviaban, hablaba mucho contra su costumbre, para animarle, distraerle.

—¿Dices que tu hermana vive en Sedán? ¡Tal vez pasemos por allí!

—¿Por Sedán? ¡Nunca! No es nuestro camino, tendrían que haberse vuelto locos.

—¿Es joven tu hermana?

—Tiene la misma edad que yo. Ya te he dicho que somos gemelos.

—¿Se parece á tí?

—Sí, es tan rubia como yo, y con el pelo rizado, muy suave... muy pequeñita, con la cara delgada y no mete mucha bulla. ¡Pobrecita!

—¿Os queréis mucho?

—Sí... sí...

Hubo un momento de silencio y Juan, que no perdía de vista á Mauricio, notó que cerraba los ojos y que iba á caer.

—¡Eh! compañero... tente derecho, ¡vive Dios! Dame tu fusil, así descansarás un poco... Vamos á perder la mitad de la gente en el camino. ¡No es posible ir más allá por hoy!

En este momento acababa de ver enfrente el pueblecito de Oches, cuyas casitas se presentaban en forma de anfiteatro. La iglesia, de color de ocre, lo dominaba todo.

—Con seguridad que vamos á dormir allí,—dijo Juan.

Había adivinado. El general Douay que notaba el cansancio de las tropas, comprendió que era imposible llegar á la Besace aquel día. Lo que le decidió sobre todo, fué la llegada del convoy, aquel molesto convoy que venía arrastrando detrás de sus tropas desde Reims y cuyas tres leguas de carros y de acémilas, tanto retrasaban las marchas. Había dado orden para que desde Quatre Champs se dirigiera directamente á Saint-Pierremont, y en Oches fué donde el convoy había alcanzado al ejército, tan agotadas las fuerzas que las caballerías

no querían andar más. Eran las cinco. El general Douay, temiendo penetrar en los desfiladeros de Stonne, renunció á acabar la etapa señalada por el mariscal. Se detuvieron y acamparon; el convoy abajo, en las praderas, estaba guardado por una división, mientras que la artillería se instalaba detrás, sobre una eminencia y más arriba la brigada que debía ir á retaguardia, enfrente de Saint Pierremont. Otra división, de la que formaba parte la brigada de Bourgain Desfeuilles, se estableció detrás de la iglesia, sobre una ancha meseta que bordeaba un bosque de encinas.

Llegaba la noche, cuando el 106° pudo por fin instalarse en la orilla del bosque, no sin gran trabajo, tal había sido la confusión para elegir los puestos.

—¡Silencio! dijo Chouteau, ¡yo no cómo, duermo!

Todos decían lo mismo. Muchos no tenían alientos para clavar las tiendas de campaña, se dormían donde caían.

Además, para poder comer hubiera sido necesario que la administración militar hubiese hecho un reparto de provisiones, y la administración militar, que aguardaba al séptimo cuerpo en la Besace, no se hallaba en Oches. En el abandono que reinaba, ya no se tocaba á provisiones. El que podía se aprovisionaba y el que no, lo dejaba. Desde este momento ya no se distribuyó nada á las tropas; los soldados tuvieron que vivir con los víveres que debían llevar en sus mochilas, y las mochilas estaban vacías; pocos fueron los que encontraron algo de lo que les había sobrado en Vouziers. Tenían aún café; los menos cansados lo bebieron sin azúcar.

Cuando Juan quiso comer, dando á Mauricio una

de las dos galletas que le quedaban, vió que éste dormía profundamente. Quiso despertarle, pero después, estoicamente, volvió á colocar las dos galletas en la mochila, escondiéndolas como si fuera oro; se contentó con beber café, como los demás.

Había exigido que plantaran la tienda, y todos estaban ya acostados cuando volvió Loubet con unas cuantas zanahorias que había arrancado cerca de allí. Como no había medio de cocerlas, las comieron crudas, pero tanto exasperaban el hambre, que Pache se puso enfermo.

—No, no, déjele usted dormir,—decía Juan á Chouteau, viendo que éste quería despertar á Mauricio para darle su parte.

—¡Ah!—dijo Lapoulle,—mañana cuando lleguemos á Angulema tendremos pan. . un primo mío ha estado allí de guarnición y dice que es buen punto.

Todos se extrañaban de aquella salida, y Chouteau dijo:

—¡Pero qué! ¿Vamos á Angulema? ¡Vaya un animal, que cree que estamos cerca de Angulema!

No hubo medio de obtener explicaciones de Lapoulle. Creía que iban á Angulema. El fué también quien aquella mañana, al ver los hulanos, había sostenido que eran soldados del ejército de Bazaine.

El campamento quedó envuelto en tinieblas, en medio de un silencio sepulcral. A pesar del fresco de la noche, se había prohibido encender hogueras. Sabían que los prusianos se encontraban á pocos kilómetros, y los ruidos se ensordecían por temor de que los descubrieran. Los oficiales habían prevenido á las tropas que la marcha empezaría á las cuatro de la mañana para ganar el tiempo perdido,

y todos, de prisa, se durmieron, aniquilados. Por encima de aquellos campamentos dispersos, la respiración fuerte de aquella multitud subía en las tinieblas, como si fuera el aliento mismo de la tierra.

De pronto, un tiro despertó á la escuadra. La noche era muy obscura. Debían ser las tres. Todos se pusieron de pie, y la alarma cundió por todo el campamento, creyendo que el enemigo atacaba. Era que Loubet, que no dormía ya, se había levantado é internádose en el bosque, donde debía de haber conejos. ¡Vaya un banquete si al amanecer llevaba un par de conejos á los compañeros! Pero como estaba buscando un puesto, oyó que venían hacia él algunos hombres rompiendo ramas, se asustó y disparó un tiro creyendo que eran prusianos.

—Juan, Mauricio y otros acudían, cuando una voz ronca gritó:

—No tiréis, ¡vive Dios!

Era en la orilla del bosque; un hombre alto y delgado, cuyas barbas toscas apenas se distinguían. Llevaba una blusa gris ceñida por un cinturón rojo, y tenía un fusil. En seguida explicó que era francés, sargento de voluntarios, y que venía con dos hombres desde los bosques de Dieulet, para dar algunos informes al general.

—¡Eh! ¡Cabasse! ¡Ducat!—gritó volviéndose,—¡venid acá, holgazanes!

Los dos hombres habían tenido miedo, sin duda, pero se acercaron; Ducat era pequeño, regordete, pálido, casi calvo; Cabasse, alto, seco, la tez morena, casi negra, con una nariz larga en forma de cuchillo.

Mauricio, que examinaba muy de cerca al sargento, acabó por preguntarle:

—¿Diga usted? ¿No es usted Guillermo Sambuc, de Remilly?

Y, como éste, después de algunas vacilaciones, contestara que sí, el joven retrocedió un paso, porque aquel Sambuc tenía fama de ser un granuja, digno hijo de una familia de leñadores, que andaba en malos pasos; al padre, un borracho, se le encontró una noche degollado, en un bosque; la madre y la hija, mendigas, ladronas, habían desaparecido. Guillermo contrabandeaba, y uno solo, de toda aquella manada de lobos, había crecido honrado, Próspero, el cazador de Africa, que antes de tener la suerte de ser soldado, había sido mozo de labranza, por odio á la selva.

—He visto á su hermano en Reims y en Vouziers, —dijo Mauricio.—Está muy bien.

Sambuc no contestó. Para cortar la conversación añadió:

—Llevadme al general. Díganle que somos los voluntarios de los bosques de Dieulet, y que tenemos que comunicarle algo muy importante.

Cuando regresaban hacia el campamento, Mauricio se acordaba de aquellas compañías de voluntarios, en las que se habían fundado tantas esperanzas y que solo producían quejas. Tenían que hacer la guerra de escaramuzas, de emboscadas, aguardando al enemigo detrás de los vallados, hostigarle, matarle los centinelas, guardar los bosques, de donde ni un prusiano saldría vivo. Y, en verdad, estaban á punto de ser el terror de los aldeanos, á los que defendían muy mal y á los que destrozaban los campos. Por horror del servicio militar regular, todos los aventureros se apresuraban

á vestir el uniforme de voluntario, contentos de no verse sujetos á la disciplina, de poder andar á su capricho por los caminos, comiendo y durmiendo donde podían.

En algunas compañías el reclutamiento había sido infernal.

—¡Eh! Cabasse, ¡eh! Ducat—continuaba diciendo Sambuc—acercáos, holgazanes.

A esos dos también los conocía Mauricio y sabía que eran dos individuos de la peor casta. Cabasse, el alto, nacido en Tolón, antiguo mozo de café en Marsella, que había ido á parar á Sedán como comisionista, había estado á punto de ir á la cárcel, por una historia de robo que no pudo ponerse muy en claro. Ducat, el pequeño, procurador en Blainville, había tenido que traspasar su cargo por las inmoralidades que había cometido, y había estado á punto de ser procesado por hechos análogos en Raucourt, donde era tenedor de libros de una fábrica. Este último sabía latín, mientras que el primero apenas si sabía leer; pero los dos formaban la pareja, una pareja que inspiraba bastante cuidado.

El campamento se despertaba. Juan y Mauricio llevaron á los voluntarios al capitán Beaudoin, quien á su vez los presentó al coronel Vineuil. Este los interrogó, pero Sambuc, confiado en su importancia, quería hablar al general; y como el general Bourgain Desfeuilles, que había pasado la noche en casa del cura de Oches, acababa de presentarse en la puerta del presbiterio de mal humor por aquella madrugada para emprender una nueva jornada de fatiga y de hambre, acogió á los voluntarios con malos modales.

—¿De dónde vienen? ¿qué quieren? ¡Ah! ¡sois vosotros los voluntarios! ¡vaya unos caballeros!

—Mi general,—dijo Sambuc sin amilanarse,—somos los que guardamos los bosques de Dieulet...

—¿Qué bosques son esos?

—Los que están entre Stenay y Mouzón, mi general.

—Stenay, Mouzón, no conozco eso; ¡cómo voy á saber yo dónde estoy con tantos nombres nuevos!

El coronel Vineuil intervino discretamente para recordarle que Stenay y Mouzón estaban sobre el Meuse, y que habiendo ocupado los alemanes el primer punto, iban á intentar pasar el río por el puente del segundo pueblo, un poco más al Norte.

—Mi general—añadió Sambuc—hemos venido para prevenirle que los bosques de Dieulet están llenos de prusianos... Ayer, al salir el quinto cuerpo de Bois-les Dames, tuvo un encuentro, cerca de Nouart.

—¡Pero qué! ¿se han batido ayer?

—Sí, mi general, el quinto cuerpo se ha batido replegándose, y debe estar esta noche en Beaumont... y mientras los compañeros han ido á prevenirle, nosotros hemos venido aquí, para que supiera cuál era su situación y pudiese usted ir á socorrerle, porque le van á caer encima sesenta mil alemanes por la mañana.

El general Bourgain Desfeuilles al oir aquella cifra, manifestó algunas dudas.

—¡Sesenta mil hombres! muchos hombres son; ¿por qué no ha dicho cien mil? El miedo le hace ver el doble. No puede haber cerca de nosotros sesenta mil hombres, sin que lo supiéramos.

Y no hubo medio de convencerle, á pesar de que Ducat y Cabasse confirmaron lo dicho por Sambuc.

—Hemos visto los cañones,—dijo el provenzal,—y tienen que ser muy testarudos para meterlos por el camino del bosque, que está imposible con las lluvias de estos últimos días.

—Alguno les sirve de guía,—dijo el exprocurador.

El general, desde lo ocurrido en Vouziers, ya no creía en la concentración de los dos ejércitos alemanes, de que tanto le habían hablado. Y no creyó oportuno enviar á los voluntarios para que hablaran con el jefe del séptimo cuerpo, con quien éstos creían estar hablando. Si hubiesen hecho caso de cuanto decían los aldeanos, de todos los que traían noticias, no hubiera habido medio de dar un paso. Dió orden á los voluntarios de que siguieran á la columna puesto que conocían el país.

—De todos modos hay que agradecerles que hayan venido,—dijo Juan á Mauricio mientras volvían á su puesto para recoger la tienda de campaña.—Han andado cuatro leguas durante la noche para poder avisarnos.

Mauricio convino en ello. Le atormentaba la idea de que los prusianos se hallaban en los bosques de Dieulet, camino de Sommauthe y de Beaumont. Se había sentado, cansado ya, antes de emprender la caminata, con el estómago vacío, el corazón oprimido, al amanecer de aquel día que presentía iba á ser horrible.

Al verle tan pálido, el cabo le preguntó cariñosamente:

—¿Estás mal, no es verdad? ¿Te hace sufrir el pie todavía?

Mauricio dijo que no. El pie estaba muy bien, gracias á los anchos zapatos que tenía.

—¿Tienes hambre?

Y Juan, viendo que no contestaba, sacó sin que le vieran una de las dos galletas, y mintiendo, con mucha sencillez:

—Toma,—le dijo,—te he guardado tu ración... yo he comido la mía ahora mismo.

Amanecía cuando el 7.º cuerpo salía de Oches, camino de Mouzón, por la Besace, á donde hubiera debido pernoctar. Primero había salido el enorme convoy, acompañado de la primera división, y si los carruajes del tren con buen ganado marchaban á buen paso, en cambio los carros embargados, vacíos la mayor parte é inútiles, se retrasaban mucho en las cuestas del desfiladero de Stonne. El camino sube, especialmente después de la aldea de la Berliére, entre los dos montes cubiertos de árboles, que lo dominan. A las ocho, cuando las otras dos divisiones se ponían en marcha, se presentó el mariscal Mac-Mahon, desesperándose al ver allí aquellas tropas que creía habían salido ya de la Besace por la mañana y que sólo tenían que andar algunos kilómetros para llegar á Mouzón. Tuvo una discusión bastante fuerte con el general Douay, acordándose por último dejar á la primera división que escoltara al convoy en marcha hacia Mouzon, y que las otras dos divisiones, para no retrasarse más con aquella pesada vanguardia, tomasen el camino de Raucourt á Autrecourt, con objeto de pasar el río Meuse en Villers. Había que subir de nuevo hacia el Norte, con la prisa que tenía el mariscal de poner el río entre su ejército y el del enemigo. Costa-

ra lo que costara, había que estar aquella noche al otro lado del Meuse y la retaguardia se encontraba aún en Oches. Una batería prusiana desde un cerro lejano, del lado de Saint Pierremont, empezó á cañonearlos como la víspera; primero contestaron á aquellos disparos y después las últimas tropas se replegaron.

Hasta las once el 106º siguió lentamente el camino que serpentea en el fondo del desfiladero del Stonne, entre los altos cerros. Sobre la izquierda las crestas empinadas suben desnudas, escarpadas, mientras que por la derecha los bosques descienden por pendientes suaves. El sol habia vuelto á aparecer y hacía mucho calor en aquel valle estrecho y completamente solitario. Después de la Berliere, que domina un calvario grande y triste, no se encuentra una casa, ni un sér viviente y los hombres tan cansados, tan destrozados, hambrientos y sin haber dormido apenas, se arrastran penosamente sin valor para sufrir más y renegando.

De pronto, mientras estaban parados al lado del camino, volvióse á oir el disparo de los cañones á la derecha. Los cañonazos eran tan secos que el combate no debía librarse á más de dos leguas de distancia. Sobre aquellos hombres, cansados de replegarse enervados de tanto aguardar, el efecto que produjeron los cañonazos fué extraordinario.

Todos de pie, agitados, olvidando sus penas y sus fatigas, querían batirse, hacerse matar antes que continuar huyendo á la desbandada, sin saber cómo ni por qué.

El general Bourgain-Desfeuilles, acababa en aquel momento de subir á un cerro, llevándose consigo al

coronel Vineuil para reconocer el país. Se les veía allá en lo alto, entre dos bosquecitos, examinando el terreno con sus gemelos; enviaron en seguida un ayudante para que hiciera subir á los voluntarios. Algunos soldados, Juan y Mauricio entre ellos, acompañaron á éstos para en el caso de que los necesitaran.

En cuanto el general vió á Sambuc, gritó:

—¡Vaya un país, con estas cuestas y estos bosques!... ¿Oye usted? ¿Dónde es, dónde se baten?

Sambuc, seguido de Ducat y Cabasse escuchó, examinó un momento el vasto horizonte sin contestar. Mauricio, muy cerca de él, miraba también sorprendido por el inmenso desarrollo de los valles y bosques que veía. Hubiérase dicho que aquello era un mar sin límites, con olas inmensas y lentas. Los bosques manchaban con tintes verdes las tierras amarillentas, mientras que las colinas lejanas, bajo el sol ardiente, se anegaban en vapores rojizos. No se advertía nada, ni la más pequeña humareda en el fondo claro del cielo, pero el cañón seguía retumbaudo cada vez con mayor estrépito, semejante al de uno tempestad lejana que iba aumentando por momentos.

—Allí está Sommauthe, á la derecha,—acabó por decir Sambuc, señalando un monte:—Yoncq está aquí, á la izquierda. La batalla es en Beaumont, mi general.

—Sí, en Verniforet ó en Beaumont,—replicó Ducat.

El general gruñía:

—Beaumont, Beaumont, nunca sabe uno donde se encuentra en este endiablado país...

Después añadió en voz alta:

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta Beaumont?

—Unos diez kilómetros, tomando por el camino del Chéne á Stenay que pasa por allí.

El cañoneo continuaba y parecía avanzar del Oeste al Este, aumentando siempre en intensidad.

Sambuc añadió:

—¡Demonio! ¡La cosa está que arde!... Lo esperaba, se lo había prevenido esta mañana, mi general; con seguridad que son las baterías que hemos visto en los bosques de Dieulet. A estas horas el 5.º cuerpo debe tener encima todo ese ejército que llegaba por Buzancy y por Beaulair.

Volvieron á callar y mientras tanto la batalla se oía cada vez más estruendosa. Mauricio apretaba los dientes, pues tenía ganas de gritar. ¿Por qué no iban en seguida al sitio donde hacían falta? Nunca había experimentado tal excitación. Cada cañonazo resonaba en su pecho y le conmovía, le impelía á ir al combate, para acabar de una vez y entrar en la batalla. Pues qué, ¿iban á oir el fuego otra vez, á pasar junto á aquel campo de batalla, rozarle casi sin disparar un tiro? ¿Se habían propuesto acaso llevarlos así de ese modo, huyendo siempre desde el principio de la guerra? En Oches, el enemigo acababa de cañonearlos un momento por la espalda. ¡Seguirían corriendo de ese modo, no irían á apoyar á sus compañeros en aquel trance! Mauricio miró á Juan que estaba muy pálido; los ojos le brillaban, efecto de la fiebre. Todos los corazones vibraban en los pechos al oir aquella llamada del cañón.

Tuvieron que detenerse una vez más. El Estado Mayor subía por el estrecho sendero. Era el general Douay, que acudía muy preocupado. Cuando interrogó á los voluntarios, se le escapó un grito de rabia. ¡Qué hubiera podido hacer, aunque lo hubiese sabido por la mañana! La orden del mariscal Mac Mahon era muy severa. Era preciso atravesar el Meuse antes de la noche, fuera como fuera. ¡Y ahora, de qué modo podría reunir todas las tropas que estaban escalonadas y en marcha hacia Raucort para dirigirlas con rapidez sobre Beaumont! ¿No llegarían demasiado tarde? El 5.º cuerpo debía batirse ya en retirada por el lado de Mouzon y los cañonazos lo indicaban, cada vez se oían más al Este, como si fuera un huracán de truenos y granizos, que marchaba y se alejaba. El general Douay levantó los brazos al aire y con un gesto de furiosa impotencia, dió la orden de continuar la marcha hacia Raucourt.

¡Qué marcha aquella, en el fondo del desfiladero de Stonne, por entre las altas crestas, mientras que á la derecha, detrás de los bosques, el cañoneo continuaba! A la cabeza del 106º el coronel Vineuil marchaba tieso en su caballo, con la cabeza derecha, pálido el semblante, temblándole los párpados, como si contuvieran lágrimas que pugnaban por escapársele. El capitán Beaudoin, mudo, silencioso, se mordía el bigote, mientras que el teniente Rochas, á pesar suyo, recriminaba, lanzaba insultos contra todos y contra sí mismo. Y, entre los soldados que no tenían ganas do batirse, entre los menos valientes, aumentaba el deseo de gritar, de pegar, la rabia de la continua derrota, el deseo de

marcharse pesadamente, mientras que aquellos condenados de prusianos degollaban allá á los compañeros.

Al pie de Stonne, cuyo camino en forma de lazo baja por entre montes, el terreno se había ensanchado; las tropas atravesaban bastas tierras cortadas por bosques. A cada momento desde la salida de Oches, el 106º, que se encontraba ahora á retaguardia, esperaba verse atacado, porque el enemigo seguía á la columna, la vigilaba, aguardando sin duda el momento oportuno para cogerla por la cola. La caballería, aprovechando los menores repliegues del terreno, intentaba ganarla por los flancos; se vieron algunos escuadrones de la guardia prusiana, desembocar por detrás de un bosque; pero se detuvieron ante la maniobra que hizo un regimiento de húsares que se adelantó barriendo el camino. Y gracias á ese avance la retirada continuó efectuándose con bastante orden, cuando al acercarse á Raucourt, un espectáculo vino á aumentar la angustia, acabando por desmoralizar á los soldados. De repente por un camino vieron desembocar una masa de hombres, precipitadamente; oficiales heridos, soldados desbandados y sin armas, carruajes del convoy á escape, hombres y animales huyendo alocados se esparcían extraviándose. Eran los restos de una brigada de la 1.ª división, que escoltaba un convoy que había salido por la mañana hacia Mouzon, por la Besace. Una equivocación de caminos, una casualidad desgraciada hacía hecho que aquellas tropas y una parte del convoy fuesen á caer á Varniforet, cerca de Beaumont, cuando el 5.º cuerpo se retiraba pre

sa del pánico. Sorprendidos, atacados de flanco habían huído y el mismo pánico los devolvía, ensangrentados, medio locos, trastornando á sus compañeros con el espanto. Sus revelaciones sembraban el miedo, parecían como el eco del cañoneo que oían sin cesar desde el mediodía.

Al atravesar Roucourt fué la ansiedad, el atropello tonto. ¿Debían tomar á la derecha, en dirección á Autrecourt, para pasar el Meuse en Villers como se había acordado? Vacilando, dudando, el general Douay temió encontrar allí, el puente atestado y tal vez ya en poder de los prusianos. Prefirió seguir derecho por el desfiladero de Haraucourt, para llegar á Remilly antes que anocheciera. Después de Douzon. Villers y después de Villers, Remilly: subían siempre y los hulanos galopando, espoleándolos. Sólo faltaban dos kilómetros, pero eran ya las cinco y sentíanse muy cansados. Estaban en pie desde el amanecer, habían tardado doce horas en recorrer tres leguas, parándose y marchando, entre emociones y temores sin límite. Durante las dos últimas noches los hombres apenas habían dormido y apenas si comieron desde Vouziers. Se caían de inanición. Lo de Raucourt fué horrible.

La pequeña ciudad es muy rica, con fábricas numerosas, su calle mayor de buenas edificaciones se extiende por ambos lados de la carretera con su linda iglesia y la Casa Consistorial muy bonita. Pero como el emperador había pasado allí la noche con el mariscal Mac Mahon, y detrás de ellos hubo de pasar el primer cuerpo entero, que durante toda la mañana había recorrido el camino, no quedaban ya recursos ni provisiones. No se encon-

traba vino, pan ni azúcar, nada de lo que se bebe ni de lo que se come. Habíase visto á algunas señoras distribuyendo tazas de caldo y vasos de vino, hasta agotarlo todo. Y cuando los primeros regimientos del 7.º cuerpo empezaron á desfilar, fué aquello una desesperación. ¿Pues qué, todavía quedaban más soldados? De nuevo por la calle mayor empezaron á pasar hombres extenuados, cubiertos de polvo, muriédose de hambre, sin que tuviesen ya nada que darles. Muchos se paraban en las puertas, llamaban y tendían las manos á las ventanas pidiendo por misericordia un pedazo de pan y algunas mujeres lloraban, haciendo señales de que no podían darles nada, que no tenían.

En la esquina de la calle de los Dix Potiérs, Mauricio, desmayado, cayó al suelo y Juan que había acudido oyó que le decía:

—No, déjame; esto se acabó... prefiero morir aquí.

Se había dejado caer en la esquina. El cabo quiso mostrarse severo, como si estuviera descontento.

—¡Vive Dios! ¿quién me ha traído un soldado tan flojo? ¿quieres que te recojan los prusianos? ¡Vamos, arriba!

Después, viendo que el joven no contestaba, lívido, con los ojos cerrados, siguió jurando, pero con tono paternal, casi llorando:

—¡Por vida del demonio!

Echó á correr hacia una fuente, llenó su plato de agua y volvió para mojarle la cara. Después, sin ocultarse, sacó de su mochila la última galleta que había guardado con tanto cuidado, la rompió á pedazos y fué metiéndoselos en la boca. El hambriento abrió los ojos, y devoró.

—Pero ¿y tú?—preguntó recordándolo ¿no has comido?

—Yo,—dijo Juan,—tengo la piel muy dura, y puedo aguardar..... ¡Un buen trago de jarabe de ranas y ya estoy firme!

Se fué á llenar el plato de nuevo, lo vació de un trago y luego dió un chasquido con la lengua y eso que él también tenía la cara lívida, y tanta hambre, que le temblaban las manos.

—¡Vamos, levántate! hay que alcanzar á los compañeros.

Mauricio se levantó, dió el brazo á Juan y se dejó arrastrar como un niño. Jamás el brazo de ninguna mujer le había hecho latir tanto el corazon. En el desquiciamiento de todo, en medio de aquella miseria, con la muerte enfrente, le confortaba la idea de tener á su lado un sér que le quería tauto y que le cuidaba, y tal vez la idea de que el corazón de aquel hombre que tanta abnegación le demostraba, era el de un aldeano, que le había inspirado antes alguna repugnancia, añadía á su gratitud una dulzura infinita. ¿No era acaso aquello la fraternidad tal como debía ser al principio del mundo, la amistad antes que la cultura de las clases, esa amistad de dos hombres unidos y confundidos en la común necesidad de su asistencia, de su mutuo apoyo, ante la amenaza de la naturaleza enemiga? Oía latir su humanidad en el pecho de Juan y se sentía orgulloso de verle más fuerte, socorriéndole, ayudándole, mientras que Juan, sin analizar sus sensaciones, sentía mucha alegría protegiendo en su amigo, aquella gracia, aquella inteligencia, que en él se halla-

ban en estado rudimentario. Desde que había ocurrido la muerte vialenta de su mujer, arrebatada por un sangriento drama, creía que no tenía corazón y había jurado no volver á ver esas criaturas que hacen sufrir tanto aún cuando no sean malas. Y la amistad era para los dos como un bálsamo; aunque no se abrazaban, se sentían uno dentro del otro, aunque eran muy distintos, en aquel terrible camino de Remilly, sosteniéndose mútuamente, formando un solo sér de piedad y de sufrimiento.

Al abandonar la retaguardia á Raucourt, los alemanes entraban por el otro extremo, y dos de sus baterías, instaladas inmediatamente, á la izquierda, sobre las alturas, empezaron á cañonearlos. En aquel momento el 106°, que desfilaba por el camino pue baja del Emmane, se encontraba en la línea de tiro. Un proyectil cortó un álamo en la margen del río; otro se enterró en un prado al lado del capitán Beaudoin, sin estallar. Pero hasta llegar á Haraucourt el desfiladero iba estrechándose, y las tropas se amontonaban, como en un callejón estrecho, dominado por ambos lados, con crestas llenas de árboles: si un puñado de prusianos se emboscaba allá arriba, el desastre era seguro. Cañoneados por la cola, y amenazados de un ataque posible á derecha é izquierda, las tropas avanzaban con ansiedad para salir pronto de aquel sitio peligroso. Un último arranque de energía había aniquilado á los más fatigados. Los soldados que momentos antes se arrastraban penosamente, al pasar por Raucourt, alargaban el paso, reanimados al verse espoleados por el peligro. Hasta los caballos parecían tener conciencia del peligro y de que si se

perdía un minuto, se podría pagar muy caro. La cabeza de la columna debía estar ya en Remilly, la marcha continuaba, muy de prisa, cuando repentinamente hubo una parada.

—¡Demonio!—dijo Chouteau,—¿nos van á dejar aquí?

El 106º no había llegado aún á Haraucourt y continuaban cayendo granadas.

Mientras el regimiento aguardaba, marcando el paso, estalló una á la derecha, sin herir á nadie, afortunadamente. Pasaron cinco minutos de agonía horrible. Nadie se movía, debía haber algún obstáculo que impedía la marcha. Y el coronel, derecho sobre los estribos, nervioso, miraba, sintiendo que detrás de él el pánico se apoderaba de sus hombres.

—Todo el mundo sabe que estamos vendidos,—dijo con rabia Chouteau.

Empezaron los murmullos, que iban en aumento, bajo los latigazos del miedo. ¡Sí! ¡sí! los habían llevado allí para venderlos, para entregarlos á los prusianos. En el encarnizamiento de la desgracia y con el exceso de faltas cometidas, no quedaba ya en el fondo de aquellos cerebros limitados, más que la idea de una traición que pudiese explicar tal serie de desastres.

—¡Nos hacen traición! ¡nos hacen traición!—repetían las voces alocadas.

Y Loubet tuvo una idea.

—Tal vez sea ese cochino de emperador, que estará allá, en mitad del camino, con sus equipajes, impidiendo el paso.

La noticia circuló en seguida. Se afirmaba qne el obstáculo consistía en el séquito del emperador, que

cortaba la columna, y fué aquello una cosa horrible, palabras atroces, todo el odio que inspiraba la insolencia de las gentes que estaban al servicio del emperador, que se apoderaban de los pueblos donde dormían, desempaquetando las provisiones, las cestas de vinos, la vajilla de plata, delante de los soldados extenuados, á quienes faltaba de todo; que encendían las cocinas, cuando los infelices soldados no tenían que comer. ¡Ah! ¡ese miserable emperador, en aquel momento sin trono y sin mando, semejante á un niño extraviado en su imperio, que llevaban como un paquete inútil, entre los bagajes de las tropas, condenado á arrastrar en pos de sí, la ironía de su casa de gala, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocineros, sus furgones, toda la pompa de su manto imperial, sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo de los caminos de su derrota!

Uno tras otro cayeron dos proyectiles. El kepis del teniente Rochas se lo llevó un pedazo de hierro. Y las filas se apretaron, hubo una oleada de empujones, una oleada súbita cuyo reflujo se sintió muy lejos. Las voces se ahogaban en las gargantas. Lapoulle gritaba furiosamente para que avanzaran. Un minuto más todavía de espera, é iba á producirse una espantosa catástrofe, que hubiera aplastado á aquellos hombres en el fondo de aquel estrecho callejón, en una oleada furiosa.

El coronel se volvió muy pálido.

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! un poco de paciencia. He enviado á uno para que se entere... ya ha principiado la marcha...

No comenzaba ésta y los segundos parecían si-

glos. Juan había vuelto á coger á Mauricio de la mano, y con mucha sangre fría le explicaba al oído que si los compañeros empujaban, los dos saltarían á la izquierda, para trepar por los bosques del otro lado del río. Buscaba á los voluntarios con la mirada, creyendo que conocerían los caminos; pero le dijeron que habían desaparecido, al pasar por Raucourt. Y de pronto, volvieron á emprender la marcha, dieron la vuelta en un recodo del camino, al abrigo ya de las baterías alemanas. Más tarde se supo, que la causa del desbarajuste de aquella jornada desgraciada, había sido la división Bonnemain que cortó y paralizó al 7.º cuerpo, para dar paso á los cuatro regimientos de coraceros.

La noche se venía encima cuando el 106º atravesó Angecourt. Las aristas de los bosques continuaban á la derecha; pero el desfiladero se ensanchaba por la izquierda, un valle azulado aparecía á lo lejos. Por fin, desde las alturas de Remilly, percibieron en las brumas de la noche, una cinta de plata pálida, entre el desarrollo inmenso de prados y tierras. Era el Meuse, ese Meuse tan deseado, donde parecía que se hallaba la victoria.

Y Mauricio, con los brazos extendidos hacia las luminarias que se veían en lontananza, que se encendían alegremente en el fondo verdoso, en el fondo de aquel valle tan fecundo, de un encanto delicioso bajo la suavidad del crepúsculo, dijo á Juan, con la alegría de un hombre que vuelve á encontrar su país amado:

—¡Mira! ¡Mira allí!... ¡Ese es Sedán!

VII

En Remilly una espantosa confusión de hombres, caballos y carruajes llenaba la calle en cuesta que desciende hacia el Meuse. Delante de la iglesia, á la mitad de la cuesta, los cañones, con las ruedas atascadas, no podían avanzar, á pesar de los latigazos que los conductores arreaban al ganado; allá abajo, cerca de la fábrica de hilados, por donde pasa el Emmane, formaban cola los furgones atascados, volcados, que cerraban el camino; mientras que una oleada de soldados que por momentos aumentaba se peleaba en la posada de la Cruz de Malta, sin poder obtener un vaso de vino.

Y aquel empuje furioso iba á pasar más lejos, al otro extremo de la aldea, que un bosquecillo separa del río y donde los ingenieros habían colocado por la mañana un puente de barcas. La casa del barquero se encontraba allí muy blanca, solitaria, entre las hierbas altas. En las dos márgenes del río, se habían encendido grandes hogueras que se atizaban continuamente y que alumbraban los contornos, en aquella noche obscura, como si fuera de día. Entonces se veía el enorme hacinamiento de tropas que aguardaban, mientras que por la pasarela sólo podían transitar dos hombres á la vez y sobre el puente, de unos tres metros de ancho, la caballería, la artillería y los bagajes desfilaban al paso con gran lentitud. Decíase que había allí aún una brigada del primer cuerpo, un convoy de municiones, sin contar los cuatro regimientos de coraceros de la división Bonnemain. Y detrás llegaba

todo el 7.º cuerpo, treinta y tantos mil hombres, creyendo tener al enemigo á la espalda, empujando, con el deseo ardiente de ponerse al abrigo de sus ataques, al otro lado del río.

La desesperación fué inmensa. ¡Cómo! ¡andaban desde por la mañana sin comer, acababan de salir á fuerza de energía del terrible desfiladero de Haraucourt y todo ese esfuerzo ¿para qué? para tropezar en medio de aquel desorden con una infranqueable barrera! Antes de muchas horas tal vez, los últimos que habían llegado no podrían pasar; y todos comprendían muy bien que si los prusianos no se atrevían á continuar persiguiéndolos de noche, al amanecer se presentarían allí. Se dió la orden de formar pabellones y acamparon sobre las inmensas laderas cuyas pendientes, costeadas por la carretera de Mouzon, bajan hasta las praderas situadas á la orilla del Meuse. Detrás, coronando la meseta, la artillería de reserva se estableció en batalla, apuntando los cañones hacia el desfiladero para batirlo en caso de necesidad, y de nuevo comenzó la espera, sublevadas y angustiadas las tropas.

El 106º se encontraba encima del camino, en un rastrojo que dominaba la planicie extensa. Los soldados habían soltado sus armas con algún recelo, no sin mirar antes hacia atrás, ante el temor de verse atacados. Todos, con la cara seria, se callaban, murmurando sólo de vez en cuando palabras preñadas de rabia. Iban á dar las nueve y llevaban allí dos horas; y muchos, á pesar del cansancio, no podían dormir, echados sobre el suelo, estremecidos, prestando atención al menor ruido. No lucha-

ban ya contra el hambre que los devoraba; comerían luego, al otro lado del río, y comerían hierba si no encontraban otra cosa. Pero los obstáculos que se oponían al paso parecía que iban aumentando; los oficiales que el general Douay había apostado cerca del puente, regresaban cada veinte minutos con la misma desconsoladora noticia de que hacían falta muchas horas todavía para pasar el río.

Por último, el general se decidió á abrirse paso hasta el puente. Se le veía á caballo, dentro del agua, activando la maniobra.

Mauricio, sentado en un declive con Juan, volvió á repetir señalando el Norte:

—Sedán está allí, en el fondo... ¡Y mira! Bazeilles está ahí... y después Bouzy, y luego Carignán á la derecha... Es probable que nos reconcentremos en Carignán... ¡Si fuese de día, ya verías como hay sitio!

Y su mano señalaba el inmenso valle, lleno de sombras. El cielo no estaba tan obscuro que no se pudiese seguir, en el desarrollo de los prados negros, el curso del río. Los bosquecillos de árboles formaban pesadas masas, una hilera de álamos, especialmente á la izquierda, cerraba el horizonte como si fuera un dique fantástico. Después, en el fondo, detrás de Sedán, tachonado con algunas luminarias, era un hacinamiento de tinieblas, como si todos los bosques de los Ardennes hubiesen echado allí el telón de sus encinas seculares.

Juan había vuelto á mirar el puente de barcas que se hallaba por debajo de ellos.

—¡Mira, mira! Se va á desbaratar. Nunca podremos pasar por ahí.

Las hogueras en los dos ribazos seguían ardiendo

y su claridad era tanta en aquel momento, que la escena en su horror, se contemplaba como si fuese la de una aparición. Bajo el peso de la caballería y de la artillería que desfilaban desde por la mañana, los maderos que sostenían las barcas, habían acabado por hundirse, de modo que el tablero del puente se encontraba dentro ya del agua algunos centímetros. Ahora pasaban los coraceros de dos en dos y en fila, saliendo de las sombras de un ribazo para desaparecer en las sombras del otro, y no se veía el puente, parecía que marchaban sobre el agua, sobre aquellas aguas que iluminaban un incendio. Los caballos relinchaban; con las crines encrespadas y las patas tendidas avanzaban con terror por aquel suelo movedizo que sentían vacilar. Derechos sobre los estribos, recogidas las bridas, los coraceros pasaban, pasaban siempre, envueltos en sus capotes blancos, no dejando ver más que los cascos que reflejaban el incendio de las hogueras. Parecían jinetes fantásticos yendo á la guerra de las tinieblas, con cabelleras de llama.

Una queja lastimera profirieron en aquel momento los labios de Juan.

—¡Tengo hambre!

Al rededor de ellos, los hombres se habían dormido á pesar de tener el estómago vacío. El cansancio hacía olvidar el miedo, haciéndoles caer al suelo de espaldas, con la boca abierta, aplanados bajo aquel cielo sin luna. Mientras esperaban á que se franquease el paso, el ejército desde un extremo al otro habíase entregado al silencio.

—¡Tengo hambre! ¡tengo mucha hambre!

Era el grito que Juan, tan duro para sufrir, no

podía contener ya, que le salía de la garganta, bien á pesar suyo, en el delirio del hambre, después de haber pasado treinta y seis horas sin comer. Mau ricio se resolvió entonces, viendo que en dos ó tres horas no podría pasar su regimiento.

—Oye, tengo un tío por aquí, el tío Fouchard, de quien te he hablado... Es allá arriba, á unos quinientos ó seiscientos metros y dudaba si ir, pero puesto que tienes tanta hambre, ya nos dará pan el tío ¡qué demonio!

Y se llevó á su compañero que se abandonaba. La casería del señor Fouchard se encontraba á la salida del desfiladero de Haraucourt, cerca de la meseta donde había tomado posiciones la artillería de reserva. Era una casita baja con bastantes dependencias; un pajar, un establo y una cuadra, y del otro lado del camino, en una á modo de cochera, el señor Fouchard había instalado su comercio de carnicero ambulante, donde degollaba los animales, cuya carne iba á vender después por los pueblos.

Al aproximarse le chocaba á Mauricio el no ver ninguna luz en la casería.

—¡Ah! el miserable avaro lo habrá cerrado todo y no querrá abrir.

Desde lejos se paró. Delante de la casería una docena de soldados se agitaban desesperadamente; merodeadores ó hambrientos que buscaban algo. Primero habían llamado á voces, después habían empezado á patadas, y ahora, viendo la casa obscura y silenciosa, daban culatazos en la puerta, con objeto de hacer saltar la cerradura. Los soldados se impacientaban y juraban.

—¡Vamos! ¡echad la puerta abajo, puesto que no hay nadie!

Bruscamente se abrió el postigo de una ventana del pajar; un viejo, con blusa, la cabeza descubierta, apareció con una vela en la mano y un fusil en la otra. Bajo su encrespado pelo blanco se encuadraba una cara cortada por largas arrugas, la nariz gruesa, los ojos grandes y pálidos.

—¡Sois ladrones, puesto que lo rompéis todo!—¿Qué queréis?

Los soldados, sorprendidos, retrocedían.

—Nos moriremos de hambre, queremos comer.

—Nada tengo, ni un mendrugo... ¿Creéis acaso que tengo provisiones en mi casa para dar de comer á cien mil hombres?... Esta mañana han pasado por aquí otras tropas, las del general Ducrot, y se han llevado todo lo que tenía!

Uno á uno los soldados volvían á acercarse.

—Abra usted, buen hombre; de todos modos descansaremos y ya encontrará usted algo para comer...

Y volvieron á empezar los culatazos, hasta que el viejo, colocando el candelero en el alfeizar de la ventana, apuntó.

—¡Como hay Dios, que le levanto la tapa de los sesos al primero que toque la puerta!

La batalla estuvo á punto de comenzar. Los sitiadores aullaban que era necesario quitar de en medio al viejo aldeano que, como todos los otros, habría enterrado el pan, antes que dar un bocado á los soldados. Y los cañonos de los fusiles le apuntaban, le iban á fusilar casi á boca-jarro; mientras que el viejo, testarudo, no cedía.

—¡Nada! ¡ni un mendrugo!... ¡Me lo han cogido todo!

Mauricio echó á correr seguido por Juan.

—¡Compañeros! ¡compañeros!...

Desviaba la puntería de los fusiles, haciendo bajar los cañones y levantando la cabeza en tono de súplica.

—¡Vamos! atienda usted á razones... ¿No me reconoce usted? Soy yo.

—¿Quién eres?

—Mauricio Levasseur, su sobrino.

El señor Fouchar había vuelto á coger la luz. Debió reconocerle. Pero se empeñaba en no querer dar ni un vaso de agua.

—Sobrino ó no, ¡quien puede saberlo, con esta noche tan negra!... ¡Marcháos todos ó tiro!

Y, á pesar de las imprecaciones, de las amenazas de quemarle la casa y degollarle, continuaba el viejo repitiendo:

—¡Largaos de aquí ó tiro!

—¿A mí también, padre?—preguntó repentinamente una voz fuerte, dominando el tumulto.

Los soldados se apartaron y un sargento de artillería se presentó. Era Honorato, cuya batería se encontraba á unos doscientos metros de allí y que llevaba dos horas luchando contra el irresistible deseo de llamar á aquella puerta. Habíase jurado no volver á pasar el dintel, no había escrito ni una carta en los cuatro años que llevaba en el servicio, á aquel padre á quien interpelaba tan secamente. Los soldados empezaron á cuchichear, concertándose. ¡El hijo del viejo y un sargento! ¡nada quedaba que hacer, había que ir á buscar por otra parte!

Desfilaron, se desvanecieron en las sombras de la noche.

Cuando el señor Fouchard comprendió que se había salvado del pillaje, añadió sin emoción alguna, como si hubiese visto la víspera á su hijo:

—¿Eres tú?... bueno, ahora bajo.

Fué larga la espera. Se oyó dentro un ruido de abrir y cerrar cerraduras, como hombre prevenido. Por último se abrió la puerta, pero muy poco.

—¡Entra tú! y nadie más.

Pero no pudo negarse á dar asilo á su sobrino, á pesar de su desconfianza.

—¡Vamos, entra tú también!

Y rechazaba á Juan, sin compasión alguna; fué preciso que Mauricio suplicara. Pero se obstinaba: ¡no! ¡no! ¡no quiero que entre gente desconocida! ¡no quiero que entren ladrones en mi casa! Por último, Honorato, de un empujón hizo entrar á Juan y el viejo no tuvo más remedio que ceder, gruñendo, amenazando. No había aun soltado la escopeta. Luego, cuando los llevó á la cocina y dejó la escopeta cerca del armario y el candelero sobre la mesa, se sentó sin decir una palabra.

—¡Diga usted, padre, estamos muertos de hambre! ¡Ya nos dará usted un poco de pan y queso!

No contestaba, parecía que no oía, se volvía á cada momento para mirar por la ventana y ver si no venía alguna otra bandada á sitiar la casa.

—¡Tío, Juan es mi hermano! ¡Se ha quitado la comida de la boca para dármela y hemos sufrido tanto juntos!

Daba vueltas por la cocina, se aseguraba de que no le faltaba nada, ni siquiera los miraba. Sin decir

una palabra se decidió. Volvió á coger el candelero, los dejó á oscuras, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta con llave, para que nadie le siguiera. Le oyeron bajar las escaleras de la cueva. Tardó mucho tiempo. Y cuando regresó, cerrándolo todo, dejó encima de la mesa un pan grande y un queso, sin despegar los labios, en el silencio que sigue á las disputas. Además, los tres hambrientos se echaron sobre el pan, devorándolo, y solo se oía el ruido furioso de sus bocas.

Honorato se levantó y fué á buscar cerca del armario un cántaro de agua.

—Padre, hubiera usted podido darnos vino.

Entonces, con mucha calma, seguro de sí mismo, el señor Fouchard volvió á hablar.

—¡Vino! ¡no tengo ni una gota!... ¡Los del general Ducrot me lo han bebido todo, me lo han comido todo, me lo han robado todo!

Mentía, y á pesar de los esfuerzos que hacía se le conocía. Dos días antes había hecho desaparecer el ganado, algunos animales que tenía para su servicio, así como los destinados á la carnicería, llevándoselos de noche, escondiéndolos sin saber dónde, en la espesura de algun bosque ó de alguna cantera abandonada. Acababa de pasar algunas horas trabajando para enterrar el vino, el pan, las menores provisiones, hasta la sal y la harina, de modo que era inútil que registraran los armarios. La casa estaba limpia de polvo y paja. Se había negado á vender á los primeros soldados que se habían presentado algunas provisiones. Quién sabe, acaso se presentarían mejores ocasiones: y algunas

ideas indeterminadas de comerciante, se cruzaban en su cráneo de avaro paciente y pillo.

Al terminar, Mauricio habló el primero.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á mi hermana Enriqueta?

El viejo continuaba andando, echando ojeadas á Juan que no cesaba de tragar, y sin darse prisa, después de pensar mucho, dijo:

—¡Enriqueta! sí; la vi el mes pasado en Sedan... Pero he visto á Weiss, su marido, esta mañana, en compañía de su principal, el señor Delaherche, que le había ofrecido un asiento en su coche para ir á ver pasar el ejército en Mouzon, para distraerse.

Una ironía profunda se dejó yer en la cara del aldeano.

—Acaso lo habrán visto demasiado y no habrán podido divertirse, porque desde las tres no se podía andar por los caminos, atestados de soldados que huían.

Con la misma voz tranquila é indiferente, dió algunos detalles sobre la derrota del 5.° cuerpo, sorprendido en Beaumout, en el instante mismo en que hacían el rancho, obligado á replegarse, arrollado hasta Mouzon por los bávaros; soldados desbandados, alocados por el pánico, que pasaban por Remilly, le habían gritado que el general de Failly había vuelto á venderlos á Bismarck. Y Mauricio recordaba las marchas precipitadas de los dos últimos días, las órdenes del Mariscal Mac Mahon apresurando la retirada, queriendo pasar el Meuse á toda costa, cuando se habían perdido tantos días lastimosamente. Era demasiado tarde. Sin duda alguna el mariscal Mac Mahon, que se había enfurecido al

encontrar en Oches el 7.º cuerpo, que creía se hallaba en la Besace, había debido creer que el 5.º cuerpo acampaba ya en Mouzon, cuando este se había retrasado en Beaumout y se dejaba aplastar allí por el enemigo. ¿Pero qué podía pedirse á aquellas tropas tan mal mandadas, desmoralizadas por la huida y muriéndose de hambre y de cansancio.

El señor Fouchard acabó por colocarse detrás de Juan, el cual seguía devorando. Y friamente en tono de guasa:

—¿Qué tal va?—le dijo.

El cabo levantó la cabeza, y contestó:

—¡Empieza á arreglarse! ¡muchas gracias!

Desde que se encontraba allí y á pesar del hambre que tenía, Honorato dejaba de comer con frecuencia; volvía la cabeza al menor ruido que oía. Si después de muchas cavilaciones había faltado á la promesa hecha de no volver á pisar el umbral de aquella puerta, había sido por el irresistible deseo de volver á ver á Silvina. Conservaba dentro del cuerpo, contra su pecho, la carta que había recibido en Reims, aquella carta tan tierna, donde le decía que le quería siempre y que no querría á nadie más que á él, á pesar del pasado cruel, á pesar de Goliath y del pequeño Charlot, su hijo. Y no se acordaba más que de ella, y le molestaba no haberla visto ya, aunque procuraba ocultar su ansiedad á su padre. Pero pudo más el amor y preguntó á su padre, del modo más natural:

—Y Silvina, ¿no está ya aquí?

El señor Fouchard echó á su hijo una mirada oblicua.

—Sí, sí.

Después se calló, escupió y el artillero tuvo que volver á decir.

—¿Está acostada?

—No, no.

Por último el viejo comenzó á explicarse. Aquella mañana había ido al mercado de Raucourt, con su carricoche, llevándose á la criada. No era un motivo para suspender los negocios ni para que la gente dejara de comer carne, el que pasaran soldados. Como todos los martes, había llevado al mercado un cordero y un cuarto de vaca y terminaba la venta, cuando la llegada del 7.º cuerpo, le metió en un berengenal de todos los diablos. Corrían, se empujaban las gentes. Entonces tuvo miedo de que le robaran el carricoche y el caballo, y salió dejando á Silvina, que había ido á hacer algunas compras.

—No tardará en venir dijo, con voz tranquila. Se habrá refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp... Es una muchacha muy valiente, muy sumisa; tiene muchas y buenas condiciones.

¿Quería burlarse? ¿quería explicar por qué guardaba aquella muchacha que le había hecho reñir con su hijo, y á pesar del niño que había tenido con el prusiano, del que no quería separarse? De nuevo echó una mirada oblicua á Honorato.

—Charlot duerme ahí, en su cuarto, y ella no tardará mucho.

Honorato miró de tal modo á su padre que éste echó á andar de nuevo. Y el silencio volvió á reinar, infinito, mientras que, maquinalmente, recortaba trozos de pan, comiendo siempre. Juan continuaba comiendo, sin pronunciar palabra. Mauricio,

harto ya, con los codos sobre la mesa, examinaba los muebles, el armario viejo, el reló antiguo, soñando con las vacaciones que había pasado otras veces en Remilly, con su hermana Enriqueta. El tiempo pasaba, dieron las once.

—¡Demonio! no hay que dejarlos marchar.

Y, sin que se opusiera el señor Fouchard, fué á abrir la ventana. Todo el valle oscuro se presentó, mostrando su mar de tinieblas. Pero cuando los ojos se acostumbraban á aquella oscuridad, se distinguía muy bien el puente, alumbrado por las hogueras de las dos márgenes. Los coraceros continuaban pasando envueltos en sus grandes capotes blancos, pareciendo caballeros fantasmas, con los caballos espoleados por el miedo, marchando sobre el agua, y aquel desfile proseguía lentamente, continuo, inacabable. Hacia la derecha, las peladas colinas donde dormía el ejército, estaban envueltas en un silencio de muerte.

—¡Vaya una suerte!—dijo Mauricio,—no podremos pasar hasta mañana.

Había dejado la ventana abierta, y el señor Fouchard, cogiendo su fusil, saltó por la ventana, con la agilidad de un joven. Oyeron que andaba durante algun tiempo, como un centinela á paso lento, después solo se oyó el rumor lejano de los soldados y caballos que pasaban por el puente; debía haberse sentado á la orilla del camino, se sentía más tranquilo allí, viendo venir el peligro, dispuesto á entrar de un salto, para defender su casa.

A cada instante, Honorato miraba el reló de pared. Su inquietud aumentaba. No había más que seis kilómetros de Raucourt á Remilly, una hora de

camino para una muchacha fuerte y lista como Silvina. ¿Por qué no estaba allí ya? Habían pasado muchas horas desde que el viejo la había perdido, en medio de la confusión que le había producido, el espectáculo de todo un cuerpo de ejército que ocupaba el país y entorpecía los caminos. Debía haber ocurrido alguna catástrofe y se figuraba verla, perdida, pateada por los caballos, en el camino.

Mas de pronto, los tres se levantaron. Alguien venía corriendo por el camino y oyeron que el viejo montaba la escopeta.

—¿Quién vá?—preguntó enérgicamente este último. ¿Eres tu, Silvina?

No contestaron. Amenazó con descerrajar un tiro, mientras repetía la pregunta. Entonces una voz temblorosa, oprimida, pudo decir:

—Sí, sí, soy yo señor Fouchard.

Después preguntó:

—¿Y Charlot?

— Está acostado, duerme.

—Bueno, gracias.

Dejó de andar de prisa, lanzó un suspiro, en el que iba envuelto el cansancio y la angustia.

Y al saltar, se encontró sorprendida frente á los tres hombres. Bajo la luz vacilante de la vela, parecía muy morena, con sus espesos cabellos negros, sus grandes ojos muy hermosos, que bastaban para hermosearla, con su cara ovalada, dejando adivinar cuan sumisa era.

Pero en aquel momento, al ver á Honorato, toda la sangre de su corazón había afluido á sus mejillas y no le extrañaba verle ahí, pues había pensado en él, desde Raucourt á Remilly.

Honorato, emocionado, desfalleciendo, afectaba una calma que no sentía.

—Ruenas noches, Silvina.

—Buenas noches, Honorato.

Y para no echar á llorar, volvió la cabeza, saludando á Mauricio á quien acababa de reconocer. La presencia de Juan la molestaba, se ahogaba, se quitó el pañuelo del cuello.

Honorato añadió, sin tutearla:

—Estábamos con cuidado, por usted Silvina, con tantos prusianos como llegan.

Se puso pálida, y mirando involuntariamente hacia el cuarto donde dormía Charlot, moviendo las manos como para ahuyentar una visión horrible, murmuró:

—¡Los prusianos! ¡oh! sí, sí, los he visto.

Cansada de tanto correr, se dejó caer en una silla, y contó que cuando el 7.° cuerpo entró en Raucourt, se había refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp, confiando en que el señor Fouchard iría á buscarla, antes de marcharse. La calle Mayor estaba tan atestada de soldados, que era difícil pasar por allí. Y hasta las cuatro, había aguardado con paciencia, haciendo hilas con unas señoras, porque el doctor Dalichamp, creyendo que enviaban allí heridos desde Metz ó desde Verdum, se ocupaba en instalar una ambulancia. Llegaba gente diciendo que la ambulancia podía servir inmediatamente, pues en efecto, al medio día se había oído el cañoneo del lado de Beaumont. Pero la lucha era lejos, y todavía no había miedo, mas de pronto, cuando los últimos soldados franceses abandonaban á Raucourt, una granada cayó en las cer-

canias, luego cayeron otras dos más; era una batería alemana que cañoneaba la retaguardia del 7.º cuerpo. Algunos heridos de Beaumont se encontraban en la ambulancia instalada en el ayuntamiento, y se temió que algun proyectil, fuese á acabarlos sobre el jergón, donde se hallaban tendidos aguardando el doctor. Locos de miedo, los heridos se levantaban, queriendo bajar á los sótanos, á pesar de los sufrimientos que les producian sus heridas.

—Y entonces, añadió Silvina, no sé como sucedió, hubo un silencio. Me asomé á una ventana que da á la calle y al campo. No veía á nadie, ni un solo pantalón encarnado, cuando oí pasos muy pesados y una voz gritó no sé qué y todas las culatas de los fusiles cayeron á tierra á un tiempo... Eran, abajo, en la calle, unos hombres negros, pequeños, sucios, con unas cabezas muy grandes y muy feas, cubiertas con cascos, parecidos á los de los bomberos. Me han dicho que eran bávaros, después al levantar la vista, he visto ¡Dios mío! millares y millares, que llegaban por las carreteras, por los campos, por los bosques, en columnas sin fin. Una invasión negra, de saltamontes negros, y siempre más, cada vez más, tanto que en breve espacio de tiempo no se veía la tierra.

Temblaba al recordarlo, movía las manos como dara alejar la horrible visión.

—Y entonces ocurrió algo inaudito... Parece que esas tropas llevaban tres días de marcha y que acababan de batirse en Beaumont como fieras. Estaban muertos de hambre, los ojos fuera de las órbitas, medio locos... Los oficiales no han tratado de

detenerlos, todos se metieron en las casas, en las tiendas, haciendo saltar puertas y ventanas, rompiendo muebles, buscando algo para comer y beber, tragando todo lo que hallaban á la mano... En casa del señor Simonnet, el tendero de ultramarinos, he visto á uno que metia su casco en un barril de melaza. Algunos mordían trozos de tocino crudo. Otros mascaban harina. Decían que no quedaba nada después de cuarenta y ocho horas que llevaban las tropas desfilando; y ellos seguían encontrando, sin duda eran las provisiones ocultadas; de modo que estaban como locos, rompiéndolo, destrozándolo todo, creyendo que se les negaba la comida. En menos de una hora los ultramarinos, las panaderías, las carnicerías, todas se han quedado sin escaparates, sin mostradores, sin armarios; en las bodegas no ha quedado nada. En casa del doctor ha ocurrido una cosa que parece increíble; he visto á uno muy gordo que se ha comido todo el jabón. Pero en la bodega han hecho horrores. Se les oía desde arriba aullar como fieras, romper botellas, dejando abiertas las barricas, el vino caía como si fuere una fuente. Subían con las manos enrojecidas y para que se vea lo que es el hombre cuando se vuelve fiera, el señor Dalichamp ha querido evitar que un soldado bebiera un litro de jarabe de opio, que había descubierto, y con seguridad que á estas horas el desgraciado ha muerto, tanto era lo que padecía cuando me he venido.

Volvía á acongojarse y al recordar las escenas de vandalismo y de saqueo, se ponía las manos sobre los ojos para no ver.

—¡No, no! he visto demasiado, ¡me ahoga!

El señor Fouchard, que continuaba en la carretera, se había acercado á la ventana para escuchar; aquel saqueo le preocupaba; le habían dicho que los prusianos lo pagaban todo; ¿pues qué; iban ahora á convertirse en ladrones? Mauricio y Juan se apasionaban al oir aquel relato, con aquellos detalles, contado por aquella mujer, que acababa de ver á los enemigos y á los que no habían podido encontrar desde hacía un mes que había empezado la campaña; mientras que Honorato, preocupado, con el alma dolorida, sólo pensaba en Silvina y en la desgracia antigua, que los había separado.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto y se presentó Charlot. Debía haber oido la voz de su madre y acudió en camisa, para besarla. Rubio y sonrosado, muy fuerte, tenía una cabeza pálida y rizada y grandes ojos azules.

Silvina se estremeció, al verle tan de repente, como sorprendida de la imagen que le recordaba. ¿No conocía ya á ese hijo adorado á quien miraba asustada, como una evocación de su pesadilla? Después empezó á llorar.

—¡Pobre hijo mío!

Le abrazó, le estrechó entre sus brazos, le besaba como una loca, mientras que Honorato, lívido, se fijaba en la extraordinaria semejanza entre Charlot y Goliath: era la misma cabeza cuadrada y rubia, toda la raza germánica en una hermosa salud de niño, fresca y sonriente. ¡El hijo del prusiano, como le llamaban los guasones de Remilly! ¡Y aquella madre francesa, le estrechaba contra su corazón, horrorizada aún ante el terrible espectáculo de la invasión!

—¡Pobre hijo mio! ¡vas á ser bueno, ven á acostarte, duerme hijo mio!

Se lo llevó. Cuando volvió, no lloraba, había vuelto á calmarse.

Honorato habló primero:

—¿Y los prusianos?...

—¡Ah! sí, los prusianos... lo habían roto todo, saqueado todo, comido todo, bebido todo. Robaban también la ropa, las servilletas, las sábanas, hasta las cortinas que rasgaban para curarse los pies. He visto algunos cuyos pies eran una pura llaga de tanto andar. Delante del doctor, en el arroyo, una partida de ellos se habían descalzado y se envolvían los talones en camisas de mujer adornadas con encajes, robadas sin duda á la hermosa señora Lefebre, la esposa del fabricante... El saqueo duró hasta la noche. Las casas se quedaron sin puertas, y por las ventanas abiertas se veían los muebles destrozados... espectáculo que hacía salir de quicio aun á los más pacíficos. . Yo estaba como una loca. Han querido obligarme á que me quedara allí, diciéndome que no me dejarían pasar, que me matarían, pero yo no he querido atender estas razones, me he escapado, á campo traviesa, á la derecha, al salir de Raucourt. Llegaban carretadas de franceses y de prusianos de Beaumont. Dos carretas han pasado cerca de mí, en la obscuridad y he oído unos lamentos, unos quejidos que partían el corazón ¡qué horror! eché á correr saltando zanjas, pasando bosques, sin saber por dónde, rodeando del lado de Villers... He tenido que esconderme tres veces, creyendo que me perseguían los soldados. Sólo he encontrado á una mujer que corría tam-

bién, que se escapaba de Beaumont, y que me ha dicho cosas que ponen los pelos de punta... Por fin, estoy aquí ¡qué desgraciada, qué desgraciada soy!

Las lágrimas volvieron de nuevo á humedecer sus mejillas. No podía apartar de su imaginación las escenas que había presenciado y quiso contar lo que le había dicho la mujer de Beaumont. Era una mujer que vivía en la calle Mayor del pueblo, estaba viendo pasar la artillería alemana, desde la caída de la tarde. A ambos lados del camino una hilera de soldados llevaban antorchas de resina, que alumbraban el camino con luz rojiza de incendio. Y en medio, los caballos, los cañones, los cajones, á escape, al galope furioso. Tenían una prisa rabiosa para alcanzar la victoria, deseando perseguir diabólicamente á los franceses, aplastarlos en cualquier parte. No respetaban nada, lo rompían todo, pasaban por encima de todo. Los caballos que caían y cuyos tiros se cortaban á escape, eran desmenuzados, aplastados, rechazados como cosa inútil. Unos hombres que quisieron atravesar la calle, cayeron á su vez y las ruedas les pasaron por encima. En aquella tempestad, los conductores muriéndose de hambre no se paraban, cogían los panes que les echaban al vuelo, mientras que los que llevaban antorchas, con la punta de las bayonetas, les tendían trozos de carne. Después, con las mismas, aguijoneaban á los animales que coceaban, corriendo á más y mejor. Y la noche avanzaba y la artillería pasaba siempre, con aquella violencia de tempestad en medio de ¡hurras! frenéticos.

A pesar de la atención que prestaba á aquel relato, Mauricio, después del opíparo banquete y ren-

dido de cansancio, dejó caer su cabeza sobre la mesa, entre sus dos brazos. Juan siguió luchando contra el sueño, pero vencido á su vez, se durmió en el otro extremo. El señor Fouchard había vuelto á rondar. Honorato se encontró solo con Silvina, sentada, inmóvil, enfrente de la ventana abierta.

El sargento se levantó, se acercó á la ventana. La noche seguía obscura, inmensa, hinchada con el aliento penoso de las tropas. Algunos ruidos más sonoros, choques y crujidos llegaban desde el río. Allá abajo desfilaba ahora la artillería, sobre el puente medio sumergido. Los caballos se encabritaban, asustados por aqnella agua movediza. Los arcones resbalaban á medias y era preciso tirarlos al río. Y al ver aquella retirada tan lenta, tan penosa y que no terminaría al amanecer, el joven se acordaba de aquella otra artillería, de aquella que, cual torrente salvaje, lo arrollaba todo, aplastando hombres y animales, en Beaumont, para llegar antes.

Honorato se acercó á Silvina, y suavemente, ante aquel mar de tinieblas:

—¿Es usted desgraciada?—dijo.

—¡Ah! sí, desgraciada.

Comprendía que iba á hablar del suceso horrible, y bajaba la cabeza.

—Dígame usted, ¿cómo ocurrió?... quisiera saber...

Pero no podía contestar.

—Diga, ¿y la sedujo?... ¿Consintió usted?...

Entonces murmuró con voz apenas inteligible.

—¡Dios mío! no lo sé; le juro que no lo sé yo misma... Pero ya vé usted, ¡obraría muy mal mintien-

do! no puedo decir que me haya pegado... se había usted ido, estaba loca, y la cosa sucedió. ¡No sé, no sé cómo!

Los sollozos la ahogaron, y él, descolorido, aguardó un minuto. Esa idea de que no quería mentir, le calmaba. Continuó interrogándola, preocupado con todo lo que no había podido comprender.

—¿Mi padre la ha guardado á usted?

No alzó los ojos, apaciguándose, volviendo á su resignación valerosa.

—Hago los quehaceres, no como mucho, pero como hay otra boca conmigo, lo ha aprovechado para disminuirme la soldada... Ahora, sabido es que tengo que hacer todo lo que me manda.

—Pero ¿por qué se ha quedado usted?

Esta pregunta la sorprendió tanto, que se atrevió á mirarle.

—¿A dónde quiere usted que vaya? Al menos aquí el niño y yo comemos, estamos tranquilos.

Volvió á reinar silencio. Ahora los dos se miraban; y, á lo lejos, por el valle obscuro, el hálito de la multitud subía más amplio, mientras que el rodar de los cañones sobre el puente de barcas, se prolongaba. Se oyó un grito terrible, un grito de hombre ó de fiera, que recorrió las tinieblas con piedad infinita.

—Escuche usted, Silvina,—añadió Honorato,—me ha escrito usted una carta que me ha causado mucha alegría... Nunca hubiera vuelto. Pero esa carta la he vuelto á leer hoy, y tiene cosas que no se pueden decir mejor...

Había palidecido al oirle hablar. Tal vez estuviera incomodado porque se había atrevido á escribir-

le. Luego, á medida que Honorato se explicaba, sus mejillas se coloreaban.

—Sé que no quiere usted mentir, y por eso creo lo que dice usted en la carta... Ahora sí lo creo... Ha hecho usted bien en creer que si moría en la guerra; sin volverla á ver, me hubiera causado mucha pena marcharme de este mundo sabiendo que no me quería usted... Puesto que me quiere usted siempre, puesto que no ha querido usted á nadie más que á mí...

Estaba emocionado, torpe de lengua, no encontraba palabras con que expresar sus ideas.

—Oye, Silvina, si esos cochinos de prusianos no me matan, serás mía ¡sí! nos casaremos, en cuanto tome la licencia.

Se levantó, lanzó un grito de alegría y cayó en los brazos del joven. No podía hablar, toda la sangre de sus venas le subía á la cara. Honorato se sentó y la rodeó el cuerpo con el brazo.

—Lo he pensado bien; era lo que quería decirte al venir aquí... Si mi padre me niega su consentimiento nos marcharemos juntos, el mundo es grande... Y en cuanto á tu hijo, no podemos estrangularle, ¡pobrecillo! Vendrán otros y acabaré por no conocerle en el montón.

Era el perdón. No quería creer en tanta felicidad y se atrevió á decir:

—No, no es posible, es demasiado. Tal vez te arrepientas algún día... Pero qué bueno eres, Honorato, y cuánto te quiero.

Con un beso la hizo callar. Y no tenía valor para negarse á aquella felicidad que la llegaba de nuevo, ¡toda la vida dichosa que creía había muerto

para ella! Con un arranque irresistible le cogió entre sus brazos, le abrazó, le besó á su vez con toda su fuerza de mujer, como un bien que había vuelto á recuperar, que la pertenecía y que no podían robarla. Le pertenecía de nuevo, él á quien ella había perdido y moriría antes que faltarle.

En aquel momento un rumor se dejó oir, un gran tumulto, que llenó la noche espesa. El ejército se despertaba. Se gritaban órdenes, sonaban las cornetas y las sombras se agitaban, se movían, se levantaban de la tierra, un mar confuso y movedizo cuya marea bajaba hacia el camino. Abajo, las hogueras de las dos orillas se apagaban, no se veían más que masas confusas, sin poderse dar cuenta si continuaba el paso del río. Nunca tal angustia, tal estupor, habían atravesado las tinieblas.

El señor Fouchard se acercó á la ventana diciendo que el ejército se marchaba. Despertados, estremeciéndose, Juan y Mauricio se pusieron en pie. Honorato había ya cogido las manos de Silvina.

—Está jurado... Aguárdame.

No encontró una palabra, le miró con toda su alma en una continua y larga mirada, al mismo tiempo que saltaba por la ventana y á la carrera, se marchaba á buscar su batería.

—¡Adios, padre!

—¡Adios, muchacho!

Y eso fué todo; el aldeano y el soldado se separaron de nuevo, como se habían encontrado, sin un abrazo, como padre é hijo que no necesitaban verse para vivir.

Cuando á su vez abandonaron la casería, Mauricio y Juan corrieron rápidos por las pendientes,

Allá abajo no encontraron al 106º, todos los regimientos estaban ya en movimiento y tuvieron que seguir corriendo, les hicieron andar de aqui para allá. Por último, casi atontados y en medio de una confusión tremenda, cayeron sobre su compañía que guiaba el teniente Rochas; en cuanto al capitán Beaudoin y al regimiento mismo, estaban en otra parte. Y Mauricio se sorprendió al notar que todo aquel enjambre de hombres, cañones y animales, salía de Remilly y subía del lado de Sedán por el camino de la margen izquierda. ¿Qué ocurría? ¿No pasaban el Meuse? ¡se batían en retirada hacia el monte!

Un oficial de cazadores que se encontraba allí, no se sabe cómo, dijo en alta voz:

—¡Vive Dios! el día veintiocho era cuando debíamos habernos largado, cuando estábamos en el Chéne y no ahora.

Otros explicaban los movimientos y llegaban noticias. A las dos de la mañana un ayudante del mariscal Mac-Mahon, vino á decir al general Douay que todo el ejército tenia orden de replegarse sobre Sedán, sin perder un minuto. Aplastado en Beaumont el 5.º cuerpo, arrastraba á los otros tres en su desastre. En aquel momento, el general que vigilaba cerca del puente de barcas se desesperaba, viendo que sólo habia pasado el río la tercera división. Iba á amanecer y podían verse atacados de un momento á otro.

Así es que previno á todos los jefes que se hallaban á sus órdenes que llegaran á Sedán, cada cual por su cuenta por los caminos más cortos. Y él, abandonado el puente que mandó destruir, desfiló

por la margen izquierda con la primera división y la artillería de reserva; mientras que la tercera división seguía por la margen derecha y la primera destrozada en Beaumont, desbandada, huía sin saberse por dónde. Del 7.º cuerpo que no se había batido aún, sólo quedaban trozos dispersos, perdidos en los caminos y galopando entre tinieblas.

No habían dado aun las tres y la noche seguía siendo muy obscura. Mauricio, á pesar de que conocía el país, no sabía por dónde andaba, incapaz de reconocerse entre aquel torrente desbordado, compuesto de los que se habían salvado en Beaumont; soldados de todas clases, en jirones, cubiertos de sangre y de polvo, se mezclaban á los regimientos, sembrando el espanto.

Del valle entero, al otro lado del río, un rumor parecido subía. El primer cuerpo, que acababa de salir de Carignan y Douzy, el 12.º cuerpo, salido de Mouzón con los restos del 5.º, todos destrozados, arrastrados por la misma fuerza lógica é invencible, que desde el 28, empujaba al ejército hacia el norte, hacia aquel callejón sin salida, donde debía perecer.

Al amanecer la compañía atravesaba el pueblo de Pont Maugis, y Mauricio reconoció el terreno, los montes del Liry á la izquierda, el Meuse á la derecha, lamiendo el camino. Pero aquella aurora gris iluminaba con una tristeza infinita á Bazeilles y Balan, allá ocultos en el fondo de las praderas, mientras que un Sedán lívido, un Sedán de pesadilla y de luto, se evocaba en el horizonte, sobre el inmenso y sombrío telón de los bosques. Y, después de pasar por Wadelincourt, cuando alcanzaron la

puerta de Torcy, hubo que parlamentar, suplicar, incomodarse, sitiar casi la plaza para obtener del gobernador que bajara el puente levadizo. Eran las cinco; el séptimo cuerpo entró en Sedán, ebrio de fatiga, de hambre y de frío.

VIII

Con el atropello que hubo al final de la carretera de Wadelincourt, en la plaza de Torey, Juan se vió separado de Mauricio, y corrió, se perdió entre aquel gentío, sin poder encontrarle. Era una verdadera desgracia, porque había aceptado el ofrecimiento del joven, que quería llevárselo á casa de su hermana: allí descansarían, dormirían en buena cama. Reinaba tal desorden, confundidos todos los regimientos, sin jefes ni órdenes, que los hombres estaban casi libres para hacer lo que les diera la gana. Cuando hubiesen descansado algunas horas, tendrían tiempo para orientarse y unirse á sus compañeros.

Juan, atolondrado, se encontró sobre el viaducto de Torcy que cruzaba por encima de extensas praderas que el gobernador había hecho inundar con las aguas del río. Después de haber franqueado otra puerta, atravesó el puente sobre el Meuse y le pareció, á pesar de que había amanecido, que volvía á anochecer en aquella ciudad estrecha, ahogada entre sus murallas, con las calles húmedas y las casas altas.

No recordaba ni el nombre del cuñado de Mauricio; sabía solo que su hermana se llamaba Enriqueta. ¿A dónde iría? ¿Por quién preguntaría? Sus pies

apenas podían sostenerle y comprendía que si se paraba, caería. Como hombre que se ahoga, sólo oía el zumbido, el rumor sordo, sólo distinguía el manar continuo de aquel tropel de hombres y de animales entre los que era arrastrado Como había comido en Remilly, solo tenía ganas de dormir, y alrededor suyo, el cansancio se imponía al hambre, el rebaño de sombras tropezaba por aquellas calles desconocidas. A cada paso, un hombre caía sobre la acera, se dejaba ir contra una puerta y se quedaba allí como muerto, dormido.

Al levantar la vista, Juan leyó en un letrero: «Avenida de la Sub prefectura». Al final había un monumento en un jardín. En la esquina de la Avenida vió un jinete, un cazador de Africa á quien creyó reconocer. ¿No era acaso Próspero, el chico de Remilly que había visto en Vouziers con Mauricio? Se había bajado de su caballo, y el caballo, temblando sobre sus pies, debía sufrir tanto de hambre, que estiraba el cuello para comer las tablas de un furgón que se hallaba arrimado á la acera. Los caballos no habían recibido raciones en los dos últimos días y morían de inanición. Los dientes de Céfiro raspaban con furia la madera y Próspero lloraba de rabia.

Después, cuando Juan, que se había alejado volvía sobre sus pasos, pensando que acaso Próspero supiese las señas de Mauricio, no le volvió á ver. Entonces empezó la desesperación negra; vagaba por las calles, se encontró ante la sub prefectura, llegó hasta la plaza de Turenne. Allí se creyó salvado al ver ante el Ayuntamiento, al pie de la es

tatua, al teniente Rochas, con algunos hombres de la compañía. Puesto que no podía encontrar á su amigo, se uniría al regimiento y dormiría bajo la tienda de campaña. El capitán Beaudoin no había parecido y el teniente Rochas trataba de reunir su gente, informándose, preguntando inútilmente dónde se había fijado el campamento de la división. A medida que avanzaban por la población, la compañía en vez de aumentar disminuía. Un soldado, haciendo ademanes de loco, entró en una taberna y no se le volvió á ver más. Otros tres se pararon delante de la puerta de una tienda de comestibles, llamados por unos zuavos que habían abierto un barril de aguardiente. Algunos estaban tirados en medio del arroyo, otros querían echar á andar y caían, aplastándose como masas inertes. Chouteau y Loubet se hicieron una seña y desaparecieron detrás de un paseo persiguiendo á una mujer que llevaba un pan. Sólo quedaban con el teniente Pache y Lapoulle, con una docena de compañeros.

Al pie de la estatua de Turenne, el teniente Rochas hizo esfuerzos enormes para tenerse en pie, con los ojos abiertos, cuando reconoció á Juan.

—¡Ah! ¿es usted, cabo? ¿Y sus hombres?

Juan hizo un ademán para indicar que no sabía donde estaban. Pero Pache, señalando á Lapoulle contestó llorando:

—¡Estamos aquí! estamos solos los dos... ¡que Dios se compadezca de nosotros, esto es demasiado!

El otro, Lapoulle, el tragón, miraba las manos de Juan, con aire voraz, sublevándose de verlas siempre vacías. Tal vez hubiese soñado que el cabo había ido á buscar provisiones.

—¡Demonio! ¡tampoco vamos á comer hoy!—gruñó.

Gaude, el corneta, que aguardaba la orden de tocar, apoyado contra la verja, se quedó dormido de pie, y cayó al suelo cuan largo era. Todos sucumbían uno á uno y dormían en el santo suelo. Unicamente el sargento Sapin permanecía aún con los ojos abiertos, como si leyese el destino que le aguardaba en el horizonte de aquella ciudad desconocida.

El teniente Rochas no pudo resistir más y se sentó. Quiso dar una orden.

—Cabo, es preciso... es preciso...

No encontraba las palabras, rendido por el cansancio, y, de pronto, su cuerpo osciló y quedó tendido en tierra, dormido.

Temiendo que le ocurriera lo propio, Juan se fué de allí. Quería buscar una cama á toda costa. Al otro lado de la plaza, en una ventana del hotel de la Cruz de Oro, había visto al general Bourgain Desfeuilles, en mangas de camisa, dispuesto á meterse en la cama. ¿Para qué iba á continuar ocupándose de las tropas? De pronto tuvo un alegrón, un nombre surgió de su memoria: el del fabricante de paños donde estaba empleado el cuñado de Mauricio, el señor Delaherche. Sí, eso era; se dirigió á un hombre que pasaba.

—¿El señor Delaherche, dónde vive?

—En la calle Maqua, casi en la esquina de la calle del Beurre, una casa muy grande, con muchas esculturas.

Se marchó y á poco volvió corriendo.

—Oiga. ¿Es usted del 106o?... Si busca usted su

regimiento sepa al menos que ha vuelto á salir por el castillo, allá!... Acabo de encontrar al coronel señor Vineuil, á quien conocí cuando estaba en Meziers.

Juan se marchó impaciente. ¡No! ¡No! Ahora que tenía seguridad de encontrar á Mauricio, no quería acostarse sobre el suelo. A pesar de todo, le remordía la conciencia porque veía al coronel, con su alta estatura, tan duro al cansancio á pesar de su edad, durmiendo como sus soldados bajo la tienda de campaña. En seguida tomó por la calle Mayor, se perdió de nuevo en el tumulto creciente, y acabó por preguntar á un chiquillo que le llevó á la calle Maqua.

Era allí donde un abuelo del actual Delaherche había edificado en el siglo pasado la fábrica monumental, que, en los ciento sesenta años transcurridos, no había dejado de pertenecer á la familia.

Hay así en Sedán, fundadas desde el reinado de Luis XV, fábricas de paños, grandes como el Museo del Louvre, con fachadas majestuosas. La de la calle Maqua tenía tres pisos, ventanas grandes y esculturas muy severas, y en el interior un patio inmenso, de palacio, tenía árboles gigantescos de la época de la fundación de la casa. Tres generaciones de Delarheche habían hecho allí enormes fortunas. El padre de Julio, el actual propietario, que había heredado la fábrica de un primo suyo muerto sin hijos, había hecho que pasara el edificio á poder de la rama segunda de la familia. El padre había aumentado la prosperidad de la fábrica, pero había sido una especie de Tenorio é hizo muy desgraciada á su mujer. Así es que ésta, viuda ya, temiendo

que el hijo siguiera el camino del padre, quiso sujetarle hasta los cincuenta años como si fuera un chiquillo, después de haberle casado con una mujer muy sencilla y muy devota. Lo malo es que la vida tiene crueles desengaños. Al morir su mujer, Delaherche, joven aun, se había enamorado de una viudita de Charleville, ciudad alegre y bullanguera. Nunca se hubiera realizado el casamiento si Gilberta no hubiese tenido un tío como el coronel Vineuil, próximo á ascender á general. Aquel parentesco, la idea de que se había enlazado con una familia militar, halagaba mucho al fabricante de paños.

Aquella mañana, Delaherche, sabiendo que el ejército iba á pasar por Mouzon, había dado con Weiss, su tenedor de libros, un paseo en coche, del que había hablado el señor Fouchard. Alto y grueso, colorado de nariz gruesa y de labios espesos, era de caráter expansivo y le alegraban los desfiles de las tropas. Habiendo sabido por el farmacéutico de Mouzon que el emperador se encontraba en la casería de Baybel, se fué allá, le vió y había estado á punto de hablar con él, y esa excursión servía de tema á sus conversaciones.

¡Pero qué terrible regreso, con el pánico de Beaumont, por aquellos caminos atestados de soldados que huían. Muchas veces el carruaje había estado á punto de ir á parar á algun foso. Los dos hombres no habían regresado hasta bien entrada la noche, después de vencer muchos obstáculos. Y aquella excursión, aquel ejército que Delaherche había ido á ver desfilar á dos leguas de allí, y que le había hecho retroceder envolviéndole en su retirada, toda aquella aventura imprevista y trágica, le había he-

cho repetir muchas veces durante el trayecto:

—¡Yo que creía al ejército iba camino de Verdun, y no quería perder la ocasión de verlo!. . ¡Pues ya lo he visto! ¡Y creo que lo vamos á ver en Sedan más de lo que deseábamos!

Por la mañana, á las cinco, despertado por los rumores producidos por el 7.º cuerpo al atravesar la ciudad, se vistió muy de prisa, y la primera persona que se había echado á la cara en la plaza de Turenne, fué al capitán Beaudoin.

El año anterior, en Charleville, el capitán era uno de los contertulios de la linda señora Maginot; de modo que Gilberta, antes del casamiento, le había presentado. Las malas lenguas decían que el capitán, no teniendo que desear nada, se había retirado delante del fabricante de paños, por delicadeza, no queriendo privar á su amiga de la inmensa fortuna que se le ponía al alcance de la mano.

—¿Es usted?—dijo Delaherche—¡y en qué facha Dios mío!

Beaudoin tan pulcro y correcto siempre, se hallaba en un estado lamentable; el uniforme manchado, asqueroso, la cara y las manos negras. Desesperado, había caminado con los zuavos, sin poder darse cuenta de cómo había perdido su compañía. Como los demás, se moría de hambre y de sueño, pero lo que más le mortificaba era que no había podido mudarse de camisa desde Reims.

—Figúrese usted que me han extraviado mi equipaje en Vouziers, algunos imbéciles á los que de buena gana rompería la cabeza si los conociese... Y no me ha quedado nada, ni un pañuelo, ni un par de calcetines. ¡Es cosa de volverse loco!

Delaherche quiso llevárselo á su casa en seguida; pers él se resistía: ¡no, no! no tengo facha para presentarme ante nadie, decía, no quiero asustar á la gente. El fabricante tuvo que jurar que ni su mujer ni su madre se hallaban levantadas, y además, le daría todo lo necesario para que se arreglase.

Al dar las siete, el capitán Beaudoin, lavado, cepillado, vistiendo bajo el uniforme una camisa del marido, se presentó en el aristocrático comedor de la casa. La señora Delaherche, la madre, estaba allí, pues, como de costumbre, se había levantado al amanecer, á pesar de sus setenta y ocho años. Muy blanca, tenía una nariz que se había adelgazado y una boca que no sonreía, en una cara larga y delgada. Se levantó, estuvo muy atenta é invitó al capitán á que se sentara delante de una de las tazas de café con leche que había sobre la mesa.

—¿Tal vez preferirá usted carne y vino, después de tantas fatigas?

—Mil gracias, señora, un poco de leche con pan y mantequilla, me viene mejor ahora.

En aquel momento se abrió un puerta y Gilberta entró, alargando la mano. Delaherche debía haberla prevenido, porque no acostumbraba á levantarse antes de las diez. Era alta, flexible y fuerte, con hermoso pelo negro, hermosos ojos negros, sonrosada, alegre, un poco locuaz, pero sin malicia. Su peinador de sarga, con bordados de seda encarnada, procedía de París.

—¡Ah! capitán; qué amable ha sido usted al haberse detenido en este rincón de provincia,—le dijo, mientras le daba un apretón de manos.

Después se echó á reir.

—¡Seré tonta! Segura estoy que preferiría usted no hallarse en Sedan en estas críticas circunstancias... ¡Estoy tan contenta de haberle vuelto á ver!

En efecto, sus hermosos ojos brillaban de alegría. Y la señora Delaherche, que debía de saber algo de lo que las malas lenguas habían hecho correr en Charleville, les miraba muy seria. El capitán se portaba muy discretamente, como hombre que había conservado un buen recuerdo de la hospitalidad que otras veces le habían dado.

Almorzaron y en seguida Delaherche volvió á mencionar su paseo de la víspera, no pudiendo resistir al deseo de contarlo de nuevo.

—He visto al emperador en Baybel.

Y empezó á contar. Primero fué una descripción de la posesión, con un patio interior cerrado por una verja y situado sobre un montecillo que domina Mouzon, á la izquierda del camino de Carignan. Después volvió al 12º cuerpo que había atravesado y estaba acampado entre los viñedos, tropas magníficas, que brillaban al sol y cuya vista había halagado su amor patrio.

—Estaba allí, cuando de pronto salió el emperador de la casa á donde había subido para almorzar y descansar. Llevaba un gabán sobre el uniforme de general, aunque hacía mucho calor. Detrás de él un criado llevaba una silla de tijera... No tenía buena cara, encorvado y andaba con dificultad, tenía la cara amarilla, el aspecto de un hombre enfermo de verdad. Y no lo he extrañado porque el boticario de Mouzon acababa de decirme que un ayudante había ido á comprarle medicinas... sí, medicinas para...

Delante de su madre y de su mujer no quería señalar con más claridad la disentería que padecía el emperador desde el Chene y que le obligaba á detenerse en las caserías.

—El criado colocó la silla de tijera en un campo de trigo y el emperador se sentó... Estaba quieto, inmóvil, como rentista que calienta al sol sus dolores. Miraba con sus ojos tristes el inmenso horizonte, abajo el Meuse deslizándose por el valle, enfrente los montes llenos de bosques cuyas cimas se pierden en lontanza, á la izquierda los bosques de Dieulet, á la derecha la eminencia de color esmeralda de Sommauthe. . Le rodeaban ayudantes de compo, oficiales superiores, y un coronel de dragones que me había pedido algunos datos acerca del país, me acababa de decir que no me alejara, cuando de pronto...

Delaherche se levantó, llegaba al punto interesante del relato y quiso añadir la mímica á la palabra.

—De pronto, estallan detonaciones y vemos presamente enfrente de los bosques de Dieulet, algunos proyectiles describir curvas en el cielo... Aquello me pareció una función de fuegos artificiales en pleno día... Alrededor del emperador empezaron á inquietarse. El coronel de dragones vino á preguntarme si podía precisar donde se batían. En seguida contesté que en Beaumont. Volvió cerca del emperador, sobre cuyas rodillas un ayudante extendió un mapa. El emperador no quería creer que se batiesen en Beaumont. Yo porfiaba que era allí, puesto que los proyectiles se acercaban siguiendo el camino de Mouzon .. y entonces, como le veo á usted,

vi al emperador que volvía la cabeza hacia donde yo estaba. Me miró durante algunos momentos con sus ojos turbios, llenos de desconfianza y de tristeza, y después su cabeza volvió á caer sobre el mapa y no se movió más.

—¿Y el emperador volvió á entrar en la casa?— preguntó el capitán Beaudoin.

—No lo sé: yo le dejé en la misma postura... Era mediodía, la batalla se acercaba y empecé á preocuparme de mi regreso... Lo único que puedo añadir, es que un general á quien señalaba el pueblo de Carignán á lo lejos, en la llanura, detrás de nosotros, parecía sorprenderse al saber que la frontera de Bélgica estaba tan cerca, á unos kilómetros... ¡Bien servido está este pobre emperador!

Gilberta sonriente, muy á gusto, como en el saloncillo de su viudez, donde le recibía otras veces, obsequiaba al capitán, le daba mantequilla y pan tostado. Le propuso que aceptase una cama, pero no quiso, sólo aceptó descansar un par de horas sobre un sofá, en el despacho de Delaherche, antes de ir á buscar á su regimiento. En el momento en que tomaba de manos del Gilberta el azucarero, la señora Delaherche, que no les perdía de vista, vió que se oprimían los dedos; ya no dudaba.

En aquel momento entró una criada.

—Señor, hay abajo un soldado que pregunta las señas del señor Weiss.

Delaherche no era orgulloso, le gustaba hablar con los desheredados, le agradaba la popularidad.

—Las señas de Weiss, ¡ya es raro!... que entre ese soldado.

Juan entró tan rendido que se caía. Al ver á su

capitán, sentado á la mesa con dos señoras, quedó sorprendido y retiró la mano que había avanzado para apoyarse en una silla. Contestó con brevedad á las preguntas del fabricante, que le hablaba con cariño. Explicó la amistad que le unía á Mauricio y por qué le buscaba.

—Es un cabo de mi compañía,—acabó por decir el capitán.

A su vez le interrogó para saber qué había sido del regimiento. Como Juan dijese que acababan de ver al coronel atravesar la ciudad al frente de los soldados que le quedaban, para ir á acampar al norte, Gilberta empozó á hablar de prisa con su vivacidad de mujer bonita, que no reflexionaba.

—¿Por qué no ha venido á almorzar aquí mi tío? Le hubiéramos preparado una cama. ¡Vamos á enviar á buscarle!

La señora Delaherche hizo un movimiento de soberana autoridad. Por sus venas circulaba la sangre de la clase media de las ciudades fronterizas, donde el patriotismo es muy rígido. Interrumpió la severidad de su silencio para decir:

—Deje usted al señor Vineuil, está cumpliendo con su deber.

Aquello fué un jarro de agua fría. Delaherche se llevó al capitán á su gabinete y le instaló sobre el sofá y Gilberta se fué, á pesar de la dura lección, como un pájaro, moviendo las alas, alegre á pesar de la tempestad, mientras que la criada á quien habían confiado Juan, guiaba á éste por los patios de la fábrica, por un laberinto de pasillos y escaleras.

Los Weiss vivían en la calle des Voyards, pero

la casa, que pertenecía á Delaherche, comunicaba con el edificio monumental de la calle Maqua. La calle des Voyards era una de las más ahogadas de Sedán, una callejuela estrecha, húmeda, obscurecida por las murallas, cerca de las que se hallaba. Los tejados de las altas fachadas se tocaban casi y los paseos obscuros parecían bodegas, especialmente en el extremo, donde se encontraba la alta pared del colegio. Pero Weiss, alojado allí gratuitamente, ocupando todo el tercer piso, se encontraba muy á gusto, cerca de su oficina, á donde podía ir en zapatillas. Era un hombre feliz desde que se había casado con Enriqueta, á quien había deseado mucho tiempo, cuando la conoció en el Chene, en casa de su padre, el recaudador de contribuciones; ama de casa á los seis años, reemplazando á la madre, muerta; mientras que él, que había entrado en la Refinería general, casi como un peón, se instruía poco á poco, y llegaba al empleo de tenedor de libros á fuerza de trabajo. Y aun, para realizar su ensueño, habia sido necesario que muriera el padre y que el hermano cometiese en París las faltas graves que había cometido aquel Mauricio, del que la hermana gemela era poco menos que la criada, á quien se había sacrificado para hacer de él un caballero. Educada en el hogar, sabiendo apenas leer y escribir, acababa de vender la casa y los muebles, sin poder tapar el agujero abierto por las locuras del joven, cuando acudió el bueno de Weis ofreciendo lo que poseía, con sus brazos sólidos y su corazón; había aceptado el casamiento, agradecida de su afecto, muy buena, estimándole mucho, ya que no enamorada. Ahora les

sonreía la fortuna; Delaherche hablaba de asociar á Weiss en sus negocios, y aquello sería la felicidad, en cuanto tuviera hijos.

—¡Cuidado!—dijo la criada á Juan.

Este tropezaba, porque la obscuridad era muy profunda, hasta que se abrió una puerta y penetró luz en la escalera. Oyó una voz suave que decía:

—Es él.

—Señora,—dijo la criada,—aquí hay un soldado que pregunta por usted.

—¡Bueno! ¡bueno¡ sé quién es!—dijo con alegría la señora Weiss.

Después, como al llegar el cabo, ahogándose, se paraba en la puerta, añadió:

—Entre usted, señor Juan... le estamos aguardando hace un par de horas, ¡con mucha impaciencia! Mauricio está adentro.

Al entrar, á la luz pálida de la habitación, la vió, muy parecida á Mauricio, con ese extraordinario parecido de los hermanos gemelos. Era un poco más pequeña y un poquito más delgada, de aspecto más delicado, con su boca un poco grande, las facciones menudas, bajo su admirable cabellera rubia, de un rubio claro de avena madura. Lo que la diferenciaba de Mauricio eran sus ojos grises, serenos y valientes, donde revivía toda el alma heroica del abuelo, el héroe del gran ejército de Napoleón I. Hablaba poco, andaba muy quedo, tan activa y lista, tan buena y cariñosa, que se la sentía, como una caricia en el aire, por donde pasaba.

—Entre usted por aquí, señor Juan,—repitió.—Todo estará pronto y listo.

Juan balbuceaba algunas palabras, no encontran-

do frases, tal era su emoción al verse recibido tan cariñosamente. Sus párpados se cerraban, sólo la veía á través del sueño que le rendía, como una especie de neblina, donde flotaba, como destacada de la tierra. ¿No era acaso aquello una visión encantadora, que le socorría y le halagaba conta sencillez? Le parecía que le tocaba la mano, que sentía la presión de la suya, leal y firme como la de un buen amigo.

Desde aquel momento, Juan no se dió cuenta exacta de lo que ocurría. Estaban en el comedor, había pan y carne sobre la mesa, pero no tenía fuerzas para llevarse los pedazos á la boca. Un hombre estaba allí, sentado sobre una silla. Reco noció á Weiss á quien había visto en Mulhouse. Pero no entendía lo que decía, entristecido y moviendo los brazos pausadamente. En un catre, delante del calorífero, Mauricio dormía, inmóvil, casi muerto. Y Enriqueta se daba prisa echando un colchón sobre un diván; vió las sábanas, las mantas, la almohada, lo arreglaba todo con mucho arte, metiendo sus manos delicadas, por entre las sábanas blancas como la nieve.

¡Ah! aquellas sábanas blancas, aquellas sábanas tan deseadas. ¡Juan no veía otra cosa! No se había desnudado, no se había acostado en una cama en seis semanas. Era una golosina, una impaciencia de chiquillo, un deseo insensato que le impulsaba á meterse entre aquellas telas blancas, y anonadarse. En cuanto le dejaron solo, se desnudó, se acostó, lanzando un gruñido de satisfacción. El día plácido entraba por una ventana y como ya medio dormido, abría los ojos, vió aún la visión de Enriqueta,

una Enriqueta, más indecisa, inmaterial, que entraba de puntillas, para colocar cerca de él, sobre la mesa, una botella de agua y un vaso. Se quedó allí algunos segundos, mirando á los dos, su hermano y él, con su tranquila sonrisa de una bondad infinita. Después la visión desapareció. Juan dormía entre las blancas sábanas, aniquilado.

Pasaron horas ó años. Juan y Mauricio no existían. Diez años ó diez minutos, el tiempo no existía; era aquello como el desquite del cuerpo fatigado, descansando en la muerte de todo el ser. Bruscamente, sobresaltados á la vez, los dos se despertaron. ¿Qué ocurría? ¿cuánto tiempo llevaban durmiendo? La misma luz pálida, entraba por la ventana. Estaban destrozados, todos los huesos les dolían, más cansados que al acostarse. Creyeron que sólo habían dormido una hora y no extrañaron el ver sentado en la misma silla á Weiss, que parecía aguardar á que se despertaran.

—¡Demonio! —dijo Juan,—tenemos que levantarnos para encontrar el regimiento antes de mediodía.

Dió un salto y se vistió, no sin quejarse de los dolores que tenía.

—Antes del mediodía,—repitió Weiss;—son las siete de la tarde, han dormido ustedes doce horas.

¡Las siete! se asustaron. Juan, vestido ya, quería echar á correr, mientras que Mauricio, en la cama aún, decía que no podía mover las piernas. ¿Cómo iban á encontrar el regimiento? Los dos se incomodaban, no debían haberlos dejado dormir tanto, Weiss hizo un movimiento como desesperanzado.

—¡Para lo que han hecho! bien podían estar durmiendo.

El, desde por la mañana, había recorrido Sedán y los alrededores. Acababa de regresar de su excursión, apenado por aquella inacción del ejército, por aquel día, el 31, perdido tan lastimosamente. Una sola excusa habia, el cansancio de las tropas, la necesidad de que descansaran y no se explicaba cómo no había continuado la retirada después de algunas horas de sueño.

—Yo, añadió, no tengo la presunción de ser muy entendido, pero comprendo que el ejército está muy mal colocado en Sedán... El 12.° cuerpo se encuentra en Bazeilles, donde se han batido esta mañana, el 1.° está á lo largo del Gironne, del Moncelle hasta el bosque de Garenne; mientras que el 7.° está acampado en la meseta de Floing, y el 5.°, medio destruido, está amontonado al lado de las murallas del castillo... Y eso es lo que me causa miedo, de verlos así á todos al rededor de la ciudad, aguardando á los prusianos... Yo me hubiera largado, á escape, sobre Mezieres. Conozco el país; no hay otra línea posible para la retirada y si no, serán rechazados hacia Bélgica... Además, venga usted y verá algo...

Cogió á Juan por la mano y le llevó hacia la ventana.

—Mire usted allí, en aquellos montes.

Por encima de las fortificaciones, por encima de los edificios vecinos, la ventana daba sobre el mediodía de Sedán, sobre el valle del Meuse. Era el río que se desarrolla por las vastas praderas; Remilly á la izquierda, Pont Maugis y Wadelincourt en frente, Frenois á la derecha; y los montes dejaban ver sus pendientes de color de esmeralda, pri-

mero Liry, después Marfée, y la Croix Piau con sus grandes bosques. El crepúsculo llegaba y el inmenso horizonte tenía una limpidez de cristal.

—¿No ve usted allá, á lo largo de los montes, aquellas líneas negras que andan, aquellas hormigas negras que desfilan?

Juan abrió los ojos, mientras que Mauricio, de rodillas sobre la cama, alargaba el cuello.

—¡Ah! sí,—dijeron á la vez.—Allí se ve una, allá otra, aquí otra, y todavía otras. Hay en todas partes.

—Pues bien,—dijo Weiss,—son los prusianos... Desde esta mañana los miro y los veo pasar, y siguen pasando siempre. ¡Le aseguro á usted que si nuestros soldados los aguardan, ellos se dan prisa para venir!... Y todos los vecinos de Sedán los han visto como yo y sólo los generales están ciegos. He hablado hace poco con un general; se ha encogido de hombros y me ha dicho que el mariscal Mac-Mahon estaba convencido de que sólo tenía en frente setenta mil hombres. ¡Dios quiera que no se equivoque! ¡Pero mírelos usted; la tierra está cubierta, ¡vienen, vienen las hormigas negras!

En aquel momento Mauricio se dejó caer de nuevo en la cama y empezó á llorar. Enriqueta entraba entonces, se acercó á su hermano, alarmada.

—¿Qué te pasa?

Pero él la rechazaba.

—No, no, déjame, abandóname, sólo te he causado pesares. ¡Cuándo me acuerdo que no te hacías vestidos y que yo estaba en el colegio! ¡Vaya una instrucción que he recibido y qué mal la he apro-

vechado!... Además, he estado á punto de deshonrar nuestro nombre; no sé donde estaría á estas horas si no te hubieses sacrificado por mí, para reparar mis faltas.

Ella se sonreía con su plácida calma.

—Vaya un despertar triste que tienes... ¡Ya se ha olvidado todo, se ha borrado todo! ¿No cumples ahora tu deber como buen francés? Desde que has sentado plaza estoy muy orgullosa de tí, te lo aseguro.

Como pidiendo ayuda se había vuelto hacia Juan. Este la miraba, sorprendido de verla menos hermosa que por la mañana, ahora que no la veía medio alucinado por el cansancio. Lo que resaltaba siempre era el parecido con su hermano; y sin embargo, toda la diferencia de sus temperamentos se ponía al descubierto en aquel momento: él nervioso como una mujer, atacado por la enfermedad de la época, sufriendo la crisis histórica y social de su raza, capaz de un momento á otro de los más nobles entusiasmos y de los más cobardes descorazomientos; ella, tan diminuta, toda abnegación, con su aspecto resignado, la frente sólida, los ojos valientes, de la madera sagrada de que se hacen los mártires.

—¡Orgullosa de mí!—añadió Mauricio.—¡No sé por qué! Hace un mes que huimos siempre como unos cobardes que somos.

—¡Demontres!—dijo Juan filosóficamente;—no somos los únicos, hacemos lo que nos mandan.

La crisis del joven estalló más violenta.

—¡Precisamente ya tengo bastante, estoy harto de esta vida! ¿Pues qué, no es para llorar lágrimas

de sangre estas continuas derrotas, estos jefes imbéciles, estos soldados á los que llevan estúpidamente al matadero, como un rebaño?... Ahora estamos en un callejón sin salida. Veis que los prusianos llegan por todas partes y nos van á aplastar; el ejército está perdido... No, no; me quedo aquí, prefiero que me fusilen como desertor... Juan, puedes marcharte. No, no vuelvo al regimiento, me quedo aquí.

Un nuevo raudal de lágrimas le hizo caer sobre la almohada. Era un deshahogo de sus nervios, uno de esos desfallecimientos repentinos, con la desesperación, con el desprecio del mundo entero y de si mismo, á los que estaba sujeto con tanta frecuencia. Su hermana, que le conocía muy á fondo, le oía sin alterarse.

—Obrarías muy mal, mi querido hermano, si abandonaras tu puesto en los momentos de peligro.

De una sacudida se sentó sobre la cama.

—Pues bien, dame un fusil, voy á romperme la cabeza, así acabaré antes.

Después, con el brazo extendido, señalando á Weiss, inmóvil y silencioso:

—El solo es razonable, él solo lo ha visto claro... ¿Te acuerdas, Juan, lo que me decía delante de Mulhouse, hace un mes?

—Es verdad,—contestó el cabo,—el señor dijo que nos derrotarían.

Lo escena se evocaba, la noche angusticsa de alerta, el desastre de Frœschwiller pasando ya por el cielo triste, mientras que Weiss relataba sus temores, Alemania preparada, mejor dirigida, mejor armada, empujada por una gran ráfaga de patrio-

tismo; Francia atontada, entregada al desorden, atrasada, pervertida, no teniendo ni los jefes, ni los hombres, ni el armamento necesario. Y la horrible profecía se realizaba.

Weiss alzó sus manos temblorosas. Su cara expresaba un profundo dolor.

—No me halaga mucho haber dicho la verdad. Soy un tonto, ¡pero se veía la cosa tan clara! Más si nos derrotan se pueden matar prusianos malditos. Creo que vamos á perder la partida, pero sería un consuelo matar muchos prusianos, muchos, muchos, tantos, que se pudiese cubrir la tierra allá.

Se había puesto de pie y señalaba con la mano el valle del Meuse; sus ojos de miope, por los cuales le habían declarado inútil para el servicio, echaban chispas.

—Yo me batiría si fuese libre de hacerlo. No sé si es porque reinan como amos en mi país, en este país donde los cosacos hicieron tanto daño, pero no puedo acordarme de ellos, verlos en nuestras casas sin que me entren ganas de abrir en canal una docena. ¡Ah! ¡Si no me hubiesen declarado inútil, si fuese soldado!

Después de un corto silencio, añadió:

—Además ¿quién sabe?

Era la esperanza, la necesidad de creer en la victoria posible que existía aún entre los más desilusionados. Mauricio, avergonzado ya de sus lágrimas, le escuchaba, se agarraba á aquel sueño. La víspera había circulado el rumor de que Bazaine estaba en Verdun. La fortuna podía hacer un milagro en obsequio á Francia, que había sido tanto tiempo victoriosa.

Enriqueta había desaparecido; cuando volvió á entrar, vió sin extrañeza que su hermano se había vestido y que estaba ya listo para marcharse. Quiso que Juan y él comieran delante de ella. Tuvieran que sentarse á la mesa, pero los bocados les ahogaban, les daban náuseas, atontados como se hallaban aún por el sueño. Juan cortó un pan en dos pedazos, colocó una mitad en su mochila y otra en la de Mauricio. La noche se acercaba y era necesario marcharse. Enriqueta se había parado delante de la ventana, mirando, al ver á lo lejos sobre el Marfée las tropas prusianas, las hormigas negras desfilando sin cesar, perdiéndose poco á poco en las sombras crecientes; dejó escapar una queja.

—¡Oh! ¡La guerra, la atroz guerra!

Mauricio quiso tomarse el desquite.

—Pero qué, hermanita, ¿tú que quieres que nos batamos, maldices á la guerra?

Se volvió para contestar de frente.

—Es verdad, la maldigo, la encuentro injusta, horrible... Tal vez sea únicamente porque soy mujer. Esas matanzas me sublevan. ¿Por qué no habían de explicarse y entenderse los enemigos?

Juan aprobaba lo que decía Enriqueta con un movimiento de cabeza. Nada le parecía más fácil á él, hombre sin instrucción, que ponerse de acuerdo dándose buenas razones. Pero Mauricio, acudiendo á su ciencia, encontraba la guerra necesaria, la guerra que es la vida misma, la ley del mundo. ¿No es acaso el hombre quien ha introducido en la vida la idea de la justicia y de paz, cuando la impasible naturaleza no es más que un continuo campo de matanza?

¡Ponerse de acuerdo! sí, tal vez dentro de unos cuantos siglos. Si todos los pueblos no formaran más que uno, se podría en rigor aguardar la llegada de esa edad de oro, y aún así, ¿si se acaba la guerra no se acabará la humanidad?... Era un imbécil antes; hay que batirse puesto que es la ley.

A su vez sonreía, repitiendo la frase de Weiss:

—Y después de todo ¿quién sabe?

De nuevo la ilusión se apoderaba de él, una necesidad de guerra en la exageración enfermiza de su sensibilidad nerviosa.

—Oye,—dijo,—¿y el primo Gunther?

—El primo Gunther pertenece á la guardia prusiana... ¿Está por aquí la guardia?

Weiss no lo sabía, los dos soldados tampoco, y era natural, puesto que ni los generales sabían qué enemigos tenían enfrente.

—Vámonos, voy á acompañaros. He averiguado donde está acampado el 106º.

Entonces dijo á su mujer que aquella noche no volvería, que iría á dormir á Bazailles. Acababa de comprar allí una casita que terminaba de amueblar para vivir allí el invierno. Se encontraba cerde una tintorería que pertenecía al señor Delaherche. Estaba con cuidado porque había llevado á la casita algunas provisiones, que desaparecerían si la casa se quedaba vacía: un barril de vino, dos sacos de patatas Su mujer le miraba con mucha fijeza.

—Puedes estar tranquila,—añadió sonriéndose,—no tengo otra intención que la de guardar lo que allí tenemos y te prometo que si atacan al pueblo, si hay un peligro cualquiera, volveré en seguida.

—Vete,—añadió ella,—pero vuelve, porque si no voy á buscarte.

En la puerta abrazó á Mauricio. Después dió la mano á Juan y la retuvo en la suya durante algunos segundos, estrechándola cariñosamente.

—Le confío á mi hermano de nuevo... Me ha dicho cuanto ha hecho usted por él y se lo agradezco mucho; le quiero á usted mucho.

Se emocionó tanto, que sólo pudo apretar aquella mano delicada. Se marchó llevándose la impresión que había recibido al entrar; aquella Enriqueta de pelo color de avena madura, tan ligera, tan alegre que llenaba el aire alrededor de ella como una caricia.

En la calle volvieron á ver el Sedán sombrío y triste. El crepúsculo había llegado ya á las calles estrechas y una agitación confusa las obstruía. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, las casas parecían muertas, mientras que fuera en las calles no se podía dar un paso. Pudieron llegar á la plaza del Ayuntamiento sin muchas dificultades y allí encontraron al señor Delaherche, que se paseaba curioseando. Se alegró de reconocer á Mauricio y contó que precisamente acababa de acompañar al capitán Beaudoin, del lado de Floing, donde se encontraba al regimiento; aumentó su satisfacción al saber que Weiss iba á dormir á Bazeilles, porque él también había hecho el propósito de ir á pasar la noche en la tintorería, para ver lo que ocurría.

—Weiss, iremos juntos... y mientras tanto, vamos á la Sub-prefectura, donde podremos ver al emperador.

Desde que había estado á punto de hablarle en

la casería de Baybel, no se preocupaba más que de Napoleón III, y acabó por arrastrar á los dos soldados. Algunos grupos estaban parados en la plaza, hablando en voz baja, mientras que, de vez en cuando, entraban en el edificio algunos oficiales, asustados. Una sombra melancólica desvanecía ya los árboles, se oía el ruido del agua del Meuse, que corría al pie de las casas. Entre los grupos se decía que el emperador había abandonado á Carignan hacia las once de la noche, no había querido retirarse á Mezieres para quedarse en el peligro y no desmoralizar las tropas. Otros decían que no estaba allí, que había huído dejando á uno de sus ayudantes vestido con su uniforme, como un maniquí que se le parecía mucho y que podía engañar al ejército. Otros afirmaban que habían visto entrar en el jardín de la Sub prefectura, los coches cargados con el tesoro imperial, cien millones en oro, en monedas de veinte francos, nuevas. En realidad era todo el material de la casa imperial: el *char á bancs*, los dos coches, los doce furgones, cuya vista había causado tanta estupefacción en los pueblos de Courcelles, Chène, Raucourt, aumentado por las imaginaciones; una cola inmensa que entorpecía los movimientos del ejército y que iban á parar allí, malditos y avergonzados, ocultos á las miradas, detrás de las lilas del sub prefecto.

Cerca de Delaherche, que se empinaba examinando las ventanas de la planta baja, una mujer vieja, alguna obrera, con el cuerpo encorvado, las manos destrozadas por el trabajo, murmuraba entre dientes:

—Un emperador. . quisiera ver uno. . sí, para ver cómo es...

De pronto, Delaherche, cogió el brazo de Mauricio:

—¡Mire usted! es él... allí, mire usted en lo ventana de la izquierda... no me engaño, no, le ví ayer muy de cerca, le reconozco..... ha levantado la cortina, sí, es aquella cara pálida, contra el cristal.

La vieja, que lo había oído, estaba asustada... Era en efecto una aparición cadavérica, con los ojos apagados, las facciones descompuestas; los bigotes palidecían también en aquella postrera angustia. Y la vieja, asombrada, volvió la espalda con desdén y se fué:

—¡Eso es un emperador!—dijo,—¡vaya un bicho!

Un zuavo estaba allí, uno de esos soldados desbandados que no se apresuraban á volver á su regimiento. Movía su fusil jurando, escupiendo, amenazando, y dijo á un compañero:

—¡Aguarda, que voy á meterle un balazo en la cabeza!

Delaherche, indignado, intervino. Pero el emperado se había retirado. El ruido del agua del Meuse continuaba, una queja de tristeza infinita parecía haber pasado en la sombra. Otros clamores se oían á lo lejos. ¿Era acaso el ¡anda! ¡anda! la orden terrible lanzada desde París que había empujado á aquel emperador de etapa en etapa, arrastrando por los caminos de la derrota la ironía de su escolta imperial, abocado ahora al horrible desastre que preveía y que había ido á buscar? ¡Cuántos valientes iban á morir por su culpa y qué trastorno en todo el sér en aquel enfermo, en aquel soñador

sentimental, silencioso en la triste espera del destino!

Weiss y Delaherche acompañaron á los dos soldados hasta la meseta de Floing.

—¡Adiós! — dijo Mauricio, abrazando á su cuñado.

—¡No, no, hasta la vista, qué demonio!—dijo alegremente el fabricante.

Juan, con su buen olfato, encontró en seguida el 106.°, cuyas tiendas de campaña se alineaban en la pendiente de la meseta, detrás del cementerio. La noche se había venido encima, pero se veían aún en grandes masas los tejados sombríos de la ciudad, después más allá, Balan y Bazeilles, en las praderas, que se extendían hasta los montes de Remilly y Freuois; mientras que á la izquierda se divisaba la mancha negra de los bosques del Garenne, y sobre la derecha, abajo, brillaba la ancha cinta pálida del Meuse. Durante un momento, Mauricio, contempló aquel inmenso horizonte que iba desapareciendo en las tinieblas.

—¡Aquí está el cabo!—dijo Chouteau.—¿Vendrá de recoger provisiones?

Hubo un rumor. Durante todo el día los hombres dispersos habían ido llegando, unos solos, otros por pequeños grupos, tanto, que los jefes habían renunciado á pedir explicaciones. Cerraban los ojos, aceptando muy contentos á los que regresaban.

El capitán Beaudoin acababa de llegar, el teniente Rochas había llegado á las dos con la compañía reducida á una tercera parte; ahora estaba casi completa. Algunos soldados estaban borrachos, otros se hallaban en ayunas, sin haberse podido

procurar un pedazo de pan, y las distribuciones de víveres continuaban faltando. Loubet se había procurado unas berzas y las estaba cociendo, pero no había ni sal ni manteca. Los estómagos continuaban pidiendo pan.

—¡Vamos, cabo! usted que se las sabe arreglar, vea usted de encontrar algo, yo no lo necesito, he comido en casa de una señora con Loubet.

Todos miraban á Juan, la escuadra le aguardaba. Lapoulle y Pache, que no habían encontrado nada que comer, confiaban en él, á quien creían capaz de sacar harina de unas piedras. Y Juan, conmovido, apenado ante tantos sufrimientos, remordiéndole la conciencia de haberlos abandonado, repartió entre ellos la mitad del pan que había guardado.

—¡A Dios gracias!—decía Lapoulle devorando su ración, no encontrando otras palabras para explicar su satisfacción, mientras que Pache rezaba muy quedo un *Padre Nuestro* y un *Ave María*, pidiendo á Dios le protegiera y le enviara comida para el día siguiente.

El corneta Gaude tocaba llamada. Pero no hubo retreta, el silencio reinó en seguida en todo el campamento. Cuando el sargento Sapin notó que su media sección estaba completa, dijo, tranquilamente:

—Mañana faltarán algunos.

Después, como Juan le mirase, añadió con tranquilidad:

—En cuanto á mí, mañana me matarán.

Eran las nueve; la noche prometía ser fría porque desde el Meuse subían las brumas, tras las cuales se ocultaban las estrellas. Y Mauricio, acostado cerca de Juan, al pie de un vallado, se estremeció

de frío, é indicó la conveniencia de ir á acostarse dentro de la tienda de campaña. Pero destrozados, más doloridos aún, después del descanso que habían tomado, ni uno ni otro podían dormir. Envidiaban al teniente Rochas, que se encontraba á su lado y que, envuelto en una manta, roncaba como un héroe sobre la tierra húmeda. Después, durante mucho tiempo, se fijaron en la llama de una bujía que ardía en una tienda donde velaban el coronel y algunos oficiales.

Durante toda la tarde el coronel había estado muy preocupado, porque no había recibido órdenes para el día siguiente. Comprendía que su regimiento estaba muy de avanzada y eso que había retrocedido un poco, abandonando el puesto que había ocupado por la mañana. El general Bourgain-Desfeuilles, no se había presentado, pues estaba enfermo, según decían y se hallaba en cama en el hotel de la *Cruz de Oro*, y el coronel tuvo que decidirse á enviarle un oficial, para prevenirle que la nueva posición parecía peligrosa, dado lo desparramado que estaba el 7.º cuerpo, obligado á defender una línea demasiado extensa, desde el Meuse al bosque de Garenne. Seguramente la batalla empezaría al amanecer. No quedaban por delante más que seis ó siete horas de aquella gran calma negra. Mauricio extrañó que al apagarse la claridad en la tienda del coronel, desfilara el capitán Beaudoin, pasando muy cerca de él, viéndole desaparecer en dirección de Sedan.

Cada vez se espesaban más los vapores que subían del río, obscureciéndolo todo con una niebla muy triste.

—¿Duermes, Juan?—preguntó Mauricio. Juan dormía y Mauricio se quedó solo. La idea de ir á unirse á Lapoulle y á los otros, bajo la tienda, le causaba mucha pereza. Oía sus ronquidos que contestaban á los del teniente Rochas, y les tenía envidia. Si los grandes capitanes duermen bien la víspera de la batalla, será acaso porque estarán muy cansados. Del campamento inmenso, oculto en las tinieblas, sólo oía el aliento del sueño. Sabía sólo que el 5.º cuerpo debía acampar por allí, bajo las murallas que el 1.º se extendía desde el bosque del Garenne á la aldea de Moncelle, mientras que el 12.º, al otro lado de la ciudad, ocupaba á Bazeilles.

Todo dormía, la lenta palpitación iba desde las primeras á las últimas tiendas, desde el fondo vago de la sombra. Después, más allá, era otra cosa desconocida, cuyos rumores llegaban por momentos, tan lejanos, tan tenues, que hubiese podido confundirlos con el zumbido de sus oídos: el galopar perdido de la caballería, el rodar amortiguado de los cañones, sobre todo, la marcha pesada de hombres, el desfile sobre las alturas del negro hormiguero humano, aquella invasión, aquel envolvimiento que la noche no había podido paralizar. Y, allá, eran aquellos fuegos que se apagaban, repentinamente, aquellas voces dispersas que gritaban, toda la angustia que iba en aumento y que llenaba aquella noche última de espera, aguardando el espantoso día.

Mauricio había cogido á tientas la mano de Juan. Entonces, ya más tranquilo, se durmió. Sólo interrumpía aquel silencio un reloj de Sedan, cuyas campanadas caían una á una.

SEGUNDA PARTE

I

En Bazeilles, en el pequeño cuartito negro, un brusco sacudimiento hizo saltar á Weiss de la cama. Escuchó: era el cañón. A tientas tuvo que encender la vela, para ver qué hora marcaba su reloj: eran las cuatro, el día empezaba á clarear. Cogió sus lentes y miró por la calle Mayor el camino de Douzy, que atraviesa el pueblo; pero una especie de polvo espeso lo obscurecía todo y no se veía nada. Entonces pasó á otra habitación, cuya ventana daba al campo hacia el Meuse; y allí, comprendió que las nieblas que subían del río eran las que ocultaban el horizonte. El cañoneo continuaba más fuerte, allá, detrás de aquel velo, al otro lado del río. De pronto, una batería francesa contestó, tan cercana y con tal estrépito, que las paredes de la casita temblaron.

La casa de Weiss se encontraba en el centro de Bazeilles, á la derecha, antes de llegar á la plaza de la iglesia. La fachada, un tanto escondida, daba sobre la carretera, tenía un solo piso, con tres ventanas y arriba el granero; detrás había un jardín bastante grande, cuya pendiente bajaba hacia las praderas, desde donde se descubría el inmenso panorama de montes que se extiende desde Remilly

hasta Frenois. Weiss, con el entusiasmo que le producía ser dueño de una casa, no se había acostado hasta las dos de la mañana, después de haber ocultado en la cueva todas las provisiones y de haberse arreglado del mejor modo posible para proteger los muebles contra las balas, defendiendo las ventanas con colchones. Una cólera sorda se iba apoderando de él, al pensar que los prusianos podían destruir aquella casa, tan deseada, á tanta costa adquirida y de la que había disfrutado durante tan poco tiempo.

En aquel momento le llamaron desde la calle.

—¡Weiss! ¿oye usted el jaleo?

Abajo encontró al señor Delaherche, que había querido dormir en la tintorería, un gran edificio de ladrillo que sólo se hallaba separado de la casa de Weiss, por una pared medianera. Los obreros habían huído, por los bosques, en dirección á Bélgica; y sólo quedaba para guardar la casa, la portera, viuda de un albañil, que se llamaba Francisca Quittard. Si se había quedado allí, temblorosa, atontada, era porque su hijo Carlitos, un chico de diez años, estaba en cama atacado de una fiebre tifoidea, y no había medio humano de sacarle de casa.

—Oiga,—dijo Delaherche,—la cosa empieza bien... Lo más prudente sería volver á Sedán, en seguida.

Weiss había prometido formalmente á su mujer que al primer síntoma de peligro serio, dejaría á Bazeilles. Pero aquello sólo era un combate de artillería á gran distancia, en las nieblas del amanecer.

—¡Aguardemos, que demonio! No hay prisa. De-

laherche sentía tal curiosidad, que se iba haciendo valiente. No había cerrado los ojos en toda la noche, interesándose en los trabajos de defensa. Pre venido de que iba á ser atacado al amanecer, el general Lebrun, que mandaba el 12.º cuerpo, había empleado la noche parapetándose en Bazeilles, cuya ocupación debía impedir á toda costa. Las barricadas cerraban el camino y las calles; en todas las casas había guarniciones de un puñado de hombres; cada callejuela, cada jardín, estaban transformados en fortaleza. Y desde la tres, en la noche obscura, las tropas, despertadas sin ruido, estaban en su puesto de combate, los *chassepots* engrasados, las cartucheras conteniendo los noventa cartuchos reglamentarios. El primer cañonazo del enemigo no sorprendió á nadie, y las baterías francesas, instaladas entre Balan y Bazeilles, habían contestado, como para que supieran que estaban allí, tirando sin saber cómo, á su libre albedrío.

—La tintorería,—dijo Delaherche,—va estar bien defendida... Tengo allí una sección entera. Venga usted á ver.

En la tintorería se habían instalado unos cuarenta y tantos soldados de infantería de marina, á cuyo frente se hallaba un teniente, un muchachón rubio, joven, de aspecto muy enérgico y testarudo. Los hombres habían tomado posesión del edificio; unos abrían troneras en las ventanas del primer piso que daban á la calle, otros reforzaban el muro del corral, que dominaba las praderas por detrás de la casa.

En aquel corral encontraron Delaherche y Weiss

al teniente, que miraba en lontananza, tratando de distinguir algo á pesar de la niebla.

—¡Vaya una niebla inoportuna!—murmuró.—No vamos á poder batirnos á tientas!

Después de un momento de silencio sin transición aparente, preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Jueves,—contestó Weiss.

—Jueves, es verdad... con esta vida no sabe uno si el mundo existe.

En aquel momento, á pesar del ruido sordo que producía el cañoneo, se oyó el fuego de fusilería, al lado de las praderas, á unos doscientos ó trescientos metros. Fué aquello como una mutación de teatro, el sol se levantaba, los vapores del Meuse volaron á trozos, como delicada muselina, el cielo azul apareció, sereno, de una limpidez sin mancha. Era la alegre mañana de un hermoso día de verano.

—¡Ah!—dijo Delaherche,—pasan el puente del ferrocarril. Los ve usted que tratan de ganarlo siguiendo la vía férrea... Pero es una estupidez no haber volado el puente.

El teniente hizo un gesto de cólera. Los hornos de mina estaban cargados, dijo; pero la víspera, después de haberse batido durante cuatro horas, para volver á tomar el puente, se había olvidado de pegar fuego á la mecha.

—Esa es nuestra mala suerte,—dijo con voz breve.

Weiss, silencioso, miraba, tratando de darse cuenta de lo que ocurría. Los franceses ocupaban en Bazeilles una posición muy fuerte. Contruído á

ambos lados de la carretera de Douzy, el pueblo dominaba las praderas, y sólo había este camino, que torcía á la izquierda, pasando delante del castillo, mientras que otro camino, el del puente del ferrocarril, que se alejaba á la derecha, se encontraba con el primero en la plaza de la iglesia. Los alemanes tenían que atravesar las praderas, los anchos espacios pelados, que separaban las primeras casas, del río Meuse y de la vía férrea. Conocida su habitual prudencia, parecía poco probable que el verdadero ataque comenzara por aquel lado. Continuaban llegando masas profundas por el puente, á pesar del destrozo que las ametralladoras, instaladas en la entrada de Bazeilles, causaban en las filas; é inmediatamente, los que habían pasado, se desplegaban en guerillas, por entre los escasos sauces, se reformaban las columnas y avanzaban. Era de allí de donde partía el fuego de fusilería que iba en aumento.

—Son bávaros,—hizo notar Weiss;—distingo perfectamente sus cascos de cordoncillo.

Creyó comprender que otras columnas medio ocultas detrás de la vía férrea, desfilaban hacia la derecha, tratando de ganar los bosques cercanos, para poder caer después sobre Bazeilles, por un movimiento oblicuo. Si lograban de ese modo ponerse al abrigo en el parque de Mont-Villers, el pueblo podía ser tomado, tuvo de esto una rápida y vaga sensación. Después como se agravara el ataque de frente, desapareció.

De pronto se volvió hacia las alturas de Floing, que se veían, por encima de Sedán. Una batería había empezado el fuego; las nubecillas de humo, su-

bian por el espacio, mientras que las detonaciones llegaban muy claras. Debían ser las cinco.

—Vamos,—dijo,—el baile va á ser completo.

El teniente de infantería de marina, que miraba también, dijo de un modo de absoluta certeza:

—Bazeilles es el punto importante. Aquí se decidirá la suerte de la batalla.

—¿Lo cree usted así?—dijo Weiss.

—No hay lugar á dudas. Con seguridad que este es el pensamiento del mariscal Mac Mahon, que ha venido á vernos durante la noche, para decirnos que nos hiciéramos matar hasta el último, antes que dejar tomar el pueblo.

Weiss movió la cabeza, echó una mirada al horizonte, y con voz entrecortada, como si hablara consigo dijo:

—¡Pues no! ¡No, y mil veces no! ¡No es es eso! Tengo miedo de otra cosa y no me atrevo á decirla.

Se calló. Había abierto los brazos, muy grandes, parecidos á los de un torno, y con la cara vuelta hacia el Norte unía las manos, como si las bocas del torno se hubiesen cerrado de pronto.

Desde la víspera abrigaba algunos temores, conociendo como conocía el país, después de haberse dado cuenta exacta de la marcha de los dos ejércitos. Ahora, á medida que la vasta llanura se ensanchaba, en la luz radiante, sus miradas se dirigían hacia los montes de la margen izquierda por donde durante todo un día y toda una noche había desfilado un hormigueo de tropas alemanas. A la izquierda de Remilly una batería cañoneaba. Pero de la que se empezaban á recibir granadas había tomado posición en Maugis, á la orilla del río.

Colocó los dos cristales de sus lentes uno sobre otro, para ver mejor las pendientes plantadas de árboles, y no veía más que las nubecillas de humo blanco, de las piezas que iban coronando las alturas poco á poco.

¿Dónde se hallaba ahora el río de hombres que había salido de allí? Por encima de Noyers y de Frenois, sobre el Marfée, acabó por distinguir en la eminencia de un bosque de pinos, un grupo de uniformes y de caballos, oficiales sin duda, algún estado mayor. Y el cierre del Meuse estaba más allá cerrando el oeste; sólo quedaba para la retirada sobre Mezieres un camino estrecho que seguía el desfiladero de Saint-Albert, entre el cierre del río y los bosques de los Ardennes.

La víspera, Weis se había atrevido á hablar á un general con quien se encontró en un camino del valle de Givonne, que creyó después era el general Ducrot, comandante del 1.º cuerpo, de aquella única línea de retirada; si el ejército no se retiraba en seguida por aquel camino, si aguardaba á que los prusianos le cortaran el paso, después de haber franqueado el Meuse en Donchery, iba á verse inmovilizado, rechazado hacia la frontera. Ya, por la tarde, afirmaban que no quedaba tiempo, que los hulanos ocupaban el puente, un puente más que habían olvidado de volar, esta vez por no haberse acordado de llevar pólvora. Y, desesperado, Weiss se decía que el hormigeo de hombres debía hallarse en la llanura de Donchery, en marcha hacia el desfiladero de Saint Albert, lanzando ya su vanguardia sobre Saint Menges y sobre Floing, á donde había llevado la víspera á Juan y á Mauricio.

Con el brillo del sol, el campanario de Floing se le aparecía como una fina aguja blanca.

Después, al Este se encontraba el otro brazo del torno. Se veía al Norte de la meseta de Illy, la meseta de Floing, donde se hallaba la línea de batalla del 7.º cuerpo, mal apoyado por el 5.º, que se hallaba colocado de reserva bajo los muros de la plaza, le era completamente imposible saber lo que pasaba al Este, á lo largo del valle de Givonne donde el 1.º cuerpo se encontraba apostado, desde el bosque del Garenne hasta la aldea de Daigny. Pero ya se oía el cañoneo por aquel sitio; la lucha debía haber empezado en el bosque de Chevalier, delante de la aldea. Su inquietud procedía de que algunos aldeanos habían señalado desde la víspera la llegada de los prusianos á Francheval; de modo que el movimiento que se efectuaba al Oeste, por Donchery, se verificaba también al Este, por Francheval, y las bocas del torno lograrían unirse allá al Norte del calvario de Illy, si la doble marcha de envolvimiento no se contrarrestaba. Nada sabía de ciencia militar, sólo le guiaba su buen sentido, y temblaba al ver aquel inmenso triángulo del cual formaba uno de los lados el Meuse, y cuyos otros dos estaban representados al Norte por el 7.º cuerpo, al Este por el 1.º, mientras que el 12.º al Sur, en Bazeilles, ocupaba el ángulo extremo, dándose la espalda los tres, aguardando sin saber por qué ni cómo, un enemigo que llegaba de todas partes. En medio, como en el fondo de una fosa, la ciudad de Sedán estaba allí, armada con cañones fuera de uso, sin municiones y sin víveres.

—Comprenda usted,—dijo Weiss, repitiendo su

movimiento, ensanchados los brazos y unidas las manos,—va á suceder así, si vuestros generales no se cuidan de lo que pasa... Los entretienen á ustedes en Bazeilles.

Pero se explicaba mal, confusamente, y el teniente, que no conocía el país, no podía comprender sus explicaciones. Así es que movía los hombros desdeñosamente, impacientado de ver á aquel paisano con lentes y paletó, que quería saber más que el mariscal Mac Mahon. Irritado ya de oirle decir que el ataque de Bazeilles no tenía más objeto que distraer para ocultar el verdadero plan, le dijo:

—¡Déjenos usted en paz! vamos á echar al Meuse á vuestros bávaros y ya verán como nos divierten.

Desde hacía un momento los tiradores enemigos se habían ido acercando, las balas llegaban con un sonido opaco á estrellarse contra los ladrillos de la tintorería, y ocultos detrás del pequeño muro del corral, los soldados habían empezado á contestar. A cada instante se oía una detonación seca de *chassepot*.

—¡Echarlos al Meuse! ya lo creo,—murmuró Weis,—y pasar por encima de ellos, para cogerles el camino de Carignán; eso sería lo bueno.

Después, dirigiéndose á Delaherche, que estaba escondido detrás de la fuente para evitar las balas, añadió:

—¡No importa! El verdadero plan era el de largarse ayer sobre Mezieres y en su lugar preferiría estar allí. . De todos modos hay que batirse, porque la retirada es imposible.

—¿Viene usted?—preguntó Delaherche, que á

pesar de su ardiente curiosidad empezaba á palidecer, porque si tardamos un poco no podremos entrar en Sedán.

—Aguarde usted un minuto y le sigo.

A pesar del peligro que corría, se alzaba sobre las puntas de los pies, quería ver, darse cuenta de lo que ocurría. Hacia la derecha, las praderas inundadas por orden del general gobernador, el inmenso lago que se extendía desde Torcy á Balan, protegían la ciudad; era una superficie inmóvil, de un azul delicado que brillaba reflejando el sol. El agua cesaba á la entrada de Bazeilles y los bávaros se habían acercado á través de los hierbas, aprovechando los fosos, los árboles, todo lo que podía servirles para resguardarse.

Se hallaban á unos quinientos metros; y lo que le chocaba era la lentitud de sus movimientos, la paciencia de que daban prueba, ganando el terreno poco á poco, exponiéndose lo menos posible. Además se veían apoyados por una potente artillería; en el aire fresco y puro resonaban los silbidos de las balas y de las granadas. Levantó los ojos y vió que la batería de Pont-Maugis no era la única que tiraba sobre Bazeilles; otras dos instaladas á mitad del camino de Liry, habían empezado el fuego, barriendo el pueblo y aun más allá los terrenos pelados de Moncelle, donde se hallaban las reservas del 12.º cuerpo y hasta las pendientes llenas de bosques de Daigny, que ocupaba una división del primer cuerpo.

Todas las crestas de la margen izquierda se inflamaban. Los cañones parecían surgir del suelo, era aquello como una cintura que iba ensanchán-

dose cada vez más: una batería de Wadelincourt, que tiraba sobre Sedan, una batería en Frénois, por encima de la Marfee, otra formidable batería, cuyas granadas pasaban por encima de la ciudad, para ir á estallar entre las tropas del 7.º cuerpo, sobre la meseta de Floing. Aquellos montes que tanto quería y cuya vista halagaba á sus ojos, cerrando á lo lejos el valle alegre de verdura, los miraba ahora Weiss con verdadero terror, convertidos de pronto en enorme y gigantesca fortaleza, dispuesta á aplastar las inútiles fortificaciones de Sedan.

La caída de un trozo de yeso, le hizo levantar la cabeza. Era una bala que había ido á aplastarse contra su casa, cuya fachada veía por encima de la pared medianera. Aquello le contrarió mucho.

—¡Pues qué! me la van á echar abajo esos bandidos.

Pero detrás de sí un ruido blando le extrañó. Al volverse, vió un soldado, herido en el corazón, que caía de espaldas. Una ligera convulsión agitó las piernas, la cara se quedó plácida, serena. Era el primer muerto y se asustó, sobre todo por el estrépito producido por el chassepot, que rebotaba sobre el empedrado.

—Yo me voy,—dijo Delaherche.—Si no viene usted, me voy solo.

El teniente, á quien molestaban mucho, les dijo:

—Lo mejor que pueden ustedes hacer es marcharse... Nos pueden atacar de un momento á otro.

Entonces, después de lanzar una última mirada á las praderas, donde los bávaros ganaban terreno, Weiss se decidió á seguir á Delaherche. Pero al llegar al otro lado, en la calle, quiso cerrar su casa

con cerrojo y se unió por último á su compañero, cuando un nuevo espectáculo los paralizó.

En el extremo del camino, á trescientos metros próximamente, una fuerte columna bávara atacaba la plaza de la Iglesia. El regimiento de infantería de marina, encargado de defenderla, pareció disminuir el fuego como para dejarlos avanzar. Después, cuando la columna se encontró enfrente, hicieron una maniobra extraordinaria é imprevista: los soldados se apartaron á ambos lados del camino, muchos se echaron á tierra, y en el espacio que bruscamente dejaron libre, las ametralladoras, puestas en batería en el otro extremo, vomitaron una granizada de balas. La columna enemiga quedó barrida. Los soldados se habían levantado de un salto y corrían á la bayoneta sobre los bávaros, acabando de atropellarlos y de rechazarlos. Dos veces empezó la maniobra con el mismo éxito. En el esquinazo de una callejuela, en una casita pequeña, se habían quedado tres mujeres y tranquilamente, desde una de las ventanas, reían y aplaudían, contentas de haber presenciado aquel espectáculo.

—¡Demonio!—dijo Weiss,—he olvidado de cerrar la puerta de la cueva y de cojer la llave... Aguarde usted, es cosa de un minuto.

Aquel primer ataque había sido rechazado y Delaherche, en quien el deseo de ver volvía á surgir, tenía menos prisa por marcharse. Estaba de pie, delante de la tintorería, hablando con la portera, que había salido de su cuchitril.

—Mi pobre Francisca, debía usted venirse con nosotros. Una mujer sola no está bien en medio de tanto desastre.

Levantó los brazos temblorosos.

—¡Ah! señor, puede usted creer que me hubiese marchado, sino fuera por la enfermedad de Carlitos... Entre usted y le verá.

No entró, pero alargó el cuello y movió la cabeza al ver al niño, acostado en una cama muy blanca, la cara roja de fiebre, mirando á su madre con sus ojos brillantes.

—¿Por qué no se lo lleva usted? La instalaré en Sedan... Envuélvale usted en una manta caliente y véngase con nosotros.

—¡No puede ser! El médico me ha dicho que le mataría si le sacaba á la calle. ¡Si viniese su padre! Pero solo quedamos los dos y tenemos que conservarnos el uno para el otro. Acaso esos prusianos no quieran hacer daño á una mujer sola y á un niño enfermo.

En aquel momento se presentó Weiss, muy contento por las medidas de precaución que había tomado.

—Si quieren entrar, tendrán que romperlo todo. ¡Ahora, vámonos! arrimados á las casas, si no queremos pescar algo.

En efecto, el enemigo debía preparar un nuevo ataque, porque aumentaba el fuego de fusil y el silbido de las granadas no cesaba. Dos habían caído ya en el camino á un centenar de metros, otra se había empotrado en un jardín, sin estallar.

—Oiga, Francisca, quiero dar un beso á Carlitos... Pues no está muy mal; dentro de un par de días estará fuera de peligro... Tenga usted valor y métase usted en casa; no se asome usted para nada.

Los dos hombres se marchaban.

—Hasta la vista, Francisca.

—Hasta la vista, señores.

En aquel mismo instante se produjo un estrépito horrible. Era una granada que después de haber echado abajo una chimenea de la casa de Weiss, caía sobre la acera, donde reventó con tal violencia, que todos los cristales se rompieron. Un polvo espeso, una humareda pesada, impidieron ver al pronto. Después la fachada reapareció, estropeada, y, allí, sobre el umbral, Francisca estaba atravesada, muerta, con las calderas rotas, la cabeza aplastada, un pingajo humano, todo rojo, horrible.

Weiss acudió inmediatamente. No encontraba palabras, sólo salían de su boca juramentos.

Se acercó. Estaba muerta. Se había bajado á su lado, le tentaba las manos, y al levantarse se encontró con el semblante rojo de Carlitos, que había levantado la cabeza para mirar á su madre. No decía nada, no gritaba, únicamente sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban aquel cuerpo horrible, que no reconocía.

—¡Ahora,—dijo Weiss furioso,—esos canallas se entretienen matando mujeres!

Se había puesto en pie y amenazaba con el puño á los bávaros, cuyos cascos volvían á presentarse, del lado de la Iglesia. La vista del tejado de su casa, medio destruido por la caída de la chimenea, acabó por ponerle rojo de cólera.

—¡Indecentes! matáis á las mujeres y destruís mi casa... ¡No, no puede ser, no puedo irme de este modo, me quedo!

De un salto cogió el chassepot y los cartuchos del soldado muerto. En las grandes ocasiones, cuando

quería ver muy claro, llevaba siempre un par de gafas que no se ponía por no disgustar á su mujer. Arrancó los lentes y los reemplazó con las gafas, y aquel buen hombre en paletó, con su cara redonda, que la rabia transfiguraba, casi cómico y magnífico de heroismo, se puso á disparar tiros á los bávaros, al montón que se hallaba al otro extremo de la calle. Eso le calmaba la sangre y estaba muy contento tumbando á algunos, vengándose así de los atropellos de 1814, cuyos cuentos habían mecido su niñez.

—¡Indecentes! ¡indecentes!—repetía.

Y seguía tirando siempre, tan rápidamente, que el cañón del chassepot acababa por quemarle los dedos.

El ataque se anunciaba terrible. Del lado de las praderas el fuego había cesado. Dueños de un riachuelo estrecho, bordeado de álamos y de sauces, los bávaros se disponían á dar el asalto á las casas que defendían la plaza de la Iglesia, y sus tiradores se habían replegado prudentemente; el sol únicamente dormía, tendiendo sus hilos de oro sobre el desarrollo inmenso de las hierbas, que manchaban algunas los cuerpos de los soldados muertos. El teniente había abandonado el patio de la tintorería, dejando solo allí un centinela, comprendiendo que el peligro estaba ahora del lado de la calle.

Colocó á sus hombres á lo largo de la acera, con orden de si el enemigo se apoderaba de la plaza, parapetarse en el primer piso y defenderse hnsta agotar el último cartucho. Acostados sobre la tierra, ocultándose detrás de los marcos de las puertas, aprovechando los menores intersticios, los hom-

bres tiraban á voluntad; y en aquella ancha vía, alumbrada por el sol y desierta, pasaba un huracán de plomo, una humareda, algo como una granizada empujada por el viento. Vieron á una joven atravesar la calle de una carrera y sin que le alcanzaran las balas. Después, un aldeano, un viejo, que se empeñaba en hacer entrar un caballo en la cuadra, recibió un balazo en medio de la frente y con tal violencia, que fué á caer en medio del camino. El tejado de la Iglesia se había huudido, á consecuencia de la caída de una granada. Otras dos habían incendiado las casas, que ardían dejando oir el crujido de sus maderas. Y aquella infeliz Francisca, aplastada, cerca de su hijo enfermo, aquel aldeano con una bala en la frente, aquellos destrozos, aquellos incendios, acababan por exasperar á los habitantes, que habían preferido morir allí que escaparse á Bélgica. Obreros, señores y aldeanos disparaban con rabia y sin cesar desde las ventanas.

—¡Ah! esos bandidos han dado la vuelta,—dijo Weiss.—Les veía que tomaban á lo largo de la vía férrea... ¡Mire usted! ¿Los oye usted? allá, á la izquierda.

En efecto, acababa de empezar el tiroteo por detrás del parque de Montivillers, cuyos árboles bordeaban el camino. Si el enemigo se apoderaba del parque, Bazeilles estaba perdido. Pero la violencia misma del fuego, probaba que el comandante del 12.º cuerpo había previsto el movimiento y que el parque se hallaba defendido.

—Tenga usted cuidado ¡torpe! dijo el teniente, obligando á Weiss á arrimarse á la pared, va usted á quedar hecho una tortilla.

Aquel hombrachón tan valiente, con sus gafas, había acabado por interesarle y como sintiera que venía una granada, le había apartado paternalmente. El proyectil cayó á unos diez pasos, reventó llenándoles de metralla. Weiss se quedó de pie sin recibir un arañazo, mientras que el teniente tenía las dos piernas destrozadas.

—¡Vamos! ¡ya tengo lo que me hacía falta!

Había caído sobre la acera, he hizo que le apoyaran contra la puerta, cerca de la mujer que yacía allí, atravesada y su fisonomía conservó el mismo aire enérgico y testarudo.

—Esto no es nada, muchachos, escuchadme.. Tirad á gusto, sin precipitarse. Ya os avisaré cuando haya que atacarlos á la bayoneta.

Continuó mandándolos, manteniondo derecha la cabeza, vigilando al enemigo. Enfrente, otra casa había empezado á arder. El chisporroteo, el tiroteo, los estallidos de las granadas, desgarraban el aire que se llenaba de polvo y de humo. Algunos hombres caían en los esquinazos de las callejuelas, los muertos, aislados unos, otros en montones, formaban manchas sombrías, salpicadas de rojo. Y encima del pueblo, aumentaba el clamoreo, la amenaza de millares de hombres arrojándose sobre algunos centenares de valientes, dispuestos á morir.

Entonces, Delaherche, que no había cesado de llamar á Weiss, preguntó por última vez:

—¿No viene usted?... ¡Pues le dejo! ¡adiós!

Eran las siete y se había retrasado mucho. Mientras que pudo andar al amparo de las casas, se aprovechó de los resquicios de las puertas, pegándose, arrimándose á la pared á cada descarga. Nun-

ca se hubiera creído tan joven ni tan ágil. Pero al final de Bazeilles, cuando tuvo que seguir durante trescientos metros el camino desierto que barrían las baterías del Liry, empezó á temblar, aunque estaba sudoroso. Durante un momento, avanzó agachado, en un foso. Después echó á correr, derecho, atontado, oyendo continuos disparos. Sus ojos se quemaban, creía marchar entre llamas. Aquello duró una eternidad. De pronto, vió una casita á la izquierda y se metió dentro, pareciéndole que se le había quitado del pecho un peso enorme. Alguna gente le rodeaba, hombres y caballos. Primero no había conocido á nadie, después le extrañó ver tanta gente.

¿No era aquel el emperador con todo su estado mayor? Dudaba aunque creía conocerle, desde que había estado á punto de hablarle en Baybel; después se quedó perplejo. Era Napoleón III, que se le aparecía más grande á caballo, con los bigotes tan retorcidos, afilados, las mejillas tan pintadas, que lo vió en seguida rejuvenecido, pintarrajeado como un actor. Indudablemente se había hecho pintar la cara, para no pasear entre su ejército el espanto de su pálido semblante, descompuesto por el dolor, con la nariz delgada y los ojos turbios. Prevenido de que se batían desde las cinco en Bazeilles, había acudido silencioso y triste, como un fantasma, reanimadas las carnes con bermellon.

Una tejería estaba allí, ofreciendo un refugio. Por el otro lado una granizada de balas acribillaba las paredes y las granadas á cada instante caían sobre el camino. Toda la escolta se había detenido.

—Señor; murmuró una voz, hay peligro...

El emperador se volvió, ordenó á su estado mayor se colocara en el estrecho callejon, que bordeaba la tejería. Allí los hombres y los caballos estaban completamente ocultos.

—Señor; esto es una locura... señor, le suplicamos...

Repitió la orden, como para decirles que la aparición de un grupo de uniformes, sobre aquel camino pelado, llamaría la atención de las baterías de la margen izquierda. Y, solo, se adelantó, en medio de las balas y de las granadas, sin prisa, con el mismo paso triste é indiferente, yendo á su destino. Sin duda oía detrás de sí la voz implacable que le empujaba hacia adelante, la voz que gritaba desde París: «¡Anda, anda! muere como un héroe sobre los cadáveres de tu pueblo, llama la atención del mundo entero, para que tu hijo pueda reinar» Avanzaba al paso menudo de su caballo. Anduvo así un centenar de metros. Después se detuvo, aguardando la muerte que había ido á buscar. Las balas silbaban como un viento de equinoccio, una granada había estallado, cubriéndole de tierra; continuó aguardando. Las crines de su caballo se encrespaban, toda su piel se estremecía, en un instintivo retroceso, delante de la muerte que pasaba á cada segundo, sin querer hacer presa en aquel hombre ni en aquel caballo. Entonces, después de aquella espera, el emperador, con su fatalismo resignado, comprendiendo que su destino no estaba allí, volvió tranquilamente, como si solo hubiera deseado reconocer la exacta posición de las baterías alemanas.

—Señor, ¡cuánto valor! Por favor, no se exponga más...

Hizo un movimiento invitando á que le siguiera su estado mayor, y exponiéndole esta vez como él mismo se exponía, subió hacia la Moncelle á través de los campos, por los terrenos al descubierto de la Rapaille. Un capitán cayó muerto, dos caballos también. Los regimientos del 12.º cuerpo, ante los cuales pasaba, le veían llegar y desaparecer como un espectro, sin un saludo, sin una aclamación.

Delaherche había presenciado aquellas cosas. Temblaba al pensar que en cuanto abandonase la tejería, él también iba á verse envuelto en una lluvia de balas. No tenía prisa en marcharse, oía ahora la conversación de varios oficiales que habían perdido sus caballos y que se habían quedado allí.

—Le digo á usted que ha quedado muerto en el acto, una granada le ha partido en dos pedazos.

—No, hombre; he visto cuando se lo llevaban... una herida sin importancia, en el muslo.

—¿A qué hora?

—A las seis y media, hace una hora...

Allá arriba, cerca de la Moncelle, en un caminito cubierto...

—¿Ha regresado á Sedán?

—Sí, ya está en Sedán.

¿De quién hablaban? Delaherche acabó por comprender que hablaban del mariscal Mac Mahon, herido al ir á visitar las avanzadas. ¡El mariscal herido! Era nuestra buena suerte, como había dicho el teniente de infantería de marina. Estaba reflexionando acerca de las consecuencias del accidente,

cuando pasó á todo escape una estafeta, gritando á un compañero á quien acababa de conocer:

—¡El general Ducrot es general en jefe! Todo el ejército vá á concentrarse en Illy para batirse en retirada sobre Mezieres.

La estafeta se hallaba ya lejos, entraba en Bazeilles, bajo el fuego que aumentaba; mientras que Delaherche, asustado por tantas noticias tan extraordinarias, temiendo verse cogido en la retirada de las tropas, se decidió y echó á correr hacia Balan, desde donde ganó Sedán, sin muchas dificultades.

En Bazeilles, la estafeta galopaba siempre buscando á los jefes para darles órdenes. Y las noticias corrían también, el mariscal Mac-Mahón herido, el general Ducrot comandante en jefe, todo el ejército replegándose sobre Illy.

—¿Cómo? ¿qué es lo que dicen?—dijo Weiss, ennegrecido por el humo de la pólvora.—¡Batirse en retirada sobre Mezieres á aquella hora! Pero es una locura, nunca podrán pasar.

Se desesperaba, remordiéndole la conciencia de haber aconsejado la víspera, precisamente al general Ducrot, la retirada sobre Mezieres. La víspera no había otro plan aceptable; la retirada, la retirada inmediata por el desfiladero de San Alberto. Pero ahora el camino debía hallarse cogido, todo el hormigueo negro de prusianos, se había ido allá, á la llanura de Donchery. Y locura por locura, no había más remedio que escoger una de desesperados y de valientes, la de echar á los bávaros al Meuse y pasar por encima de ellos para tomar el camino de Carignan.

Weiss explicaba las posiciones al teniente, sentado, apoyado contra la puerta, con las dos piernas rotas, muy pálido y agonizando á consecuencia de la sangre que perdía.

—¡Mi teniente, le aseguro á usted que tengo razón!... Diga usted á sus hombres que no se retiren. Ya vé usted que somos victoriosos, ¡un esfuerzo más y los tiramos al Meuse!

En efecto, el segundo ataque de los bávaros acababa de ser rechazado. Las ametralladoras habían barrido de nuevo la plaza de la iglesia, los cadáveres amontonados formaban barricadas, y de todas las callejuelas, se rechazaba al enemigo á la bayoneta, á las praderas; una desbandada, una huida hacia el río, que se hubiera cambiado en derrota, si algunas tropas de refresco hubiesen apoyado á los marinos, ya extenuados y diezmados. Por otra parte, en el parque de Montivilliers, el tiroteo no avanzaba mucho, lo que indicaba que, por aquel sitio también, algunos refuerzos habían despejado el bosque.

—Diga usted á sus hombres, mi teniente... ¡á la bayoneta, á la bayoneta!

Blanco como la cera, la voz moribunda del teniente tuvo aun fuerza para decir:

—¿Oís, hijos mios? ¡A la bayoneta!

Y fué su último aliento; murió con la cabeza derecha, abiertos los ojos, mirando siempre la batalla.

Las moscas revoloteaban y se paraban sobre la cabeza destrozada de Francisca, mientras que Carlitos, en la cama, presa del delirio de la fiebre, la llamaba, pedía agua en voz baja y suplicante.

—Madre, despierta, levántate... Tengo sed, tengo mucha sed...

Pero las órdenes eran muy severas, los oficiales tuvieron que ordenar la retirada, disgustados de no poder sacar partido de las ventajas que habían obtenido. Seguramente que el general Ducrot, asustado por el movimiento envolvente, lo sacrificaba todo al intento loco de escapar de aquella encerrona.

La plaza de la iglesia fué evacuada, las tropas se replegaron de calle en calle, y el camino quedó desierto. Gritos y lamentos de mujeres se dejaban oir; los hombres juraban, amenazaban, furiosos de verse abandonados. Muchos se encerraban en sus casas, dispuestos á defenderse hasta morir.

—Pues bien, yo no me voy,—dijo Weiss fuera de sí.—No, prefiero perder el pellejo... ¡que vengan á romperme los muebles y á beber el vino!

Sólo quedaba en él la rabia, el furor inextinguible de la lucha, el pensamiento de que el extranjero iba á entrar en su casa, sentarse en su silla, beber en su vaso. Eso sublevaba todo su sér y hacía que se olvidara de toda su existencia, de su mujer, de sus negocios. Se encerró en su casa, hizo barricadas, daba vueltas como una fiera en su jaula, pasando de una á otra habitación, asegurándose de que todas las aberturas estaban bien cerradas. Contó los cartuchos, y vió que le quedaban unos cuarenta. Después, al ir á echar una última ojeada hacia el Meuse para asegurarse de que no había que temer ningún ataque por aquel sitio, la vista de los montes de la margen izquierda le hizo detenerse de nuevo. Algunas nubecillas de humo indi-

caban exactamente las posiciones que ocupaban las baterías prusianas. Y, dominando la formidable batería de Frénois, en el ángulo del bosque de la Marfée, vió el grupo de uniformes, más numeroso, tan brillante al sol, pues poniendo los lentes por encima de las gafas distinguía el oro de las hombreras y de los cascos.

—¡Indecentes! ¡Indecentes!—repetía amenazándoles con el puño.

Allá arriba, sobre la Marfée, estaban el rey Guillermo y su Estado Mayor. Desde las siete en que había venido de Vendresse, donde había dormido, se encontraba allá arriba al abrigo de todo peligro, teniendo ante su vista el campo de batalla sin límites. El inmenso plano en relieve iba de un extremo á otro del cielo, mientras que de pie sobre el montecillo, como desde un trono reservado, desde aquel gigantesco palco de gala, miraba atentamente.

En medio, sobre el fondo sombrío del bosque de los Ardennes, envuelto en el horizonte, se destacaba Sedán con las líneas geométricas de sus fortificaciones que las praderas inundadas y el río anegaban al Sur y al Oeste. En Bazeilles ardían algunas casas, una polvareda de batalla envolvía el pueblo. Después, al Este, desde la Moncelle á Givonne, sólo se veían, semejantes á líneas de insectos, atravesando los rastrojos, algunos regimientos del 12.º y del primer cuerpos, que desaparecían por momentos en el estrecho vallecito donde las aldeas se escondían; y enfrente aparecía el reverso: campos yermos que el bosque Chevalier manchaba con su masa verde. Pero sobre todo, al Norte, el 7.º cuer-

po estaba muy á la vista, ocupando con sus movedizos puntos negros la meseta de Floing, una ancha banda de tierras rojizas, que bajaban desde el bosque de la Garenne hasta el borde del agua.

Más allá se veía Floing, Saint Menges, Fleigneux, Illy, aldeas perdidas entre las ondulaciones del terreno, toda una región atormentada, cortada, escarpada. Y á la izquierda, el cierre del Meuse, las aguas lentas, como plata nueva, al sol claro, encerrando la península de Iges; en su ancha y perezosa revuelta, cerrando el camino de Mezieres, dejando solo entre la ribera extrema y los inextricables bosques, la puerta única: el desfiladero de Saint Albert.

Los cien mil hombres y los quinientos cañones del ejército francés estaban allí, amontonados, cercados en aquel triángulo; y cuando el rey de Prusia se volvia hacia el Oeste, veía otra llanura, la de Donchery, campos vacíos ensanchándose en dirección á Briaucourt, Maraucourt y Vrignes aux-Bois, tierras grises hasta perderse de vista, y cuando se volvía hacia el Este, se divisaba también enfrente de las líneas francesas, tan apretadas, una inmensidad libre, un pululamiento de pueblos, Douzy y Carignan primero; después, subiendo, Rubécourt, Pourru aux Boix, Francheval, Villers-Cernay, hasta la Chapelle, cerca de la frontera. Toda la tierra que había alrededor le pertenecía, empujaba á capricho los doscientos cincuenta mil hombres y los ochocientos cañones de sus ejércitos y abrazaba de una sola ojeada su marcha avasalladora.

Ya por un lado el 11.º cuerpo avanzaba sobre

Saint Menges, mientras que el 5.º cuerpo estaba en Vrignes-aux Bois y que la división wurtemburguesa aguardaba cerca de Donchery, y del otro lado, si los árboles y los montes le molestaban, adivinaba los movimientos; acababa de ver al 12.º cuerpo penetrar en el bosque Chevalier y sabía que la guardia debía haber alcanzado Villers Cernay. Eran los brazos del torno, el ejército del príncipe real de Prusia á la izquierda, el ejército del príncipe real de Sajonia á la derecha, que se abrían y subían con irresistible movimiento, mientras que los dos cuerpos bávaros se lanzaban sobre Bazeilles.

A los pies del rey Guillermo, desde Remilly á Frénois, las baterías atronaban el espacio sin descanso, cubriendo de granadas la Moncelle y Daigny, yendo por encima de Sedán á barrer las mesetas del Norte. Eran poco más de las ocho y aguardaba el inevitable resultado de la batalla, con la vista fija en aquel gigantesco tablero de ajedrez, ocupado en guiar aquellas masas de hombres, fijándose en la lucha encarnizada de algunos puntos negros, perdidos en medio de la eterna y sonriente naturaleza.

II

Sobre la meseta de Floing, al amanecer, en la niebla espesa, la corneta de Gaude tocó diana á plenos pulmones. Mas había tanta humedad en el aire, que los alegres toques de corneta se perdían en el espacio. Los hombres de la compañía que no habían tenido valor de colocar las tiendas, envueltos en las lonas, acostados en el barro, no se des-

pertaban, parecidos ya á cadáveres con las caras pálidas, endurecidas por el sueño y el cansancio. Hubo que moverlos uno por uno para sacarlos de aquel letargo; y se levantaban como si resucitaran, lívidos, los ojos llenos del terror de vivir.

Juan había despertado á Mauricio.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

Asustado, miraba, no divisaba más que aquel mar gris, donde flotaban las sombras de sus compañeros. Nada se distinguía á veinte metros de distancia. Toda orientación se hacía imposible, no hubiera podido decir hacia qué lado se encontraba Sedán. En aquel momento, el cañón, en alguna parte, muy lejos, se dejó oir.

—¡Ah! sí, hoy nos batimos... ¡Tanto mejor, así acabaremos de una vez!

Algunos, alrededor suyo, decían lo mismo; y era una sombría satisfacción la que les impulsaba á acabar con aquella pesadilla, la de ver por fin á los prusianos, que habían ido á buscar y ante los cuales huían desde hacía tantas horas. Iban á enviarles algnnas balas, aligerarse de unos cuantos cartuchos que habían llevado desde tan lejos, sin quemar uno siquiera. Esta vez, todos lo comprendían, la batalla era inevitable.

El cañoneo en Bazeilles era cada vez más nutrido y Juan, de pie, escuchaba.

—¿Dónde tiran?

—Creo,—dijo Mauricio,—que debe ser hacia el Meuse, pero que el diablo me confunda si sé dónde estoy.

—Oye, amiguito,—dijo entonces el cabo,—no te separes de mí, porque hay que saber arreglárselas

para no pescar algo... Yo he visto ya estas cosas y te cuidaré y me cuidaré.

La escuadra empezaba á gruñir por no tener nada caliente que comer. No había medio de encender lumbre, sin leña seca y con un tiempo tan húmedo. En el momento mismo en que empezaba la batalla, el problema de llenar el estómago se presentaba imperioso, decisivo. Héroes, tal vez, pero estómagos ante todo. Comer era la única preocupación, y ¡con qué placer espumaban el puchero los días en que había buena sopa y qué rabietas de niños y de salvajes cuando faltaba el pan!

—¡Cuando no se come, no se bate la gente!—dijo Chouteau.—¡Lo que es á mí hoy no me limpian!

El espíritu revolucionario volvía á apoderarse de aquel demonio de pintor, gran charlatán de Montmartre, teórico de taberna, echando á perder las pocas ideas sanas, cogidas aquí y allá, en la más tremenda mezcolanza de borricadas y de embustes.

—Además, ¿no se han querido burlar de nosotros diciéndonos que los prusianos se morían de hambre y de enfermedades, que no tenían ni camisa y que se les encontraba en los caminos, sucios, destrozados, como mendigos?

Loubet se echó á reir con su risa de pilluelo parisiense, que no comulga con ruedas de molino.

—¡Buenas tragaderas hacen falta! ¡Los que se mueren de hambre y de miseria y á los que darían una limosna cuando pasamos, somos nosotros!... Y las grandes victorias, ¡vaya unos guasones los que nos contaban que Bismarck había sido hecho prisionero y que todo un ejército había sido preci-

pitado en una cantera!... ¡Bien nos han tomado el pelo!

Pache y Lapoulle, que escuchaban, apretaban los puños, moviendo furiosamente la cabeza. Otros también se incomodaban, porque el efecto que á la larga producían aquellas noticias falsas de los periódicos, era desastroso. Se había perdido por completo la confianza y no se creía ya en nada. Las imaginaciones de aquellos muchachos, tan predispuestas á las grandes esperanzas, caían ahora en pesadillas locas.

—¡Claro está! La cosa no tiene malicia,—dijo Chouteau,—y se explica perfectamente... puesto que estamos vendidos... ya lo sabéis de sobra todos.

La sencillez del aldeano Lapoulle se exasperaba cada vez que se pronunciaba esa palabra.

—¡Oh! vendidos, ¡si habrá canallas!

—Vendidos, como Judas vendió al Señor,—murmuró Pache, que recordaba ahora la Historia Sagrada.

Chouteau triunfaba.

—¡La cosa es muy sencilla! Se conocen las sumas... Mac-Mahon ha recibido tres millones, y los otros generales cada uno un millón, para traernos aquí... Eso se ha arreglado en París durante la primavera última; y esta noche han lanzado un cohete para dar la señal de que la cosa estaba preparada y que podían venir á cogernos.

Lo estúpido del invento sublevó á Mauricio. Otras veces Chouteau le había distraído, casi conquistado, con su charla; pero ahora no toleraba á aquel que quería pervertirlos, á aquel mal obrero que re-

negaba de todos los trabajos, de todas las cosas, para disgustar á los demás.

—¿Para qué cuenta usted tales atrocidades?—dijo.—Demasiado sabe usted que eso es mentira.

—¿Conque no es verdad?... ¿Conque ahora resulta que no es verdad que estamos vendidos?... ¡Oye tú, señorito! ¿perteneces á esa cuadrilla de traidores?

Se acercaba amenazador.

—Sabes, debías decirlo, señorito, porque sin aguardar á tu amigo Bismarck, te ajustaríamos en seguida las cuentas.

Los otros empezaban á gruñir y Juan creyó deber intervenir.

—¡Silencio! ó doy parte del primero que se mueva.

Chouteau, envalentonado, se burló de él. ¡Bastante le importaba que diera parte! Se batiría ó no se batiría, haría lo que le diese la gana; y no tenían que molestarle, porque los cartuchos que poseía no estaban destinados sólo á los prusianos. Ahora que la batalla había empezado, el resto de disciplina sostenido por el miedo, desaparecía: ¿qué podían hacerle? se largaría cuando le diese la gana. Estuvo muy grosero, excitando á los compañeros contra el cabo, que los dejaba morir de hambre. Si la escuadra no había comido durante tres días, era por culpa suya, mientras que los demás habían comido sopa y carne. Pero el cabo había ido con el señorito á hospedarse en Sedán, en algún sitio. Ya los habían visto.

—¿Has ido á gastarte el dinero de la escuadra? ¿Te atreverás á negarlo, canalla?

Las cosas se ponían mal. Lapoulle apretaba los puños, y Pache, á pesar de su bondad, enfurecido por el hambre, pedía explicaciones. El más razonable fué Loubet, que se echó á reir, diciendo que era sencillamente estúpido tener camorras, cuando los prusianos estaban allí. El no estaba por las disputas ni á puñetazos ni á tiros; y haciendo alusión á los centenares de pesetas que había recibido como sustituto, añadió:

—En verdad, si creen que mi pellejo no vale más que eso!... Voy á darle por su dinero.

Mauricio y Juan, irritadísimos por aquella agresión imbécil, contestaban con malos modos, se disculpaban, hasta que una voz fuerte salió de entre la niebla:

—¿Qué pasa? ¿qué pasa? ¿quiénes son los que disputan?

Y el teniente Rochas se presentó con el kepis mudado de color por las lluvias, con su capote, al que le faltaban algunos botones, con toda su flaca y desgarbada personalidad, en tal estado de abandono y de miseria, que inspiraba lástima. A pesar de todo, brillaba en sus ojos algo que inspiraba confianza.

—Mi teniente,—dijo Juan, fuera de sí,—son esos hombres que dicen que estamos vendidos... sí, que nuestros generales nos habrán vendido...

En el cerebro angosto de Rochas, aquella idea de traición empezaba á germinar porque era la única que podía explicar los desastres, que no podía comprender.

—¿Y qué les importa si estamos vendidos?

Nada tienen que ver eso. Lo que es preciso que

sepan es que los prusianos están ahí y que les vamos á atizar una soberana paliza, de esas que no se olvidan fácilmente.

A lo lejos, detrás del espeso telón de niebla, el cañoneo de Bazeilles continuaba.

En un ademán inmenso, extendió los brazos:

—¡Esta vez es de veras!... ¡Vamos á echarlos á culatazos!

Desde que empezaron los cañonazos se había olvidado de todo: la lentitud, las incertidumbres de las marchas, la desmoralización de las tropas, el desastre de Beaumont, la agonía última de la retirada forzosa sobre Sedan. Puesto que se batían ¿no era segura la victoria? No había aprendido nada, ni olvidado nada; seguía con su desprecio del enemigo, con su ignorancia completa de las nuevas condiciones de la guerra, con su obstinada certidumbre de que un viejo soldado de Africa, de Crimea y de Italia no podía ser vencido. ¡Pues no faltaba más sino que empezara á su edad á perder batallas!

Una risotada enorme le hizo abrir la inmensa boca. Tuvo una de esas ternezas que le habían conquistado el cariño de los soldados, á pesar de los mojicones con que á veces les obsequiaba.

—Oid, muchachos, en vez de regañar lo mejor es echar un trago... Os voy á convidar y beberéis á mi salud.

Y de un bolsillo de su capote sacó una botella de aguardiente, añadiendo con aire de triunfo que era regalo de una señora. La víspera, en efecto, se le había visto muy bien instalado, en una taberna de Floing, muy entusiasmado con la criada. Ahora los

soldados reían, alegres, tendían sus platos en los que iba echando el aguardiente.

—¡Muchachos, hay que beber á la salud de vuestras novias, si las tenéis, y á la gloria de Francia!... No hay más que eso. ¡Viva la alegría!

—¡Es la verdad, mi teniente, á su salud y á la salud de todo el mundo!

Todos bebieron, reconciliados.

Aquel trago les vino muy bien con el fresco de la mañana al ir á comenzar la batalla. Mauricio, sintió que el licor bajaba por sus venas, dándole calor y despertando apagadas ilusiones. ¿Por qué no habían de derrotar á los prusianos? ¿Acaso las batallas no ofrecían sorpresas, cambios inesperados que la historia relataba? Aquel demonio de hombre añadía que Bazaine había emprendido la marcha y que se le aguardaba antes de la caída de la tarde: la noticia era segura; se lo había dicho un ayudante de un general, y aunque señalaba á Bélgica, como el camino por donde debía venir el mariscal Bazaine, Mauricio se abandonó á una de esas crisis de esperanza, sin las cuales no podía vivir. Tal vez fuera el desquite.

—¿Qué aguardamos, mi teniente?—se atrevió á preguntar,—¡no vamos á ellos!

Rochas manifestó que no había recibido órdenes. Después de un momento de silencio, añadió:

—¿Ha visto alguien al capitán?

Nadie contestó. Juan se acordaba de haberle visto, de noche, alejarse del lado de Sedan; pero un soldado prudente no debe nunca ver á su jefe, fuera del servicio. Se callaba, cuando al volverse, vió una sombra que regresaba á lo largo del vallado.

—Es él,—dijo.

Era, en efecto, el capitán Beaudoin. Extrañó á todos, verle tan correcto, con el traje cepillado, el calzado limpio, todo lo cual contrastaba tanto con el aspecto del teniente. Había además algo de coquetería en su porte, sus manos blancas, los bigotes rizados, un vago perfume de lilas de Persia, que denunciaba había pasado por el tocador de una mujer.

—¡Caramba!—dijo Loubet.—¡El capitán ha encontrado su equipaje!

Pero nadie celebró la ocurrencia, porque todos sabían que tenía mal genio. No le querían los soldados. Desde los primeros descalabros, estaba poco contento y el desastre que todos preveían le parecía más que inconveniente. Bonapartista convencido, bien recomendado por algunos salones, tenía asegurado el ascenso y comprendía que toda su fortuna se iba á pique entre aquel fango. Decíase que tenía una bonita voz de tenor que le había prestado buenos servicios. No era tonto, aunque nada sabía de su oficio, deseando únicamente agradar, y muy valiente cuando era necesario, pero sin arrebatos.

—¡Qué niebla!—dijo, cuando encontró su compañía, á la que buscaba con afán hacía media hora, temiendo haberse perdido.

En seguida llegó una orden y el batallón tuvo que avanzar. Nuevas nieblas más densas debían subir del Meuse porque andaban á tientas entre un rocío blanquecino que caía en forma de lluvia menudita. Mauricio vió entonces como una visión al coronel Vineuil, surgiendo de pronto, inmóvil sobre su ca-

ballo, en el ángulo formado por los dos caminos, muy grande, muy pálido, como una estatua de la desesperación, el caballo estremeciéndose con el frío de la mañana, con la cabeza vuelta, allá hacia donde sonaba el cañoneo. A diez pasos, detrás de él, estaba la bandera del regimiento que llevaba el alférez, desplegada, moviéndose en la niebla, como una aparición de gloria, próxima á desvanecerse.

El águila dorada estaba humedecida por el agua, mientras que la seda de tres colores, donde se hallaban bordados los nombres de las batallas gloriosas, palidecía, ahumada, agujereada por antiguos jirones, y sólo la cruz de la Legión de honor, clavada en la corbata, daba algún brillo con su esmalte á aquella bandera.

La bandera y el coronel desaparecieron y el batallón avanzaba siempre, sin saber por por donde, como á través de una espesura. Habían bajado una pendiente y ahora subían por un camino estrecho. Después se oyó la voz de alto, y se mantuvieron así, arma al brazo, sin moverse. Debían de hallarse sobre una meseta, pero nada distinguían á más de veinte pasos. Eran las siete, el cañoneo parecía haberse acercado, nuevas baterías tiraban del otro lado de Sedan, más cercanas cada vez.

—En cuanto á mí,—dijo repentinamente el sargento Sapin á Juan y á Mauricio,—hoy me matarán.

No había desplegado los labios desde que se habían levantado, amodorrado como en un sueño.

—¡Vaya una ocurrencia! — dijo Juan, — ¿quién puede saber lo que va á pescar?... Hay píldoras para todos y para nadie.

El sargento movió la cabeza como si estuviera seguro de lo que afirmaba.

—Por lo que á mí toca, cosa hecha... ¡hoy me matan!

Algunos se volvieron, le preguntaron si lo había visto en sueños. No, no lo había soñado, lo presentía únicamente.

—Y me fastidia, porque iba á casarme en cuanto me fuera á casa.

Sus ojos se enturbiaron de nuevo ante ellos, como en una visión pasada ante sí toda su vida. Hijo de unos tenderos de Lión, echado á perder por su madre, que se había muerto, no habiendo podido arreglárselas con su padre, se había quedado en el regimiento, disgustado de todo, sin querer dejarse reemplazar; y después, durante una licencia, se había puesto en relaciones con una prima, tomándole gusto á la vida, formando juntos el feliz proyecto de poner tienda, gracias al capital que ella debía llevarle. Tenía alguna instrucción, sabía escribir, tenía buena ortografía y entendía de cuentas. Llevaba un año pensando en la felicidad de la vida que le aguardaba.

Tuvo un escalofrío y repitió con mucha calma:

—Sí, es muy poco agradable, pero hoy me matarán.

Nadie hablaba, continuaban esperando. No sabían si estaban frente al enemigo ó si le tenían por la espalda. Ruidos indecisos venían de vez en cuando de la niebla, rodar de carros, trotes de caballos, marchas de hombres. Eran los movimientos que la niebla ocultaba, toda la evolución del 7.º cuerpo que tomaba posiciones de combate. Los vapores que los

envolvían hacíanse menos densos por momentos. Desaparecían trozos, hechos jirones, descubriéndose pedazos de cielo azul. Y en uno de aquellos momentos despejados, vieron desfilar los regimientos de cazadores de Africa, que formaban parte de la división Marguerite. Tiesos sobre sus caballos, con sus chaquetas de ordenanza, con sus fajas encarnadas, arreaban los pequeños caballos que desaparecían casi por completo bajo el complicado arreo. Después de un escuadrón, otro escuadrón, y todos salían de la niebla y volvían á desaparecer entre la niebla. Sin duda molestaban y los llevaban más lejos, no sabiendo qué hacer de aquella caballería, como venía ocurriendo desde el principio de la campaña. Sólo habían servido para ir á la descubierta, y en cuanto empezaba el combate, los hacían pasear de un sitio á otro, como masas inútiles.

Mauricio los veía pasar, acordándose de Próspero.

—¡Mira! tal vez sea aquél.

—¿Quién?—preguntó Juan.

—Ese chico de Remilly, cuyo hermano hemos encontrado en Oches.

Pero los cazadores habían pasado y se oyó otro galope, el de un Estado Mayor que bajaba por el camino. Esta vez, Juan reconoció al general Bourgain-Desfeuilles, que agitaba un brazo con violencia. Se había resignado á abandonar el hotel de la *Cruz de Oro* y su mal humor decía lo mucho que le había molestado levantarse tan temprano y en malas condiciones.

Su voz de trueno se dejó oir:

—¡Qué demonio! el Mosela ó el Meuse, ahí hay

La niebla se despejaba. Se presentó de pronto, como en Bazeilles, un panorama magnífico, detrás de aquel telón que subía lentamente hacia las alturas. El sol iluminó el espacio y Mauricio reconoció en seguida el sitio en donde se encontraban.

—¡Ah!—dijo Juan,—estamos sobre la meseta de la Argelia... Ves, allí enfrente, aquella aldea es Haing, y allá más lejos, es Saint-Mengues y más allá aún, es Fleigueux. Después, en el fondo, el bosque de los Ardennes y más allá, donde están aquellos árboles escuetos, es la frontera...

Continuó describiendo el país. La meseta de la Argelia, una lista de tierra rojiza, larga de tres kilómetros, bajaba su pendiente suave desde el bosque del Garenne hasta el Meuse, del cual le separaban las praderas.

Allí era donde el general Douay había colocado al séptimo cuerpo, disgustado por no tener bastantes hombres para defender una línea tan extensa y para unirse al primer cuerpo, que ocupaba perpendicularmente á él, la encañada del Gironne, desde el bosque del Garenne hasta Daigny.

—¡Eh! ¿qué te parece? ¡es grande el panorama.

Mauricio señalaba, dando la vuelta, todo el horizonte. Desde la meseta de la Argelia, todo el campo de batalla se desarrollaba, inmenso, hacia el Sur y el Oeste: primero Sedan, cuya ciudadela dominaba los tejados; luego Balan y Bazeilles envueltos en una humareda turbia: en el fondo los montes de la ribera izquierda, el Lizy, la Marfeé, la Croix-Piau. Pero especialmente al Oeste, hacia Donchery, se perdía la vista. El cierre del Meuse envolvía la península de Iges, con una cinta pálida; y allí se da-

ban exacta cuenta de lo estrecho que era el camino de Saint-Albert, que cruzaba por entre el ribazo y un monte escarpado, que corona más allá el bosquecillo de Seugnon. En lo alto de la cuesta, en la encrucijada de la Maison Rouge, desembocaba el camino de Brigneaux-Bois á Donchery.

—Lo ves, por allí podíamos replegarnos sobre Mezieres.

En aquel momento un cañonazo salió de Saint-Mengues. En las llanuras quedaban aún jirones de niebla, y sólo se veía una masa confusa camino del desfiladero de Saint Albert.

—¡Ah! aquí están,—dijo Mauricio bajando la voz, sin nombrar á los prusianos.

¡Estamos cortados!

No eran las ocho. El cañoneo que redoblaba del lado de Bazeilles, se hacía oir también al Este, en la encañada del Gironne, que no se podía ver, era el momento en que el ejército del príncipe de Sajonia, al salir del bosque Chevalier, abandonaba al primer cuerpo, delante de Daigny. Y ahora que el 11º cuerpo prusiano marchaba hacia Floing, abría el fuego contra las tropas del general Douay. La batalla se había generalizado por todas partes de Norte á Sur, sobre aquel perímetro de varias leguas.

Mauricio acababa de comprender la irreparable falta que se había cometido, no retirándose sobre Mezieres, durante la noche. Pero las consecuencias de aquella falta se le presentaban algo confusas. El instinto del peligro le hacía mirar con inquietud las alturas cercanas que dominaban la meseta de la Argelia.

Si no había habido tiempo de batirse en retirada, ¿por qué no se habían ocupado aquellas alturas, apoyándose en la frontera para pasar á Bélgica en el caso de ser arrollados?

Dos puntos especialmente amenazaban mucho, la altura de Hattoy, encima de Floing, á la izquierda, y el Calvario de Illy, una cruz de piedra entre dos tilos. La víspera, el general Douay había hecho ocupar el Hattoy por un regimiento, el cual, al amanacer, se había replegado harto de prisa. En cuanto al Calvario de Illy, debía ser defendido por él á la izquierda del primer cuerpo.

Los campos se extendían entre Sedan y el bosque de los Ardennes, vastos y pelados, con muchas ondulaciones, y la llave de la posición se encontraba allí, al pie de aquella cruz y de aquellos tilos, desde donde se dominaba toda la región.

Sonaron otros dos cañonazos, y después se oyó una salva completa. Esta vez vieron el humo en una altura á la izquierda de Saint-Menges.

—¡Ahora nos toca á nosotros!—dijo Juan.

Pero no llegaban los proyectiles. Los hombres, quietos, arma al brazo, se entretenían mirando la buena formación de la división segunda, situada delante de Floing, y cuya izquierda daba frente al Meuse, para poder parar cualquier ataque que viniese de aquel lado. Hacia el Este, se desplegaba la tercera división hasta el bosque del Garenne, por debajo de Illy, mientras que la primera, muy destrozada en Beaumont, se encontraba en segunda línea. Durante la noche, los ingenieros habían trabajado en construir obras de defensa y ahora, bajo el fuego del enemigo, continuaban abriendo zanjas.

Un tiroteo comenzó, al pie de Floing, pero cesó en seguida y la compañía del capitán Beaudoin recibió orden de retroceder unos trescientos metros. Llegaron á un campo sembrade de berzas, cuando el capitán dió orden de que todos se echaran al suelo.

Tuvieron que tumbarse. Las berzas estaban humedecidas por el rocío, y sus espesas hojas de oro verde contenían gotas de una pureza y un resplandor como si fueran gruesos brillantes.

—La mira á 400 metros—gritó el capitán Beaudoin.

Entonces Mauricio apoyó el cañón del chassepot sobre una berza que tenía delante. No veían nada en aquella incómoda postura: los terrenos se extendían confusos, cortados por líneas verdes, y tocó á Juan con el codo preguntándole qué es lo que hacían allí.

Juan le enseñó sobre en cerro cercano una batería que estaban instalando, y debían haberlos colocado allí para apoyarla. Mauricio, deseando saber si Honorato estaba allí con su cañón, se levantó para mirar, pero la artillería de reserva se encontraba más atrás, al abrigo de unos árboles.

—¿Quiere usted echarse, muñeco?—gritó Rochas.

Mauricio acababa de obedecer, cuando pasó una granada silbando, y desde aquel momento no cesaron. El tiro se reguló con lentitud, las primeras granadas fueron á caer más allá de la batería, que también había empezado á disparar. Además, muchos proyectiles no estallaban, se empotraban en la tierra blanda; los soldados empezaron á burlarse de la torpeza de aquellos alemanes.

—¡Vaya, vaya! Los fuegos artificiales no resultan,—dijo Loubet.

—¡Los habrán mojado!—añadió Chouteau.

El teniente Rochas tomó parte en la conversación.

Pero una granada estalló á unos diez metros, cubriendo de tierra á la compañía, y aunque Loubet decía en guasa á los compañeros que sacaran los cepillos, Chouteau palideció y se calló. No había estado nunca en ninguna acción de guerra, ni Pache, ni Lapulle; ninguno de la escuadra, excepto Juan.

Los párpados temblaban sobre los ojos algo turbios, las voces eran más débiles, como si salieran ahogadas desde las gargantas. Bastante dueño de sí, Mauricio trataba de estudiarse; no tenía miedo todavía porque no se creía en peligro, y sólo comenzaba á sentir en el epigastro una sensación de malestar, mientras que su cabeza se vaciaba, incapaz de ligar dos ideas. Su esperanza iba en aumento, como una borrachera, desde que había visto el buen orden de todas las tropas. Ya creía en la victoria, siempre que se pudiera atacar á la bayoneta.

—¡Caramba! ¡cuántas moscas!

Había creído oir el zumbido de algunas abejas.

—¡No, no; no son moscas,—dijo Juan,—son balas!

Se oyeron otros zumbidos. La escuadra entera volvía la cabeza, se enteraba. Un deseo irresistible les hacía estirar el cuello, levantar la cabeza; no podían estarse quietos.

—Oye,—dijo Loubet á Lapoulle, queriendo burlarse:—cuando veas llegar una bala, no tienes más

que poner así el dedo delante de la nariz: corta el aire y la bala pasa á la derecha ó á la izquierda.

—Pero si no las veo,—dijo Lapoulle.

Una carcajada enorme estalló á su alrededor.

—¡Cómo que no las ves!... ¡Abre los ojos, tonto!... ¡Mira! ¡ahí viene una! ¿ves? ¡ahí viene otra! ¿ves?... ¿no la has visto? Esta era verde.

Y Lapoulle abría los ojos cuanto podía, ponía un dedo delante de la nariz, mientras que Pache tentaba el escapulario que llevaba, el cual hubiera querido extender para hacer de él una coraza que le cubriera todo el pecho.

El teniente Rochas, que continuaba de pie, gritó con voz guasona:

—Muchachos, nos se os prohibe saludar las granadas. En cuanto á las balas, es inútil, hay demasiado...

En aquel momento un trozo de granada fué á romper la cabeza de un soldado en la primera fila. No lanzó un grito: un chorro de sangre y de sesos, y fué todo.

—¡Pobre hombre!—dijo el sargento Sapin, muy tranquilo y muy pálido;—¡á otro!

Pero ya no se oían. Mauricio sufría, sobre todo por el estrépito horrible. La batería que se hallaba cerca, tiraba sin descanso, atronando el espacio, haciendo temblar la tierra y las ametralladoras rasgaban el aire haciendo más ruido aún. ¿Iban á estar mucho tiempo así, echados entre las berzas? No veían nada, no sabían nada. No había medio de formarse una idea de cómo iba la batalla: ¿era una verdadera gran batalla? Por encima de la línea recta de los campos, Mauricio sólo reconocía la ci-

ma redonda, poblada de árboles, del Hattoy, muy lejos, desierto aún. En el horizonte no se veía un prusiano. Sólo se veían las humaredas, flotar, elevarse y desaparecer, y al volver la cabeza, quedó sorprendido al ver en el fondo de una encañada separada, protegida por pendientes muy fuertes, un aldeano que labraba la tierra sin prisa, guiando el arado que arrastraba un caballo grande, blanco. ¿Por qué había de perderse un día? No porque se batiesen los hombres había de dejar de crecer el trigo y de vivir el mundo.

Impaciente, no pudiendo resistir más, Mauricio se puso en pie. De una ojeada vió las baterías de Saint Menges que los cañoneaban, coronadas por vapores obscuros; volvió á ver, viniendo de Saint-Albert, el camino negro, lleno de prusianos, que pululaban, que lo invadían todo, como una horda avasalladora. Juan le había cogido por las piernas para hacerle caer al suelo con violencia.

—¿Estás loco? ¡vas á dejar el pellejo!

Por su parte el teniente Rochas juraba.

—¿Quiere usted echarse? ¡quién me ha enviado soldados que se hacen matar cuando no se les manda!

—Mi teniente,—replicó Mauricio,—¡usted está de pie!

—Yo, es muy distinto, tengo que ver.

El capitán Beaudoin estaba también de pie, muy valiente, pero no despegaba los labios; daba vueltas de un sitio á otro, sin poder estar quieto.

Siempre aguardando y nada llegaba. Mauricio se ahogaba bajo el peso de la mochila, que le aplastaba las espaldas y el pecho, en aquella postura tan

incómoda á la larga. Se había ordenado que no se quitaran las mochilas hasta que no pudieran más.

—¿Dime, vamos á pasar todo el día así?—acabó por preguntar á Juan.

—Tal vez... En Solferino estuvimos echados durante cinco horas en un campo sembrado de zanahorias.

Después añadió como hombre práctico:

—¿De qué te quejas? no estamos del todo mal aquí. Tendremos tiempo de exponernos más tarde. A cada cual le toca su turno. Si todos se hiciesen matar al principio, no quedarían para el final.

—¡Mira! ¡Mira! — interrumpió Mauricio,—mira aquel humo sobre el Hattoy... ¡Lo han tomado, ahora sí que vamos á bailar de veras!

Y durante un momento su curiosidad, en la que entraba el primer escalofrio del miedo, tuvo en qué entretenerse. No perdía de vista la cima del cerro, la única eminencia que veía, dominando la línea extensa de los campos. El Hattoy estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir los sirvientes de las baterías que los prusianos acababan de establecer y sólo veía el humo á cada disparo, por encima de un montículo que ocultaba los cañones. Era, como lo había supuesto, una cosa grave que los enemigos hubiesen tomado aquella posición, cuya defensa había tenido que abandonar el general Douay. Dominaba las mesetas de los alrededores. En seguida las baterías, que abrían el fuego sobre la segunda división del 7.º cuerpo, la diezmaron. Ahora la puntería era más segura y en la batería francesa, cerca de la cual se hallaba tendida en tierra la compañía Beaudoin, cayeron muertos dos sirvientes.

Los trozos de las granadas hirieron á un hombre de la compañía, un furriel que perdió el talón izquierdo y empezó á gritar de un modo horrible, como si se hubiera vuelto loco.

—¡Cállate, animal!—decía Rochas.—¡Pues qué! ¡un hombre que tiene vergüenza grita tanto por un rasguño en el pie!

El hombre se calmó súbitamente y se quedó inmóvil, agarrándose del pie.

El tremendo duelo de la artillería continuó, se agravó, por encima de los regimientos, en el campo ardiente y sombrío donde no se veía un alma bajo el sol asolador. Sólo existía ese trueno continuo, ese huracán de destrucción, rodando á través de aquella soledad. Las horas pasaban y aquello no parecía acabar. Pero ya se advertía la superioridad de la artillería alemana, las granadas de percusión estallaban casi todas á enormes distancias, mientras que los proyectiles franceses de espoleta, de un vuelo mucho más corto, reventaban casi todos en el aire, antes de caer. ¡No les quedaba más recurso que el de empequeñecerse en el surco donde se encontraban medio enterrados! No tenían así el consuelo de desahogar su rabia disparando tiros, porque continuaban sin ver á nadie en el inmenso horizonte vacío.

—¿Vamos á tirar alguna vez?—decía Mauricio. —Daría un duro por ver un prusiano. Desespera á cualquiera verse ametrallado así sin poder contestar.

—¡Aguarda, hombre! ya llegará la ocasión,—decía Juan con mucha calma.

Oyeron el galope de unos caballos á la izquierda

y reconocieron al general Douay, seguido de su Estado mayor, que llegaba para darse cuenta de la actitud de sus tropas ante el terrible fuego que precedía de Hattoy. Parecía estar satisfecho, daba algunas órdenes cuando, desembocando por un caminito, el general Bourgain-Desfeuilles se presentó á su vez. Este último, aunque general de salón, trotaba sin preocuparse de los proyectiles, más testarudo cada día, con su rutina de la guerra de Africa, no habiéndose aprovechado de ninguna lección. Gritaba y gesticulaba como el teniente Rochas.

—Les espero, les espero para cuando estemos frente á frente.

Después, al ver al general Douay, se acercó.

—General, ¿es cierto que ha sido herido el mariscal Mac-Mahon?

—Sí, por desgracia... He recibido un aviso del general Ducrot, anunciándome que el general Mac-Mahon le había designado para tomar el mando del ejército.

—¡Ah! ¡es Ducrot!... ¿Y qué órdenes hay?

El general hizo un gesto de desesperación. Desde la víspera comprendía que el ejército estaba perdido, había insistido inútilmente para que se ocupasen las posiciones de Saint Menges y de Illy, para asegurar la retirada sobre Mezieres.

—Ducrot vuelve á nuestro plan, todas las tropas van á concentrarse sobre la meseta de Illy.

Y volvió á hacer el mismo gesto como para indicar que era demasiado tarde.

El ruido de los cañones se llevaba las palabras, pero su sentido llegaba perfectamente claro á oídos

de Mauricio que estaba como asustado. La cosa no era para menos. ¡El mariscal Mac-Mahon herido! el general Ducrot, comandante en jefe de todo el ejército en retirada al Norte de Sedan. ¡Y estos sucesos tan graves los ignoraban los soldados, esos pobres soldados que estaban expuestos á hacerse matar! ¡Y aquella partida tan tremenda, tan grave, entregada así al azar de un accidente, á los azares de una dirección nueva! Comprendió la confusión, el desbarajuste en que iba á caer el ejército, sin jefe, sin plan, llevado de aquí para allá, mientras que los alemanes marchaban derechos hacia el fin que se habían propuesto, con la rectitud, con la precisión de una máquina.

Se alejaba el general Bourgain Desfeuilles, cuando el general Douay, que acababa de recibir un nuevo despacho, llevado por un húsar cubierto de polvo, le llamó con violencia.

—¡General! ¡general!

Su voz era tan fuerte, tan atronadora, tan llena de sorpresa y de emoción, que dominaba el ruido de la artillería.

—¡General! ¡no es Ducrot el que el manda, es Wimpffen!... Sí; llegó ayer, en plena derrota á Beaumont, para reemplazar á de Failly á la cabeza del quinto cuerpo... Y me escribe que tenía un oficio del ministro de la guerra, ordenándole se pusiera al frente del ejército en el caso de que el mando quedara vacante... Y ya no nos replegamos, las órdenes son de volver á conquistar y defender nuestras primeras posiciones.

El general Bourgain Desfeuilles escuchaba medio

—¡Demonio!—dijo por último,—¡pues sería preciso saber en qué quedamos! A mí, poco me importa, después de todo.

Y se fué al galope, despreocupado en el fondo, no habiendo visto en la guerra más que un medio rápido de ascender á general de división, deseando únicamente que aquella campaña tonta acabara cuanto antes, desde que disgustaba á todo el mundo.

Entonces, entre los soldados de la compañía Beaudoin fué una de risas y de burlas. Mauricio nada decía, pero era de la misma opinión que Chouteau y Loubet, que se burlaban despreciando á aquellos jefes. ¡Vaya unos jefes! ¡qué entendederas! ¿Pues no era mucho mejor irse á paseo, teniendo tales jefes? Tres generales en dos horas, tres señores que no sabían lo que se traían entre manos y que daban órdenes contradictorias! ¡Aquello era capaz de desmoralizar al más santo, al más fuerte! Y volvían á salir de los labios las acusaciones fatales de traición: Ducrot y Wimpffen querían ganar los tres millones ofrecidos por Bismarck, lo mismo que Mac-Mahon.

El general Douay se había quedado delante de su Estado mayor solo, mirando á lo lejos las posiciones prusianas, como en un sueño de una tristeza infinita. Durante mucho tiempo examinó el Hattoy y sus baterías, cuyas granadas caían á sus pies. Después se fijó en la meseta de Illy, llamando á un oficial para que fuera á llevar la orden allá á la brigada del 5.º cuerpo, que había pedido la víspera al general Wimpffen, y la que le unía á la izquierda del general Ducrot. Se le oyó decir muy claro:

—Si los prusianos se apoderasen del calvario de Illy, no podríamos permanecer aquí una hora, nos rechazarían sobre Sedan.

Se marchó; desapareció con su escolta en el recodo del camino. El fuego redobló, pues sin duda habían notado su presencia. Las granadas que hasta entonces habían caído de frente, empezaron á caer de costado, viniendo por la izquierda. Eran las baterías de Frenois, y otra batería instalada en la península de Iges, que cruzaban sus tiros con los de Hattoy. Toda la meseta de la Argelia era barrida por los proyectiles. Desde entonces la posición ocupada por la compañía se hizo terrible. Los hombres, ocupados en vigilar lo que pasaba enfrente de sí, tuvieron otro cuidado más, no sabiendo á qué amenaza escapar. En un momento, tres hombres cayeron muertos, y otros dos, heridos, empezaron á gritar.

De este modo fué como murió el sargento Sapin, según había anunciado. Se había vuelto y vió venir una granada antes de que pudiera evitarla.

—¡Esta es para mí!—dijo.

Su cara diminuta, con grandes ojos, muy hermosos, sólo estaba triste. Empezó á quejarse:

—No me dejéis aquí, llevadme á la ambulancia, os lo suplico... Llevadme de aquí.

Rochas quiso hacerle callar. Brutalmente iba á decirle que cuando se tiene una herida así, no se molestaba inútilmente á los compañeros. Después, tuvo piedad.

—Aguarde usted un poco, pobrecillo, que vengan á recogerle los camilleros.

Pero el desgraciado continuaba, llorando ahora

la pérdida de la felicidad soñada que se le escapaba con su sangre.

—Llevadme, llevadme de aquí...

El capitán Beaudoin, á quien exasperaban aquellos lamentos, pidió dos hombres de buena voluntad, para que se lo llevaran hasta un bosquecillo cercano donde debía haber una ambulancia volante. De un salto, acudieron Chouteau y Loubet, cogieron al sargento uno por los hombros y el otro por los pies y se lo llevaron al trote. En el trayecto vieron que se estiraba y que expiraba en una última convulsión.

—Oye, ha muerto,—declaró Loubet.—Dejémosle.

Chouteau no quería dejarlo.

—¡Quieres andar, holgazán! ¡No ves que si le soltamos aquí nos volverán á llamar!

Continuaron la caminata con el cadáver hasta el bosquecillo, lo echaron al pie de un árbol y se alejaron. No se les volvió á ver hasta la noche.

El fuego continuaba aumentando. La batería cer cana había sido reforzada con dos piezas y con aquel estrépito creciente el miedo, miedo loco, se apoderó de Mauricio. No había sentido hasta entonces aquel sudor frío, aquel desfallecimiento doloroso en el fondo del estómago, esa irresistible necesidad de levantarse, de echar á correr aullando. Lo que ahora le pasaba debía ser efecto de la reflexión, como sucede con las naturalezas afinadas y nerviosas. Pero Juan, que le vigilaba, le agarró por la mano, le hizo quedarse á su lado al leer aquella crisis cobarde en el vacilar turbio de sus ojos. Le insultaba muy quedo, tratando de avengonzarle con palabras violentas, porque sabía que se enva-

lentonaba á los hombres á patadas. Otros también temblaban. Pache, que tenía los ojos llenos de lágrimas, que se quejaba involuntariamente con un lamento suave, como si fuera el grito de un niño que no podía contener.

Y le ocurrió á Lapoulle tal accidente, tal revolución en las tripas, que tuvo que bajarse los pantalones allí mismo, sin tener tiempo de alejarse. Le silbaron, le tiraban puñados de tierra al verle en aquella postura grotesca, expuesto á las balas y á las granadas. Muchos hacían lo propio, sin poderlo remediar y los demás reían, se burlaban, y aquellas risas y burlas devolvían el valor á todos.

—Pedazo de cobarde,—decía Juan á Mauricio,—supongo que no vas á hacer tú lo que hacen esos... Si no te portas bien, te abofeteo.

Le daba ánimos en esa forma, cuando á unos cuatrocientos metros delante de ellos, vieron una docena de prusianos, vestidos con sus uniformes obscuros salir de un bosquecillo. Eran por fin los prusianos, esos prusianos con cascos en punta, los primeros que veían desde el principio de la campaña al alcance de sus fusiles. Otras escuadras siguieron á la primera y delante de ellas se distinguían las nubecillas de polvo que levantaban las granadas al chocar contra el suelo. Los prusianos se destacaban en el horizonte con una pureza de líneas, parecidos á soldaditos de plomo colocados en orden. Después, como continuaban cayendo granadas, retrocedieron, desaparecieron de nuevo detrás de los árboles.

Pero la compañía Beaudoin los había visto y seguía viéndolos. Los chassepots se dispararon por sí solos. Mauricio el primero disparó el suyo. Juan, Pache y Lapoulle, todos los demás los imitaron. No se había dado ninguna orden; el capitán quiso mandar alto el fuego y no cedió hasta que Rochas le indicó la conveniencia de tolerar aquel desahogo. ¡Por fin dispararon sus armas, empleando aquellos cartuchos que llevaban encima desde hacía un mes sin quemar uno! Mauricio parecía otro, entretenía su miedo, aturdiéndose con las detonaciones. En el lindero del bosque no se movía ni una hoja, no había vuelto á presentarse ningún prusiano y continuaban tirando sobre los árboles inmóviles.

Después, al alzar la cabeza, Mauricio quedó sorprendido al ver á algunos pasos al coronel Vineuil, sobre su caballo grande, impasibles el hombre y el bruto, como si fueran de piedra. Frente al enemigo, el coronel aguardaba, bajo la lluvia de balas. Todo el regimiento debía haberse replegado allí, otras compañías estaban echadas en los campos cercanos, y el fuego iba aproximándose cada vez más. Y el joven vió también un poco más atrás, la bandera sostenida por el alferez. Pero no era ya aquel fantasma de bandera, anegado en la niebla de la mañana. Bajo el sol ardiente, el águila dorada brillaba, los tres colores de la seda lucían sus notas claras y vivas, á pesar del desgaste glorioso de las batallas. En pleno cielo azul, en medio de los proyectiles, flotaba como una bandera victoriosa.

¿Por qué no habían de vencer, ahora que se batían? Y Mauricio y sus camaradas tiraban rabiosamente, quemaban los cartuchos, fusilaban el leja-

no bosque, donde caía una lluvia lenta y silenciosa de ramitas.

III

Enriqueta no pudo dormir aquella noche. La idea de que su marido se hallaba en Bazeilles, tan cerca de las filas alemanas, la atormentaba. A pesar de que recordaba la promesa que la había hecho de volver al menor peligro, á cada momento prestaba atención creyendo que regresaba. A las diez, cuando iba á acostarse, abrió la ventana y se puso á mirar, pasando allí muchas horas.

La noche era muy obscura y apenas se distinguía abajo, el empedrado de la calle de Voyards, un estrecho callejón obscuro, ahogado entre casas viejas. A lo lejos, hacia el colegio, solo se veía la luz temblona de un farol, y de aquel fondo subía un olor de cueva, el maullido de un gato y los pesados pasos de algún soldado extraviado. En Sedan, que se hallaba á sus espaldas, se oían ruidos y rumores no acostumbrados, galopar de caballos, rodar de carros, ruidos que pasaban como estremecimientos de muerte. Prestaba atención al rumor más leve, su corazón latía con fuerza y seguía sin reconocer el paso de su marido en la esquina de la calle.

Pasaron horas y se estremecía al ver los lejanos resplandores en el campo, por encima de las murallas. La noche estaba tan obscura que trataba de recordar los lugares. Abajo, aquella superficie pálida, eran las praderas inundadas. Entonces ¿qué hoguera era aquella que había visto encenderse y apagarse allá arriba, en la Marfée? Y por todas par-

tes se veían fogatas en Pont-Maugis, en Noyers, en Frenois, hogueras misteriosas que flotaban como por encima de una inmensa multitud, pululando en la sombra. Después, más aún, algunos rumores extraordinarios la estremecían, la marcha de un ejército inmenso, el aliento de los animales, el chocar de las armas, toda una cabalgata en el fondo de aquellas tinieblas de infierno. De pronto se oyó un cañonazo, uno solo, enorme, terrible, en el silencio. La sangre se le heló, ¿qué era aquello? Una señal sin duda, algún movimiento que había terminado felizmente, el anuncio de que estaban preparados allá, y que el sol podía aparecer.

A las dos de la madrugada Enriqueta se echó vestida en la cama, sin cuidarse de cerrar la ventana. El cansancio y la ansiedad la ahogaban ¿Qué ocurría para sentir aquellos escalofríos, ella de ordinario tan tranquila y marchando con paso tan ligero que apenas si se la oía? Y durmió penosamente, aletargada, con la sensación persistente de la desgracia que pasaba en el negro cielo. De nuevo despertóla de aquella pesadilla otro cañonazo, varios cañonazos sordos y lejanos que no cesaban. Se sentó en la cama temblorosa. ¿Dónde estaba? No se reconocía, no reconocía el cuarto que parecía haberse llenado de humo. Después comprendió: las nieblas que habían salido del río, habían penetrado en su cuarto. Fuera seguía retumbando el cañoneo. Saltó de la cama y se asomó á la ventana para ver y oir.

Daban las cuatro en un campanario de Sedan. Empezaba el amanecer de un día obscuro y sucio en la bruma rojiza. No se podía ver nada, ni siquiera podía distinguir el edificio del colegio que se en-

contraba á algunos metros de distancia. ¿Desde dónde tiraban? Al pronto se acordó de su hermano, porque los tiros parecían proceder del Norte. Después comprendió que el cañoneo era en Bazeilles y tembló por su marido. Se tranquilizó después de breves momentos, creyendo que los cañonazos partían de la derecha. Tal vez se batiesen en Donchery, donde sabía que no había podido volar el puente. Y después, la más cruel incertidumbre se apoderó de ella, ¿era en Donchery, era en Bazeilles? y le fué completamente imposible darse de ello cnenta exacta, tal era el estrépito que se producía. No pudo seguir aguardando, tenía necesidad de saber algo y salió á la calle.

Al llegar abajo, á la calle des Voyards tuvo un momento de duda, tan obscura le parecía la ciudad todavía, bajo la opaca niebla que la envolvía. La aurora no había penetrado aún en aquellas calles estrechas y lóbregas. En la calle del Beurre, en el fondo de una taberna alumbrada por una vela, vió dos soldados borrachos con una mujer. Tuvo que dar la vuelta y entrar en la calle Maqua para encontrar alguna animación: allí vió algunos soldados que se escondían, acaso algunos cobardes que huían buscando un lugar seguro, vió también un gran coracero que llamaba á todas las puertas buscando á su capitán: toda una oleada de pacíficos vecinos que, lívidos de miedo, se amontonaban en un carruaje para ver si aún quedaba tiempo para pasar la frontera é ir al pueblo de Bouillon, á donde había ido medio Sedan en los dos últimos días. Se decidió á ir hacia la Sub-prefectura con objeto de que la dieran noticia y se le ocurrió acortar la distancia

por callejuelas, deseando evitar todo encuentro. Pero en la calle del Four y en la de Laboureurs no pudo pasar: había allí una fila enorme, sin fin de cañones, de carros, de cajones que se habían colocado allá por falta de sitio más adecuado, ni un soldado guardaba todo aquel armamento. Aquella artillería inútil le dió mucha lástima. Entonces tuvo que volver por la plaza del Colegio, hacia la calle Mayor, donde, delante del hotel de Europa, algunos ordenanzas cuidaban de los caballos aguardando á los oficiales superiores, cuyas voces se oían en el comedor. En la plaza de Rivage y en la de Turenne había aún más gente, grupos inquietos, mujeres y niños, confundidos con los soldados desbandados, que marchaban en todas direcciones, y allí vió que, jurando, de mal humor, un general salía de la *Cruz de Oro*, y le vió galopar, exponiéndose á arrollar á la gente. Durante un momento estuvo á punto de entrar en el Ayuntamiento, después tomó por la calle de Pont-de-Meuse para ir á la Sub-prefectura.

Nunca le había causado Sedan tal impresión; la impresión trágica de una ciudad vista así al amanecer, envuelta en la niebla. Las casas parecían estar muertas; muchas hacía dos días que estaban abandonadas y vacías; otras estaban herméticamente cerradas; efecto del miedo que sentían sus moradores. Era una mañana fría, con aquellas calles medio desiertas aún, que poblaban algunas sombras, que se marchaban á escape. El día iba avanzando y la ciudad iba á verse atestada, sumergida bajo el desastre. Eran las cinco y media, apenas se oía el cañoneo, cuyo ruido se amortiguaba entre las altas

En la subprefectura, Enriqueta conocía á la hija del conserje, Rosa, una rubita muy linda que trabajaba en la fábrica Delaherche. En seguida entró en la portería; la madre no estaba allí, pero Rosa la recibió muy cariñosamente.

—¡Ah! mi querida señora, no podemos tenernos de pie. Mamá ha ido á descansar un poco. ¡Figúrese usted que hemos tenido que estar levantadas toda la noche, con tantas idas y venidas!

Y sin esperar á que la preguntaran, contaba todo lo que había visto, todas las cosas extraordinarias que desde la víspera pasaban ante sus ojos.

—El mariscal ha dormido bien. ¡Pero ese pobre emperador, no puede usted tener una idea de lo que sufre!... Figúrese que ayer tarde subí para ayudar á dar la ropa blanca, y al pasar cerca del cuarto que está al lado del tocador, he oído gemidos, ¡pero qué gemidos! Como si alguien fuese á morir. Y empecé á temblar, con el corazón oprimido, al saber que era el emperador... Parece que sufre una enfermedad que le obliga á gritar así. Cuando hay gente se contiene, pero cuando se queda solo empieza á quejarse, á gritar; es cosa que pone los pelos de punta.

—¿Dónde se baten desde esta mañana? ¿Lo sabe usted?—preguntó Enriqueta tratando de interrumpirla.

Rosa no contestó á la pregunta y continuó su relación.

—Entonces quise saber, he subido cuatro ó cinco veces durante la noche, y he oído pegada al tabique... se quejaba siempre y no ha dejado de gritar en toda la noche, sin poder dormir un momento.

¡Es horrible sufrir tanto, teniendo tantas preocupaciones! ¡Porque hay un desbarajuste tal, que parece que todos se han vuelto locos! Y siempre viene gente nueva, y las puertas no paran, unos se incomodan, otros lloran, y en la casa hay un saqueo completo: los oficiales beben todo el vino, duermen en las camas vestidos; mire usted, el emperador es, después de todo, el más cariñoso, el que ocupa menos sitio; le basta un rincón para quejarse.

Después, como Enriqueta repitiese su pregunta:

—¿Que dónde se baten hoy? En Bazeilles desde esta mañana... Ha venido á decírselo al mariscal un soldado de caballería, y el mariscal ha ido á decírselo al emperador. El mariscal se ha marchado hace unos diez minutos, y el emperador va á ir á bnscarle, creo que le están vistiendo allá arriba. Hace un momento he visto que le peinaban y que le pintaban la cara.

Enriqueta, averiguado que hubo lo que le interesaba, se escapó.

—Gracias, Rosa. Tengo mucha prisa.

Rosa lo acompañó hasta la puerta de la calle.

Enriqueta volvió á su casa, calle des Voyards. Estaba en la creencia de que su marido habría vuelto, y aún creía que al no encontrarla en casa debía estar pasando un mal rato. Al acercarse á su casa levantó la cabeza para ver si estaba asomado á la ventana. Pero la ventana, abierta de par en par, estaba vacía, y cuando subió y después de recorrer las habitaciones vió que no había nadie, desfalleció casi. El cañoneo continuaba. Se asomó á la ventana. Ahora, aún cuando la niebla la impedía ver, se daba exacta cuenta de la lucha entablada en Ba-

zeilles, el ruido producido por las ametralladoras, los cañonazos cercanos de las baterías francesas, contestando á los lejanos cañonazos de las baterías alemanas. Hubiérase dicho que los disparos se aproximaban, y que la batalla aumentaba á cada minuto.

¿Por qué no regresaba Weiss? ¡Había prometido tan formalmente volver al primer ataque! Y la zozobra de Enriqueta aumentaba, se figuraba ver cortados los caminos, interceptado el paso, y los proyectiles haciendo peligrosa, ó tal vez imposible la retirada. Acaso había ocurrido alguna desgracia. Quería alejar de sí esa idea, encontrando en la esperanza un firme apoyo. Después hizo el proyecto de ir allá, de ir al encuentro de su marido. Algunas dudas la hicieron detenerse: tal vez se cruzaran en el camino. ¿Qué sucedería si no le encontraba, y qué disgusto para él si al volver á su casa no la encontraba? Además, no se la ocultaba lo arriesgado que era ir á Bazeilles, pero después de todo se encontraba su marido, debía encontrarse ella.

Tuvo una idea, se retiró de la ventana y dijo en voz alta:

—¿Y el señor Delaherche? Voy á ver...

Acababa de acordarse de que el fabricante de paños había pasado la noche en Bazeilles, y que si había vuelto tendría noticias de su marido. Volvió á bajar la escalera muy aprisa, pero en vez de salir á la calle, atravesó el patio de la casa y se metió por el pasillo que conducia á la fábrica, cuya fachada monumental daba á la calle Maqua. Al desembarcar en el antiguo salón central, empedrado ahora y del que solo quedaban unos olmos gigantescos, árboles magníficos del siglo pasado, acaba-

bo de ver delante de la puerta cerrada de una cochera, un centinela; luego recordó que la víspera se había depositado allí el tesoro del 7.º cuerpo y aquel oro, aquellos millones, según decían, escondidos allí en una cochera, mientras que los soldados se mataban allá lejos, la causaron mucha impresión. En el momento en que iba á subir por la escalera interior para llegar al cuarto de Gilberta, otra sorpresa la dejó parada, un encuentro tan imprevisto, que volvió á bajar los tres peldaños que había subido, no sabiendo si tendría valor para ir á llamar á aquel cuarto. Un soldado, un capitán, acababa de pasar por delante de ella, muy de prisa, como una aparición que se desvanece en seguida; pero había tenido tiempo de reconocerle, habiéndole visto ya en casa de Gilberta, en Charleville, cuando ésta aún era viuda. Dió algunos pasos en el patio, miró arriba las ventanas del dormitorio, con las persianas cerradas y por fin se decidió á subir.

En el primer piso, quería llamar á la puerta del tocador, como amiga de la niñez, que iba á hablar confidencialmento. Pero aquella puerta mal cerrada en las prisas de la salida, se había quedado abierta. No hizo más que empujarla y se encontró en el gabinete y después en el dormitorio. Era una habitación de techo muy alto, desde donde caían anchas cortinones de terciopelo rojo que volvían la cama entera. Y no se oía el más leve rumor, el silencio de una noche feliz, la respiración tranqulla, un vago perfume de lilas.

—¡Gilberta!—dijo suavemente Enriqueta.

La joven se había vuelto á dormir y con la débil luz que entraba por la ventana, entre los cortinones

rojos, tenía su linda cabeza redonda sobre la almohada, apoyada en un brazo desnudo, en medio de su admirable cabellera negra deshecha.

—¡Gilberta!

Se movió, se estiró para abrir los párpados.

—Sí, adiós... ¡oh! se lo ruego...

Después, levantando la cabeza y reconociendo á Enriqueta:

—¡Calla! eres tú... ¿qué hora es?

Cuando supo que eran las seis, sintió cierto malestar, tratando de reirse para ocultarla algo, diciendo que aquella no era hora para ir á despertar la gente. Después, á la primera pregunta sobre su marido, dijo:

—Pero si no ha vuelto, no volverá hasta las nueve, creo... ¿Para qué. quieres que vuelva tan pronto?

Enriqueta al verla tan despreocupada, medio aletargada por el sueño, tuvo que insistir.

—¡Es que se están batiendo en Bazeilles, desde el amanecer, y como estoy muy intranquila por mi marido!...

—¡Oh! querida mía, no tienes motivo para estarlo.. Mi marido es tan prudente que de seguro estaría aquí si hubiese habido el menor peligro. ¡Mientras no le veas, no tengas cuidado!

Esa reflexión chocó mucho á Enriqueta. En efecto, Delaherche no era hombre capaz de exponerse inútilmente. Se tranquilizó, fué á correr las cortinas y abrir las persianas y en el cuarto penetró la luz rojiza del cielo, donde el sol empezaba á dorar la niebla. Una de las ventanas se quedó entreabierta y ahora se oía el cañoneo, en aquella habitación

templadita, tan cerrada y tan ahogada hacía un momento.

Gilberta, medio levantada, apoyado el codo en la almohada, miraba el cielo con sus lindos ojos.

—Se están batiendo,—murmuró muy bajo.

Su camisa se había bajado bastante, uno de sus hombros estaba desnudo, dejando ver la carne sonrosada y fina, bajo las trenzas de pelo negro, mientras que un olor de amor se exhalaba del despertar aquel.

—¡Se baten tan de mañana, Dios mío! ¡qué ridículo es batirse!

Las miradas de Enriqueta se fijaron en aquel momento sobre un par de guantes de ordenanza, guantes olvidados sobre un almohadón, y no pudo contener un movimiento de sorpresa. Gilberta se avergonzó, la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Después, ocultando la cara contra su hombro:

—Sí, he comprendido que lo adivinabas, que le habías visto... Querida mía, no me juzgues muy severamente... Es un amigo antiguo, te declaré mi debilidad en Charleville, ¿no lo recuerdas?...

Bajó la voz y continuó muy enternecida:

—Ayer, me rogó tanto, cuando hablamos... Figúrate que se baten hoy, que tal vez muera... ¿Podía negarme?

Y aquello era heroico y encantador, ese último obsequio, aquella noche feliz en la víspera de una batalla. Se sonreía á pesar de su turbación, con su atolondramiento de pájaro. Nunca hubiera podido negarse ya que todas las circunstancias favorecían la cita.

—¿No me perdonas?

Enriqueta la había escuchado, muy seria. Esas cosas la sorprendían porque no las conocía. Ella era muy distinta. Desde por la mañana sólo se acordaba de su marido, de su hermano, expuestos al peligro. ¿Cómo podía dormir tan tranquilamente, estar tan alegre, cuando los seres amados estaban en peligro?

—¿Pero tu marido, y ese muchacho mismo, no te apena no estar con ellos?... No piensas que te los pueden traer de un momento á otro, heridos, tal vez muertos.

Gilberta hizo un gesto como para alejar la horrible visión.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que dices? Qué mala eres en echarme á perder así la mañana. ¡No, no quiero pensar en ello, es demasiado triste!

Y á pesar de todo, Enriqueta se sonrió. Recordaba su niñez; cuando el padre de Gilberta, el comandante Vineuil, nombrado director de Aduanas en Charleville, á consecuencia de las heridas recibidas, había enviado á su hija á una casería, cerca del Chene Populeux, preocupado de oirla toser, temiendo ocurriera con la hija lo que le había pasado con la madre, que acababa de morir, joven aún, tísica. La niña no tenía más que nueve años y ya era muy coqueta, representaba comedias y quería desempeñar siempre el papel de reina, envuelta en los trapos que encontraba, guardando el papel de estaño que envolvía el chocolate para hacerse coronas y pulseras. Más tarde continuó siendo la misma. A los veinte años se casó con el inspector de bosques, Maginot. Mezieres, encerrado entre sus mnrallas, no le gustaba y continuaba viviendo en

Charleville, donde gozaba de mucha libertad y donde había muchas fiestas. Su padre había muerto, y se quedó con un marido muy cómodo, cuya nulidad le ahorraba remordimientos. La maledicencia del pueblo la señalaba muchos amantes y en realidad sólo había olvidado sus deberes con el capitán Beaudoin, á pesar de vivir rodeada de uniformes, á consecuencia de las antiguas relaciones de su padre y de su parentesco con el coronel Vineuil, y se comprendía quo al elegir un amante, había cedido al irresistible deseo de parecer hermosa y de estar alegre.

—Has hecho muy mal en reanudar esas relaciones,—dijo Enriqueta muy seria.

Pero Gilberta la cerraba la boca acariciándola.

—Querida mía, puesto que no podía negarme y que era por una sola vez... Ahora ya lo sabes; prefiero morir á faltar de nuevo á mi marido.

Ni una ni otra se hablaron más, abrazadas cariñosamente, tan distintas como eran. Oían latir sus corazones y hubieran podido comprender cuán distinto era su lenguaje, una, todo alegría, gastándose, dividiéndose, la otra, encerrada en una abnegación heroica, con el heroismo de las almas fuertes.

—¡Es verdad que se baten!—acabó por decir Gilberta.—Tengo que vestirme en seguida.

Desde que reinaba el silencio, el ruido de los disparos parecía haber aumentado. Saltó de la cama y sin querer llamar á su doncella, se calzó, se puso un vestido para poder recibir y bajar en cuanto fuera preciso. Al terminar de peinarse, llamaron á la puerta y fué á abrir, pues había reconocido la voz de la anciana señora Delaherche.

—Puede usted entrar, querida mamá.

Con su habitual ligereza, la introdujo sin notar que los guantes de ordenanza se habían quedado sobre el almohadón. Enriqueta se precipitó para cogerlos y tirarlos detrás de una butáca. La señora Delaherche debía haberlos visto, porque durante unos momentos estuvo muy sofocada, como si no pudiese respirar. Miró alrededor del cuarto y se fijó en la cama que había quedado sin hacer.

—Entonces,—dijo,—es la señora Weiss, que ha subido á despertarla... ¿Habéis podido dormir, hija mía?...

No había ido para hablar de esas cosas. ¡Ah! Ese matrimonio que su hijo se había empeñado realizar sin su consentimiento, á los cincuenta años, después de veinte años de vida con una mujer fría y triste, él, tan razonable hasta entonces, arrastrado por una pasión incomprensible á su edad, por aqnella linda viudita, tan ligera y tan alegre! ¡Se había propuesto vigilar el presente y á pesar suyo el pasado volvía! ¿Debía hablar? Sólo vivía en la casa como una protesta muda, siempre encerrada en su cuarto, muy devota y muy rígida. Esta vez la ofensa había sido tan grande que se decidió á hablar á su hijo.

Gilberta, avergonzada, contestaba:

—Sí, he podido dormir algunas horas... Ya sabrá usted que Julio no ha vuelto...

La señora Delaherche la interrumpió. Desde que había empezado el cañoneo estaba muy intranquila aguardando el regreso de su hijo. Pero era una madre heroica, y, se acordó del motivo por el cual había subido.

—Vuestro tío, el coronel, nos envía al médico mayor, señor Bouroche, con una esquela escrita con lápiz, para decirnos si no podríamos dejar instalar aquí una ambulancia... Sabe que tenemos sitio de sobra, en la fábrica, y he puesto el patio á su disposición, y también el secadero... pero debe usted bajar.

—¡Ah! ¡en seguida, en seguida!—dijo Enriqueta. —Vamos á ayudarles un poco.

Gilberta se prestó de muy buena gana á desempeñar el papel de enfermera. Se arregló un poco el pelo y las tres mujeres bajaron. Al llegar á la puerta de la calle, bajo el porche, vieron mucha gente reunida delante de la puerta. Un carruaje pequeño llegaba, lentamente, arrastrado por un caballo que guiaba un teniente de zuavos. Creyeron que era algún herido.

—¡Sí, sí! es aquí. ¡Entren ustedes!

Las desengañaron. El herido que se encontraba en el fondo del carruaje, era el mariscal Mac Mahon, herido en la nalga izquierda, á quien llevaban á la subprefectura, después de haberle hecho la primera cura en la casita de un jardinero. Estaba con la cabeza descubierta, medio desnudo, con los bordados de oro de su uniforme manchados de polvo y de sangre. Sin hablar había levantado la cabeza y miraba con los ojos extraviados. Después, al ver las tres señoras, sobrecogidas y con las manos juntas ante aquella gran desgracia que pasaba, el ejército entero herido en su jefe, con las primeras granadas, inclinó un poco la cabeza y sonrióse cariñosamente. Alrededor suyo se habían descubierto algunos curiosos. Otros contaban ya que el

general Ducrot había sido nombrado general en jefe. Eran las siete y media.

—¿Y el emperador?—preguntó Enriqueta á un librero que se encontraba delante de su puerta.

—Hace una hora que se ha marchado,—contestó el vecino.—Le he acompañado y le he visto salir por la puerta de Balan... Dicen que una granada le ha roto la cabeza.

Pero el tendero de enfrente se incomodaba.

—Calle usted, esas son mentiras. ¡Sólo los buenos perderán la vida!

Hacia la plaza del Colegio, el carruaje que llevaba al mariscal se perdía de vista entre el gentío que iba aumentando y entre el cual circulaban las más estupendas noticias, sobre el campo de batalla. Pero una voz fuerte gritó:

—¡Señoras, no es ahí fuera, es aquí donde hacen ustedes falta!

Entraron las tres y se encontraron delante del médico Bouroche, quien se había quitado el uniforme para ponerse un delantal blanco. Su enorme cabeza con el pelo encrespado y su cara de león le daban un aspecto imponente en aquellos momentos, en que se aparecía con aquel delantal blanco y sin manchas aún. Su aspecto las impuso tanto, que desde el primer momento quedaron dominadas, no sabiendo qué hacer para complacerle.

—No tenemos nada... Dénme ustedes trapos, procuren ustedes encontrar colchones, enseñen ustedes á mis hombres donde está la fuente.

Corrieron, se multiplicaron y se convirtieron en criadas sumisas y obedientes.

La fábrica reunía excelentes condiciones para ambulancia. Estaba allí el secadero, que era un salón inmenso, cerrado con cristales, donde podían instalarse cómodamente unas cien camas y al lado se hallaba un cobertizo, donde podrían hacer con mucha comodidad todas las operaciones: habían llevado allí una mesa larga y la fuente se hallaba muy cerca. Los heridos leves podrían aguardar allí con cierta comodidad, sentados sobre la yerba del jardín. El sitio era muy agradable, con aquellos hermosos olmos seculares, cuya sombra lo amparaba todo.

Bouroche había preferido instalarse en seguida en Sedán, previendo la matanza, el enorme empuje que iba á echar allí las tropas. Acababa de dejar cerca del 7.º cuerpo, detrás de Floing, dos ambulancias volantes para las primeras curas, las que debían enviarle los heridos. Todas las escuadras de camilleros estaban encargadas de recoger á los heridos bajo el fuego, teniendo allí el material de coches y furgones. Y Bouroche, exceptuando á dos de sus ayudantes, que se habían quedado en el campo de batalla, se había llevado consigo todo el personal, dos médicos de segunda y tres practicantes, los que bastarían para las operaciones. Tenía además á sus órdenes tres farmacéuticos y doce sanitarios.

Pero seguía incomodado, según su costumbre, no pudiendo hacer nada sin acalorarse.

—¿Qué demonio hacen ustedes? ¡Pongan ustedes bien esos colchones!... Habrá que echar paja en aquel rincón, si es preciso.

El cañoneo continuaba, y sabía que de un mo-

mento á otro tendrían mucho que hacer, que llegarían coches cargados de carne sangrando, y metía prisa para que quedara pronta la sala grande, vacía aun. Después, bajo el cobertizo se hicieron otros preparativos; las cajas para las curas y las de farmacia, colocadas en orden, destapadas, paquetes de hilas, de vendas, de trapos, de aparatos para fracturas; mientras que del otro lado, junto á un envase que contenía cerato y un frasco de cloroformo, se veían las bolsas de cirujía, el acero claro de los instrumentos, las sondas, las pinzas, los cuchillos, las tijeras, las sierras, un arsenal completo, todas las formas agudas y cortantes de lo que escudriña, corta, rasga y derriba. Faltaban las jofainas.

—Ustedes tendrán tarros, botes, cubos, marmitas, cualquier cosa parecida... No vamos á nadar en sangre... ¡Y esponjas, búsquenme esponjas, á escape!

La señora Delaherche atendía á todo; volvió seguida de tres criadas, cargadas con toda clase de tarros que había encontrado. De pie delante de las bolsas de cirujía, Enriqueta había llamado á Gilberta, enseñándoselas, estremecida. Las dos se cogieron de la mano, se quedaron calladas, unidas, estremecidas de terror, dejando ver en su cara la emoción que las embargaba, la piedad infinita que sentían, y que las trastornaba.

—¡Y decir que le pueden cortar á una cualquier cosa!

—¡Pobres gentes!

Sobre la mesa larga, Bouroche había hecho colocar un colchón, que cubría con un hule, cuando

unas pisadas de caballos se dejaron oir en la puerta. Era el primer coche de la ambulancia que entraba en el patio, pero sólo traía diez heridos leves, sentados frente á frente, la mayor parte con el brazo en cabestrillo, algunos con heridas en la cabeza, que traian vendada. Bajaron del coche y empezó la visita.

Como Enriqueta, que ayudaba á un soldado muy joven que tenía el hombro atravesado por una bala, á quitarse el capote, lo que le hacía gritar, viera el número de su regimiento, le preguntó:

—¡Usted es del 106.º! ¿Pertenece usted á la compañía Beaudoin?

Pertenecía á la compañía Ravaud. Pero conocía al cabo Juan Macquart, y pudo decir que la escuadra de éste no había entrado aun en fuego. Esa noticia tan insignificante bastó para alegrar á Enriqueta: su hermano vivía, cuando su marido hubiese vuelto estaría completamente tranquila.

En aquel momento levantó la cabeza y se quedó perpleja al ver á algunos pasos de ella, en medio de un grupo, á Delaherche contando los peligros que había corrido desde Bazeilles á Sedán. ¿Cómo se encontraba allí? No le había visto entrar.

—Y mi marido, ¿no está con usted?

Pero Delaherche, á quien su madre y su mujer interrogaban con mucho afán, no se dió prisa en contestarla.

—Aguarde usted un momento.

Después continuó su narración:

—Desde Bazeilles á Balan he estado expuesto á morir veinte veces. ¡Una granizada, un huracán de balas y de granadas! Y he encontrado al emperador

hecho un valiente. Después, desde Balan hasta aquí, he echado á correr...

Enriqueta le tocó el brazo.

—¿Mi marido?

—¿Weiss? ¡Pues se ha quedado allí!

—¿Cómo allí?

—Sí, ha cogido el fusil de un soldado muerto y estaba haciendo fuego.

—¡Se bate! ¿Por qué?

—¡Está loco! No ha querido seguirme y le he dejado, naturalmente.

Enriqueta le miraba con los ojos fijos, muy abiertos. Hubo un momento de silencio. Después, tranquila ya, se decidió.

—Está bien, voy allá.

Iba á ir, ¿cómo? No era posible; ¡era una locura! Delaherche hablaba de las balas y de las granadas que barrían el camino. Gilberta la había vuelto á coger de las manos, mientras que la señora Delaherche se esforzaba en demostrarla la temeridad de su proyecto. Con su aire tranquilo y resignado, contestó:

—¡No, todo es inútil, voy allá!

No hubo medio de hacerla desistir, solo aceptó el encaje negro que Gilberta llevaba sobre el pelo. Confiando aun que podría convencerla, Delaherche declaró que la acompañaría hasta la puerta de Balan. Pero acababa de ver al centinela, que en medio del barullo que había originado la instalación de la ambulancia, no cesaba de pasearse por delante de la cochera, donde se encontraba encerrado el tesoro del 7.º cuerpo; y se acordó, tuvo miedo, fué

á asegurarse de que los millones estaban allí. Enriqueta se hallaba ya bajo el porche.

—¡Aguárdeme usted! ¡Es usted tan loca como su marido! Palabra de honor.

En aquel momento entraba un nuevo coche de la ambulancia, y tuvieron que apartarse para dejarle pasar. Este, más pequeño, de dos ruedas, conducía dos heridos graves, acostados sobre camillas. El segundo tenía la pierna derecha destrozada. Y en seguida mandó Bouroche colocar á este sobre el hule que cubría el colchón, empezando la primera operación entre el continuo ir y venir de los enfermeros y de los practicantes. La señora Delaherche y Gilberta, sentadas cerca de él, preparaban vendas.

Fuera, Delaherche había alcanzado á Enriqueta.

—Vamos á ver, señora; no vaya usted á hacer esa locura... ¿Cómo quiere usted ir á ver á Weiss allá? No estará ya, seguramente, y habrá cortado por los campos para venirse... Le aseguro á usted que no hay medio humano de acercarse á Bazeilles.

Pero no le escuchaba, andaba muy de prisa, metiéndose por la calle de Ménil para llegar á la puerta de Balan. Eran cerca de las nueve y Sedan no ofrecía el mismo aspecto lúgubre del amanecer, el despertar desierto entre la espesa niebla. Un sol de plomo recortaba las sombras de las casas, y en las calles, un gentío inmenso obstruía el tránsito, y de vez en cuando pasaba á escape una estafeta. Se formaban grupos alrededor de algunos soldados que habían vuelto á la ciudad, heridos unos levemente y los otros gesticulando, moviéndose, gritando. Y sin embargo, la ciudad hubiese conservado aun su

aspecto ordinario, sin las tiendas con los escaparates cerrados, sin las fachadas muertas, donde no se veía ni una persiana abierta. Después eran los cañonazos, esos continuos cañonazos que hacían retemblar las piedras, el suelo, las paredes; hasta las pizarras de los tejados retemblaban.

Delaherche seguía luchando interiormente, no sabiendo qué partido tomar, vacilando entre su deber de hombre valiente que le ordenaba no abandonar á Enriqueta y el miedo que le inspiraba la idea de volver á recorrer aquel camino de Bazeilles, bajo las granadas.

De pronto, al llegar á la puerta de Balan, una oleada de oficiales á caballo que regresaban, los separó. Mucha gente se hacinaba cerca de las puertas aguardando noticias. Echó á correr para encontrar á la joven, pero todo fué inútil: debía hallarse fuera del recinto, andando hacia Bazeilles. Y sin llevar más lejos su celo, dijo en voz alta:

—¡Tanto peor! ¡Es demasiado tonto!

Entonces Delaherche se paseó por Sedan como hombre curioso que no quiere perder detalle alguno, preocupado con todo lo que estaba sucediendo. ¿Qué iba á ocurrir? ¿Y si el ejército era derrotado, no tendría que sufrir la ciudad? Las contestaciones á esas preguntas que él se daba, quedaban muy oscuras, como dependientes de los sucesos. Pero empezaba á tener miedo por su fábrica, por su casa de la calle de Maqua, de donde había sacado todos los valores enterrándolos en sitio seguro. Se fué al ayuntamiento y encontró al municipio en sesión permanente: allí se quedó mucho tiempo sin averiguar nada de nuevo, solo supo que la batalla toma-

ba mal aspecto. El ejército no sabía á quién obedecer, retirándose hacia atrás durante las dos horas en que el general Ducrot había ejercido el mando en jefe, marchando de nuevo hacia adelante, empujado por el general Wimpffen, que acababa de sucederle en el mando, y estas oscilaciones incomprensibles en posiciones que había que conquistar de nuevo después de haberlas abandonado, aquella total ausencia de plan y de enérgica dirección precipitaban el desastre.

Después, Delaherche se fué hasta la Sub prefectura para averiguar si había regresado el emperador. Sólo pudieron darle noticias del mariscal Mac-Mahon á quien un cirujano había hecho la cura de la herida, que no ofrecía peligro, y el cual se encontraba tranquilamente en la cama. Pero á eso de las once tuvo que detenerse durante un momento en la calle Mayor, delante del hotel de Europa, por un cortejo lento de soldados de caballería, cubiertos de polvo, cuyos caballos marchaban al paso. Y á la cabeza del cortejo reconoció al emperador que volvía á Sedan, después de haber estado cuatro horas en el campo de batalla. La muerte no quería hacer presa en él.

Bajo el sudor de angustia de aquella caminata á través de la derrota, los afeites habían desaparecido de las mejillas, los bigotes tan tiesos antes, se habían aflojado y colgaban lacios, y la cara de color de tierra había tomado el aspecto doloroso de la agonía. Un oficial que se había apeado delante del hotel, se puso á explicar á un grupo el camino que habían recorrido desde la Moncelle á Givonne, por todo el vallecito, entre los soldados del primer

cuerpo, al que los sajones habían rechazado sobre la orilla derecha del riachuelo, y habían regresado por el camino cubierto del fondo del Givonne, pero había ya tal confusión, tal atropello, que aunque el emperador hubiese deseado volver al frente de las tropas, no hubiera podido hacerlo sin grandes dificultades; verdad es que no había necesidad de que volviera, ¿para qué?

Mientras Delaherche oía esos detalles una detonación violenta conmovió el barrio entero. Una granada acababa de destruir una chimenea, en la calle Sainte Barbe, cerca del Donjon. Fué aquello un sálvese quien pueda, las mujeres empezaron á gritar. Delaherche se había arrimado contra la pared, cuando una nueva explosión rompió los cristales de una casa cercana. La situación se agravaba si empezaban á bombardear á Sedan y echó á correr hacia la calle Maqua, deseando averiguar algo; subió hasta el tejado y allí estuvo mirando desde una terraza que dominaba la ciudad y sus alrededores.

Se tranquilizó en seguida. El combate se verificaba por encima de la ciudad; las baterías alemanas de la Marfée y de Frénois tiraban por encima de las casas y los proyectiles iban á caer sobre la meseta de la Argelia; la trayectoria de las granadas le interesaba, seguía su vuelo de inmensa curva con una ligera humareda que se quedaba sobre Sedan, semejando pájaros invisibles con una estela de plumas grises. Comprendió desde luego, que unas cuantas granadas que habían reventado sobre los tejados á su alrededor, eran proyectiles perdidos. Todavía no bombardeaban la ciudad. Después mi-

rando con más atención, creyó comprender que esos proyectiles debían contestar á los que habían disparado los cañones de la plaza. Se volvió, examinó hacia el Norte, viendo la ciudadela, aquel conjunto complicado de fortificaciones formidables, las murallas negruzcas, las manchas verdes del glacis, un conjunto geométrico de baluartes y, sobre todo, las tres puntas gigantescas, la de los Escoceses, la del Gran Jardín y la de la Rocbette, con sus ángulos amenazadores y después una á modo de prolongación ciclópea avanzaba hacia el Oeste; era el fuerte de Massau al que seguía el fuerte del Palatinado, encima de la calle de Menil. Recibió á la vez la impresión melancólica de una enormidad y la que produce la vista de un juguete. ¿Para qué servían, ahora que con esos cañones los proyectiles volaban de un extremo á otro del cielo? La plaza no estaba en condiciones de defenderse, no tenía ni los hombres, ni los cañones, ni las municiones necesarias. Desde hacía tres semanas apenas, el gobernador militar había organizado una guardia nacional con ciudadanos de buena voluntad, que debían prestar servicio en los cañones utilizables. De ese modo, en el fuerte del Palatinado disparaban tres cañones, mientras que en la puerta de París había una media docena útiles, pero como solo tenían municiones para unos ocho ó diez disparos, los economizaban, tirando solo cada media hora y eso para hacer acto de presencia, porque los proyectiles no llegaban, caían en las praderas de enfrente y las baterías alemanas, despreciándolos, no disparaban más que de vez en cuando, como por caridad.

Lo que interesaba mucho á Delaherche eran esas baterías. Registraba con sus miradas penetrantes los montes de la Marfée, cuando recordó que tenía unos anteojos de larga vista, con los que se había entretenido otras veces en mirar el horizonte. Bajó á buscarlos, volvió á subir y se instaló cómodamente; empezó á orientarse, moviéndolos lentamente pasando ante su vista las tierras, los árboles y las casas hasta que dió por encima de la gran batería de Frenois, sobre el grupo de uniformes que Weiss había visto desde Bazeilles, en el ángulo de un bosque de pinos. Pero Delaherche, gracias á sus anteojos, hubiera podido contar los oficiales de aquel Estado Mayor, tan bien los veía. Algunos estaban medio acostados sobre la yerba, otros de pie formaban grupos; y delante de ellos se veía un hombre solo, de pie también delgado, con el uniforme sin brillo, y que sin embargo parecía ser el amo. Era en efecto el rey de Prusia, muy pequeño, visto á aquella distancia, semejante á uno de esos minúsculos soldados de plomo, juguete de niños. Hasta más tarde no tuvo la certeza de que fuera él, no le perdía de vista, volviendo siempre los cristales hacia aquel hombre pequeñito, cuya cabeza del tamaño de la de un alfiler, solo era un punto apenas visible bajo el cielo azul.

No eran las doce, y el rey seguía la marcha matemática, inexorable, de sus ejércitos, desde las nueve. Marchaban, marchaban siempre por los caminos trazados, completando el círculo, encerrando paso á paso con aquella muralla de hombres y de cañones, á Sedan. El ejército de la izquierda, llegado por la llanura de Donchery, continuaba desembo-

cando por el desfiladero de Saint Albert, pasando por Saint Menges y llegando ya á Fleigneux; y veía perfectamente, detrás del XI cuerpo que peleaba contra las tropas del general Douay, deslizarse al V cuerpo, aprovechando los bosques para dirigirse á Illy, mientras que nuevas baterías venían á aumentar el número de las instaladas; una línea de cañones disparando, alargándose por momentos, el horizonte inflamándose poco á poco. El ejército de la derecha ocupaba ya todo el valle del Givonne, el XII cuerpo se había apoderado de la Moncelle, la guardia prusiana acababa de atravesar Daigny, subiendo el riachuelo, en marcha ya hacia la meseta de Illy, después de haber obligado al general Ducrot á replegarse detrás del bosque del Garenne. Un esfuerzo más y el príncipe real de Prusia daría la mano al príncipe real de Sajonia, en aquellos campos pelados en el lindero mismo del bosque de los Ardennes. Al sur de la ciudad no se veía ya á Bazeilles, que desaparecía detrás de la humareda producida por los incendios, en la oscura polvareda de una lucha rabiosa.

Y el rey, tranquilo, miraba, aguardaba desde el amanecer. Una hora, dos horas, tal vez tres; solo era ya cuestión de tiempo, un engranaje empujaba al otro, la máquina de aplastar hombres estaba puesta en movimiento y acabaría su misión. Bajo el espacio infinito del cielo que alumbraba el sol, el campo de batalla se estrechaba, toda aquella refriega furiosa, aquella pelea de puntos negros se empujaba, se amontonaba cada vez más, alrededor de Sedan. Los cristales brillaban en la ciudad, una

casa parecía quemarse hacia el barrio de la Cassine, á la izquierda.

Después más allá de los campos que habían vuelto á quedarse desiertos, hacia Donchery y Carignan, reinaba una paz absoluta, las aguas claras del Meuse, los árboles magníficos, los campos fecundos, las anchas praderas verdes, bajo el sol ardiente del mediodía, respiraban vida.

El rey había pedido un informe. Sobre el tablero gigantesco quería saber y tener en su mano aquella polvareda de hombres que mondaba. A su derecha un vuelo de golondrinas, asustadas por los cañonazos, revoloteó, se elevó muy alto y se perdió después hacia el Sur.

FIN DEL TOMO PRIMERO